

El Partido comunista internacional

**en el surco de las batallas de
clase de la Izquierda Comunista
y en el tormentoso camino de la
formación del partido de clase**

– I –

Ediciones «el programa comunista» - Noviembre de 2020

LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO: la línea que va de Marx-Engels a Lenin, a la fundación de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Italia; la lucha de clase de la Izquierda Comunista contra la degeneración de la Internacional, contra la teoría del «socialismo en un solo país» y la contrarrevolución estaliniana; el rechazo de los Frentes Populares y de los frentes nacionales de la Resistencia; la lucha contra el principio y la praxis democráticas, contra el interclasismo y el colaboracionismo políticos y sindicales, contra toda forma de oportunismo y nacionalismo; la dura obra de restauración de la doctrina marxista y del órgano revolucionario por excelencia – el partido de clase –, en contacto con la clase obrera y su lucha cotidiana de resistencia al capitalismo y a la opresión burguesa, fuera del politiquero personal y electoral, contra toda forma de indiferentismo, seguidismo, movimentismo o aventurerismo «lucharmatista»; el apoyo a toda lucha proletaria que rompa con la paz social y la disciplina del colaboracionismo interclasista, el apoyo a todos los esfuerzos de reorganización clasista del proletariado sobre el terreno del asociacionismo económico, en la perspectiva de la reanudación a gran escala de la lucha de clase, del internacionalismo proletario y de la lucha revolucionaria anticapitalista.

**¡Lean, difundan, sostengan
la prensa internacional del partido!
¡Suscríbanse!**

«el proletario» (Periódico)

Precio del ejemplar: Europa : 1,5 €, 3 FS;
América latina: US\$ 1,5; USA y Cdn: US\$ 2.

«el programa comunista» (Revista teórica)
Precio del ejemplar: 3 €.; América latina: US \$ 1.5; USA y Cdn: US\$ 3; £ 2; 8 FS; 25 Krs.
Suscripción: el precio de 4 ejemplares. **Precio solidario:** 6 €; América latina: US\$ 3; USA y Cdn.: US\$ 6; 6 £; 16 FS; 50 Krs.

«Il comunista» (Periódico bimestral)

Precio del ejemplar: 2 €; £ 2; 5FS /
Suscripción: 10 €; £ 10; 25 FS; **Suscripción de solidaridad:** 20€; £ 20; 50 FS.

«Le prolétaire» (Periódico bimestral)

Precio del ejemplar: 1 €; £ 1; 3FS; 350 CFA. / **Suscripción:** 7,5 €; £ 10; 30FS; 1'500 CFA. / **Suscripción de solidaridad :** 15 €; £ 20; 60FS; 3'000 CFA

«Programme communiste» (Revista teórica)

Precio del ejemplar: : 4 €; £ 3; 8FS; 1'000 CFA.;
América latina: US\$ 2; USA y Cdn: US\$ 4 / **Suscripción:** El precio de 4 ejemplares. / **Suscripción de solidaridad:** 40€; £ 20; 80FS; 16'000 CFA.;
América latina: US\$ 10; USA y Cdn: US\$ 40

«Proletarian» (Suplemento al «le prolétaire»)

Precio del ejemplar: 1 €, £ 1, 3 CHF.

CORRESPONDENCIA

España: Apdo. Correos 27023 - 28080 Madrid

Italia : Il Comunista - C.P. 10835 - 20110 Milano

Francia : Programme - B.P. 57428 - 69007 Lyon
Cedex 07

Suiza : La dirección se modificará pronto. Para contacto, escriba a la dirección de Lyon.

E-MAIL

elprogramacomunista@pcint.org
leproletaire@pcint.org
ilcomunista@pcint.org
proletarian@pcint.org

**El sitio Internet
del partido comunista internacional
www.pcint.org**

REPRODUCCIÓN LIBRE

No reivindicando ninguna «propiedad intelectual» ni teniendo tampoco ningún «derecho de autor» que defender ni mucho menos una «propiedad comercial» que hacer valer, los textos y artículos que originariamente aparecen en la prensa y el sitio del partido pueden ser libremente reproducidos, tanto en papel como en formato electrónico, con la condición de que no se altere el texto y se especifique la fuente -el periódico, revista, suplemento, opúsculo, libro o sitio web (<http://www.pcint.org>)- de la que se ha tomado.

EDICIONES «EL PROGRAMA COMUNISTA»

Suplemento en español a la revista teórica del Partido Comunista Internacional, «programme communiste» no ISSN-0033-037 X.
Acabado de imprimir en noviembre de 2020

ÍNDICE

• Introducción	3
1. Nacimiento de la corriente de la izquierda marxista en Italia	19
2. El Partido Comunista de Italia, sección de la Internacional Comunista	23
3. La izquierda comunista en línea con el marxismo intransigente	25
4. 1926: Punto de llegada y punto de partida de la atormentada génesis del Partido Mundial de clase del proletariado	32
5. La cuestión del fascismo	36
6. La Fracción de izquierda en el extranjero	41
7. La Fracción de izquierda y Trotsky	45
8. España, la Fracción y Trotsky	47
9. Alemania, la Fracción y Trotsky	49
10. La polémica acerca del renacimiento del Partido de clase	51
11. Hacia la segunda guerra imperialista mundial	52
12. La Fracción y los movimientos anticoloniales	53
13. 1936-1939: frentes populares, guerra de España, anticipación de la segunda guerra mundial	55
14. La segunda carnicería imperialista mundial y el oportunismo estalinista	59
15. Balances dinámicos y lecciones de la historia	61
16. El largo trabajo colectivo de restauración teórica, base para la reconstitución del Partido	65
- <i>El rol del partido de clase</i>	68
- <i>La revolución múltiple</i>	69
- <i>La revolución anticapitalista occidental</i>	69
- <i>Partido y terreno sindical</i>	71
- <i>La «cuestión rusa»</i>	74
17. Intermedio	74
18. «Cuestión rusa», pilar en la obra de restauración teórica	77
19. La escisión de 1952	82
- <i>Rusia y «capitalismo de Estado» «cuestión sindical»</i>	82
- <i>Sobre la cuestión nacional y colonial</i>	87
- <i>La cuestión organizativa y la cuestión del partido</i>	91
- <i>La forma contra el contenido</i>	98

INTRODUCCIÓN

Un fantasma recorre Europa y el mundo, el fantasma de la *Izquierda Comunista*.

Hace seis años, se cumplieron 100 años desde que en Italia la corriente comunista intransigente, históricamente conocida como «Izquierda Comunista», inició su batalla teórica y política en defensa del marxismo; y dentro de poco habrá pasado un siglo del nacimiento del Partido Comunista de Italia, el único partido proletario y comunista que en el Occidente capitalista, desarrollado y democrático se formó «a la bolchevique», es decir con sólidas, férreas e intransigentes bases teóricas marxistas.

La *Izquierda Comunista*, que en los años Veinte del siglo pasado en Italia fue identificada como la corriente marxista abstencionista dirigida por Amadeo Bordiga y el grupo que fundó en Nápoles *Il Soviet*, hunde sus raíces en las batallas de clase conducidas en todos los planos, teórico, político, sindical, táctico y organizativo, en particular contra las variantes del reformismo (cultural, turatiano, gradualista, colaboracionista o maximalista), contra la guerra imperialista (y el chovinismo, el nacionalismo), contra la democracia y, sucesivamente, contra el fascismo entendidos como métodos de gobierno distintos pero igualmente burgueses y antiproletarios, y contra toda concesión no solo teórica y programática sino también táctica y organizativa a las lucrecitas del democratismo y el expedientismo. Contra esta Izquierda Comunista las diversas y potentes fuerzas de la conservación social y de la reacción burguesa (tanto declaradamente burguesas, como oportunistas disfrazadas de revolucionarias y comunistas como el estalinismo) llevaron a cabo una batalla sin cuartel. Esta Izquierda Comunista, a causa de la mortal derrota de las luchas proletarias infligidas en el tiempo no solo por preponderantes fuerzas burguesas enemigas, sino sobre todo por el talón de hierro del estalinismo y del Estado ruso lanzados a la aceleración del desarrollo del capitalismo en Rusia, fue reducida a muy pocos elementos, además de estar dispersos en diversos países debido a la persecución fascista. Sin embargo, supo resistir a la trágica derrota de la revolución proletaria y comunista en Rusia y en el mundo, manteniendo sólido el hilo rojo del marxismo integral en el intento de consignar intacta, a las generaciones más jóvenes, el arma de la crítica, la teoría marxista, a través de un trabajo de balance y restauración teórica nunca desvinculado del esfuerzo por reconstituir el partido de clase y en contacto con la clase obrera en lucha. Solo a condición de vivificar una actividad con carácter de partido, en estricto contacto con la restauración teórica y programática del marxismo revolu-

cionario, es que ha sido posible que incluso un pequeño núcleo de partido de clase logre transferir a la clase proletaria en lucha aquellas chispas de conciencia de clase que la lucha de clase misma genera, en la perspectiva de desarrollar una influencia poco a poco creciente en el proletariado en correspondencia con el desarrollo de la lucha de clase.

La historia de los movimientos políticos es historia de formaciones, desarrollo, crisis, escisiones y desapariciones. Lo que no desaparece, en la sociedad dividida en clases, es la lucha de clases. Mientras el capitalismo domine sobre la sociedad humana, no solo no desaparecerán, sino que tenderán a agudizarse las contradicciones sociales y el antagonismo entre las clases; el proletariado está histórica y materialmente forzado a la lucha de clase generada por el mismo desarrollo del capitalismo y sus contradicciones que se solucionan, en último análisis, con la miseria creciente y el empeoramiento de las condiciones de vida y de trabajo de las grandes masas del proletariado. Y es sobre este empuje material e histórico de la clase proletaria a enfrentarse con la clase burguesa, desde el plano elemental de los intereses inmediatos, que se desarrolla el movimiento de clase del proletariado; movimiento que tiende a plantearse la gran cuestión del poder de clase, puesto que es el poder de clase de la burguesía que somete a las clases subalternas y, en particular, al proletariado asalariado, en condiciones de explotación cada vez más intolerables. Y es el desarrollo del movimiento de clase del proletariado, en su continua lucha contra la clase burguesa, el que ha creado históricamente las condiciones para el nacimiento del partido de clase, es decir, la específica organización política que se plantea la tarea de representar, en la lucha de clases, las finalidades históricas de la clase proletaria.

El desarrollo mismo del capitalismo, y de las luchas de clases, entre enfrentamientos violentos y tentativas revolucionarias, ha arrojado las bases materiales para la formación del partido político de la clase del proletariado, partido que, con la aparición del marxismo y del *Manifiesto* de 1848, será su unión, la superación de la competencia entre los mismos obreros que la burguesía de cada país tiene todo interés en alimentar y hacer permanente.

Toda lucha de clases es lucha política, afirma el *Manifiesto* de Marx-Engels, lucha que tiende a centralizarse y que requiere una organización específica: esta *organización de los proletarios en clase*, afirma el *Manifiesto* de 1848, es la organización en *partido político*, en el partido de clase que representa los intereses de toda la clase del proleta-

riado contra los intereses de toda la clase burguesa. Y si en 1848, con el nivel de desarrollo capitalista y de las burguesías nacionales, era ya un resultado histórico que *las numerosas luchas locales* de los proletarios, haciendo posible las conexiones de las diversas localidades mediante los ferrocarriles, se centralizaban en una lucha *nacional*, hoy, a ciento sesenta años de distancia, *las numerosas luchas nacionales* de los proletarios de cada país tienden a unirse en una lucha *internacional*. Los movimientos del proletariado europeo contra la guerra en los años 1914-1918 y, en particular, en solidaridad con el proletariado ruso, victorioso en la revolución socialista de Octubre de 1917, han demostrado que el grito de batalla **¡proletarios de todo el mundo, uníos!**, lanzado en 1848 por el *Manifiesto* de Marx y Engels no era solo una aspiración, sino un objetivo real de la guerra de clase que el proletariado está empujado a hacer contra todas las otras clases de la sociedad, burgueses, pequeño-burgueses y residuos de las viejas clases pre-capitalistas.

La «*organización de los proletarios en clase, y por tanto, en partido político es sin cesar socavada por la competencia entre los mismos obreros*», afirma el *Manifiesto* de 1848. Aquí no se habla de asociaciones económicas de tipo sindical, se habla de **partido político**; Marx y Engels escriben estas líneas por orden de la Primera Internacional, el primer partido político del proletariado a escala mundial, y ya estaban en la capacidad de afirmar que el partido de clase, aún siendo fundado sobre las bases del comunismo revolucionario y con un programa político de esta corriente, no obstante corría el riesgo de rupturas a causa de la competencia entre los mismos obreros. Aquí se refiere a un concepto caro a la Izquierda Comunista italiana, y reafirmado con vehemencia por Amadeo Bordiga en el trabajo de restauración de la doctrina marxista: el concepto de **partido histórico** y de **partido formal**. El partido histórico, esto es, la teoría, la doctrina marxista, es para nosotros, como lo ha sido para Lenin, **invariante**; en cambio el partido formal, la física *organización de los proletarios en clase, y por tanto, en partido político*, puede ser «*socavada por la competencia entre los mismos obreros*». El partido formal caduca, «pero, surge de nuevo, y siempre más fuerte, más firme, más potente», como la historia del movimiento proletario y comunista ha demostrado: después de la Primera, ha habido una Segunda y una Tercera Internacional, después de los partidos socialistas y socialdemócratas, hubo los partidos comunistas y, sobre todo, hubo el Partido Bolchevique en los tiempos de Lenin y el Partido Comunista de Italia en los tiempos de Lenin y Bordiga.

La caducidad del partido formal está determinada por las ondas oportunistas que agredieron las defensas inmunitarias del órgano-partido hasta obtener razón sobre ellos despedazándolos y transformándolos de partido político de clase del proletariado en partido político del proletariado al servicio de la clase

dominante burguesa. Siempre han sido subestimadas por las fuerzas pseudo-comunistas, en realidad oportunistas, las referencias a las bases materiales de la caducidad del partido de clase: la competencia entre los propios obreros, la cual representa la más dura oposición a la unión de los proletarios de las diversas localidades y países en un único gran movimiento de clase, internacionalista e internacional. La única y verdadera victoria de las luchas obreras *no es el éxito inmediato*, sino la unión cada vez más extensa de los obreros. Y esta unión no puede ser sino la unión de los intereses de clase, de los intereses que atañen a toda la clase proletaria por encima de las divisiones por categorías, por sector mercadotécnico, por edad, sexo o nacionalidad. Pero esta unión puede ser representada de un modo permanente, más allá de las vicisitudes de la lucha de clases y de la transitoriedad de los éxitos inmediatos, solo por aquella específica organización de los proletarios en clase que es el partido político de clase, el partido comunista, en la medida en que representa efectiva y coherentemente sus finalidades históricas.

El partido de clase, el partido comunista revolucionario, por causa de acontecimientos históricos desfavorables, puede ser incluso representado por unos pocos elementos – como sucedió con Marx y Engels, luego de la derrota de la revolución de 1848 – o por poquísimos elementos – como sucedió con Lenin, Zinoviev y otros pocos al comienzo de la Primera Guerra Mundial – o por un solo compañero de la Izquierda Comunista italiana, como ocurrió con Bordiga, en los años de la victoria del estalinismo, de la segunda guerra mundial y la posguerra. Usamos los nombres de los militantes del comunismo revolucionario no para alabar su individualidad, sino porque representan un movimiento bien preciso, el del marxismo integral que, sobre todo después de la victoria del estalinismo y la destrucción de la revolución proletaria en Rusia y en el mundo, solo la Izquierda Comunista pudo representar en el hilo del tiempo, más allá de las tentativas más o menos logradas de organizar en *partido* las siempre modestas fuerzas físicas de militantes en carne y hueso.

El *partido histórico* – es decir, la teoría – es invariante; tocar aunque solo sea una de sus partes equivale a tergiversar el todo y a abrazar una de las tantas teorías del adversario de clase; el *partido formal* – es decir la trabazón física organizada y disciplinada – caduca, puede formarse y desarrollarse en coherencia con el marxismo y devenir fuerte y compacto, tal como lo fue durante años el Partido Bolchevique de Lenin, pero puede corromperse y ceder a las influencias nefastas del oportunismo, puede ceder las «armas de la crítica» al enemigo y abrazar la «crítica de las armas» a su servicio, como demasiadas veces ha sucedido en la historia, por ejemplo, con la votación de los créditos de guerra de los viejos Partidos socialistas y socialdemócratas, con la participación en la guerra imperialista al servicio de uno de los frentes de guerra, tanto como fuerza de Esta-

do (la URSS), como forma de partisanismo, en la participación en los gobiernos burgueses y en la represión de las luchas proletarias, insurreccionales o no. El partido histórico, en periodo extremadamente desfavorable no solo para las revoluciones proletarias, sino también para la misma lucha de clase elemental en defensa de las condiciones de vida y trabajo proletarias, puede sin embargo ser representado incluso solo por un núcleo muy pequeño de militantes organizados, o hasta puede ser representado por un *escrito olvidado* (Bordiga), pero está destinado a renacer en un partido formal tan pronto la situación madure hacia condiciones favorables a la reanudación de la lucha de clase; éste representa la conciencia histórica de clase del proletariado que lucha; representa la guía de la lucha proletaria sobre el terreno anti-capitalista, por cuanto condensa las experiencias históricas de las luchas pasadas, los balances de las derrotas sufridas y la perspectiva de la historia futura de las sociedades humanas, que se realizará – como ya ha ocurrido en las sociedades precedentes – a través de la revolución más profunda y universal que la historia humana jamás haya conocido, la revolución proletaria y comunista.

* * *

Este texto que publicamos forma parte de un trabajo iniciado después que estalló la crisis en nuestro partido de ayer (1) en los años 1982-84 en el curso del balance de las crisis que golpearon al partido durante sus treinta años, desde su constitución a partir de la posguerra. Se busca aquí trazar una breve historia del Partido Comunista Internacional, nacido formalmente en 1952 con la escisión operada en el movimiento político organizado en torno al periódico «battaglia comunista» [batalla comunista] como Partido Comunista Internacionalista.

Este trabajo no puede ser apreciado sino en estrecha relación con la *Historia de la Izquierda Comunista*, cuya redacción fue posible solo a través de un largo trabajo de partido que comenzó en las reuniones generales de los años Sesenta del siglo pasado, constantemente publicadas en el arco de veinte años en el órgano del partido «programma comunista»; hasta 1969 estuvo presente y activo Amadeo Bordiga y, posteriormente, presente y activo el compañero Bruno Maffi que se propuso la tarea de llevarlo adelante.

En marzo de 1964 sale, dirigido por el partido, el primer tomo de la *Historia de la Izquierda Comunista*, en el cual viene trazado el trayecto histórico de la corriente de la Izquierda Comunista de Italia dentro del movimiento proletario revolucionario mundial. Este trabajo de partido no habría tenido ningún sentido si no hubiese sido planteado de este modo: la formación y desarrollo de una Izquierda Comunista revolucionaria en Italia fueron inseparables del movimiento proletario y comunista europeo y mundial. En el desarrollo del movimiento político en Ita-

lia, la corriente del comunismo revolucionario (aunque por algunas décadas el punto de referencia haya sido el *Partido socialista*, como en muchos otros países europeos) se desarrolló a través de diversos estadios de madurez, pero ligada sólidamente a una trayectoria histórica caracterizada por una más estrecha e intransigente coherencia con el marxismo. Y esta intransigencia es para nosotros fundamental e indispensable para la formación de la Primera Internacional, con Marx y Engels y de la Segunda, con Engels vivo todavía, en la formación del Partido Bolchevique en la Rusia de Lenin y en la formación del Partido Comunista de Italia con Bordiga, como en la formación de la Tercera Internacional, la Internacional Comunista, bajo el impulso del Partido Bolchevique victorioso en la revolución de Octubre y en la victoriosa y férrea dictadura proletaria en Rusia.

Para nosotros, tal como siempre ha sido remachado por el partido de ayer, y por Amadeo Bordiga en particular, la *Izquierda Comunista* se entiende siempre históricamente como una corriente internacional del marxismo, según sus tiempos desiguales de maduración, según los países y según las más o menos consistentes expresiones físicas organizadas. La necesidad de caracterizarla como «izquierda» ha sido determinada por los mismos progresos de la lucha política en el seno de las formaciones políticas del proletariado, y por la lucha que el comunismo auténtico, intransigente, coherente, no adulterado, debiera terminar por su definición teórica en el *Manifiesto del Partido Comunista* de 1848 contra las diferentes olas del oportunismo que, con mayor o menor éxito, atacarían insistentemente la teoría del comunismo revolucionario que no es otra que el marxismo. Sostenemos abiertamente que la corriente de la Izquierda Comunista a la cual nos ligamos es, en realidad, la aplicación, en las sucesivas etapas históricas atravesadas por el movimiento comunista internacional, del marxismo intransigente en la forma-partido. No tendría ningún sentido hablar de Izquierda Comunista, y de partido comunista revolucionario, si se concibe la expresión política y teórica del comunismo revolucionario como el resultado, el producto, del pensamiento de un gran personaje, de un gran hombre que nace cada 500 años.

El marxismo no es el «pensamiento de Marx»; es el *producto* histórico de un largo proceso de luchas entre las clases dialécticamente favorables a la superación de los límites que, en las fases posteriores de desarrollo de la sociedad humana, representan los ápices relativos a este desarrollo; es, igualmente, en cuanto teoría de las sociedades humanas por venir – el comunismo –, teoría del desarrollo

(1) Se trata de lo que llamamos nuestro partido de ayer, el «Partido comunista internacional-il programma comunista» (de 1952 a 1965, partido comunista internacionalista-il programma comunista).

revolucionario, drástico, explosivo, violento de la emancipación de sus grados prehistóricos de desarrollo (es decir, de organizaciones sociales divididas en clases antagónicas), el **factor** de un proceso histórico superior, armónico, orgánico al desarrollo histórico de las fuerzas productivas en relación con la naturaleza. El comunismo revolucionario, el marxismo, no es *propiedad intelectual* del Dr. Marx que se deba contraponer a otras propiedades intelectuales. Su histórica y potente *impersonalidad* tiene la fuerza de los fenómenos naturales, representando en el presente el movimiento real de las fuerzas productivas humanas hacia su histórico e inexorable desarrollo, el marxismo solo puede ser aceptado y tomado por lo que es, en su compleja construcción científica y en la capacidad que tiene para explicar el devenir histórico de las sociedades humanas. La *invariancia* del marxismo – defendida valientemente por la corriente de la Izquierda Comunista contra cada agresión que vino de las teorías y prácticas oportunistas, y en particular solo por la Izquierda Comunista de Italia, cuando el estalinismo le asestaba golpes al marxismo, y a los militantes revolucionarios, cosa que impidió a la clase proletaria internacional reconocer la justa vía revolucionaria – se apoya sobre su construcción científica y sobre el hecho de representar en el presente el devenir histórico de la sociedad humana.

Desde este punto de vista, puesto que hasta hoy la historia humana es la historia de la lucha de clases, historia de revoluciones y contrarrevoluciones, y que el partido comunista revolucionario es no solo **factor** sino también **producto** de la historia, no es sorprendente que, en los periodos históricos en los cuales la lucha de clase del proletariado se encuentra casi totalmente ausente y la contrarrevolución burguesa se agiganta sobre todas las cosas, la militancia revolucionaria se reduzca a un puñado de compañeros. No por ello la historia ha terminado, no por ello el marxismo ha perdido su valor invariante. La obra de restauración teórica producto de las fuerzas de la Izquierda Comunista luego de la segunda guerra mundial, sirvió para demostrar que el marxismo es el único método para comprender y explicar la historia de la sociedad humana, es la única teoría con capacidad para iluminar los múltiples lados oscuros en los cuales la contrarrevolución burguesa ha precipitado a las fuerzas proletarias y comunistas, es la única guía, el único faro capaz de redefinir la vía de la emancipación de la sociedad dividida en clases a la luz de los acontecimientos que solo han sorprendido a los a-marxistas y antimarxistas.

* * *

La segunda carnicería imperialista mundial y las posiciones tomadas precedentemente por la entonces degenerada Internacional Comunista sacaban a la luz toda la curva histórica de la tercera oleada

oportunista que golpeó al movimiento proletario mundial que, por brevedad propagandística, ha sido llamada *estalinismo*. La participación de los partidos comunistas estalinizados desde entonces en la segunda guerra imperialista en apoyo al frente bélico de las potencias democráticas contra el frente bélico adversario de las potencias fascistas, anunciaba el precipicio más profundo en el cual el oportunismo estalinista había arrojado al movimiento proletario internacional. La URSS, falsamente erigida en «Estado-guía socialista», con sus maniobras de imperialismo rampante, primero hacia la Alemania nazi con la cual suscribió, en 1939, el Pacto Molotov-Ribbentrop, luego hacia el bloque de las potencias imperialistas occidentales Inglaterra y Francia y por último los Estados Unidos, con los cuales se alió contra la Alemania nazi y Japón en la continuación de la guerra para reservarse, cuando viniera la victoria, una porción de Europa y una zona de influencia significativa hacia los países asiáticos cercanos, imponía, con su fuerza estatal y con la influencia usurpada al movimiento comunista revolucionario victorioso en Octubre de 1917, un sistema de sometimiento del proletariado a las exigencias del capitalismo mundial sin parangón en la historia. Por este motivo, refiriéndonos al estalinismo, hablamos de tercera oleada oportunista que asumía, multiplicando su fuerza, «las peores características de las dos precedentes, en la misma medida en que el capitalismo moderno incluye todos los estadios de su desarrollo» (*Tesis características del partido*, diciembre de 1951).

Se comprende, considerando estos elementos, la devastación producida por la tercera oleada oportunista. La primera oleada oportunista en las filas del movimiento proletario marxista fue la revisionista socialdemócrata (posiciones bakuninistas en la Primera Internacional – 1867-1871 – soreliana en la Segunda Internacional – 1907-1914 – gracias a la cual se afirmó la posibilidad de un socialismo por vía gradual e incruenta, vaciando al marxismo de su contenido revolucionario (Bernstein). La segunda oleada oportunista se abatió sobre el movimiento proletario tras el estallido de la primera guerra imperialista mundial 1914-1918; el conflicto armado entre los Estados fue considerado como una lucha cuyo desenlace podría hacer regresar el feudalismo absolutista, destruyendo las conquistas civiles y de progreso económico de la burguesía, de lo cual surge la necesidad de solidarizarse con los Estados nacionales en guerra de ambos frentes, puesto que la atrasada Rusia de los zares estaba aliada a las burguesías avanzadas de Inglaterra y Francia. Este oportunismo se caracterizó, pues, como oportunismo de guerra que se enfrenta a la posición coherentemente revolucionaria y marxista (Lenin) que, una vez definida la guerra como un producto del capital y no de la lucha entre el capitalismo y formas antiguas, surge no sólo «la condena de la unión sagrada y de la alianza nacional, sino la reivindicación de la

lucha derrotista del partido proletario dentro de cada país contra todo Estado y ejército en guerra»; además se debe intentar «en cada país la acción derrotista en la retaguardia para transformar la guerra imperialista de los Estados en guerra civil de las clases».

La tercera oleada oportunista tiene por fecha 1926, en correspondencia con la victoria de la teoría contrarrevolucionaria de la «construcción del socialismo en un solo país», además muy atrasado con respecto a sus bases económicas como en la Rusia de entonces. Como un potente y mortífero tsunami, el estalinismo golpeó mortalmente al movimiento del proletariado ruso y mundial, distorsionando completamente la estrategia revolucionaria marxista y, por tanto, al marxismo mismo. 1926 fue un episodio violento y trágicamente fatal para la Internacional Comunista y para todos los partidos adherentes, pero no vino de improviso; muchos fueron los errores que prepararon su confluencia.

En tiempos de Lenin y de la victoriosa revolución proletaria en Rusia, en 1917, la alternativa histórica se presenta de este modo, tal como está escrito en las *Tesis Características* (III parte, punto nº 10): o bien la victoria de esta lucha mundial [con el proletariado mundial movilizado al lado del poder soviético y aliado a los pueblos coloniales insurgentes contra los imperialismos metropolitanos blancos, *NdR*] con el derrocamiento del poder capitalista, por lo menos en gran parte de la Europa desarrollada, y un aceleradísimo ritmo de transformación de la economía en Rusia, *saltando* la fase capitalista y poniéndose al nivel de la industria de Occidente ya madura para el socialismo; o bien la persistencia de los grandes centros del imperialismo burgués y, al mismo tiempo, el repliegue del *poder revolucionario* ruso a las tareas de una sola de las dos revoluciones sociales: la burguesa, con un esfuerzo de construcción productiva inmenso, pero de tipo capitalista y no socialista». En la segunda hipótesis el problema que se planteaba era: cuál táctica debió haber adoptado la dictadura proletaria en Rusia y la Internacional Comunista para resistir frente a los poderes burgueses que, luego de la sacudida de la primera guerra mundial y de la primera revolución proletaria victoriosa, lograban consolidarse y retomar el control sobre amplios estratos del proletariado influenciado por las fuerzas del oportunismo, y para alejar del terreno de la lucha revolucionaria y del asalto a los poderes burgueses de Occidente a los estratos proletarios más combativos.

Mientras el Ejército Rojo, sostenido vigorosamente por el proletariado ruso y por amplios sectores de campesinos pobres que habían participado en la revolución de Octubre, afrontaba, entre 1918 y 1921, tres largos años de guerra civil contra los ejércitos blancos apoyados y financiados por las potencias imperialistas europeas, venció; mientras el poder revolucionario ruso intentaba la reorganización económica de los territorios controlados por el país

y el Partido Bolchevique daba lo mejor de sí en el esfuerzo titánico de conducción de la Internacional Comunista, reconstituida en plena guerra civil rusa, de parte de los partidos comunistas occidentales no vino un sólido, firme y coherentemente marxista aporte estratégico-táctico del cual la primera dictadura proletaria victoriosa tenía necesidad. Al contrario, los partidos comunistas de Europa, alemán y francés sobre todo, no transmitieron a la Internacional y al Partido Bolchevique sino las debilidades y carencias teóricas y políticas en las que se habían formado. Sus continuas oscilaciones entre posiciones veleitarias y aventureras y posiciones socialdemócratas y nacionalistas dejó prácticamente al Partido Bolchevique como la única guía del movimiento comunista internacional, y contando solo con las experiencias políticas dirigidas y condicionadas por la situación histórica que caracterizaba la lucha política en la Rusia zarista. En Rusia, la experiencia de un parlamentarismo liberal y de un sindicalismo legalmente permitido, fue muy breve y, desde el punto de vista histórico, poco significativa, mientras que en el resto de Europa «medio siglo de degeneración había hecho de estos campos el terreno propicio para el adormecimiento de toda energía revolucionaria y para convertir a los dirigentes proletarios en sirvientes de la burguesía». Es sobre esta experiencia histórica específica que la Izquierda de la Internacional, cuya mayoría pertenecía al Partido Comunista de Italia, sostuvo que en Occidente no se debía adoptar alianzas y propuestas de alianzas con los partidos políticos socialistas y pequeño-burgueses; con insistencia la Izquierda Comunista de Italia buscó introducir en la Internacional una táctica que excluyese todo frente único político y, por consiguiente, todo expediente de tipo democrático tanto desde el punto de vista organizativo (aceptación de partidos «simpatizantes» en la Internacional), como político (gobierno obrero o, peor, gobierno obrero-campesino), precisamente para combatir la reincidencia en la socialdemocracia que había echado profundas raíces en el movimiento proletario europeo y para defender la integridad organizativa y teórica del partido comunista revolucionario a nivel *internacional*. No es por casualidad que, gracias a la insistencia de la Izquierda Comunista de Italia, la condición 21 de admisión a la Internacional tomara una caracterización más rigurosa e intransigente, al menos en dos puntos, que serán después dos fundamentos de la doctrina marxista: «1) Las aplicaciones tácticas de las bases programáticas del partido deben ser examinadas y decididas internacionalmente; 2) el programa no se acepta «por disciplina», como es lícito y necesario aceptar por disciplina una directiva contingente; o este «se acepta o se rechaza, pero en este último caso se abandona el partido», puesto que el programa no es materia de conjeturas, «preferencias» u «opiniones». En el plano organizativo, significaba que «la minoría que se declara contra el programa debe ser expulsada» (o bien, tal como

sucedirá en Livorno, la minoría del viejo partido que solo lo abraza se... auto-expulsa!)» (*Historia de la Izquierda Comunista, 1919-1920, vol. 2*).

Pero, como afirmó el recio compañero bolchevique Rakovsky: «No son las condiciones de admisión que nos van a ofrecer garantías. Debemos considerarlas como un mínimo, y exacerbarlas si es necesario. Pero la Internacional Comunista tendrá que asegurarse otra garantía. Solo creando un verdadero centro del movimiento internacional, un verdadero Estado Mayor de la revolución, munido de plenos poderes para dirigir al movimiento en todo el mundo, solo así nos podremos convencer del cumplimiento de las condiciones de admisión». Ningún marxista coherente tenía dudas sobre el hecho de que las condiciones de admisión, por sus asperezas, habrían sido eficaces como «barrera insuperable al emergente reformismo» solo si se reforzaba «con la firme decisión de aplicarlas con todo el rigor, especialmente si, como nosotros consideramos, a diferencia de los bolcheviques, el compás de espera de la marea revolucionaria hubiese sido más largo y tenaz de cuanto pudiese parecer en los días en que el Ejército Rojo amenazaba Varsovia y en todas partes el proletariado daba signos de despertar impetuoso después de tantas derrotas sufridas» (*Storia della Sinistra Comunista, cit.*).

En los hechos, la Internacional de 1921 a 1926, es decir, del tercero al quinto Congreso y al Ejecutivo Ampliado de 1926, adoptó un método táctico cada vez más ecléctico, basado en un canon erróneo: cambiar la táctica según el examen de las situaciones, es decir, lo contrario de cuanto expresan las 21 condiciones de admisión. Estas últimas, en verdad, no lograrán definir con extremo rigor otros puntos, como el punto 15 por el que el delegado de la Izquierda italiana (la Fracción Comunista Abstencionistas del PSI) deseaba que el programa de los partidos comunistas adherentes a la Internacional fuese uno solo y común a todos los partidos comunistas del mundo; no siendo posible lograr ya este resultado en aquel Congreso, el delegado de la Izquierda italiana deseaba que, al menos, formalmente no se dejase espacio a fuerzas centristas y socialdemócratas que permitiesen hacer entrar por la ventana lo que se había arrojado por la puerta. Por ello, en la tesis 15 en la que se decía: «Los partidos que todavía mantienen los viejos programas socialdemócratas tienen la obligación de someterlos a revisión lo antes posible, y de redactar, teniendo en cuenta las condiciones particulares de su país, un nuevo programa comunista que esté en conformidad con las decisiones de la Internacional», proponía suprimir las frases «teniendo en cuenta las condiciones particulares de su país» y «en conformidad con las decisiones de la Internacional Comunista», sustituyéndolas por el siguiente párrafo «elaborar el nuevo programa en el que los principios de la III Internacional estén plasmados de manera inequívoca, plenamente concordante con las resoluciones de los

congresos mundiales. La minoría que vote contra el nuevo programa deberá, en virtud de ese voto, ser excluida del Partido. Los Partidos que hayan adherido a la III Internacional sin haber cumplido con esta condición, deberán convocar lo más pronto posible un Congreso extraordinario para uniformizarla. Esta propuesta no fue aceptada, pero sobre todo, en el siguiente Congreso, en 1921, cuando se reconocía que las perspectivas revolucionarias a breve plazo se estaban alejando, en lugar de aprovechar la ocasión para apretar los frenos, estos frenos fueron relajados!

Nos hemos detenido en estos pasajes históricos de la Internacional, que pueden ser leídos en profundidad en la *Storia della Sinistra Comunista*, para reafirmar que la degeneración de la Internacional fue causada por una serie de concesiones principalmente en el campo táctico y organizativo, demostrando a través de los documentos históricos que los compañeros italianos de la Izquierda comunista fueron los más firmes e intransigentes en la enunciación y en la práctica de tácticas y criterios organizativos en total coherencia con los principios y la doctrina del marxismo, y que por virtud de estas características pudieron prever la victoria del oportunismo y la derrota del movimiento revolucionario, si la Internacional continuaba deslizándose hacia el vuelco de las prioridades de acción internacional, contrario a lo que debían ser: a la cabeza iba la Internacional de los partidos comunistas del mundo, luego cada una de sus secciones, entre ellas la rusa, y después, para la política rusa, el gobierno comunista ejecutor de las directivas del partido. Al contrario, la orientación fue puesta patas arriba: los problemas rusos, en cuanto a la gestión de la economía y de la situación interna, emergían y preponderaban sobre toda la política de la Internacional, haciéndola dependiente, sucesivamente hasta convertirla en un control de los partidos comunistas del mundo no por el partido bolchevique sino por el Estado ruso. Estado y partido no deben nunca ser confundidos y, sobre todo, debe ser el partido quien guía y controla el Estado y no a la inversa; la firmeza de organización y principio del partido bolchevique era algo muy diferente a la uniformidad y la «garantía» que podían dar el poder estatal en Rusia donde, precisamente por las condiciones económicas, sociales, y por las relaciones internacionales entre Estados, era «el más expuesto a ser empujado – como la historia demostró – a la renuncia de los principios y de las directivas revolucionarias». La teoría de la «construcción del socialismo en un solo país» sintetizaba exactamente este trastocamiento: el movimiento comunista internacional fue así golpeado mortalmente y, con ello la posibilidad de poder aprovechar la próxima ocasión histórica de una reanudación revolucionaria como en el caso del movimiento revolucionario en China, en 1927.

Las desviaciones en el campo táctico y organizativo no podían dejar de repercutir en la táctica de

la Internacional frente al fascismo, respecto al cual es conocida la posición de la Izquierda Comunista de Italia: el fascismo no es la expresión de una regresión política y social de la sociedad burguesa, sino más bien su expresión de máximo desarrollo, ora en términos económicos (aceleración de la concentración económica, intervencionismo del Estado en la economía), ora en términos políticos (fortísima centralización política con el partido único, dictadura de clase abierta y declarada), ora en términos sociales (sindicato único y obligatorio, política de amortiguadores sociales). También en este caso, el erróneo método del situacionismo llevó a la Internacional a adoptar una táctica que tendía a apoyarse sobre la parte izquierda de la burguesía. (liberal, democrática y pacifista) para enfrentar a su parte derecha (reaccionaria, fascista y belicista), en lugar de la táctica clasista y revolucionaria (que siempre propuso Lenin) de derrotismo revolucionario respecto a los diversos métodos de gobiernos burgueses ya sean reaccionarios y fascistas, o liberales y democráticos. Las clásicas posiciones revolucionarias y clasistas, recaladas en las Tesis de Lyon de la Izquierda, en 1926, fueron batidas por las posiciones oportunistas que planteaban una nueva (y vieja) tesis que sostenía, para el pasaje al comunismo, la necesidad de un estadio de gobierno burgués de izquierda! La misma guerra imperialista 1939-1945 la hicieron pasar como una guerra progresista, por la libertad y la democracia!

Con la tercera oleada degenerativa y oportunista, no solo la orientación traidora se presentaba en forma humanitaria, filantrópica y pacifista, culminando con la difamación contra el método insurreccional y la acción armada del proletariado revolucionario (para después desembocar en la apología de la violencia legal y estatal de guerra), se agrega también la aceptación de formas de acciones de combate y de guerra civil (con la resistencia partisana) y posteriores «encargos» por parte del proletariado de la defensa de la democracia, la legalidad, la paz burguesas. De la suspensión de la lucha proletaria contra el poder burgués en periodo de guerra entre Estados, como ocurrió con la guerra mundial de 1914-1918, se pasó a la plena colaboración con los gobiernos burgueses, subordinando a los partidos comunistas a las «supremas exigencias» de la «defensa de la democracia contra el fascismo». La degeneración del movimiento comunista internacional tuvo estos efectos: negó de hecho la perspectiva histórica de emancipación de clase del proletariado y ligó su propia lucha de defensa inmediata a las exigencias de la conservación del capitalismo y del poder burgués, destruyó a los partidos comunistas y a la Internacional Comunista, transformándolos en punteros del orden burgués y justificó la masacre sistemática de los comunistas revolucionarios, destruyendo, además de la continuidad ideológica y teórica, la continuidad organizativa del partido de clase, obligando al proletariado a sufrir el dominio de la dicta-

dura burguesa en los años posteriores, y a una existencia solo embrional a las fuerzas del comunismo revolucionario.

La liquidación de todas las instancias revolucionarias abría un largo periodo de triunfos a las influencias contrarrevolucionarias en el proletariado mundial. La victoria de la contrarrevolución estalinista en la Internacional y en Rusia permitían así la extensión sin obstáculos de la influencia contrarrevolucionaria en todos los países, vencedores y vencidos en guerra, como demostración de las posiciones justas de la Izquierda Comunista de Italia que consideraba como imperialista la segunda guerra mundial y que además preveía la absoluta imposibilidad de un repentino ascenso revolucionario (*Tesis características, 1951*), algo que otras tendencias creían posible.

* * *

Para la breve historia de nuestro partido partimos ligando los hechos y las cuestiones al giro histórico de 1926, sobre el cual el partido ha hecho diversos trabajos, entre los cuales consideramos señalar, sobre todo, dos: *Rusia en la gran revolución y en la sociedad contemporánea*, de mayo de 1956 (2), y *La crisis de 1926 en el partido y en la Internacional*, de abril de 1980 (3). Como todo trabajo de partido, estos también forman parte de la labor más compleja de restauración de la doctrina

(2) *Rusia en la gran revolución y en la sociedad contemporánea*, reunión general en Turín, mayo de 1956, publicado en los nn. 12, 13 y 14, de 1956, en el entonces periódico «il programma comunista», luego reunido en el volumen *Struttura economica e sociale della Russia d'oggi*, publicado en febrero de 1976, como su integración con cierre de los argumentos tratados en ese texto.

(3) *La crisis de 1926 en el partido y en la Internacional* es el contenido de Quaderni del Programma Comunista, n. 4, abril de 1980 en el cual se encuentra republicada la famosa *Carta de A. Bordiga a K. Korsch*, con fecha 28 de octubre de 1926 en la cual Bordiga insiste con fuerza que la revolución de 1917 en Rusia fue una revolución proletaria y no burguesa – como en cambio sostenía Korsch – aunque sea un error «generalizar sus lecciones tácticas», y responde a una invitación de una organización internacional de la Izquierda declarando que «en primer plano, más que la organización y la maniobra, un trabajo previo de elaboración de ideología política de izquierda comunista internacional, basada en las elocuentes experiencias por las que ha pasado el Komintern. Como esto está lejos de haberse llevado a cabo, cualquier iniciativa internacional se hace muy difícil» En este Quaderni se desarrollaron todos los aspectos esenciales de la crisis en la cual se precipitó tanto el Partido Bolchevique, en cuya lucha interna venció el estalinismo como «plano antirrevolucionario que contó con los factores internos de los campesinos ricos y de la nueva burguesía y pequeña burguesía, y sobre los factores externos de las po-

marxista y de la historia del movimiento comunista internacional, ambas falseadas a lo largo de la obra demoledora y sistemática del estalinismo en su lucha contrarrevolucionaria, hasta ahora, desgraciadamente victoriosa. Son citados, entre otros, la *Struttura económica e sociale della Russia d'oggi*, *Le grandi questioni storiche della rivoluzione in Russia*, el *Diálogo con Stalin*, el *Diálogo con los Muertos*, las *Lecciones de las contrarrevoluciones*, las *Tesi della Sinistra* de los años de reorganización revolucionaria en la forma-partido de la segunda posguerra, sin jamás romper el lazo histórico con las *Tesi della Sinistra comunista* presentadas en el Congreso del PcdI en Lyon, en 1926, con los *Rapporti sul fascismo de Bordiga* en los congresos de la Internacional en 1924 y 1926 y las magníficas intervenciones de Zinoviev, Trotsky y Kamelev en el VI° Ejecutivo Ampliado de 1926 como precedentemente en la XIV° y XV° conferencia del Partido Bolchevique ruso.

El trabajo que publicamos no es la continuación de la *Storia della sinistra Comunista*, de la cual ya han sido publicados cuatro volúmenes, y que cubren todo el periodo hasta mayo de 1922 con la grande y ardua cuestión de las tesis del PcdI sobre la táctica, para lo cual desearíamos fuerza y energía mucho más consistentes que las que hoy podemos tener a disposición. Hemos querido dar una descripción histórica del camino que la corriente de la Izquierda Comunista de Italia hizo luego de los trágicas capitulaciones del Partido bolchevique y de la Internacional Comunista, frente a la formidable presión de las fuerzas capitalistas dentro y fuera del bastión revolucionario ruso. Con 1926 y la teoría del «socialismo en un solo país» se cierra con una derrota histórica el periodo de la revolución proletaria y del ascenso del movimiento comunista internacional. Ese periodo se había abierto con las grandes luchas del proletariado europeo, alemán en particular, contra la guerra imperialista que precedió la magnífica lucha revolucionaria del proletariado ruso y la conquista del poder político en la revolución de Octubre en 1917, con las grandes luchas del proletariado europeo en Francia, Italia, Polonia, Hungría, Serbia, y los grandes movimientos revolucionarios de las colonias, con la constitución de la Internacional Comunista en 1919 y la formación de partidos comunistas en Francia y Alemania, Italia y otros países. Un periodo de grandísima tensión revolucionaria que se difundía en el mundo a causa de la guerra imperialista mundial de 1914-18 y de sus consecuencias, con un partido bolchevique en el cenit del movimiento comunista internacional, a la altura de tremendas tareas de dirección, no solo de la revolución proletaria en Rusia, de sus tareas históricas de doble revolución tanto social como económica, sino también de la revolución proletaria internacional, para la cual la formación de la Internacional Comunista era el primer paso indispensable. El formidable diseño de una revolución que hacía confluír en un único movi-

miento que subvertía los órdenes constituidos, tanto en los países de capitalismo avanzado como en los países atrasados y coloniales, encontraba en las tesis de la Internacional Comunista en sus dos primeros congresos de Moscú y del Congreso de los pueblos coloniales de Bakú, el faro que iluminaba el seguro camino revolucionario de los partidos comunistas de todos los países, con la conciencia de que la unión de los proletarios de todos los países no podía realizarse sino a través de la unión de todos los partidos comunistas revolucionarios en un único potente y compacto Partido Comunista Mundial. En esta perspectiva trabajaban con gran lucidez teórica y política y con gran intransigencia doctrinaria tanto el Partido Bolchevique bajo la guía de Lenin como de la corriente de la Izquierda Comunista de Italia que, en 1921, constituyó el Partido Comunista de Italia.

Las graves e inmensas tareas que el Partido Bolchevique cargó sobre sus hombros, incluyendo las tareas de dirección del movimiento comunista internacional, requerían de la decisiva ayuda de las corrientes de izquierda del socialismo europeo y de los partidos comunistas allí constituidos para reforzar la dirección revolucionaria del movimiento comunista internacional, hacerla orgánicamente homo-

(Continuación nota 3)

tencias imperialistas», plano que ha podido tomar «*la forma de una agresión interna y externa o de «progresivo sabotaje e influencia de la vida social y estatal rusa, para empujarlas a una involución progresiva y una desproletización de sus caracteres*» o bien sea que la Internacional quien, al final, se vio sometida a las posiciones sostenidas por Stalin y sus secuaces, y cuyos efectos se verificaron con excepcional rapidez respecto a la organización interna y a la disciplina de partido, respecto a la destrucción de la internacionalismo comunista como en el caso de la revolución china, respecto a la sedicente partido bolchevique a las exigencias de Estado ruso a su vez influenciado fuertemente por los intereses económicos de la nueva burguesía y pequeña burguesía. También son tratadas aquí todas las cuestiones ligadas a las encendidas discusiones sobre la política económica en Rusia, sobre el «nuevo curso», sobre las tesis de Bujarín, Preobaghenski, Trotsky, remitiendo posteriormente a otro trabajo que no se realizó a causa de la crisis explosiva del partido en 1928-34. El tratamiento de los debates del periodo 1926-1928, de las posiciones de la Oposición Unificada y de las decisivas carencias de su no obstante honorabilísima batalla teórica que consistía en el retardo con que logran conquistar las posiciones marxistas correctas y, sobre todo, en la falta de fuerzas para volver a sacar desde la raíz las desviaciones demasiado tiempo toleradas y frecuentemente compartidas, impidiendo de esta forma que se dejen a las futuras generaciones un balance crítico del pasado como promesa indispensable al renacimiento del movimiento comunista mundial sobre la base de adherencia al originario programa comunista, cosa que solamente logró la minúscula Izquierda comunista italiana que, a nivel internacional, tenía muy poca influencia y notoriedad.

génea y efectivamente unitaria para poder atacar a las fuerzas imperialistas, que buscaban sofocar desde el embrión al movimiento revolucionario mundial abatiendo el poder proletario en Rusia, y para poder derrotar a las fuerzas del oportunismo socialista y socialdemócrata que influenciaban una parte todavía consistente del proletariado europeo. En esta perspectiva internacional e internacionalista estaba inscrita la actividad sobre todos los planos de la Izquierda Comunista de Italia que fue la única, respecto a las corrientes de izquierda y a los partidos comunistas ya constituidos como el alemán y el francés, en dar una contribución sustancial a la Internacional Comunista en el campo táctico y organizativo, tal como lo demuestran ampliamente el reforzamiento de las condiciones de admisión a la Internacional Comunista y los debates sobre la táctica y el parlamentarismo en 1920. En el mismo surco se encuentran insertadas todas las contribuciones sucesivas, entre las cuales destacan por su importancia las posiciones sobre el frente único sindical y no político en 1921 y las críticas a la consigna de «gobierno obrero», sobre el rechazo a unirse con el PSI y sobre la no aceptación de partidos «simpatizantes» en la IC, sobre la no aceptación de fórmulas equívocas y de sabor democrático como la de la «conquista de la mayoría» para luego pasar a la acción revolucionaria, sobre la táctica más general de 1922, sobre el fascismo de 1922 y 1924, sobre la llamada «bolchevización» de los partidos, con la que en el ascenso del estalinismo se esperaba hacer plegar los partidos de la IC a los intereses nacionales rusos, para luego desembocar en la batalla contra la teoría del socialismo en un solo país de 1926 con la que la degeneración de la Internacional Comunista tomaba un camino sin retorno.

En todos esos años, mientras que el poder bolchevique, desde la toma del poder en Rusia en Octubre de 1917 hasta la victoria de la guerra civil en 1921 y contra los ejércitos blancos, daba lo mejor de sí al movimiento comunista internacional, los grandes e influyentes partidos comunistas europeos de Alemania y Francia, cuyo proletariado, además del proletariado mundial, esperaba una guía revolucionaria segura y decisiva, no estuvieron a la altura de las tareas que la historia les ponía delante. Las posiciones socialdemócratas, chovinistas y oportunistas, contra las que las alas izquierdas de esos partidos se batieron, no fueron en verdad derrotadas, y continuaron dentro de los partidos comunistas a penas recién nacidos, influenciando de manera decisiva sus posiciones, tesis, acciones, haciendo oscilar continuamente las orientaciones, a veces hacia posiciones extremistas y ofensivistas, a veces hacia posiciones negociadoras, gradualistas, bloquistas, sin ningún plan táctico digno de ese nombre. Como dirá Trotsky posteriormente, para cambiar de táctica en 24 horas es necesario poseer una táctica que prevea ese cambio; pero esto era algo que no poseían ni el partido alemán, ni el partido francés.

Pues bien, la Izquierda Comunista de Italia – en la continuidad en el tiempo y en el espacio de la acción de defensa de la invariancia e intransigencia doctrinaria del marxismo y en las batallas de clase llevadas adelante concretamente contra toda desviación de la clásica ruta del comunismo revolucionario descrita en los textos de Marx, Engels, Lenin, en las tesis de los primeros dos congresos de la Internacional Comunista y en las tesis de la Izquierda Comunista de Italia hasta 1926 cuando esta fue reducida al silencio bajo el estalinismo imperante y dispersada por la represión fascista – resulta que fue la única corriente política del marxismo revolucionario con capacidad para ofrecer las bases teóricas y programáticas ligadas a los balances dinámicos sacados de las experiencias históricas de las victorias, pero sobre todo de las derrotas del movimiento proletario y comunista internacional. Frente a las tesis del autorizadísimo Partido Bolchevique y sus máximos representantes, a partir de Lenin, para continuar con Trotsky, Zinoviev, Kamenev, Bujarín y muchos otros, y a la autoridad del Partido Comunista de Alemania, las tesis de la Izquierda Comunista de Italia y de los primeros años del Partido Comunista de Italia, no solo sobre la cuestión del parlamentarismo, sino sobre la cuestión de la táctica desde el punto de vista más amplio y general, asumían en aquellos años, desgraciadamente la dimensión de una ayuda marginal y no decisiva, las mismas *Tesis de Roma* de 1922 fueron leídas por los jefes de la Internacional Comunista con mucha superficialidad, al tiempo que las contribuciones que podían ser determinantes sobre la cuestión del «frente único», de la «conquista de la mayoría», para no hablar del «gobierno obrero», eran apuradamente clasificadas como pruritos dogmáticos, como actitudes sectarias de una corriente acusada de temer actuar políticamente sobre terrenos que no podían jamás ser «puros» como el de la acción revolucionaria en las luchas proletarias para conquistas contingentes y parciales. De lo que estos mismos dirigentes de la Internacional no se dieron cuenta fue de que, con la ilusión de acelerar y ampliar la influencia de los partidos comunistas sobre las masas todavía demasiado sometidas a la influencia de los partidos socialdemócratas y reformistas, en un periodo en el que el impulso de las masas hacia la revolución proletaria era todavía fuerte y positivo, la adopción de métodos tácticos poco rigurosos y tendencialmente oscilantes – como precisamente era la táctica del «frente único político» – ponía inevitablemente a la Tercera Internacional sobre el camino del oportunismo, el mismo camino que había conducido la Segunda Internacional a la derrota, impidiendo al proletariado europeo afrontar la crisis de la primera guerra imperialista con posiciones clasistas y revolucionarias bajo la guía de partidos coherentemente orientados hacia la victoria final de la conquista revolucionaria del poder político y de la dictadura del proletariado.

En una de las *Tesis de la Izquierda* redactadas en 1945 con la guerra aún no terminada, publicadas en la revista «Prometeo» en 1947 (4), e intitulada *Natura, funzione e tattica del partito rivoluzionario della classe operaia*, se puede leer: «Una característica de la táctica oportunista ha sido la del sacrificio de la victoria final y total por parciales éxitos contingentes; la táctica del frente único se revelaba también oportunista, precisamente porque ella también sacrificaba la seguridad primera e insustituible de la victoria total y final (la capacidad revolucionaria del partido de clase) por la acción contingente que habría debido asegurar ventajas momentáneas y parciales al proletariado (el aumento de la influencia del partido sobre las masas, y una mayor unión del proletariado en la lucha por el mejoramiento gradual de sus condiciones materiales y por el mantenimiento de eventuales conquistas logradas)».

Estas no son palabras escritas solo cuando los hechos son verificados en el tiempo y no pueden ser cambiados, sino que provienen del mismo planteamiento teórico y programático que el Partido Comunista de Italia tuvo en 1921-22 y que pedía al partido de entonces la posibilidad de advertir a la misma Internacional Comunista de los peligros oportunistas que existían en la táctica demasiado elástica y distanciada del planteamiento teórico y programático que la IC se había propuesto. Por ejemplo, en las *Tesis de Roma* sobre la táctica, de marzo de 1922 (5), demostrando que el partido no descuidaba para nada la acción revolucionaria en el terreno de la lucha inmediata, se afirma que: «el partido comunista no descuidará el hecho innegable de que las reivindicaciones sobre las que gira la agitación del bloque de izquierda [de la izquierda burguesa y de la socialdemocracia, NdR] atraen el interés de las masas, y de que – en su formulación – corresponden a menudo a exigencias reales. El partido comunista no sostendrá la tesis superficial del rechazo de tales concesiones porque sólo la conquista revolucionaria final y total merecería los sacrificios del proletariado (...) invitará a los trabajadores a aceptar las concesiones de la izquierda como una experiencia, sobre cuyos resultados expresará claramente todas sus previsiones pesimistas y la necesidad de que el proletariado no ponga en juego su independencia organizativa y política (...) Las reivindicaciones expuestas por los partidos de izquierda y, particularmente, por los socialdemócratas, son a menudo de tal naturaleza que es útil instar al proletariado a moverse directamente para conseguirlas, dado que si la lucha fuese emprendida pondría inmediatamente en evidencia la insuficiencia de los medios con los cuales los socialdemócratas se proponen realizar un programa de medidas benéficas para el proletariado. El partido comunista agitará entonces

esas mismas reivindicaciones, subrayándolas y precisándolas como bandera de lucha de todo el proletariado, impulsándolo hacia adelante para forzar a los partidos que hablan sólo por oportunismo a enrolarse y empeñarse en la vía de la conquista de las mismas. Ya se trate de peticiones económicas, o incluso de carácter político, el partido comunista las propondrá como objetivos de una coalición de los organismos sindicales, evitando la constitución de comités dirigentes de lucha y de agitación en los cuales él estaría representado y comprometido al lado de otros partidos políticos. Ambas normas responden al objetivo permanente de mantener la atención de las masas en el programa comunista específico, como también la propia libertad de movimiento para la elección del momento en que se deberá ampliar la plataforma de acción y desbordar a los otros partidos que se han mostrado impotentes y han sido abandonados por las masas. Así entendido, el frente único sindical ofrece la posibilidad de acciones de conjunto de toda la clase trabajadora. De estas acciones, el método comunista no podrá más que salir victorioso, por ser el único susceptible de dar un contenido al movimiento unitario del proletariado y por estar libre de toda responsabilidad respecto al trabajo de los partidos que exhiben por oportunismo y con intenciones contrarrevolucionarias su apoyo verbal a la causa del proletariado» (Op. Cit. Rassegna Comunista, año II, n° 17 del 30 de Enero de 1922. Tesis de Roma (C.f.: <https://www.marxists.org/espanol/bordiga/roma1922.htm>).

Del frente único político al frente popular, a la defensa de la democracia burguesa contra el método fascista de gobierno de la misma clase dominante burguesa, al apoyo y participación en uno de los dos frentes bélicos en la segunda guerra imperialista mundial, todo ha representado una única entrega a la contrarrevolución, demostrando que alzando una barrera entre teoría y praxis, entre programa comunista y táctica comunista, es inevitable la caída en el oportunismo y colaboracionismo interclasista. La

(4) *Naturaleza, función, y táctica del partido revolucionario de la clase obrera*, redactado durante los primeros meses de 1945, y publicado en la revista teórica del Partido comunista internacionalista «Prometeo», I serie, n. 7, mayo-junio de 1947.

(5) C.f.: *Tesis sobre la táctica del Partido Comunista de Italia*. II° Congreso del partido, Roma 20-24 de marzo de 1922, relatores: Amadeo Bordiga y Umberto Terracini, publicadas en «Rassegna Comunista», año II, n. 17 del 30 de enero de 1922. Ahora en el n. 2 de la serie «i testi del partito comunista internazionale», *In difesa de la continuità del programma comunista*, ediciones il programma comunista, Firenze 1970, la citación es de los puntos 35 y 36 de la parte VI intitulada: *Azione tattica «indiretta» del partito comunista*, pp. 47-48.

lucha no solo teórica y programática sino política contra el oportunismo y cada una de sus posibles variantes, tiene la misma importancia de la lucha contra el capitalismo, contra la clase burguesa dominante, su ideología, su política, su táctica. Y una de las ilusiones que se han insinuado constantemente en el movimiento comunista internacional, es aquella de que se cree que el partido de clase, una vez restaurada la teoría marxista – como fue el caso en la primera posguerra, del partido bolchevique, del partido comunista de Italia, y, en la segunda posguerra, del partido comunista internacionalista-internacional – puede permitirse cualquier maniobra táctica sin que esta influya de manera determinante al partido mismo. Siempre en las *Tesis de Roma* se puede leer: «*La posesión por parte del partido comunista de un método y de una conciencia críticos, que conducen a la formulación de su programa, es una condición de su vida orgánica. Por ello, el partido y la Internacional Comunista no pueden limitarse a establecer la máxima libertad y elasticidad de táctica, confiando al juicio de los centros dirigentes – previo examen de las situaciones – la ejecución de la misma. No teniendo el programa del partido el carácter de un simple fin a ser alcanzado por cualquier vía, sino el de una perspectiva histórica de vías y fines ligados entre sí, en las situaciones sucesivas, la táctica debe estar en relación con el programa; por ello mismo, las normas tácticas generales para las sucesivas situaciones deben estar precisadas dentro de ciertos límites que no son rígidos, pero que son cada vez más precisos y menos oscilantes a medida que el movimiento se refuerza y se aproxima a su victoria general (...)* El partido y la Internacional deben exponer sistemáticamente el conjunto de las normas tácticas generales, para la aplicación de las cuales podrán llamar a la acción y al sacrificio a las filas de sus adherentes y a las capas del proletariado que lo entornan, demostrando cómo tales normas y perspectivas de acción constituyen la vía inevitable para alcanzar la victoria. Es, pues, una necesidad práctica y organizativa, y no el deseo de teorizar y esquematizar la complejidad de los movimientos que el partido podrá ser llamado a emprender; la que conduce a establecer los términos y los límites de la táctica del partido. Precisamente por estas razones muy concretas, el partido debe adoptar decisiones que parecen restringir sus posibilidades de acción, pero que son las únicas que garantizan la unidad orgánica de su obra en la lucha proletaria» (Op. Cit.).

El ejemplo de la táctica aporta de manera bastante clara el planteamiento y el método que la Izquierda Comunista de Italia adoptó y siguió defendiendo en todo su trayecto político hasta el Congreso del PCdEl en Lyon en 1926 en las intervenciones del Ejecutivo Ampliado, en las cuales tuvo la posibi-

lidad de expresar sus posiciones frente a las desviaciones oportunistas que la Internacional y el Partido Bolchevique estaban sufriendo irremediablemente con respecto a las cuestiones ya no solo tácticas, sino de principio, del comunismo revolucionario. El ataque político y disciplinario que la Izquierda Comunista de Italia sufrió por parte de la dirección de la IC hasta 1923, facilitado por la detención de la mayoría del ejecutivo del PCdEl por parte del fascismo que había tomado el poder poco tiempo antes, fue objetivamente el preludeo a un ataque mucho más pesado y decisivo contra la Oposición rusa de Trotsky, Zinoviev, Kamenev, Piatakov, Krupskaja, etc. quienes, despertando de manera vigorosa y altísima densidad, salen en defensa de los principios del marxismo revolucionario, sobre todo de conservación de la perspectiva general de la revolución mundial, se convierte en el blanco principal del estalinismo en pleno auge y entonces vencedor en el Partido Bolchevique y en la misma Internacional Comunista. La oposición rusa enfrentaba sin embargo los errores tácticos y políticos que había cometido en los años precedentes, oscilando demasiadas veces sobre posiciones centristas que luego se identificarán con el estalinismo.

Para la Izquierda Comunista de Italia, la teoría del «socialismo en un solo país», con la cual se pretendía construir el socialismo, incluso desde el punto de vista económico, solo en Rusia, sumamente atrasada por lo demás, no cae como rayo en cielo sereno, sino como el temible resultado de una terrible fase de degeneración oportunista que arremetió contra la Internacional y que, de hecho, prolongó la obra derrotista y contrarrevolucionaria de la Segunda Internacional a una potencia enormemente superior puesto que, sobre la base de la gran influencia que ganó la victoria de Octubre 1917 y la Internacional Comunista de los primeros años, hizo pasar dentro de las filas del proletariado mundial la falsificación del marxismo revolucionario más vasta y profunda que pueda imaginarse. Contra los efectos de esta degeneración solo podían resistir las fuerzas comunistas que habían combatido sin descanso y con rigurosa coherencia en todos los planos – teórico, programático, político, táctico y organizativo – desde los primeros síntomas de la enfermedad, y que jamás cederán a las lisonjas de los éxitos inmediatos obtenidos por medio de maniobras tácticas y organizativas, como la Izquierda Comunista, que ya era presentada sobre todo como la Izquierda Comunista de Italia.

Es por esto que «*los grupos que surgieron de la lucha de la Izquierda italiana contra la degeneración de Moscú*», tienen la posibilidad – no el derecho – «*de entender mejor que cualquier otro el camino que el partido verdadero, activo y formal, debe mantener para ser consecuente con las características del partido histórico revolucionario que en línea potencial existe por lo menos desde 1847, mientras en línea de praxis*

se ha afirmado en grandes fragmentos históricos a través de la serie trágica de las derrotas de la revolución». (del texto intitulado: *Consideraciones acerca de la orgánica actividad del partido, cuando la situación general es históricamente desfavorable*, 1965) Hablamos de grupos que derivan de la izquierda marxista de Italia contra toda forma de oportunismo y degeneración, y no de grupos, por ejemplo, que derivan de la lucha de Trotsky y del trotskismo contra el estalinismo, puesto que estos no podían entonces, ni mucho menos hoy, reclamarse de un patrimonio íntegro y sin compromisos con políticas y tácticas oportunistas.

La Izquierda Comunista, a pesar de ser reducida al silencio por el régimen disciplinario estalinista y luego puesta en fuga bajo el fascismo, logró no obstante mantener una continuidad física de grupo, teniendo en primera línea a su *Fracción en el Extranjero* y a sus órganos de prensa *Prometeo*, *Bilan*, *Ottobre*, etc. La Fracción en el Extranjero tuvo un rol: mantener el hilo de nuestra tradición y arrojar las semillas allí donde no existían. A su matriz – escribíamos en la *Premisa a la Tesis de partido*, después de 1945 (6) – se deben nuestra red internacional numéricamente magra, pero en notable medida, los primeros «cuadros» del partido en 1943, cuando este se constituyó con el reconocimiento del ahora en adelante paso definitivo de los partidos «comunistas» oficiales al reformismo, el legalitarismo, el social-nacionalismo; en suma, a la contrarrevolución.

Lo hemos afirmado muchas veces, y en este primer volumen dedicado a la historia del Partido Comunista Internacional lo tratamos ampliamente, de que el partido que se apoya en la sólida, clara, indefectible vía de la restauración teórica y programática, en continuidad ideológica con el Partido Comunista de Italia de 1921, y con la Internacional Comunista de los dos primeros congresos, no era y no podía ser el partido constituido en 1943, incluso como derivación organizativa de la *Fracción en el Extranjero*. El «Partido comunista internazionalista-battaglia comunista», en 1943 y en los años sucesivos, significó un esfuerzo generoso, pero confuso y discontinuo en muchos aspectos. Después de la tremenda derrota del movimiento comunista internacional no podía ser de otra manera. En ese periodo, hubo un grande y decisivo trabajo de restauración, desde sus fundamentos, de la teoría marxista tan maltratada y falseada por la labor destructora del estalinismo, y del balance dinámico de la victoria de la contrarrevolución en Rusia y en el mundo, trabajo que podemos ubicar a partir de 1945 en los textos y en las tesis de la Izquierda (de la *Plataforma política del Partido – Las Perspectivas de la posguerra en relación a la Plataforma del Partido – Naturaleza, función y táctica del partido revolucionario de la clase obrera al Tracciato d' Impostazione* (aún no traducido en español) – *Fuerza, violencia y Dictadura en la lucha de cla-*

se – Propiedad y Capital – Elementos de economía marxista – etc.), publicados en la revista de partido «Prometeo», y en la larga serie de «*Hilos del Tiempo*» publicados desde 1949 a 1952 en «battaglia comunista» y luego en «il programma comunista» (7). Esta dura obra de restauración teórica no podía además ser hecha sino a la par de la dura obra de restauración del órgano revolucionario, el partido de clase, no siendo el comunismo revolucionario una teorización ideológica o una de tantas filosofías que, según la ideología burguesa, albergan los cerebros de uno o más intelectuales.

Pasaron varios años para que la organización física de militantes, el partido, tomase una orientación firme y homogénea; así llegamos a 1951-1952, cuando esta orientación, basada en el retorno a las tesis de fondo del periodo 1920-1926 y sobre el balance dinámico del cuarto de siglo siguiente, resultó entonces neta e inconfundible. La confusión teórica y política fue superada a través de una escisión que era inevitable, de la cual nace el «Partido comunista internazionalista-il programma comunista», así como la correspondencia organizativa en el aporte teórico realizado en los años precedentes fue su característica principal. El objetivo no era el de un partido «perfecto», el partido que «nunca falla», absurdidad ideológica en sí, sino el de un partido que, a pesar del ámbito reducidísimo en el cual podía realizarlo, lleva consigo la reexposición de la doctrina marxista en su invariancia e integridad, y que ponía en práctica, sin nunca separarlo del esfuerzo constante de propaganda de nuestras posiciones teóricas y programáticas y de «importarlas» en la clase, participando, dentro de los límites de nuestras fuerzas, en las luchas por objetivos incluso inmediatos y contingentes. El partido no debía ser una academia de pensadores, un cenáculo de iluminados o una secta de conspiradores armados de un bagaje teórico inestimable pero desconocido para las masas proletarias; el partido no debía ser una fábrica de profesores de marxismo a enviar a los cuatro ángulos del planeta.

En las *Tesis Características del Partido* de 1951 se condensan los puntos irrenunciables de definición del partido, de sus objetivos y de su actividad, de la adhesión a éste. Es el cuerpo de tesis que marcará la escisión dentro de la vieja organización y que signará de modo bien claro la vía que el partido de clase, para serlo en los hechos, debía encaminarse: retomar el *hilo integral* del pasado, atándolo al presente y proyectándolo hacia el porvenir. Este texto fundamental, dividido en cuatro partes, se hace necesario en vista de las divergencias que emergían cada vez con más fuerza en el

(6) Ver *In difesa della continuità del programma comunista*, cit., p. 127.

(7) Para la lista completa de los textos y *Tesi della Sinistra*, como de los *Hilos del Tiempo*, ver nuestro sitio www.pcint.org.

seno del partido y que requería respuestas simultáneas en todos los planos.

En el plano teórico, en la primera parte, se afirma que el fundamento de la doctrina son los principios del materialismo histórico y el comunismo crítico de Marx y Engels, enunciados en el *Manifiesto de los Comunistas*, en el *Capital* y en sus otras obras fundamentales, base de la constitución de la Internacional Comunista de 1919, del Partido Comunista de Italia en 1921, y contenidos en los puntos de programa del Partido redactado en Livorno en 1921, integrado por algunos puntos que habíamos insertado en la segunda posguerra, *sin cambiar nada*, esculpiendo de manera cada vez más nítida los puntos de programa a la luz de la contrarrevolución estalinista, además de las consecuencias políticas y sociales de la segunda guerra imperialista mundial y de la alineación imperialista (a favor de los aliados) de la Rusia soviética. En la segunda parte se afrontan las tareas generales del partido de clase, reivindicándolas como *comunes a todas las épocas y a todos los países*. En esta se resalta nuestra tesis de base, de que la dictadura revolucionaria es dictadura solo del partido político comunista; quien no esté de acuerdo o sienta vergüenza de esto, ya se ha puesto fuera del partido; se reivindica la *invariancia* doctrinal del marxismo (quien no la reivindique y no se atenga a ella, abraza toda posible actualización y variante, llevándolo así al terreno ideológico del enemigo burgués) al tiempo que se condena toda visión escolástica y académica del partido; se afirma nuestra intervención en las luchas proletarias por intereses inmediatos, condenando toda teoría sindicalista y obrerista, haciendo hincapié en la necesidad de la presencia y penetración del partido en los sindicatos con un estrato organizativo general sindical comunista como condición no solo de la victoria final, sino de cada avance y éxito, no sin condenar la concepción limitada y localista de las luchas económicas tan cara a los renegados y traidores a la causa proletaria. Se afirma allí también la visión leninista de la acción de los pueblos de color y del apoyo a cada movimiento violento y armado contra los poderes atrasados y locales, y contra los colonos blancos, algo que ha sido tratado a fondo en *Factores de Raza y nación en la teoría marxista*, siendo éste uno de los puntos claves de la escisión de 1952. En este escrito se condena sin cortapisas al bloque antifascista y al movimiento partisano anti-alemán, se enuncia nuestra tesis central de que la tercera oleada del oportunismo (la que ha sido sintetizada como *estalinismo*) fue más destructora que las anteriores, se rechaza el apoyo tanto en la paz como en la guerra, como también a los llamados países del «campo socialista», U.R.S.S. a la cabeza, así como también la coexistencia pacífica y la emulación entre Estados capitalistas y Estados llamados «socialistas». Reconoce que en 1951 nos encontrábamos en el fondo de la depresión que había comenzado en 1929, pero

que, a pesar de estimar que se comenzaba de nuevo a salir del túnel, se negaba la posibilidad de «giros» más o menos bruscos; sin embargo, se afirma que el partido no renuncia a ninguna ocasión, aunque sea modesta, de acercarse a las masas incluso en *fases oscuras*, tomando las más que raras *espirales* que se abren en la situación general; pero se rechaza todo recurso a maniobras y expedientes con la finalidad de superar la fase negativa, como después también se hará contra las frecuentes tentativas de constituir «trípticos» o «cuatrípticos» por parte de grupos de falsa «izquierda comunista» (incluyendo «Battaglia comunista»). En cuanto al electoralismo, el partido tiene una posición de desinterés en las elecciones democráticas, en cuyo campo no desarrolla ninguna actividad, derivado del desarrollo mismo de las formas políticas burguesas que van, sobre todo en momentos de crisis social, hacia la forma dictatorial del Estado, haciendo sobrevivir los institutos electivos parlamentarios con la finalidad de engañar al proletariado. Dichas tesis se terminan tornando la mirada hacia las nuevas generaciones revolucionarias a las que el partido dedica el máximo de sus esfuerzos, más allá de todo expediente de carrera o de apologismo personal, en su preparación teórica y política.

El camino del partido fue definido de este modo, y sin ninguna vuelta atrás. Cualquier otro aporte teórico, programático y político solo reforzará al partido a condición de no entrar en divergencia con esta ruta.

El desarrollo posterior del partido no podía estar separado de una continua lucha porque esta ruta fuera mantenida, porque las diversas situaciones que presentaban, los diversos problemas de la vida social y de la lucha del proletariado, las variaciones en el equilibrio de fuerzas entre el proletariado y la burguesía y las diversas actividades de las fuerzas oportunistas, y por que toda insurgencia o peligro de cesiones al oportunismo encontrasen los anticuerpos con capacidad para contrarrestar sus influencias negativas. Garantías prácticas jamás han habido y jamás han sido localizadas en las formulaciones de los status o reglamentos internos con los que muchos se ilusionaron con poder utilizarlos como si fueran muros capaces de proteger por sí solos la vida interna del partido de posibles degeneraciones. La concepción democrática de la vida organizativa del partido, aunque esta se someta al principio del centralismo, comporta una debilidad de fondo puesto que induce materialmente a hacer depender las decisiones, las líneas políticas, las opciones tácticas, las disposiciones organizativas de la discusión entre opiniones diferentes al abordar un mismo problema. Que tal discusión se haga en una sección territorial del partido, en la dirección o en un Congreso, donde las mociones y tesis diferentes compiten por primar unas por encima de las otras, el método no asegura que la conclusión de dicho debate sea la más correcta y coherente con el planteamiento teó-

rico-programático del partido.

Si el partido formal, la organización física de los militantes, se funda sobre bases teóricas, programáticas y políticas sólidas y firmes desde el punto de vista marxista; si el programa político contiene normas tácticas «prácticamente firmes pero teóricamente evolutivas» la discusión no es sobre puntos del programa, o sobre normas tácticas que derivan de ello, sino sobre su aplicación práctica en una situación dada. Desde este punto de vista «discutir» no es poner en discusión los principios y los puntos programáticos del partido, sino contribuir a mejor aplicarlos, con más eficacia y con la atención necesaria para que mejor respondan a los objetivos previstos en relación a las condiciones reales en una determinada situación.

Vale la pena poner de nuevo en evidencia un pasaje importantísimo sobre la cuestión de la táctica, que retomamos de la *Struttura economica e sociale de la Russia d'oggi*. Este dice: «Nuestra lucha es para afirmar, en la actividad del partido, normas de acción 'obligatorias' del movimiento, las cuales deben no solo vincular al militante individual y a los grupos periféricos, sino al mismo centro del partido, que en cuanto tal se le debe total disciplina ejecutiva, puesto que está estrechamente ligado (sin derecho a improvisar, para descubrir nuevas situaciones, de charlatanescas aperturas a 'nuevos cursos') al conjunto de normas precisas que el partido se ha dado como guía para su acción. Sin embargo no se debe malinterpretar acerca de la universalidad de tales normas, que no son normas originarias inmutables, sino normas derivadas. Los principios estables, de cuyo movimiento no nos podemos desvincular, puesto que han surgido – según nuestra tesis de la formación de *golpe* del programa revolucionario – en determinados y raros giros de la historia, no son reglas tácticas sino leyes de interpretación de la historia que forman el bagaje de nuestra doctrina. Estos principios conducen a reconocer en su desarrollo, en vastos campos y periodos históricos calculables en décadas y décadas, el gran curso sobre el cual el partido camina y del cual no puede apartarse, ya que significaría su caída y liquidación histórica. Las normas tácticas, que nadie tiene el derecho a dejar en blanco ni a revisar según coyunturas inmediatas, son normas prácticamente firmes pero teóricamente móviles, son normas inferidas de las leyes de los grandes cursos, y por ello, a escala histórica y no de la maniobra y la intriga, declaradamente transitorias». Y esta tesis se concluía en la cuestión táctica por un afianzamiento iluminante: «Reclamamos a los lectores a los tantos y remachados ejemplos, como el famoso traslado al campo europeo occidental de la lucha por las guerras de defensa e independencia nacional, al método del derrotismo de toda guerra que el Estado burgués conduzca. Será necesario que los compañeros entiendan que ningún problema obtiene respuesta en un código táctico del partido. Este debe existir, pero

en sí no descubre nada, ni resuelve ninguna cuestión; las soluciones se exigen al bagaje de la doctrina general y a la sana visión de los campos-ciclos históricos que de estas se deducen» (8).

La continuidad de visión y posición extendida hacia las cuestiones de táctica, y organización, entre las tesis de 1921-22 y las posiciones y tesis del partido reconstituido en 1952-57, es evidente. La reivindicación de una rosa de normas tácticas «obligatorias» para todo el partido, partiendo de su centro, no está desligada de la afirmación de que siempre, en las grandes cuestiones tácticas como en las cuestiones tácticas más limitadas, las normas de acción derivan del cuerpo sólido de la doctrina y del programa político. La teorización de los grandes caminos, los grandes desarrollos, del cual habla el texto citado, más precisamente el cuerpo doctrinal y programático del partido, para remarcar la justa secuencia de nuestras categorías, responde a esta escala de derivación: teoría, finalidades, principios, táctica, organización. Cada una de ellas son a la vez distintas y están estrechamente ligadas entre sí: la teoría del comunismo revolucionario, la teoría marxista, el *partido histórico*, define el fin histórico de la lucha de clase del proletariado, identifica los principios fundamentales y preside la formulación del programa político del partido de clase que, a su vez se concreta en la acción del partido a través de una rosa de normas tácticas definidas para los grandes periodos históricos y una organización de militantes, el *partido formal*, que tiene la tarea de desarrollar la acción del partido en las situaciones concretas con la finalidad de orientar la lucha de clase del proletariado hacia la realización del programa político revolucionario (conquista violenta del poder político, derrocamiento del Estado burgués, instauración de la dictadura del proletariado ejercida por el partido comunista revolucionario, represión de la resistencia burguesa y revolución internacional) y por la conquista de los objetivos históricos de la lucha proletaria de clase (emancipación del proletariado del trabajo asalariado, destrucción definitiva del modo de producción capitalista, sociedad sin clases y sin Estados, comunismo superior o sociedad de especie).

Pues bien, incluso entre los grupos de militantes que concordaban con este planteamiento general surgirán visiones y tendencias completamente incoherentes y desviadas de la correcta teoría marxista. Pasa casi siempre en los partidos comunistas que las desviaciones, y las revisiones, no se

(8) C.f.: *Struttura economica e sociale della Russia d'oggi*. Informes extensos de las reuniones generales de Nápoles y Génova de 1955, publicado en los nn. 10-14 y 17-23 de 1955, 2-4, 11, 15-18, 20-26 de 1956 y 1-2, n 5-12 de 1957 de «il programma comunista». Reunidos en volumen bajo el mismo título, Edizioni il programma comunista, Milán 1976, la citación es extraída de este volumen, pp. 54-55.

caracterizan por un ataque frontal a la teoría, fines, principios, programa del partido, sino más bien en la erosión de la estabilidad de la estructura teórica y programática del partido de las categorías derivantes, táctica y organización, para luego remontar inevitablemente hacia los fundamentos del comunismo revolucionario y finalmente tergiversar su teorización, y liquidar de este modo al partido formal.

Primero el «Partido comunista internacionalista», y después el «Partido comunista internacional», ninguno de los dos eran completamente inmunes al ataque del oportunismo, tampoco lo fue el Partido Comunista de Italia, ni el Partido Bolchevique, ni la Internacional Comunista, lo que en los hechos demuestra que, restablecidas la teoría, los fines, principios y programa del partido, la organización formal que los adopta y hace suyos sus fundamentos, no se sitúa automáticamente en la justa ruta revolucionaria en cuanto a táctica y organización; nimucho menos la estricta coherencia entre teoría y praxis del partido puede ser obtenida a través de una secuencia ininterrumpida de opiniones y elaboraciones individuales puestas unas en confrontación con las otras y votadas por mayoría, tal como lo quiere el mecanismo democrático.

En este texto, que forma el primer volumen, se busca efectivamente ilustrar y documentar el curso tormentoso recorrido por la Izquierda Comunista de Italia en el arco de tiempo que va de 1926 hasta 1965, esto es, desde su demolición disciplinaria por parte del estalinismo desde entonces triunfante en Rusia y en la Internacional, y la testaruda defensa del marxismo en la perspectiva de trabajar porque la semilla revolucionaria no se dispersara en el viento, hasta la toma de un trabajo de carácter de partido por la restauración de la teoría marxista reforzada por los balances dinámicos del giro histórico que se caracterizó por la derrota de la revolución a nivel internacional, la derrota de la revolución en Rusia y la degeneración de la Internacional Comunista y de todos sus partidos adherentes. La victoria capitalista y burguesa en la Rusia soviética y la derrota del proletariado europeo e internacional por obra de las fuerzas unificadas del imperialismo y el oportunismo, abrirán las vías a las ambiciones ascendentes del imperialismo incluso de Rusia que, bajo la guía de un partido bolchevique estalinizado, triunfa en la obra más alta e infinita de abjuración del marxismo y de la revolución proletaria, falsificando el programa y la política del comunismo revolucionario hasta el extremo de hacer pasar por «construcción del socialismo» al desarrollo capitalista de la economía rusa, por «poder socialista» a un poder político contrarrevolucionario, por «internacionalismo proletario y comunista» a la defensa de la razón del Estado ruso. La participación en la segunda guerra imperialista por parte de la Rusia soviética aliada a las potencias democráticas occidentales contra las potencias del

eje fascista, la resistencia partisana antifascista al lado de los imperialistas occidentales, la «defensa de la U.R.S.S.» contra el nazismo invocada también por el antiestalinista trotskismo, contribuirán a tal punto a reforzar la influencia burguesa y oportunista sobre las masas proletarias del mundo hasta provocar una mortal marcha atrás del proletariado incluso sobre el terreno de las luchas inmediatas, tanto como para impedirle durante décadas la posibilidad material de reconquistar el terreno de la lucha de clase anticapitalista y antiburguesa.

Es en tal situación histórica, extremadamente desfavorable, que las pocas y raras fuerzas sanas del comunismo revolucionario todavía presentes en Europa, provenientes casi exclusivamente de las experiencias directas de la Izquierda Comunista de Italia, reanudarán una actividad política dedicada a la formación del partido de clase que, en un futuro que se sabía muy lejano, habría agitado nuevamente como fuerza determinante para la reanudación no solo de la lucha revolucionaria del proletariado, sino también por la reanudación de la lucha clasista en el terreno inmediato.

Este esfuerzo, que continúa todavía hoy a través del pequeño núcleo de partido que representamos, no podía dejar de encontrarse con obstáculos de todo tipo y con el peligro de ser empujados en todo momento a desviaciones oportunistas. La historia de nuestro partido no es solo la historia de la restauración teórica condensada en muchísimos trabajos desde 1945 hasta hoy (abundantemente citados en este primer volumen), y que aún no está terminada, si no que es también la historia de las crisis oportunistas que han golpeado en diferentes momentos al partido hasta literalmente hacerlo trizas en la crisis de 1982-84. Si la primera crisis de 1952, en la que el partido se divide en dos, «battaglia comunista» y «programma comunista», se centró no solo sobre cuestiones de táctica y organización, sino también de programa y teoría, y fue una crisis que reforzó al partido, otras crisis ocurridas se centraron sobre todo en cuestiones de táctica y organización, hasta la última crisis explosiva de 1982-84 en la cual se puso en discusión todas las cuestiones, tanto organizativas y teóricas, como programáticas y tácticas.

El partido de ayer jamás dedicó poco espacio a sus crisis, en el sentido de que en la época en que Amadeo Bordiga se encontraba presente y activo se recurría a la formulación de tesis con las que las diversas cuestiones se volvían a colocar en las categorías apropiadas, siendo correspondidas con la reposición de las líneas tácticas y organizativas sobre la ruta originaria – ver todos los textos de 1945 a 1968. Y funcionó incluso con las tesis sobre la cuestión sindical de 1972. Posteriormente el partido, frente a situaciones de crisis internas más o menos locales, responderá sobre todo refiriéndose a las tesis precedentes pero fallará en el trabajo de balance profundizado sobre las cuestiones y cau-

sas que habían activado los factores de crisis interna llegando así a la crisis doblemente liquidacionista de 1982-84 (activista y atendista al mismo tiempo) particularmente empobrecido desde el punto de vista de la batalla teórica necesaria junto a un trabajo cada vez más amplio y continuo de fuerzas en el terreno de la intervención práctica e inmediata. El temido localismo, como una metástasis, logró corroer a toda la red internacional del partido, muy pocos anticuerpos lograrán contrarrestar la liquidación completa del partido, volviendo a reunirse dentro del surco clásico que la Izquierda Comunista siempre ha seguido: hacer el balance de las crisis, reconquistar el patrimonio de las batallas de clase que las generaciones de militantes revolucionarios precedentes nos han dejado consignado, seguir la ruta que el partido originariamente ya había trazado y de la cual nos habíamos alejado para ir a tomar rutas desviadas y contrarrevolucionarias.

Este primer volumen, que precederá a otros hasta llegar a la crisis de 1982-84, también está incluido en el estudio comparativo de las crisis del Partido Comunista Internacional, trabajo que habíamos iniciado desde los primeros momentos de reorganización con carácter de partido durante la crisis de 1982-84. Si en esta introducción nos hemos detenido en las reivindicaciones al cuerpo de tesis de los primeros años de la segunda posguerra que forman nuestros fundamentos, es porque el partido está estrechamente unido a esas tesis originarias. En estas podemos encontrar todas las indicaciones y respuestas necesarias a la actividad del partido en todo el periodo histórico que congrega los grandes problemas de teoría, programa, línea política, táctica y organización inherentes a la vida y acción del partido de clase, el curso histórico de la contrarrevolución burguesa que de la segunda guerra imperialista lleva inexorablemente a la tercera guerra imperialista. Esto no es para comprenderlo banalmente como una simple repetición en la actualidad de formulaciones y fórmulas elaboradas por el Partido Comunista de Italia en 1921-22, en la situación histórica de la segunda posguerra. Conscientes de que se ha abierto lo que el partido

ha indicado como la tercera preguerra – periodo en el que las potencias imperialistas del mundo se preparan para una nueva repartición del mercado mundial y una nueva guerra mundial – dado que la situación del proletariado de los países imperialistas se encuentra en condiciones de atraso extremo desde el punto de vista de clase, tanto en términos de asociacionismo económico como en términos de experiencia de lucha clasista, el partido de hoy no puede plantearse las mismas tareas que se planteaba en 1952. La diferencia de situación no es dada por una correlación de fuerzas entre las clases más favorable a la clase proletaria, desgraciadamente; ni tampoco por un vigoroso aporte clasista proveniente del joven proletariado de los países ex coloniales o de joven capitalismo. En dado caso, la diferencia es todavía de signo negativo: el proletariado está más atrás de cuanto se encontraba en los años cincuenta del siglo pasado, al tiempo que los factores de crisis económica y social del capitalismo se están agudizando cada vez más. La consigna no puede ser otra que: la firmeza y solidez de la teoría marxista, continuidad de las posiciones que desde hace casi noventa años forman el patrimonio de la Izquierda Comunista, el empalme dialéctico entre teoría y praxis del partido en la segura perspectiva histórica del desemboque final revolucionario, ninguna apertura a elucubraciones y opiniones individuales, ninguna búsqueda de expedientes para aumentar numéricamente las fuerzas del partido y su influencia en los grupos u organizaciones de proletarios.

«Sin dejar de reconocer que la influencia del partido tiene un perímetro restringido, debemos sentir que preparamos el verdadero partido, sano y eficiente a la vez, para la época histórica en la cual la infamia del tejido social contemporáneo empujará a las masas insurgentes a la vanguardia de la historia; y cuyo impulso podría una vez más fracasar si faltara el partido no pletórico pero compacto y potente, que es el órgano indispensable de la revolución» (*Tesis suplementarias sobre la tarea histórica, la acción y la estructura del partido comunista mundial*; Tesis de Milán, Abril de 1966).

1. NACIMIENTO DE LA CORRIENTE DE LA IZQUIERDA MARXISTA EN ITALIA

El Partido Comunista Internacional hunde sus raíces en la corriente de la Izquierda comunista que en Italia comenzó a distinguirse de las otras corrientes socialistas, veinte años después de la constitución del Partido Socialista italiano, en 1912. Entre 1906 y 1912, en el partido se desarrolla una dura lucha política para derrotar a los reformistas, sin embargo será necesario llegar a 1912 para que se formase y delinease claramente la izquierda marxista de la cual nos reclamamos; izquierda marxista que ya en 1911 se alzó decidida contra la guerra que Italia había declarado a Turquía con la ocupación de Trípoli.

La exigencia de constituir un partido comunista fue enunciada abiertamente en Italia solo después de la revolución bolchevique en octubre de 1917 y al final de la primera guerra imperialista mundial. Sin embargo, para referirnos a los orígenes de aquellas fuerzas sociales y políticas que se encuadrarán en la formación del Partido, es necesario remitirse un poco más atrás, y referirse a las tendencias y corrientes de izquierda del Partido Socialista italiano. Es obvio que en un rápido resumen de un largo periodo jamás podremos ser exhaustivos, debiendo detenernos forzosamente en los principales episodios del desarrollo de la corriente. Para un conocimiento profundo del recorrido de la corriente marxista en Italia es indispensable remitirse a la *Storia della Sinistra*, trabajo que el Partido de ayer, con Amadeo Bordiga todavía vivo, comenzó en sus reuniones generales, siendo publicado en tres volúmenes y que cubren el periodo que va desde sus orígenes a la víspera del IIIº Congreso de la Internacional Comunista de 1921 (1). Tomando como base la *Storia della Sinistra comunista* ya existente, los preciosos documentos allí recogidos y los trabajos de partido que ya han cubierto el periodo hasta 1926, para desarrollar esta breve síntesis del itinerario histórico del partido marxista en Italia nos detendremos particularmente sobre los eventos más significativos que van desde 1926 hasta nuestros días.

Como se sabe, el PSI se constituyó en Génova en 1892, reuniendo las tendencias marxistas del movimiento proletario que se separaron del movimiento anarquista de tendencia bakuninista adversos a la lucha por la conquista del poder político. Frente a las grandes avatares del movimiento socialista mundial y de la Segunda Internacional, el Partido Socialista italiano se colocaba en el terreno de una política de clase y oposición al régimen capitalista, pero dejaba de resentirse de la orientación de derecha prevaleciente en los grandes partidos socialdemócratas en aquel periodo de relativa tranquilidad social, y jamás fue claro el planteamiento de su programa de Génova relativo a «la

conquista de los poderes públicos», susceptible de una interpretación ambigua: legalitaria de un lado, revolucionaria del otro.

El choque entre las tendencias que reflejaban las dos políticas fue acentuándose sucesivamente, pero no fue hasta 1907-1908 cuando la corriente contrapuesta a la reformista de los Turati y Treves fue constituida principalmente en torno a la orientación sindicalista revolucionaria importada en Italia con las doctrinas de los sorelianos franceses. Esta orientación, aunque combatía los excesos del legalitarismo electoral y del relativismo sindical, propugnando la acción directa y el empleo de la acción violenta en la lucha de clase, fallaba sin embargo en el planteamiento sobre las cuestiones de las relaciones entre economía y política, entre sindicato y partido, y en la concepción de la vía a través de la cual el proletariado puede llegar a derrotar al poder y el dominio burgueses, constituyendo así otra desviación revisionista del marxismo con influencia individualista y voluntarista relacionada con los errores del anarquismo.

En el Congreso de Florencia, en 1908, cuando el Partido Socialista alejó la tendencia sindicalista que además repudiaba teóricamente la organización en partido político, ello no dejó de aparecer como una victoria de la derecha, ratificando el método pacifista y evolucionista propugnado por los jefes reformistas del grupo parlamentario y de la Confederación General del Trabajo, que a su vez se escinde del movimiento de la Unión Sindical Italiana. Sin embargo en el seno del Partido Socialista italiano también existía una corriente marxista ortodoxa y radical que no participaba ni en las desviaciones reformistas, ni en las sindicalistas.

Esta corriente logró, luego de algunos años, ga-

(1) Ver *Historia de la Izquierda comunista*, I volumen, desde los orígenes hasta 1919 en Italia, volumen I bis, que contiene un posterior colección de escritos entre 1912 y 1919; II volúmenes, del congreso de Bolonia del PSI al IIº Congreso de la Internacional Comunista; IIIº volumen, del IIº al IIIº Congreso de la Internacional Comunista: septiembre de 1920-junio de 1921, Ediciones *il programma comunista*, Milán, 1964. El trabajo continúa, como partido, hasta la escisión de 1982-1984, y es de nuevo tomado por el nuevo agrupamiento político reorganizándose en torno al viejo encabezado «il programma comunista» para salir con un IV volumen cuya parte documental es muy preponderante sobre la parte histórico-política-descriptiva.

Algunos capítulos de la *Historia de la Izquierda comunista* están disponibles también en lengua francesa, en los siguientes números de la revista teórica de partido «Programme Communiste»: 28, 29, 31, 32, 33, 58, 59, 60, 94, 95, 97, 98.

nar la mayoría en la organización del Partido y se afirmó en el Congreso de Modena de 1911.

La fracción que se denominó «revolucionaria e intransigente» tenía una precisa política contraria a la colaboración de clase y a los bloques electorales; era fieramente adversa a toda participación del partido en el Gobierno y a todo apoyo parlamentario a este último, se reclamaba de los cimientos de la doctrina marxista contenidos en el *Manifiesto de los Comunistas*; pero, por razones de naturaleza histórica, no poseía una abierta elaboración de la teoría de la conquista del poder.

En 1912, en el Congreso de Reggio Emilia, la izquierda con una primera batalla victoriosa liquidó al grupo de extrema-derecha (Bissolati, Cabrini y Bonomi) por haber apoyado la participación en los gobiernos del Rey, y a Podrecca por haberse adherido a la guerra imperialista de Trípoli. Durante el Congreso de Ancona, en 1914, el Partido Socialista, que tenía como jefe oficial de la tendencia revolucionaria a Benito Mussolini, director del «Avanti!» remarcó algunas posiciones de izquierda repudiando los compromisos electorales, incluso en la segunda vuelta y en las elecciones administrativas, y estableciendo la incompatibilidad con la masonería y sus ideologías anticlericales burguesas y confesionistas.

Todo esto, en parte, preparó al Partido Socialista para la tremenda crisis surgida con el estallido de la guerra mundial; así que la gran mayoría, sin dejarse perturbar como los grandes partidos de Francia, Alemania y de otros países por la política capitulacionista de colaboración de clases, rompió con todas las guerras y se opuso tanto a la intervención al lado de los imperios centrales, como en contra de lo propugnado, en mayo de 1915, por la izquierda democrática burguesa y por todos los renegados del movimiento proletario al cual se unía el mismo Mussolini, inmediatamente expulsado, sin ninguna consecuencia para las filas del partido.

De 1915 a 1918, el Partido Socialista italiano mantuvo su línea de oposición a la guerra y, sin embargo, pese a las vacilaciones de la minoría reformista, evitó, incluso después del revés de Caporetto, caer en el engaño de la concordia y la defensa nacionales.

Sin embargo, este mérito histórico del Partido Socialista italiano no solo permitió que los elementos de derecha, sobre todo los diputados y jefes sindicales, hiciesen considerables esfuerzos contra las directivas de la mayoría y de la dirección, además no significó una sólida y coherente política revolucionaria por parte de la misma mayoría. En varios acuerdos legales e ilegales tenidos durante la guerra – Bolonia 1915, Florencia 1917, Roma 1918 – se delineó una fuerte corriente de izquierda que, insatisfecha por la fórmula extremadamente ambigua de Constantino Lazzari «ni adherir a la guerra, ni sabotearla», plantea mucho más resueltamente la reivindicación de utilizar la crisis militar y bélica con

el fin de destruir al Estado burgués.

Esta tendencia luchó en el seno del partido a través de la propaganda y la elaboración teórica, contrabalanceando las rebeliones en sentido patriótico de la derecha y apremiando a la dirección del partido a una acción más decisiva. Esta supo precisar política y tácticamente su orientación sobre todo cuando, en el tremendo problema del pase del poder capitalista al poder obrero revolucionario, con las lecciones y experiencias extraídas del *Manifiesto* de 1848 y de la gloriosa caída de la Comuna de París, la historia agrega la luminosa y decisiva victoria del Octubre ruso, dando contenido explícito y poderoso a la fundamental tesis marxista de la lucha por la dictadura revolucionaria.

Desde aquella época, en el seno del Partido socialista se polarizó, como consecuencia directa de las posiciones antes afirmadas frente a la guerra, la corriente decididamente *comunista*. Esta última, sin ya satisfacerse solo de la posición clasista de la acción económica y política proletarias, y de su autonomía contra toda corrupción colaboracionista, formuló las reivindicaciones decisivas para el asalto armado al poder de la burguesía, guiado por el Partido de clase, la fragmentación del aparato estatal burgués y la instauración de la dictadura del proletariado, sobre la base de un conjunto orgánico de la clase proletaria en representación que, como los soviets en Rusia, permanecerá cerrada a los elementos sociales de las clases no trabajadoras.

En marzo de 1919, el Partido Socialista italiano se adhiere a la Tercera Internacional constituida en Moscú; pero sustancialmente siguió siendo como era antes de la guerra, conservando los caracteres tradicionales de su obra, y siguió moviéndose a nivel económico sobre el terreno de las pequeñas conquistas graduales y corporativas, en el campo político sobre una acción inspirada por puras finalidades electorales. La corriente comunista, oficialmente constituida en Fracción Abstencionista, al subrayar su neta oposición al parlamentarismo, en el Congreso del PSI de 1919, en Bolonia presentó una moción pidiendo que el partido tomase el nombre de Partido Comunista de Italia y, como corolario de esta transformación, excluyese de sus filas a todos aquellos que proclamaban la posibilidad de emancipación del proletariado en el cuadro del régimen democrático, y que repudiaban los métodos de la lucha armada contra el régimen burgués, por la instauración de la dictadura del proletariado. La moción exigió también que el partido se abstuviese de la lucha con carácter electoral, al mismo tiempo que llama a participar activamente en las campañas electorales para explicar los motivos comunistas de su actitud. El partido debía movilizar sus fuerzas con el fin de: 1) precisar y difundir en la clase obrera la conciencia histórica de la realización integral del programa comunista; 2) crear los órganos obreros y los medios prácticos de acción y de lucha necesarios para realizar las fases sucesivas que conduzcan al objetivo

final. Una serie de artículos aparecidos en el «il Soviet» de Nápoles, órgano de la Fracción, desarrollaron estos temas.

El Congreso nacional del Partido Socialista se tiene en Bolonia en octubre de 1919. La piñata electoral fue el orden del día. Todos los delegados, que esperaban al menos el título de consejero municipal, formaron un bloque compacto contra los «aguafiestas» constituidos por algunos representantes de la minoría abstencionista; un bloque que – de Turati a Serrati, y al grupo de «Ordine Nuovo» – estaba por la participación en las elecciones pero, al mismo tiempo, contra toda escisión y, por consiguiente, contra la creación de un verdadero partido de clase. En noviembre, 156 diputados socialistas entraron al parlamento y, poco después, las elecciones municipales darán 2.500 ayuntamientos «rojos» al Partido Socialista.

«Il Soviet» analizó los resultados de esta manera: *«Las condiciones revolucionarias positivas, que residen en la preparación de la vanguardia del proletariado, y en la conciencia del proceso histórico que se prepara, condiciones de las que depende el éxito de la clase trabajadora en lucha contra la burguesía y en la lucha sucesiva contra las dificultades de la organización de un nuevo ordenamiento social, en qué medida existen: ¿han crecido o han disminuido? En tal sentido no vemos ninguna ventaja ganar las elecciones, ni tener un numeroso grupo de parlamentarios socialistas; esto solo lo pueden ver los socialistas más fatuos y los burgueses más superficialmente pusilánimes. La sustancial condición para el triunfo del movimiento revolucionario es la existencia de un verdadero y gran partido comunista, que concentre y reanime las energías de la clase obrera. Este partido se forma a través de la disgregación de los partidos tradicionales y la liquidación del socialismo burguesucho y condescendiente de la preguerra. Ahora bien, cuando el partido socialista italiano, aun estando compuesto en su mayoría y dirigido por «maximalistas», rechaza seleccionarse por reformistas anticomunistas solo para arrasar en el terreno electoral, significa que todavía estamos lejos de la formación del partido comunista (4 de enero de 1920).*

En su mensaje al Congreso socialista de Bolonia, Zinoviev, en nombre de la Internacional Comunista, escribe: *«Lo más importante es la claridad de objetivos y programas. La dictadura del proletariado en la forma del Soviet, la destrucción de los parlamentos burgueses democráticos, que son las armas de la dictadura burguesa, la creación del ejército rojo; estas son las tareas por las cuales se une internacionalmente el proletariado revolucionario».* Pero a este pedido de claridad de principios el Congreso de Bolonia respondió con una adhesión en bloque a lo que mantuvo Turati y similares, quienes proclamaron abiertamente que la

táctica comunista era o una puerilidad o una locura. A la cuestión de la destrucción de los institutos democráticos responderán con las bacanales electorales destinadas a crear ilusiones sobre las posibilidades legales, sobre todo en un proletariado como el italiano que, en su mayoría, no tenía una conciencia de clase muy desarrollada y ya notablemente contaminada por el contagio electoralista.

En cuanto a la constitución de los Soviets, Gramsci y el grupo de «Ordine Nuovo» afirmaron que ya estos existían en Turín... bajo la forma de «Consejos de Fábrica», mientras otros defendían que las comunas socialistas representaban los núcleos constitutivos de los futuros Soviets.

El periódico de la Fracción Comunista, «il Soviet», sostuvo una larga polémica contra este entusiasmo de los ordinovistas, que hacía perder de vista su primera y esencial tarea que era la creación del partido de clase a escala nacional: *«El grupo del Ordine Nuovo sobrestima el problema del control obrero, considerándolo como una conquista directa que el proletariado, con el nuevo método de organización por oficina, pueda arrancarle a la burguesía, realizando así una forma económica comunista antes de la conquista política del poder, cuyo órgano específico es el partido. Un semejante control obrero de la producción no es posible antes que el poder no haya pasado a manos del proletariado. El Estado burgués solo puede admitir un pseudo-control, ejercitado por los Consejos de Fábrica, pero que en realidad representa una maniobra reformista cuya finalidad es la de paralizar la acción revolucionaria del proletariado».* En los hechos, los ordinovistas, durante las batallas obreras de abril de 1920, plantearán insistentemente la cuestión «de principio» del control obrero de la producción, sin comprender que la cuestión de principio era, antes que nada, la de la conquista revolucionaria del poder político, para la cual la formación del partido era prioritaria. Las huelgas de Turín de abril de 1920 no fueron, por su evolución, más que una anticipación de lo que debía verificarse en el segundo movimiento de septiembre de 1920, y que debía determinar la ocupación de las fábricas.

Los ordinovistas se levantarán con toda razón contra la traición de los reformistas, contra la ineficiencia del Partido Socialista con respecto al movimiento de ocupación de fábricas. En el Consejo Nacional, compuesto por representantes del Partido Socialista y los sindicatos, convocado en lo más vivo de la lucha, los reformistas lograron hacer prevalecer el concepto de que la misma lucha tenía una simple finalidad económica y no carácter político, y que por tanto no correspondía a la dirección de los sindicatos ni al Partido. El gobierno de manera inteligente evitó utilizar la fuerza armada para aplastar al movimiento obrero; esta acción impidió una dura reacción por parte de los obreros, incluso armada, desplazando así el contraste de clase del terreno

económico al exquisitamente político. Por su parte, los reformistas, vendrán en su ayuda planteando pactos sobre la base de reivindicaciones puramente económicas que, puestas en este plano, no podían desembocar sino en la entrega de las fábricas y la liquidación del movimiento. Pero los turineses habrían debido hacer su «mea culpa» puesto que, en definitiva, todo esto representaba la conclusión lógica de lo que ellos mismos eran responsables por no haberse dado a la labor de constitución del partido comunista y haber tolerado un partido socialista corrompido por la práctica reformista, sofocado por el fetichismo de la unidad y de las precupaciones electorales.

El Partido Socialista no se convierte en un partido capaz de desarrollar una obra revolucionaria según las directivas de la Internacional Comunista, y de entender y aplicar las enseñanzas de la revolución rusa hacia las cuales se lanzaba ansioso el proletariado, tanto en Italia como en el resto de Europa. La acción política y económica siguió siendo confiada a la derecha reformista que no quería, ni podía entender la nueva táctica revolucionaria, trayendo por consecuencia la desmoralización de la clase trabajadora que de esa manera era desviada de la preparación ideal y material para la lucha revolucionaria por la conquista del poder, objetivo fundamental del partido comunista.

Para que la lucha de clase pudiese alcanzar sus objetivos era necesario eliminar del Partido a los reformistas, y fue así como se movió la Fracción Comunista. Esta toma de posición fue subyugada por el juicio del II° Congreso de Moscú (julio de 1920) en el cual la eliminación de los reformistas del partido fue puesta como primera condición de adhesión a la Tercera Internacional. A este Congreso, Amadeo Bordiga, exponente de primer plano de la Fracción Comunista, e invitado directamente por la Internacional, presentó la tesis antiparlamentaria pidiendo que, en aplicación de los principios marxistas, la agitación por la dictadura proletaria, *en países cuyo régimen democrático se ha desarrollado desde hace mucho tiempo*, estuviese basada en el boicot de las elecciones y de los órganos democráticos burgueses. La gran importancia, él la asume, que en la práctica se da a la acción electoral comporta un doble grave peligro: por una parte, da la impresión de que esta sea la acción esencial; por la otra, absorbe todos los recursos del partido y conduce al abandono casi completo de la acción y preparación en las otras direcciones del movimiento. *Lo que es necesario para la revolución es un partido centralizado que dirija la acción del proletariado*. La vieja máscara democrática debía ser arrancada para poder pasar a la acción directa revolucionaria.

Como es sabido, hasta Lenin tomó posición contra la tesis antiparlamentaria de Bordiga – aún compartiendo plenamente el objetivo de la destrucción de todas las instituciones democráticas heredados

de la burguesía para el ejercicio de su dominio político – y la participación en las elecciones fue aprobada por una fuerte mayoría de delegados. En su réplica, Bordiga declaró que, a partir del momento en que la Internacional rechazara la tesis del apoyo del proletariado a la democracia, y que la participación en las elecciones permaneciera en el campo de las decisiones **tácticas**, aun no compartiendo esta específica solución táctica, la izquierda italiana estaba dispuesta a someterse disciplinadamente a sus resoluciones.

Siempre en Moscú, por fin se sentaron las bases para la constitución de una Fracción comunista unitaria del Partido Socialista italiano, formada por nuestra Fracción abstencionista, el grupo de «Ordine Nuovo» y una parte de los maximalistas. En la realidad, esta constitución se hizo muy difícil debido a la ruptura con Serrati que, en Moscú, se había pronunciado contra la exclusión de los reformistas y en favor de una simple depuración, pidiendo incluso para esta operación, el derecho de escoger el momento más favorable «para que esta sea útil a la revolución que preparamos en Italia»!?!

Entre tanto, todos los comunistas que, aceptando la disciplina internacional en las deliberaciones de Moscú, se reunieron en el congreso de Imola (noviembre de 1920), constituyeron definitivamente la Fracción Comunista del Partido Socialista, dándose como tarea la preparación del Congreso nacional del Partido Socialista italiano (Livorno, enero de 1921) y dar nacimiento al Partido Comunista de Italia (sección de la internacional Comunista).

Poco antes, los reformistas se habían organizado también en Fracción («Concentración Socialista») en su convenio de Reggio Emilia, mientras que entre los que se habían pronunciado en las filas del partido como «maximalistas», se organizó la corriente de los «Unitarios» que vendría a constituirse en fracción de centro contraria a la división entre comunistas y reformistas. En el Congreso de Livorno se presentaron así tres grupos, cada uno con su moción ya antes discutida.

La moción de los reformistas afirmaba que en Italia no existían las condiciones para una revolución proletaria, que el capitalismo todavía tenía delante de sí un largo periodo pacífico de desarrollo, y que el Partido Socialista no debía rechazar colaborar con la burguesía, si era necesario para las finalidades de la clase trabajadora; pero al mismo tiempo declaraba su adhesión a la Internacional Comunista.

La moción de los centristas aceptaba las tesis de la Internacional Comunista, incluyendo las 21 condiciones de admisión plasmadas en el II° Congreso, pero añadía que la aplicación de estas últimas debían ser dejadas a la discreción del Partido Socialista italiano.

La moción del Grupo Comunista exigía no solo la inmediata y total aceptación, sino también la inmediata aplicación de las 21 condiciones con la expulsión de los reformistas del Partido.

Tanto reformistas como centristas, aunque declaraban en sus respectivas mociones estar ligados a la Internacional, en realidad estaban en contra de esta y buscaban esconder su hostilidad por temor a perder la confianza y el apoyo de las masas obreras.

El Grupo Comunista desenmascaró la verdadera naturaleza del reformismo y el centrismo y, en su moción, declaró abiertamente: «Quien está por la Internacional Comunista debe separarse inmediatamente de los reformistas». Los centristas, si bien

hicieron esfuerzos desesperados por pasar como secuaces leales a la Internacional, no quisieron separarse de los reformistas, y no aceptaron su expulsión del Partido, y ello se debe, de hecho, a que se habían puesto en el mismo terreno teórico y táctico. Por otra parte, estaba previsto que reformistas y centristas no podían comportarse de otra manera. Por ello, la escisión se da en la máxima claridad política: La Fracción Comunista abandonó el Congreso y decidió constituirse en Partido Comunista de Italia, sección de la Internacional Comunista.

2. EL PARTIDO COMUNISTA DE ITALIA, SECCIÓN DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA

La fundación del Partido Comunista de Italia sigue a la del Partido alemán en Halle y del Partido francés en Tours, pero los principios fijados como base del Partido italiano eran completamente diferentes a los de los otros partidos. Nuestra escisión fue la primera operada realmente desde la izquierda, sin obedecer a cálculos oportunistas, que además fueron pagados a un alto precio por los otros partidos. Se dijo entonces que la escisión de Livorno permitió que el Partido Comunista de Italia naciera «a la bolchevique». En 1903, el partido bolchevique se fundó sobre una frontera, sobre una escisión que no solo versaba sobre cuestiones políticas, sino también sobre cuestiones tácticas y organizativas, dando a estas cuestiones un valor esencial de principio. Los bolcheviques, cuando se trató de constituir las bases de su partido, cuidaron estas delimitaciones hasta el extremo (Ver p. e. *¿Qué hacer?* de Lenin) y, a nuestro entender, fue precisamente en virtud de esta cristalización inicial que los bolcheviques se prepararon para poder dirigir la batalla revolucionaria de 1917. En Italia la Izquierda no quería proceder de otra manera para la constitución del Partido Comunista de Italia, aunque por cuestiones históricas e internacionales no podía empujar estas delimitaciones a un grado tan extremo como la habían hecho los bolcheviques en 1903. En los años sucesivos a la fundación del partido se verán emerger de nuevo las diferencias entre maximalistas, ordinovistas y la izquierda marxista del «Soviet»; pero, en 1921, las condiciones internacionales e italianas para el nacimiento del Partido Comunista hacían sí que se uniera la izquierda revolucionaria, mas no de manera homogénea.

Si bien los bolcheviques se apoyaron sobre bases extremadamente claras con respecto a la constitución de su partido, precisamente vino de ellos, pocos años después de la fundación del Partido Comunista de Italia, la recriminación de una escisión «demasiado izquierdista»; fue de ellos precisamente que vino la directiva para el Congreso de fusión en Halle entre espartaquistas e independientes, y siempre de ellos fue que vino la consigna de tolerancia para el Congreso de Tours del partido fran-

cés, al punto de admitir en su seno a elementos socialpatriotas como Cachin y Frossard.

Es evidente que no se trató de una conversión improvisada de los bolcheviques en otro proceso de formación de los partidos comunistas, sino esencialmente de una perspectiva histórica que preveía la posibilidad de evitar el difícil camino recorrido en la fundación del partido bolchevique. Lenin y los bolcheviques preveían en 1918-1920 el estallido inmediato de la revolución mundial y, de allí, el concepto de la fundación de los partidos comunistas en varios países como un complemento más de la obra revolucionaria del Estado obrero ruso que aparecía para ellos como el elemento esencial de la destrucción del mundo capitalista. Pero la experiencia y la evolución de la Internacional Comunista y del Estado obrero debían probar una vez más que la perspectiva y la contingencia, cualquiera fuese su importancia, no pueden lesionar las cuestiones de principio.

La Fracción Comunista Abstencionista del Partido Socialista italiano se propuso entonces seguir el proceso de su transformación en Partido y así generar la escisión del Partido Socialista y fundar la sección italiana de la Internacional Comunista; pero le fue imposible hacer triunfar sus diseños en la situación de 1920, y esto porque, contrariamente a 1903, la Izquierda se encontraba delante de la Internacional Comunista y la fundación del Estado obrero en Rusia.

Evidentemente las consideraciones internacionales debían ser puestas en primer plano y la concentración del proletariado italiano para fundar su partido no podía hacerse sino sobre la base de los mismos principios sobre los que había nacido la Internacional Comunista. La corriente del movimiento italiano que confluye en la misma dirección de los bolcheviques fue la Fracción Abstencionista. Esta, en efecto, había sostenido las posiciones de Lenin con respecto a la guerra imperialista y, antes, en Italia, afirmaba la realidad de la revolución rusa presentada según las concepciones fundamentales del marxismo.

Volviendo al reagrupamiento de las tendencias que fundaron el Partido Comunista en Italia, sería

completamente arbitrario recriminar a la Fracción Abstencionista de haber llegado a un compromiso con el grupo de «Ordine Nuovo». Ante todo no había la posibilidad de compromiso ya que el grupo turinés no hacía más que adherirse al material ideológico madurado por la Fracción Abstencionista, y que aparte de esto, permaneció hipócritamente fiel hasta 1922, cuando aprobó las *Tesis de Roma*. Desde un punto de vista general, la fracción abstencionista no podía proceder a una delimitación en la confrontación de las posiciones que una vez sostuvo «Ordine Nuovo», puesto que la base de constitución de los nuevos partidos comunistas no podía provenir sino del centro situado en el crisol de la revolución mundial. La Fracción Abstencionista debía necesariamente trasladar, a escala internacional, la oposición política que no podía resolverse en el cuadro limitado del partido italiano. Pero esto lo hizo inmediatamente, ya en 1920 durante el Congreso de la IC y después durante la fundación del Partido, incitando a la Internacional Comunista a la apertura de una polémica sobre todas las cuestiones controvertidas y rechazando la vía de las maniobras y compromisos que hubiesen sofocado las divergencias políticas y las mismas posibilidades de clarificarlas.

La fundación del Partido Comunista de Italia, en enero de 1921, como consecuencia de la escisión de Livorno, significaba la unión del proletariado italiano con el proletariado internacional, y le daba la guía indispensable para el asalto revolucionario al poder y a la instauración de su dictadura de clase.

En Italia, como en otras partes, se procedió a la fundación del partido en función de la actitud asumida con respecto a la guerra, pero esta era una posición contingente, y que traía como consecuencia la incorporación en el seno de los partidos comunistas a elementos puramente pacifistas. También estaba la actitud con respecto a la revolución Rusa, posición mucho más fundamental. Pero se estaba todavía en la fase de bloqueo y ataque contra el primer Estado proletario por parte de la coalición capitalista, e incluso el Estado proletario representaba todavía una nebulosa indefinida y simbólica que podía atraer al Partido Comunista las simpatías de elementos sentimentales y superficiales. En el II° Congreso de la IC se votaron los 21 puntos que debían representar una barrera de alambre de púas, contra todos los oportunistas, pero que en la práctica no podrán impedir a estos oportunistas insinuarse a través de la insuficiencia y atenuación de estas condiciones y de continuar, ahora con la etiqueta de la hoz y el martillo, la misma política de compromiso y colaboración con la burguesía.

En Italia, la Izquierda comunista trató, como se ha visto, de obviar estos peligros con la práctica del abstencionismo y con la escisión hacia la Izquierda efectuada en Livorno. No hay que olvidar que, en la época en la que fue lanzada la consigna del abstencionismo en Italia, nos encontrábamos en una fase en la que la toma del poder estaba, o parecía estar, a

la orden del día, y, por consiguiente, se trataba de no dispersar el empuje revolucionario con las luchas electorales destinadas a dar a los obreros la ilusión de que pudiesen obtener conquistas radicales a través de métodos legales. Los hechos han demostrado la justeza de nuestra evaluación: después de la elección de 156 diputados, los obreros esperarán *todo*, pero estos diputados *no harán nada* y nada podrían haber hecho en realidad.

La Izquierda comunista podría ser acusada, y esto sería muy fácil después que pasan las cosas, de haber tenido una perspectiva falsa y demasiado optimista sobre las posibilidades del momento, pero, en todo caso, podemos siempre responder mostrando el ejemplo que *la misma burguesía dio, quitándose de encima todas las instituciones democráticas, para instaurar la nueva forma de su dictadura de clase: el fascismo*.

Queda el otro problema de la escisión a izquierda – «demasiado a la izquierda» – y que se liga al problema del partido «de masa». Es evidente que partido de masa no significa para los marxistas partido pletórico a toda costa, sino un partido que, ante todo, poseyera una capacidad revolucionaria y una influencia progresivamente creciente sobre las masas. El problema de la masa no puede plantearse desde un punto de vista numérico de los adherentes al partido. *El verdadero partido de masa es el partido que sabe involucrar esferas cada vez más numerosas de trabajadores, estableciendo una unión íntima entre sus intereses inmediatos y prácticos de la lucha cotidiana y el interés más general de la clase en su conjunto con vistas a la liquidación del régimen de opresión capitalista*.

Pocos días después del Congreso de Livorno, se tuvo en Florencia el Congreso de aquel movimiento juvenil que por años acompañó a la izquierda del partido, y una mayoría aplastante deliberaba dentro del más vivo entusiasmo la adhesión al Partido Comunista. En las filas del Partido nacido en Livorno sobre las bases políticas y tácticas que habían precedido a la revolución de Octubre, habían jóvenes y viejos militantes del antiguo Partido Socialista; con el Partido nacido en Livorno, continuaba históricamente la Izquierda del Partido Socialista, es decir, la parte del partido que había luchado en primera línea contra el reformismo, contra el colonialismo, contra la guerra y contra la política del compromiso.

Una vez constituido el Partido Comunista de Italia sobre la base de los 21 puntos de Moscú y del programa que sigue siendo la base del partido de hoy, la Izquierda comunista, que lo dirigió hasta comienzos de 1923, procedió a una vigorosa obra de encuadramiento político (incluso militar), de agitación y propaganda, y sobre todo de intervención en las poderosas luchas económicas sostenidas por un proletariado que no se amilana frente a la represión estatal democrática y de los escuadrones fascistas que avanzaban bajo su sombra, ni el trabajo sutil de *desarme* político y organizativo desarrollado por los

reformistas. Fue el PCdel, entre todas las secciones de la Internacional Comunista, el primero en lanzar y sostener con energía la propuesta de *frente único sindical*. Una propuesta con dos enfoques de invitación a las tres organizaciones obreras existentes (CGL, USI, Sindicato de Ferroviarios) a fundirse, y de orientación de las luchas hacia la fusión de todas las categorías en una plataforma reivindicativa única a defender, como «cuestión de principio», con un único método de acción (huelga general), constituyendo al mismo tiempo en la CGL, una rápida y muy eficiente red de grupos comunistas agentes como «brazos ejecutores» del partido para conquistar su dirección política. Fue siempre el PCdel el único en batirse contra el fascismo *en su propio terreno*, el de la violencia, no ignorando ni escondiendo a los proletarios de estar desgraciadamente – no por hecho y voluntad propias – *a la defensiva*, pero sin vacilar en pasar (y pasando cada vez que las circunstancias lo permitiesen) al necesario y esperado *contraataque*.

Era un partido – no nos parece una contradicción – de *ofensiva*, como *debe necesariamente serlo* un partido de oposición *permanente* al régimen del capital; y lo era no porque – como demasiado rápidamente se dice y como de manera interesada se repite – refutase las necesarias «retiradas» o, peor, soñase con golpes de mano de minorías audaces (cosa que siempre fue rechazada por ser métodos *no marxistas*, por lo tanto *no propios*),

3. LA IZQUIERDA COMUNISTA EN LA LÍNEA DEL MARXISMO INTRANSIGENTE

Reunida en su IIIº Congreso (junio-julio de 1921), tras la crítica a la desafortunada «acción de marzo» en Alemania y la «táctica de la ofensiva», propugnada confusamente por grupos que se encontraban en las márgenes del partido alemán, la Internacional sacó dos conclusiones fundamentales que la Izquierda en Italia fue la primera en compartir:

a) No basta tener partidos sólidamente encuadrados según los principios del marxismo revolucionario y en base a las normas consecuentes sancionadas en los congresos de fundación de la Internacional, y por ello compuestas únicamente por elementos que posean una clara y neta concepción de la necesidad de la lucha revolucionaria y que no se dejen desviar por la búsqueda, acaecida o esperada, de resultados parciales y momentáneos. Es necesario que estos partidos se esmerasen en reunir en torno a sí falanges crecientes del ejército proletario empujados por el mismo desarrollo de la situación dirigida hacia un enfrentamiento general con la clase adversa y su aparato de gobierno. Formación de partidos comunistas verdaderamente tales y conquista de las grandes masas proletarias, son dos condiciones que no solo no se excluyen sino que se complementan; de tal forma que se pueda concebir la

sino porque sabía que se encontraba puesto por la situación en la necesidad no deplorada, y así valientemente reconocida, de enfrentar el *desafío supremo* del enemigo, y *jamás*, ni siquiera retirándose, habría aceptado ponerse en el plano del desarme ideológico y material e invocar la ley, el derecho y la... democracia.

El obstáculo a esta batalla por un verdadero y exclusivo **rearme** del proletariado – muy generoso en su lucha cotidiana y constantemente abandonado a su suerte o, peor, traicionado por sus «jefes» – estaba representado por el macizo diafragma de la derecha y del centro socialdemócrata, y la lucha contra ellos formaba parte integrante e indisoluble de la lucha del partido contra la burguesía, su órgano central (el Estado) y sus formaciones militares «ilegales» (los escuadrones fascistas, largamente financiados por el gobierno, los industriales y los agrarios, *por debajo de la mesa* los primeros, o *abiertamente* los segundos). Así que, en la derrota del frente derecho-centrista, estaba previsto el resultado junto a la promesa de una influencia creciente por el solo partido en el cual, no por proclamaciones *verbales* sino a fuerza de *actos* y constancia de *posiciones prácticas y doctrinarias*, el proletariado hubiese podido reconocer a su única guía, de un partido que, del *aislamiento* impuesto por los duros hechos de la historia europea y mundial, hubiese extraído una razón no de desaliento, sino de *fuerza*.

primera, solo en función de la segunda, realizable sobre bases de clase la segunda, solo en dependencia de la primera.

b) La conquista de estratos cada vez más amplios del proletariado a la influencia política y, en fin, a la dirección incluso material del partido no se obtiene ni se obtendrá jamás con solamente el trabajo de proselitismo y propaganda, sino que exige la participación activa e instigadora del partido en las luchas que los grupos proletarios entablan para la defensa y bajo la presión de los intereses materiales contingentes; intereses y luchas que sería infantil y, peor, antimarxista negar, ya que en los primeros está la matriz de todo conflicto de clase y en los segundos se expresa el urgir imperioso de los antagonismos sociales, pero que el partido se propone «asistir y desarrollar en la lógica de su proceso, armonizándolo en su confluencia en una acción general revolucionaria» (2). Está fuera del marxismo tanto el partido que sueña (en cualquier circunstancia, así como de prescindir de la correlación de fuerzas en cuyo desplazamiento ni siquiera se esmera) lanzar el ataque final al poder, considerándolo como la única acción que le compete, así como el partido que espera en la pasividad de un trabajo «educativo» o

administrativamente «reclutador», que se harte de hablar de una remota y siempre oscura «hora 0»; voluntarismo en el primer caso, mecanicismo en el segundo.

La conformidad con estos puntos por parte de la Izquierda comunista era completa. Pero lo que la «acción de marzo» y sus secuelas hubiese debido *realmente* señalar no era tanto el peligro de dar un golpe de mano a lo Blanqui, o de teorizaciones de falsa izquierda, como el *oscilar* inestable e inquieto de los jóvenes partidos de Europa Central de la pasividad, antes del estallido de movimientos elementales no previstos y no aupados, al extremismo verbal de los *hechos cumplidos* (había sido así un año antes con el golpe de Kapp, también fue así en marzo). Estaba el peligro de un empirismo y un eclecticismo situacionista en el que se reflejaba la escasa homogeneidad ideológica sobre todo en el partido alemán, ya presente en sus albores, pero agravadas después por la apresurada fusión con los independientes de izquierda. Era aún más, el peligro que su permanente oscilar encontrase su «*dónde detenerse*» en una decisivo giro a la *derecha* que en efecto se perfilará pocos meses después y del cual se pagarán duramente sus consecuencias en otoño de 1923, mientras que era ya un grave síntoma la crisis del partido checoslovaco, tan plétórico en la marea de 400.000 inscritos (!) reclutados, ampliando las mallas del programa y de los mismos principios, como enfermo de parlamentarismo, y de vergonzosa pasividad frente a las durísimas luchas sociales.

Lo que más preocupaba a la Izquierda era la posibilidad de que tales oscilaciones en torno a un *centro de derecha* cobrasen fuerza en la Internacional (como desgraciadamente sucedió) en la fase más trágica de vida de la Rusia bolchevique, cuando su aislamiento habría hecho todavía más urgente el aflujo de la Europa proletaria de sana linfa y no de contaminado oxígeno.

En tal cuadro se comprende, lejos de ser pedante o «bizantina», nuestra firme oposición a lanzar fórmulas genéricas y no bien definidas, cuyo sentido para Lenin o Trotsky era bien claro para nosotros, pero que precisamente por su indeterminación en una fase histórica en la cual urgía más que nunca la precisión tajante de las directivas, se prestaban a las interpretaciones más disparatadas y, desgraciadamente comprometedoras: típica la consigna de «conquista de la *mayoría* de la clase trabajadora» como *conditio sine qua non* al asalto y la conquista del poder.

Lenin, en su *Carta a los Comunistas alemanes*, del 14 de agosto de 1921, explicará eficazmente que «*La conquista de la mayoría no la entendemos, pues, de una manera formal como la entienden los paladines de la democracia filistea... Cuando en julio de 1921, en Roma, todo el proletariado – el proletariado reformista y el proletariado centrista del partido de Serrati – siguió a los comunistas contra los fascistas, se dio la*

conquista de la mayoría de la clase obrera por parte nuestra... Se trataba solo de una conquista parcial, momentánea, local. Pero era la conquista de la mayoría».

Para muchos partidos, y para ciertas corrientes en el seno del mismo partido ruso, y de la Internacional, la «conquista de la mayoría» significaba en cambio, o bien conquista material de la mayoría *numérica* en inscritos al partido, o bien conquista ya no de la mayor parte de la clase trabajadora sino de las «*masas*» genéricamente entendidas, organizadas o no, proletarias o «populares»; o, en fin, abstracta fijación de un nivel estadísticamente determinable de influencia directa sobre las masas obreras, nivel considerado necesario para ser y sentirse habilitado por la correlación de fuerzas a la batalla final. Con ello se va tanto en contra de la misma Internacional, como contra el real desarrollo de la revolución rusa de la cual el partido bolchevique, *pequeño no por voluntad*, tomó la cabeza gracias a su continuidad de programa y acción en el seno de la clase, y no porque en su seno se encontrase inscrita la mayoría numérica de las masas proletarias y campesinas rusas.

En suma, el peligro general que se delineaba era que nos ilusionáramos en subir de nuevo la cuesta de las derrotas momentáneas, o de apurar los tiempos de maduración de la salida revolucionaria, «fabricando» artificialmente a los partidos, en un presunto peso y volumen *óptimos*, por medio de agregados de girones dejados a lo largo de la vía por la *bancarrotta* socialdemócrata y a través de penosas tratativas diplomáticas a base de *do ut des*, destrozando así la **estricta disciplina de programa, acción y organización** en las cuales se reconocen el verdadero signo y el auténtico distinguo del partido de clase.

Los partidos no son agregados informes de individuos o grupos; son organismos formados a través de una historia real, y dotados de una lógica interna propia que no se puede desvirtuar o torcer sin minar las bases y condiciones para su desarrollo. Esta es la valoración materialista e histórica que le da el marxismo y que la Izquierda siempre ha defendido y afirmado. Por ello, cuando la Internacional planteó el problema de una adhesión póstuma al PSI, al Partido Comunista de Italia, ya fundado y operante, la Izquierda criticó enérgicamente esta perspectiva, y no tanto porque fuera un partido «italiano», del

(2) C.f. *La tattica dell'Internazionale Comunista*, serie de artículos (en italiano) publicados en «Ordine Nuovo», en enero de 1922, cita aparecida en las premisas a las Tesis de Roma de 1922, en el volumen del partido n° 2 de los «testi del partito comunista internazionale», intitulado *In difesa del programma comunista*, Milano 1970, pp. 27-35, del cual retomamos el largo párrafo. Ver también (en francés) *Defense de la continuité du programme communiste*, n. 7 de «les textes du parti communiste international», París 1973.

que además se conocían sus posiciones reformistas y colaboracionistas y su vivo rechazo a estas directivas de la Internacional, sino por una cuestión de justa orientación *internacional*. Abrir las puertas de la Internacional Comunista a partidos llamados «simpatizantes» significaba en realidad encaminarse en una dirección contraria al reforzamiento de la homogeneidad teórica, programática, política, táctica y organizativa de lo que debió convertirse, y ser, el Partido Comunista Mundial.

El *eclecticismo táctico* abrirá las puertas al eclecticismo programático y teórico; el eclecticismo organizativo paralizará la acción unitaria de la Internacional, haciéndola oscilar cada vez más hacia posiciones y fórmulas indefinidas a través de las cuales el oportunismo se insinuará hasta minar completamente los fundamentos de la misma Internacional Comunista.

A finales de 1921, el Ejecutivo de la IC votó las tesis sobre el frente único. La óptica de la Internacional cambió, pasando de una visión tal vez demasiado optimista de julio a una visión opuesta. Ahora era la clase patronal a la ofensiva y el proletariado, que no había todavía emprendido la lucha revolucionaria por la conquista del poder, necesitaba unirse en un frente único lo más amplio posible para resistir mejor la ofensiva patronal.

El *Llamado* de la Internacional a los proletarios de todo el mundo, de enero de 1922, afirmaba: «*Os decimos, proletarios: si no osáis intentar la lucha definitiva, si no osan intentar con las armas en la mano la lucha por la conquista del poder, la lucha por la dictadura, si no osáis intentar el gran asalto contra la ciudadela de la reacción, al menos reúnanse para combatir por la vida, la lucha por el pan, la lucha por la paz. Reuníos por esta lucha en un frente de batalla, únanse como clase proletaria contra la clase de los explotadores y de los destructores del mundo*».

En este sentido y dentro de estos límites, el frente único proletario habría podido ser el de la Izquierda que fue la primera en proclamarlo y defenderlo vigorosamente en Italia. Pero las tesis de la Internacional se batían con vigor sobre este punto y reafirmaban la exclusión de cualquier retorno a la «unidad» organizativa después de haberse efectuado las escisiones, no se terminaban allí y, retomando y avalando algunas iniciativas del partido alemán, proponían toda una serie de iniciativas que comenzaron con el envío de las mal afamadas «cartas abiertas» a otros partidos, hasta acuerdos y alianzas con estos, tanto momentáneas y por objetivos contingentes, y de aquí al apoyo parlamentario a gobiernos socialdemócratas definidos como «obreros», como ya había pasado en Turingia y Sajonia y como se recomendaba para la Suecia del archioportunista Brandler.

Aquí comenzaron las diferencias de la Izquierda comunista con la Internacional. El frente único *político* habría desarticulado la continuidad teórica,

programática y organizativa del partido de clase, aun cuando en las tesis de la Internacional se remachaba el mantenimiento de la absoluta independencia del partido. La independencia no es una categoría, es un hecho real que se destruye no solo con la hipótesis extrema de la constitución de comités mixtos de acción y de alianzas parlamentarias, que llegaban hasta alianzas gubernamentales, incluso aquellas más benévolas de lanzamiento de propuestas de acción como hechas pensando en «desenmascarar al adversario». Se le destruye también en este caso puesto que se obtendrá a los ojos de los proletarios la clara visión del **abismo** que existe, *que nosotros siempre hemos proclamado que existe, y su existencia es la razón de la existencia de nuestro partido* entre la vía de la reforma y la vía de la revolución, entre la democracia legalitaria y la dictadura del proletariado; en suma, *entre nosotros y todos los demás*.

Más allá de las intenciones de los vértices de la entonces IC, decir «frente único político», en lugar de «frente único sindical» tal como era formulado por la Izquierda, significa en realidad superar los límites necesarios de la táctica comunista. *Estos límites no son fijados por un capo teórico: los ha fijado la historia*, y nosotros no podemos cancelarlos sin sacrificar la primera condición subjetiva de la victoria revolucionaria, por vecina o lejana que esta se encuentre: la continuidad del programa, la acción práctica y la organización, que es solo la otra cara de la autonomía del partido. O se admite que en las alineaciones de los partidos – incluyendo a los partidos «obreros» – se encuentran constantes históricas que permiten su segura previsión, o se derrumba el marxismo. O se admite que nuestra fuerza de partidos comunistas está en esta previsión, o todo el edificio de la Internacional resucitada cae en pedazos.

El tema del gobierno socialdemócrata, dado el retardo con el cual la revolución proletaria se asomaba en el horizonte y dada todavía la larga influencia del reformismo sobre las masas proletarias europeas, por muchos invocado como «paso intermedio» hacia la revolución, es ejemplarizante de como la Izquierda entendía los límites de la táctica.

«*Para nosotros, la existencia independiente del partido comunista* – se lee en «El Comunista» de 1923 – *es todavía una consigna vaga, si no se precisa el valor de esta independencia en base a las razones que nos hemos impuesto para construirla a través de la escisión, y que la identifican con la conciencia programática y la disciplina organizativa del grupo. El contenido y la orientación programática del partido, que en su milicia, en otra más vasta que encuadra sindicalmente y en otros campos, no son una maquinaria bruta sino precisamente un producto y un factor paralelos al proceso histórico pueden ser influenciados desfavorablemente por actitudes erróneas de la táctica*». Conclusión práctica: «El

partido no debe declarar en ningún caso haber hecho suyos estos postulados y vías de acción política que avalen la preparación a desarrollos divergentes con su contenido programático... ni aceptar la corresponsabilidad de acción que pasan mañana a ser dirigidas por otros elementos políticos prevalecientes en una coalición cuya disciplina se haya reconocido previamente; sin la cual no puede haber ni siquiera coalición. Después, delante del problema del gobierno socialdemócrata, la actitud a mostrar de que este no puede contener una solución a los problemas proletarios es necesaria antes incluso de que este se constituya, para evitar que el proletariado sea completamente sometido al fracaso de tal experiencia (...). El partido comunista no hace más que convertirse en el protagonista, en sus actitudes, en su obra y en su lucha, de la presión de la parte más revolucionaria de las masas, rechazando alinearse con fuerzas que invocan al gobierno socialdemócrata. He aquí cómo la antítesis se vuelve **no solo teórica sino también práctica**, contradiciendo la dialéctica de algunos compañeros que correspondería a la volubilidad de sus actitudes. Precisamente la dialéctica estrictamente entendida explica cómo la oposición comunista al experimento socialdemócrata, **antes y después, es un coeficiente del precipitar de los desarrollos en los cuales esa experiencia está comprendida**. Y el artículo concluía con palabras que hoy parecieran proféticas, y que demuestran una vez más qué cosa significa para nosotros «partido-plano»: «*Son límites tácticos que no traza la teoría, sino la realidad, y esto es tan cierto que, sin ser pájaros de mal agüero, preveíamos que si se continuaba a exagerar en este método de ilimitadas oscilaciones tácticas y de coincidencias contingentes entre partidos políticos opuestos, se demolerá poco a poco el resultado de experiencias sangrientas de lucha de clase, para llegar no a geniales éxitos sino al agotamiento de las energías revolucionarias del proletariado, con el riesgo de que todavía una vez más el oportunismo celebre sus Saturnales de la derrota de la revolución, cuyas fuerzas ya pintan como inciertas y vacilantes en camino de Damasco*» (3).

Es precisamente esto lo que pasará desgraciadamente, como ulterior confirmación de que el medio condiciona malamente el fin, si no es forjado por este y en relación con este. Con las *Tesis sobre la táctica*, llamadas también Tesis de Roma, y las *Tesis sobre la táctica de la Internacional* presentadas al IV° Congreso mundial, siempre en 1922 (4), la Izquierda mostró evaluar con segura conciencia todos los factores puestos a la luz en el vivo de la historia de las luchas de clase, y de trazar en función de esta una vía nítida y precisa. Vía que, contra toda tonta y papagallesca pretensión póstuma, no ignoraba en efecto las cambiantes perspectivas de

la lucha revolucionaria, así lo preveía y de esta manera examinaba sus reflejos en la acción del partido, pero los ligaba todos al objetivo final no solo puesto en el vértice de nuestros «pensamientos» y al final de nuestra larga batalla, sino también permeando de sí el *hoy* menos rico de promesas, haciendo su eslabón inseparable de la cadena que une el pasado con el futuro, las luchas contingentes a la batalla definitiva, nunca tomando el reflujo como pretexto para arrojar al mar como un molesto lastre las condiciones de un mañana mejor.

Parlamentarismo revolucionario, «conquista de la mayoría», frente único político, partidos simpatizantes, fusiones de los nuevos partidos comunistas con los viejos partidos socialistas y sus fracciones, gobiernos socialdemócratas como paso intermedio a la dictadura del proletariado, «gobierno obrero» y «gobierno obrero y campesino» como sinónimos de dictadura del proletariado, ministerialismo y colaboración con el Estado, oscilaciones constantes de la táctica internacional en una dirección o en otra, burocratización de la disciplina en la Internacional, y así hasta llegar a la teoría del socialismo en un solo país y hacer de la «razón de Estado ruso» el eje de la política internacional, en la medida en que la táctica comunista y los principios organizativos sufrían de las concesiones de carácter transitorio que luego se vuelvan permanentes en el plano teórico y programático, las consecuencias en la Internacional y los partidos comunistas que formaban parte de ella eran cada vez más desastrosas.

Precisamente por materialistas, los comunistas saben que la acción que el partido desarrolla en la clase y en la sociedad tiene reflejos directos sobre su planteamiento táctico, en su organización y, necesariamente, hasta cierto punto, sobre sus bases programáticas y teóricas. El drama no tanto de la derrota de la revolución – dado que en el desarrollo de la lucha de clase es previsible que no se pueda vencer siempre – cuanto a las cesiones oportunistas de los mejores partidos comunistas que la historia ha producido, no va endosado a los jefes o grupos, ni mucho menos al proletariado que habría «fallado» en hacerse guiar por aquellos partidos. El drama debe ser buscado en la inmadurez histórica de las condiciones subjetivas de formación de los partidos comunistas.

En la despiadada lucha entre los intereses bur-

(3) Cfr. *Las tareas de nuestro partido*, en «El Comunista», 21 de marzo de 1922. Reimpreso en nuestro periódico «il comunista», n. 99, febrero de 2006.

(4) Las *Tesis de Roma* y las *Tesis sobre la táctica de la Internacional* presentadas en el IV° Congreso de la IC, en 1922, se pueden leer en el volumen *En defensa de la continuidad del programa comunista*, cit, en pp. 37-52, y en pp. 65-72; en el volumen *Defensa de la continuidad del programa comunista*, cit, en pp. 27-58, y en pp. 59-80.

gueses de conservación social y los intereses proletarios de revolucionamiento social, actúan factores económicos y materiales determinantes que «utilizan» para su permanencia en el tiempo todo posible instrumento superestructural e ideológico; del Estado central, a los partidos, de la iglesia a los sindicatos, de la democracia al fascismo, de la ciencia a la cultura, el arte, las supersticiones. La lucha encarnizada entre las clases, en el largo arco histórico que va de la revolución burguesa y de la universalización del capitalismo a la revolución proletaria y comunista, ha **producido** históricamente el marxismo, la teoría del conocimiento del desarrollo de las sociedades humanas, la teoría de la revolución comunista y el paso del capitalismo al comunismo; ha producido el **partido histórico**. Partido histórico que todavía no ha encontrado, salvo en algunos giros históricos, las condiciones objetivas para dar vida al **partido formal** en capacidad de dirigir la lucha revolucionaria hasta el final del arco histórico signado por el capitalismo y el dominio de la clase burguesa, y superar definitivamente la prehistoria capitalista.

Marx y Engels, la Primera Internacional, la Segunda, el Partido Bolchevique de Lenin, la Internacional Comunista, el Partido Comunista de Italia de 1921; todos han sido potentes linternas pero no definitivas contra la persistencia del dominio capitalista. Pero han dejado sin embargo a las generaciones de hoy y mañana la confirmación histórica de la justicia de la teoría marxista, de la validez incontrovertible del partido histórico, a la teoría y los resultados de las experiencias que el proletariado y los comunistas han hecho en el curso de las luchas de clase.

Todas las *Tesis* que acompañan la actividad política y teórica del partido de clase son los **balances dinámicos** de las experiencias de las luchas revolucionarias y de clase en giros históricos determinados. Contienen principios y líneas programáticas, directivas políticas y tácticas, evaluaciones históricas y análisis de las diversas situaciones, objetivos generales y objetivos parciales. Son instrumentos no solo de comprensión de la dirección que el partido sigue, sino de acción que comportan al partido ante todo, y a la clase, a la escala restringida de la nación, o más general e internacional, según la necesidad de clarificación y puntualización.

Por este motivo nos atenemos siempre tanto a los hechos históricos como a las *Tesis* del movimiento comunista revolucionario. Pero al trazar, incluso brevemente, la historia de nuestro partido, no podemos dejar de poner en evidencia la historia de la corriente de la Izquierda marxista, que fundó y dirigió hasta comienzos de 1923, el Partido Comunista de Italia, sección de la Internacional Comunista, y que en su actividad de elaboración teórica y política siempre de alcance internacional, ha sabido dar al movimiento proletario internacional contributos esenciales no solo para la lucha revolucionaria de la época, sino también para la reconstitución del partido formal después de que las fuerzas

de la represión capitalista y la contrarrevolución estalinista lo destruyeran.

La dirección de izquierda del Partido Comunista de Italia fue sustituida a la fuerza por parte de la dirección de la Internacional, primero de manera provisional consecutiva al arresto de los principales dirigentes en febrero de 1923 y, luego definitivamente, después de la absolución de estos últimos en el proceso de octubre del mismo año. Hay que recordar que en el proceso a los comunistas de 1923, los militantes de la Izquierda, y en particular Amadeo Bordiga, darán un formidable ejemplo de actitud revolucionaria frente a la justicia burguesa (5). Después de las primeras resistencias (sobre todo por parte de Terracini, pero también de Togliatti, ambos provenientes del grupo «Ordine Nuovo»), la nueva dirección de «centro» se alineó gradualmente a las posiciones erradas y oscilantes de la Internacional, sin embargo en la Conferencia de mayo de 1924 seguía siendo minoría respecto al grueso del partido, casi unánimemente alineado sobre las posiciones originarias de izquierda. Aún en tales condiciones, tal como en el V° Congreso de la IC, la Izquierda no solo dejó de reivindicar su regreso a la dirección del partido, sosteniendo que semejante posibilidad estaba subordinada a un decidido e inequívoco giro político de Moscú:

«Cuando la dirección de la Internacional y del partido – se lee en el esquema de tesis presentado en la llamada conferencia de «Izquierda» – debiese permanecer opuesto al trazado, o también indeterminado e impreciso como hasta ahora, la izquierda italiana se impone el trabajo de crítica y control, y el rechazo firme y sereno a soluciones postizas obtenidas con listas de comités dirigentes y fórmulas diversas de concesiones y compromisos, que son la mayoría de las veces las demagogias engalanadas de la tan exaltada y abusada palabra unidad».

Coherentemente, en el V° Congreso, Bordiga rechazará no solo el ofrecimiento de la vicepresidencia de la Internacional hecho por Zinoviev, sino toda corresponsabilidad en la dirección del Partido Comunista de Italia, mientras que el Centro italiano se orientara cada vez más en el sentido deseado por Moscú y patrocinado en Italia por la corriente de derecha de Tasca-Graziadei.

Mucho peso se le dio, sobretodo por parte del centrismo estalinista, en 1925, al *Comité de Entente*; una iniciativa absolutamente extemporánea y limitada de algunos militantes de la Izquierda (Damen, Repossi y Fortichiari) con la finalidad de organizar una discusión entre militantes de la corriente en vista del tercer Congreso del partido (que se tendrá luego en 1926), buscando superar de esta ma-

(5) Ver su reimpresión en «il comunista (nn. 89, 90-91, 96, 99, 100, 101), de los materiales del *Proceso a los comunistas* de 1923, recogidos en el volumen con el mismo título, Reprint Feltrineli, Milán 1966.

nera los obstáculos organizativos y disciplinarios implementados por la llamada «bolchevización» de los partidos; al mismo tiempo, esto planteaba el problema práctico de la oposición a los métodos de terrorismo ideológico y organizativo que posteriormente el centrismo (que luego se convirtió en estalinismo) estará difundiendo en todos los partidos de la Internacional. Este «Comité de Entente» servirá como pretexto a la Central estalinista para acusar a la corriente de la Izquierda del partido italiano de *fraccionalismo*, acusación muy fuerte para la época. Pero dado que los órganos de información del partido estaban completamente en manos del centrismo y la Izquierda no podía publicar nada, los compañeros de la Izquierda refugiados en el extranjero, sobre todo en Francia, creerán efectivamente que la Izquierda en Italia había organizado este «Comité de Entente», y que entonces apoyarán organizándose en función de este. Creían que este «Comité de Entente» no fuese limitado a la iniciativa de algún exponente de la Izquierda, sino que era una iniciativa «oficial», más vasta y compartida incluso por Bordiga. Este, por el contrario, precisamente por no hacer nada que permitiese acusar a la corriente de la iniciativa de Damen y otros compañeros, no estuvo de acuerdo (la Izquierda siempre combatió las fracciones); una vez al corriente de la iniciativa de Damen y compañía, se declaró contrario a su «constitución» y aconsejó con gran firmeza su disolución – cosa que se hizo en julio de 1925 – para mantener la batalla política en los límites organizativos del partido y de la Internacional a los que todavía no se les tenía como corrompidos irrevocablemente por el oportunismo.

La realidad de los hechos era bien distinta. Con ocasión del trabajo sobre la *Storia della Sinistra comunista* asumido por el partido en los años Cincuenta y Sesenta, hubo la necesidad de aclarar el asunto, sobre todo a los jóvenes militantes. En 1964, en «il programma comunista» fue publicado un breve artículo clarificador que aquí reproducimos:

«Diversos compañeros, jóvenes además, nos preguntan por el significado y la importancia que tuvo el Comité de Entente constituido en Milán por elementos de la Izquierda en 1925 durante la discusión entablada antes del Congreso de Lyon (1926).

«El centrismo, con la complicidad de la Internacional y aprovechando la ilegalidad fascista, logró apoderarse del PCI gracias también a formas descaradas de corrupción. En cambio en Francia, y sobre todo en la región parisina, la totalidad de los compañeros que huían de la reacción fascista y reunidos en los Grupos de trabajo del PCF habían permanecido fieles a la Izquierda, a pesar de las fuertes presiones de los enviados del CC del PCI respaldados por los cuadros de la burocracia del PCF en plena fase de 'bolchevización'.

«Con la colaboración directa de la Izquierda

italiana, estos habían redactado las tesis de izquierda (Plataforma de la Izquierda) para el Congreso del PCF en Clichy; estas tesis fueron ampliamente difundidas en asambleas y encuentros de compañeros franceses. Participaban también activamente en las discusiones pre-Congreso del PCI en el periódico l'Unità, aportando el fruto de sus experiencias en el PCF.

«Citaban los casos de los dos más grandes complejos metalúrgicos de la región parisina, Renault (con 25000 dependientes) y Citroën (más de 10000), donde la bolchevización había expulsado del Partido a miles de óptimos compañeros en nombre del obrerismo, y en el que a una decena de compañeros se les había vuelto imposible participar en las reuniones de aquellas células que sustituían las ahora disueltas secciones territoriales del Partido. Contaban que en Renault, para que la célula funcionara, un compañero de la Izquierda italiana (!) tuvo que hacerse pasar por su secretario. El aparato del Partido francés fue entonces presa de los cuadros dirigentes ligados a la conserjería que, muerto Lenin, se había apoderado del PC ruso y de la Komintern. Cada crisis de la dirección de estos dos organismos provocaba el cambio inmediato de los cuadros del PCF y de los PC de los demás países; solo el gran Palmiro [Togliatti, NdR] logró mantenerse a flote.

«Cuando en la Unità estalla el «escándalo» del Comité de Entente, los compañeros de la región parisina creyeron que los camaradas italianos, pasados al contraataque frente a las vejaciones y atropellos del partido en manos del centrismo, habían roto definitivamente con este, apoyando su actividad sobre la base de las tesis de Roma y del II Congreso de la IC; decidirán sin vacilaciones ponerse del lado de esta obra, constituyendo el Comité de Entente en la región parisina. Los compañeros de la Izquierda italiana al conocer la noticia de esta iniciativa, convocarán a un representante en Milán para que escuchara una relación del Congreso de Lyon y sobre las reuniones del VI Ampliado de la Internacional, en la que la Izquierda italiana interviene defendiendo sus clásicas posiciones.

«Este representante supo todo sobre el Comité de Entente, es decir, dos compañeros habían tomado la iniciativa de enviar una circular – a la cual darán un número de protocolo (lo que permitió a los centristas tener... «la prueba» de la labor de permanente fraccionalismo en perjuicio del Partido) – a los compañeros más calificados para coordinar las intervenciones en la discusión previa al Congreso. Por tanto, estaba claro: 1) que el Comité de Entente no tenía ningún miembro inscrito; 2) que no se había hecho ninguna reunión para constituirlo; 3) que la única forma de actividad realizada fue la circular incriminada, y fueron muy pocas hojas im-

presas las que se expidieron. Los compañeros refugiados en Francia, solidarios con la Izquierda italiana, no estaban al tanto. Basta leer la *Unità* para entender lo que se ha expuesto.

«Una copia de la circular, que había caído en manos de la burocracia centrista, dio el pretexto para desencadenar una furiosa campaña contra los... secesionistas de la Izquierda, acusada también de calumniar a la gloriosa revolución Rusa y a la Internacional Comunista: terror ideológico y sentimentalismo de baja ralea sobre la unidad del partido fueron hábilmente agregados. La consecuencia lógica de esta campaña fue una posterior desorientación en las filas del Partido en Italia, cuya única fuente de información era el periódico del Partido en el cual no se encontraba ningún escrito de la Izquierda.

«Por lo tanto, se puede afirmar que el Comité de Entente no existió, el centrismo necesitaba inventarlo para sus bajas maniobras.

«El representante de la emigración tomaba acto de la realidad de los hechos, concordaba con los compañeros italianos de la Izquierda, pero agregaba que las dificultades surgirán a su regreso a París, puesto que, si en Italia el Comité de Entente podía considerarse como una invención del centrismo, en Francia esto era una realidad concreta, sobre la que habría influido negativamente la situación determinada en el Partido italiano. En efecto, este se descompone: a los pocos que pasaron con armas y bagaje, el centrismo los utilizó inmediatamente contra la Izquierda; otros después de ásperas discusiones, se distanciarán dando vida a un movimiento obrerista que estaba ligado a los «kaapedistas» alemanes; la mayor parte permanece sólidamente fiel a la Izquierda.

«A fin de cuentas, ¿qué cosa fue el Comité de Entente en la historia del movimiento proletario?

«1. Fue el principal instrumento que sirvió de pretexto al centrismo para enturbiar las aguas de la discusión política, anteponiendo cuestiones de carácter formal y abstracta a los problemas políticos de fondo. Antes de preguntarle si estaban por el neocentrismo o por la Izquierda, a los compañeros se les pedía si estaban por la unidad o por la escisión: bajo este aspecto, el arma del Comité de Entente fue mortal en manos del centrismo; no pocos compañeros, bajo el altar de la unidad del Partido, sacrificarán sus convicciones y se prestarán para ser los instrumentos del centrismo contra la Izquierda.

«2. Causó confusión y desorientación en el extranjero. En la región parisina se creó a imagen de lo que en la prensa de Partido aparecía publicado en Italia (y en realidad no lo fue nunca). En esto consistía precisamente la trampa de los centristas tendida a nuestros compañeros emigrados solidarios en bloque con la Iz-

quierda. El diabólico montaje generó los efectos que se deseaban: despedazar la homogeneidad en las filas de la emigración, trasladando la dirección en las fieles manos de los centristas. La contrarrevolución a todo galope por toda Europa, y en la cresta de la onda los centristas cabalgaban seguros, permitía el triunfo de cualquier sucia maniobra, de cada asqueroso engaño (6).

(6) El artículo es «A propósito del 'Comité de Entente'», publicado en «il programma comunista», n° 10 de 1964. Se debe decir que el intento de organizar este Comité de Entente duró de mayo a junio de 1925, y que, gracias a la intervención de Amadeo Bordiga, el Comité de Entente, incluso intimado por el mismo Presidium de la Internacional, fue disuelto con una declaración oficial, publicada en «l'Unità» del 18 de julio de 1925. A propósito de la posición de Bordiga es útil recordar lo que Bruno Fortichiari – uno de los promotores junto a Damen y Repposi del Comité de Entente, y que en la época estaba en Milán – sostiene durante una entrevista dada al histórico del actual PC italiano, Luigi Cortesi:

«(...)

«Cortesi: Durante los años Treinta, recibía, tal vez indirectamente, prensa de partido?

«Fortichiari: Leíamos algunas cosas que, por vías transversas, nos llegaban. Entre los periódicos algunas veces estaba *Stato Operaio*, que luego intercambiábamos.

«C.: ¿Recibía prensa y noticias de los grupos comunistas de izquierda?

«F.: Nos informaba Vercesi y recibíamos Bilan. Los obteníamos a través de contrabandistas.

«C.: Parece que Bordiga no tenía contactos; ¿estaban al tanto de este retiro de Bordiga?

«F.: Era algo que nos preocupaba, pero para nosotros el problema ya había comenzado en los tiempos del Comité de Entente. Para mí y Damen fue un golpe brutal, ya que pensábamos que, aunque peligrosa, la iniciativa podía tener una función. Pero luego el riesgo fue que nos expulsaran.

«C.: Si bien he comprendido ustedes pensaban, hasta la disolución del Comité de Entente, y en base a lo que ha dicho antes, que estaban desarrollando una lucha más dura, más abierta.

«F.: Cuando creamos el Comité de Entente, queríamos intentar hacer algo. Bordiga permaneció solo. De la declaración del Comité fuimos nosotros quien le informamos. No sé si en aquel entonces habíamos cometido un error. Y no sé a quién pudo afectarle el error. Me parece que Damen tenía la responsabilidad de comunicarle la propuesta incluso antes de la formación del Comité de Entente. Lo que dijo no lo sabremos; lo cierto es que Damen partió a toda velocidad y dijo *hagámoslo*. Bordiga no aceptó y aconsejó disolverlo. Para Bordiga el problema era de no dar pretexto al partido; él pedía actuar solo individualmente para impedir ser golpeados. Bordiga razonaba así: hacemos un grupo y formamos una fracción, la fracción siempre la hemos rechazado por principio; no es justo, no es oportuno que la hagamos nosotros, tanto más cuanto que en este caso no tendríamos más la oportunidad de descargarnos sobre la Internacional. (...)» Estos párrafos han sido tomados del volumen *Bruno Fortichiari, in memoria di uno dei fondatori del Pcd'I*, Edizioni Lotta Comunista, Milán 2006, pp. 391-392.

Como se evidencia en esta sintética explicación, el llamado Comité de Entente no fue jamás una real organización fraccionalista, sino las intenciones de un compañero de la Izquierda, que en parte se justificaban por la labor – esta sí – fraccionalista desarrollada por la tendencia centrista desde que, apoyada por la dirección de la Internacional, tomó posesión de la dirección del Partido Comunista de Italia. Amadeo Bordiga, a pesar de estar en contra de toda iniciativa que pudiera parecer fraccionalista y diese la ocasión para ser acusada de fraccionalismo, optó por defender al Comité de Entente cuando este comenzó a ser atacado instrumentalmente por los centristas, oponiéndose a los métodos terroristas y burocráticos adoptados por la dirección centrista del partido italiano y de la Internacional, como ya lo había hecho con Trotsky, aunque no estaba completamente de acuerdo con él, cuando fue atacado, calumniado y marginado por los centristas rusos. Se comprende sin embargo por qué el grupo de «Battaglia Comunista» era atacado por esta iniciativa: en su tiempo, Damen, inspirador y artífice de la constitución del partido comunista internacionalista-battaglia comunista, en 1943, en el norte de Italia, había sido el principal promotor de este Comité de Entente. Lo que no se com-

prende es por qué el grupo de «Battaglia» nunca ha sustentado la verdad histórica, esto es, que Bordiga jamás compartió la formación de este Comité de Entente, por las razones ya expuestas, y que se esmeró por su rápida disolución. En el opúsculo «*Escritos selectos*» («*Scritti scelti*») de Onorato Damen, publicado por «Battaglia comunista» en junio de 2000, este sostiene (pág. 11) que «Bordiga adherirá al Comité de Entente ya constituido», pero agrega, mielosamente, que Bordiga habría dado en esta ocasión «una de sus mejores contribuciones a la lucha interna del PCdeI» – ¡como si, en su confrontación, su actividad condensada en los escritos sobre el peligro oportunista en la Internacional y sobre la «cuestión Trotsky», o el trabajo hecho, por ejemplo, con la redacción de las *Tesis* de Lyon, fuesen de ínfima importancia! Omite el aspecto político más importante de este hecho, y es que Bordiga, informado después que las cosas se habían hecho, rechazó completamente esta iniciativa, precisamente por razones de lucha política dentro del Partido. Omitir esto es en sí un acto político, una verdadera deformación de la verdad que el grupo de «Battaglia Comunista» ha usado y sigue usando para ennoblecer una iniciativa completamente personal debida a una real impaciencia y a un activismo congénito.

4. 1926: PUNTO DE LLEGADA Y DE PARTIDA EN LA TORMENTOSA GÉNESIS DEL PARTIDO MUNDIAL DE CLASE DEL PROLETARIADO

El movimiento comunista internacional había llegado a su fatal viacrucis.

Así como en el XIV° Congreso del Partido Comunista ruso, los Kamenev, Zinoviev, Krupskaja, habían tomado conciencia, expresando con voz propia la insurgencia de *fuerzas sociales y materiales* en lucha en el ámbito del Estado soviético contra otras fuerzas sociales y materiales *objetivas* mil veces más potentes que las de los individuos que se alternaban en la tribuna, de la misma manera, en el plano internacional, la Izquierda en el III° Congreso del PCdeI, tenido en Lyon en enero de 1926, al redactar como siempre un cuerpo de tesis mirando no el estrecho confin de la «cuestión italiana», sino todo el campo mundial de la táctica comunista, supo dar voz a *un curso histórico* que, en solo pocos meses, ya se había puesto en marcha en China y, por una rara y por muchos años única convergencia de circunstancias objetivas, Inglaterra – que eran entonces respectivamente el país semicolonial y la metrópolis imperialista por excelencia.

Las tesis de la Izquierda del PcdI, presentadas en contraposición a las tesis de la Central ya semiestalinizada, seguirán por pocos meses al XIV° Congreso del Partido ruso que vio a la casi totalidad de la vieja guardia bolchevique levantarse en un can-

dente cuanto improvisado arrebato tanto contra el «embellecimiento de la NEP» y el «campesinos, enriquecéos» de Bujarín, como contra el sofocante régimen interno de partido instaurado por Stalin; preceden apenas un mes al VI° Ejecutivo Ampliado de la IC que, apuntando todos los cañones de una oratoria de oficio contra la única fuerza internacional – justamente la Izquierda «italiana» – que denunciaba la crisis profunda del Komintern que, desterrándola, abría el camino a la condena de la Oposición rusa en noviembre-diciembre siguiente.

Fue el año de la prueba suprema, ya que también del éxito de la titánica lucha de los obreros y campesinos chinos y de los proletarios británicos habría dependido, en última instancia, el destino de la Rusia soviética y de la Internacional. La Oposición rusa sentirá en el curso de ese año la terrible urgencia de la historia y, superando viejos sinsabores, Trotsky y Zinoviev (para citar solo dos nombres) desesperadamente harán bloque contra todas las fuerzas acuciantes de la contrarrevolución; el primero, en particular, dará hasta 1927, una espléndida batalla, y saldrá derrotado. Saldrá batida también, junto a la Oposición rusa, la revolución china, y derrotada la grandiosa huelga británica, saldrá destruido todo el movimiento internacional comunista.

Por última vez en Moscú, en aquel bienio, el internacionalismo proletario se batirá con todas sus fuerzas contra el acorralamiento militar del «socialismo en un solo país», y esa batalla quedará inscrita con letra indeleble en las páginas destinadas a inspirar a las futuras generaciones de la vanguardia marxista. Pero la Oposición rusa no podrá redactar, para consignarlo al porvenir, el **balance general** de un curso histórico iniciado mucho antes de 1926, y de cuya extrema *debacle* era, al menos en parte, el producto; podrá denunciar el mal, pero no extirparlo *de raíz*. No lo podrá hacer, porque de ese curso ella misma había sido corresponsable y madrina, y en la cruz de esta corresponsabilidad Stalin y Bujarín podrán mil veces clavarla en tediosas polémicas, sabiendo bien que ya tenían, como prisionero en la red tejida en común, a Trotsky, el gran antagonista.

No fue así con la Izquierda: una fuerza pequeña si se le compara a lo que se había puesto en juego a nivel internacional, pero la única que por largos años advirtió sobre las *consecuencias objetivas* del **eclecticismo táctico** del Komintern (desde entonces protegido, además, por la obligación organizativa, el «terror ideológico» y el peso del poder estatal), extrajo no el derecho, pero sí la *capacidad* de derivar la lección global de un quinquenio, no desde el inicio del año decisivo (antes así: visto que toda la discusión pre-Congreso de 1925 en Italia hacía hincapié en este tema) (7), y reconocer en el hecho cumplido el hecho *anticipadamente previsto*. La Izquierda «italiana», sola contra todos en el VI Ejecutivo Ampliado, será la única en pedir que la «cuestión rusa» (la cuestión del «socialismo en un solo país», y la del régimen disciplinario caporalesco instaurado por el estalinismo para imponerlo a todos los partidos de la Komintern) fuese inscrita en la agenda del día de un Congreso internacional de carácter *urgente*, separándola del monopolio de discusiones y decisiones del Partido Bolchevique estalinizado para ese entonces, pero esto no sucede y, sobre los escombros de todas las oposiciones revolucionarias, el Congreso internacional se tendrá dos años después, optando todos por encogerse de hombros.

Por otra parte, ofreciendo al movimiento internacional su cuerpo de tesis como plataforma sobre las cuales erigir una solución *orgánica y completa* de los problemas tácticos, encuadrada en una visión no menos orgánica y completa de sus presupuestos programáticos, la Izquierda «italiana» insertaba ya la cuestión vital rusa como *eslabón* de una cadena infranqueable de cuestiones de vida o muerte de la Internacional, y así arroja los fundamentos de su retorno a los orígenes, sobre bases aún *más firmes*.

En la primera parte de las *Tesis de Lyon* de la Izquierda la respuesta general a los problemas tácticos de la revolución permanente es, o se aceptan o se rechazan. Sobre esta base la Izquierda podía ser, y lo fue, aplastada por el peso de la correlación de fuerzas entonces desfavorables; pero si algo era cier-

to es que no podía ser sino sobre ellas que podría resurgir – esto es, *sobre las bases de una sistematización no parcial sino global de las cuestiones tácticas además de programáticas y, por deducción, organizativa* – será posible una *reanudación internacional* del proletariado revolucionario y su partido. De eso estábamos y seguimos estando profundamente convencidos.

Las *Tesis de Lyon*, así como son un punto de llegada en la historia de los años ardientes 1919-1926, son también un punto de partida para hoy y mañana, porque representan no el producto de elucubraciones de individuos, sino el *balance dinámico de fuerzas reales enfrentadas en la arena de la lucha de clase* en el periodo en el que todo un siglo de batallas revolucionarias se condensó, y fue puesta a prueba de fuego la solidez de los partidos comunistas en el tener fe, sin jamás desviarse, en las enseñanzas de ese balance dinámico. Para nosotros es de primera importancia subrayar cómo todos los hilos de la larga batalla entablada por la Izquierda en el seno de la Internacional convergen y se anudan en las *Tesis de Lyon*, y cómo de esta se puede recorrer hacia atrás el camino hasta llegar a 1920, para encontrar la *soldadura* entre el desarrollo de aquella batalla y las series de eventos históricos de los cuales sale el balance dinámico, y anticipador de cursos futuros.

Un hilo ininterrumpido liga, pues, 1920 a 1926; y esto explica por qué las Tesis de Lyon, retomando los temas de entonces, ampliándolos y dándoles una sistematización definitiva y general, han podido y pueden todavía ofrecer a las generaciones sucesivas, cargadas por el balance *real* de su confirmación práctica. Los eslabones de nuestra cadena dialéctica son ahora precisos: deben ser **únicos, conocidos por todos y a todos vinculantes, la doctrina, el programa, el sistema de normas tácticas; será única, por tanto, disciplinada y eficiente, la organización**.

Seguro en detentar estos eslabones que son las condiciones para su existencia, el **partido** estará en

(7) Hay algunos escritos de Bordiga de aquella época a tomar como referencia, como por ej. «*Lenin en el camino de la revolución*», «Prometeo», 15 de Abril de 1924; *La cuestión Trotsky; La función histórica de las clases medias y los «intelectuales»*. «L'Unità», 24 de marzo de 1925; *La naturaleza del Partido Comunista*, «L'Unità», 21 de julio de 1925; *El peligro oportunista y la Internacional*, «Stato Operaio», julio de 1925; *La política de la Internacional*, «L'Unità», 15 de octubre de 1925; *Programa de acción de la Izquierda*, «L'Unità», 30 de diciembre de 1925, y su vigorosa participación en la redacción del *Proyecto de tesis para el IIIº Congreso del partido comunista, presentado por la Izquierda*, conocido por las *Tesis de Lyon*, publicado en su totalidad en el volumen *En defensa de la continuidad del programa comunista*, cit. pp. 91-123, en la versión francesa, cit. pp. 106-146, n. 4, abril de 1980; en la revista teórica igualmente en francés en los nn.. 68,69-70,73,74,76,78 y 79.

capacidad de prepararse a sí mismo y preparar al proletariado para la solución revolucionaria de la crisis capitalista, sin perjudicar, en caso de reflujo de esta crisis, la posibilidad de reanudación. Primero, aflojad las mallas del eslabón, teorizad luego esta distensión, y habréis perdido todo, las potencialidades de victoria en las situaciones ascendentes y favorables y las potencialidades de resurgimiento en las situaciones menguantes y de contrarrevolución, habréis destruido el partido, que es el órgano de la revolución *si y en cuanto* ha previsto, en una sólida continuidad teórica y práctica, «cómo *sucedirá un cierto proceso cuando ciertas condiciones se verifiquen*» (Lenin en el camino de la revolución, 1924, cit.) y «qué deberemos hacer en las diversas hipótesis posibles sobre la marcha de las situaciones objetivas» (Tesis de Lyon de la Izquierda, 1926, Cuestiones generales).

Desgraciadamente, la historia de la Tercera Internacional es también la historia de su gradual alejamiento de esta vía maestra; es, pues, también la historia de **cómo se asesina al partido**, aunque no se quisiera, aun actuando con las mejores intenciones para salvarlo. 1926 es el año del «socialismo en un solo país» con todo su necesario contorno (bolchevización, aplastamiento de la oposición de izquierda bajo el rodillo compresor de la disciplina-por-la-disciplina); esta fórmula maldita, significaba el asesinato del partido mundial. Fue el verdadero año de la muerte de la Komintern. ¡El resto no será más que la danza macabra en torno a su féretro!

Encuadrando en la «Parte General» la cuestión de las relaciones entre determinismo económico y voluntad política, entre teoría y acción, entre clase y partido, las Tesis de Lyon de la Izquierda arrojaban las bases de un futuro renacimiento del movimiento fuera del doble escollo de la pasividad inerte de un lado y del voluntarismo a toda prueba, del otro, en que la orgía de la llamada «bolchevización» y los tristes saturnales de la «edificación del socialismo» en vaso cerrado (es decir, en un solo país), no eran sino nuevas variantes.

El bienio 1926-27 es, decíamos, un paso crucial para el movimiento comunista internacional. Es en este dramático giro histórico que, en la Rusia ya estalinizada, se eleva a la *altura de los principios* la gran batalla teórica y programática, incluyendo la de la Oposición Unificada rusa que había unido a sus componentes, superando las líneas de demarcación que los había separado y contrapuesto anteriormente, en una vigorosa reacción en defensa de la tradición internacionalista, clasista y teóricamente intransigente del movimiento comunista, de Trotsky a Zinoviev, de Kamenev a Piatakov hasta la Krupskaja, etc. Una batalla que desgraciadamente se vio que estaba aislada y condicionada por la corresponsabilidad de sus componentes en la serie de concesiones teóricas y programáticas a la política estaliniana, pero que no sería justo reducir a actos individuales; esta se desarrolla sobre rela-

ciones materiales de fuerza en las cuales los grandes militantes del bolchevismo actuaban no solo como **factor** potente de historia, sino también como **producto** de ella, de una historia que nunca será nacional sino mundial.

El Partido Bolchevique exangüe por la guerra civil y asfixiado por el aislamiento de la dictadura proletaria en un país esencialmente campesino, sucumbe ante el peso aplastante de una coyuntura histórica adversa en todos los sentidos pero, antes de su declive, consiguió la fuerza de expresar en su seno a una vanguardia decidida a defender y reivindicar a *contracorriente* todo el patrimonio del marxismo. Esta gran batalla teórica y política se desarrolla entre los hijos de la misma cepa, condenados por un curso histórico, adverso en todos los sentidos, a abrirse camino por sí solos – visto que desde Occidente no viene la ayuda ni la revolución victoriosa ni, si se excluye la pequeña bandera de la Izquierda Comunista italiana, el necesario contributo teórico y político del movimiento comunista internacional – en condiciones objetivas nada favorables. El estalinismo concedió a la Oposición rusa el honor de cruzar espadas en una batalla que no era ni podía ser la suya, y el resultado del que se esperaba un único resultado (el de recoger los despojos de los contendientes que permitiera darle un título de legitimidad ideológica a su triunfo en Rusia y en el mundo); y entonces ya armado, poder liquidar – como después hizo físicamente y de forma masiva – el obstáculo fastidioso y peligroso del partido del Octubre Rojo! (8)

No solo es cierto que, una vez depurada de sus escorias – de lo cual hemos escrito repetidas veces en diversos estudios de partido, de la *Estructura económica y social de la Rusia de hoy al Cuaderno sobre la Crisis de 1926 en el partido y en la Internacional*, del cual extraemos largos extractos –, la indómita batalla de la Oposición en 1926-1927, se inscriben en la «línea que va de Marx a Lenin, a la fundación de la Internacional Comunista y del Partido comunista de Italia; a la lucha de la Izquierda comunista contra la degeneración de la Internacional, contra la teoría del socialismo en un solo país», como afirma el «*Lo que distingue a nuestro partido*». Pero es verdad que el mismo reconocimiento del grado de persistencia de estas escorias que contribuyó a **agravar** la derrota de aquellos años aporta un bagaje enorme de enseñanzas en la «dura obra de restauración de la doctrina y del órgano revolucionario, en contacto con la clase obrera, fuera del politicantismo personal y electoralesco» en la cual nos sentíamos fuertemente motivados en aquel entonces, y como hoy todavía lo estamos.

Esa línea no pudo ser entonces restablecida. Es

(8) De la «*Conclusion*» contenida en el estudio *La crisis del 1926 nel partito...*, cit., pp. 123-4.

solo refiriéndose a la desesperada batalla *de entonces* que se la puede restablecer en toda su potencia. Desde este punto de vista se agregan sin embargo algunas consideraciones.

La primera es que un debate – tal como se llamó la discusión entre los miembros de las diversas Oposiciones y los miembros de la Central estalinista –, en realidad *nunca hubo*. Hubo sí, un monólogo, denso de cuestiones de principio vigorosamente esgrimido a varias voces, varias veces retomado por la Oposición. Pero, en esto la «contraparte» responde con argumentos disciplinarios e incluso terroristas, que era lo único con que contaba para «enterrar el problema». No es necesario olvidar, y los jóvenes, militantes o no, que leen estas líneas se lo impriman bien en la memoria, que **el glorioso partido de Octubre fue asesinado en aquel entonces**: las purgas de la década que siguió no serán sino la sanción formal de un trágico **hecho consumado**.

La segunda es que los instrumentos subsidiarios de esta situación fueron *sin ninguna excepción todos los partidos de la Internacional* quienes a partir de allí fueron fabricados a la medida del estalinismo, y es una canallada tratar de restituirles después de su muerte una virginidad antiestalinista no digamos a los Togliatti y socios, sino a Gramsci y a sus seguidores; la inmundada campaña denigratoria, policial y terrorista con que fueron bombardeados en un crescendo terrorizante los hombres de la Vieja Guardia bolchevique en aquellos años cruciales, tiene su precedente directo, tal vez la prueba general, en la análoga campaña «anti-bordiguista» llevada a la escena, aunque en un formato menor, en el «debate» preparatorio del Congreso del Partido Comunista de Italia en Lyon.

A finales de 1927, ya los actores internacionales del obscuro alboroto en Moscú serán otros; pero solo porque en otra parte la historia había ofrecido pocas ocasiones a las alegrías de la «caza a los Izquierdistas», y fue en conformidad con las reglas de juego que los aspirantes a los laureles en este novísimo deporte serán llamados a dar «pruebas convincentes» de sí, en lo que había sido el corazón palpitante de la revolución comunista.

Pero con ello también se puso al descubierto el talón de Aquiles de la Oposición Unificada. En sus textos oficiales, redactados entre 1926 y 1927, es difícil encontrar las disonancias teóricas a la Preobraghensky o los forzamientos polémicos a la Trotsky; en este sentido, la continuidad con los años de esplendor del bolchevismo nos parece estar totalmente restaurada. Sin embargo, este hallazgo no es suficiente para ocultar el retraso, común a todos los grandes actores del teatro *soviético* de entonces, en la toma de posición oficial frente a los candentes problemas *internacionales* del movimiento comunista, y, en la denuncia precisamente en este sector vital de una carrera ruinosa del cual el «nuevo partido» Stalin fue, si no el hijo, al menos, el ahijado. La

denuncia surgirá, pero **tardía** y, en lugar de global, **ondulante**: peor todavía, no tendrá la fuerza para **ir a la raíz** de los desvíos demasiado tiempo tolerados, si no compartidos; no podrá, pues, dejar a las próximas generaciones un **balance crítico** del pasado como requisito indispensable para el renacimiento del movimiento comunista mundial, sobre las bases de sus posiciones teóricas originales.

Aquí estaba (y la «Carta a Korsch» no lo oculta) (9) el grave, irreconciliable punto de divergencia entre la Oposición rusa y nuestra corriente. El método de formación de Partidos en diferentes países, de dirección de la propia Internacional, de su orientación organizativa y táctica, de aplicación de los principios al análisis de las situaciones y a la determinación de actitudes prácticas, todo aquello que – sobre las fusiones organizativas o frente único «político», del gobierno obrero y obrero-campesino o de la «bolchevización», y así sucesivamente – durante tantos años la Izquierda manifestó tener serias reservas o abierta oposición, y que, puestas en el banco de prueba de los acontecimientos de **Rusia y del mundo** de 1926 a 1927 demostraron lo que habíamos esperado que nunca sería necesario, porque se sabía que su veredicto habría sido **fatal**.

No cayó del cielo el aislamiento en el que se encontraron los grandes militantes de entonces frente a una audiencia, para ellos irreconocible, de oportunistas, por fin seguros de jugar *impunemente* en la IC su rol de sepultureros de la revolución; era el fruto maduro de una larga evolución de la Izquierda denunciado dolorosamente en sus últimas etapas. La vieja guardia terminó aislada, no sólo de una revolución socialista mundial que no llegaba (hecho objetivo y en parte irremediable), sino de un movimiento comunista mundial nacido ya sobre bases frágiles y crecido gradualmente en el surco de las tradiciones cuya condena habría debido ser considerada irrevocable y que desgraciadamente no fue así. Ninguno de los portavoces de la Oposición fue consciente del fenómeno; y menos aún, de su corresponsabilidad en su génesis.

Pero es así también como se explica la evolución posterior del gran luchador Trotsky – prisionero hasta el final, no solo de una visión imperfecta del ciclo histórico, necesariamente reservado a la Rusia encerrada en sus fronteras, sino también de una visión incompleta de las grandes cuestiones de táctica y organización del movimiento comunista mundial, especialmente en los países capitalistas avanzados. No es casualidad que nuestros caminos, en parte convergentes en 1926-1927, luego *divergen en todo* el frente de la batalla de clase. No es ca-

(9) Ver Carta de Amadeo Bordiga a Karl Korsch, Nápoles, el 28 de octubre 1926, publicada en el *Quaderno* n. 4, cit., intitulado *La crisi del 1926 nel partito e nell'Internazionale*, cit., p. 5; ver también el «Programme communiste» n° 68 (ottobre 1975).

sualidad que tengamos tanta razón en referirnos a los enfrentamientos de entonces como un elemento crucial de la historia del movimiento proletario internacional y de nuestra misma historia, así como de no ignorar ni ocultar *la maraña de todo lo que esas dos vías ya habían hecho previamente*, y que con más razón todavía harán más adelante no una sola vía, sino una **encrucijada**.

No fue suficiente para la contrarrevolución estalinista deshacerse en aquellos años de la Oposición de Izquierda en Rusia y en otras partes del mundo. Más adelante se propuso eliminar a *toda* la vieja guardia bolchevique, incluyendo la corriente de derecha (Bujarín), para tener las manos completamente libres de dirigir todas las energías económicas, sociales, políticas y militares hacia el impetuoso arranque objetivo de la transformación capitalista del país. Una transformación ya no controlada ni guiada por un poder revolucionario coherente, preparado para aprovechar todas las oportunidades internacionales donde tenga que apoyar la lucha revolucionaria antiburguesa hasta la conquista del poder en otros países, sino controlada y guiada por un poder que ahora representaría los intereses capitalistas nacionales rusos. En esta gigantesca obra económica y, desde el punto de vista histórico, positivo, el poder estalinista – utilizando alternativamente los argumentos de la izquierda para derrotar a la derecha, y los argumentos de derecha para batir a la izquierda – procedió a la utilización de falsos conceptos y argumentos «marxistas», para justificar toda

maniobra, toda teorización, todo vuelco radical de táctica y de programa que en lo inmediato permitiese acelerar el proceso de desarrollo capitalista en el gran país. Pero, llamando a todo esto: «*socialismo*», realizó la más extraordinaria falsificación del marxismo jamás acaecida en la historia.

El atrincheramiento en las fronteras rusas del desarrollo capitalista no impidió al estalinismo ocupar el lugar de la socialdemocracia al jugar el rol de la más grande fuerza oportunista del mundo, capaz de influenciar – por desgracia durante décadas – a las grandes masas proletarias del mundo, desviándolas sistemáticamente de la reanudación de la lucha auténticamente revolucionaria y de clase, y, como ya se ha mencionado, comenzando por los grandes movimientos revolucionarios en China en 1927.

A las campañas de represión contra los exponentes de la Izquierda, no solo italiana, sino internacional, se unían las inevitables campañas de denigración y calumnia. Los «trotskistas» y los «bordiguistas» se convirtieron en blancos mayores, más allá de las posiciones que respectivamente mantenían: representaban una espina clavada en el costado, por lo tanto debían ser neutralizados y aplastados. Y cuanto más emergían los elementos de crisis económica que empujaron a la segunda guerra mundial (1929, 1933, 1936), más la joven y ávida burguesía rusa esperaba colocarse en el tablero internacional, al lado del grupo o potencia imperialista que mejor podía satisfacer sus propias ambiciones imperialistas.

5. LA CUESTIÓN DEL FASCISMO

Respecto al fenómeno histórico, social y político del fascismo, la Izquierda Comunista se distinguió nítidamente del resto de las corrientes del movimiento comunista internacional, tanto en la interpretación del fenómeno cuanto en el encuadramiento de la cuestión de la lucha contra el fascismo. Basta con referirse a los dos *Informes* sobre el fascismo presentados por Amadeo Bordiga en los Congresos IV^o y V^o de la IC (10) y a la acción de la Izquierda, primero dentro del PSI, y luego en el Partido Comunista de Italia en los años 1921-1924, como se documenta en el informe a la reunión general que nuestro partido de ayer presentó en Florencia, en abril de 1967 (11).

El fascismo fue todo lo contrario a un paso atrás en la historia; todo lo contrario a la victoria de la reacción precapitalista como pretendía Gramsci, y en general todos los estalinistas de la época. Esta visión solo sirvió para justificar todo tipo de maniobra democrática, toda alianza con la burguesía «democrática», toda desviación táctica, política y de principio de la vía revolucionaria de la dictadura del proletariado, que por principio es antidemocrática, basada únicamente en el proletariado revolucionario y ejercida de manera ex-

clusiva por el partido comunista.

La Izquierda comunista italiana fue acusada por Togliatti y socios de haberse negado a combatir el fascismo, de haber «rendido las armas», mientras que los valientes «antifascistas» estalinistas habrían sido los únicos en «tomar las armas» y luchar en la resistencia partisana. Es una **falsedad histórica** que la Izquierda Comunista no se haya batido contra el fascismo, cuando es precisamente la dirección de izquierda del Partido Comunista de Italia, la que organizó el encuadramiento militar en el partido y en las filas proletarias para defender no sólo las sedes del partido y de sus periódicos, sino también las se-

(10) Cfr. los dos *Informes* expuestos por Bordiga en el IV y V Congreso de la Internacional Comunista, en *Communisme et fascisme*, ed. programme, 2001. El *Informe* de Bordiga sobre el fascismo al IV Congreso de la Internacional Comunista ha sido publicado también en «il comunista», n^o 42, septiembre 1994.

(11) Ver *Il Partito di classe di fronte all'offensiva fascista (1921-1924)*, publicado en «il programma comunista», nn. 16, 17, 18, 21 e 22 de 1967 y nn. 1, 2 e 3 del 1968; en francés, ver los siguientes números de la revista «Programme communiste»: 45, 46, 47, 48-49 y 50.

des del PSI y de los periódicos socialistas, además de las oficinas de las Cámaras de Trabajo, las ligas, las cooperativas, las Casas del Pueblo, en los enfrentamientos con las bandas fascistas, desde el comienzo de la ofensiva de los escuadrones negros, en noviembre de 1920, cuando asaltaron la Cámara de Trabajo de Bolonia y prosiguieron con Accursio Palace, sede del Ayuntamiento de Bolonia (12).

En realidad, lo que debilitó fuertemente al proletariado italiano, y sobre todo al proletariado alemán y europeo, fue la profunda influencia de la lucha pacífica, la lucha dentro de la ley, convertida por los viejos partidos socialistas reformistas en su principal método de lucha. Sólo después de la división de enero de 1921 y la creación del Partido Comunista de Italia, el proletariado italiano comenzó a tener una verdadera dirección revolucionaria. Pero las fuerzas de la burguesía, golpeadas por la guerra, tuvieron más de dos años para reagruparse y recuperar la confianza en sí mismas. El movimiento fascista contribuyó a la reanudación del control social y territorial por parte de la clase dominante burguesa, y nada habría podido hacer contra el proletariado, si sus incursiones no hubiesen sido precedidas sistemáticamente con la represión anti-proletaria llevada a cabo por el ejército, la guardia real, la policía, que les protegían y apoyaban en cada fase de sus incursiones. El Estado burgués, para quien la fuerza armada es lo más importante en la dominación capitalista, fue el principal factor de la victoria del fascismo en Italia, y más tarde en Alemania; una demostración de que la burguesía no tiene miedo de enfrentarse al ascenso del movimiento revolucionario del proletariado, ni darse por vencida sin antes utilizar todas las armas posibles, económicas, políticas, militares, legales e ilegales. Y aquí se demuestra la ineptitud, la impotencia y la cobardía de las fuerzas que hicieron de la democracia y su defensa su única bandera.

¡Nada que ver pues con las bandas a sueldo de latifundistas y agrarios precapitalistas! El movimiento fascista nació en Milán, la capital no solo de la economía, las finanzas, la industria, sino también, y no en vano, del reformismo turatiano. Este último representó la palanca que sirvió el poder burgués para desviar los objetivos de la lucha proletaria y comunista hacia el campo de la legalidad y la lucha democrática, y para compactar todas las fuerzas de la burguesía contra la amenaza de la revolución proletaria. Para nada, pues, un fenómeno ligado al precapitalismo! El hecho de que los escuadrones negros hayan comenzado a atacar los locales de las Cámaras del Trabajo y de las Ligas en las zonas agrícolas, y directamente los elementos más militantes de los trabajadores agrícolas en el aislamiento de sus hogares, sólo demuestra que, por razones puramente tácticas, el movimiento fascista comenzó a atacar al proletariado donde objetivamente se encontraba menos concentrado, disperso en el campo y las ciudades de provincia. Pero el verdadero obje-

tivo estratégico fueron siempre las fuertes concentraciones de trabajadores que en la época estaban ubicadas principalmente en el famoso «triángulo industrial» Lombardía-Piamonte-Liguria.

Vio justamente la Izquierda Comunista, cuando asimiló el fascismo a la respuesta que encontró el capitalismo imperialista, emergido de la guerra mundial, frente al peligro de la revolución proletaria, y para defender y mantener su dominio político sobre la sociedad. La fuerza de las posiciones de la Izquierda Comunista provenía, además, no sólo de la coherencia mantenida en el tiempo por los compañeros que la representaban en los años Veinte y que continuaron representándola en los años posteriores a la victoria fascista, durante los años de la segunda masacre imperialista mundial y la así llamada resistencia partisana, en el período de la posguerra y aún hoy en día a través del Partido Comunista Internacional, sino también y sobre todo por la demostración histórica de la visión correcta y por la evaluación precisa de los roles y funciones que los movimientos fascistas y los movimientos democráticos han jugado y juegan con el fin de defender y mantener la conservación social burguesa.

En el trabajo del partido de 1967 que ya hemos mencionado (13), afirmábamos de manera inequívoca:

*«El fascismo no es una especie de excrecencia patológica que brota en la frente del régimen burgués, algo ajeno a él, o, peor aún, como cacarean algunas escuelas, un retorno 'al primero de los sagrados principios de la revolución francesa'; se trata más bien de una alternativa de gobierno, un método del cual la burguesía se servirá cada vez que el método democrático, a pesar de sus aparentes halagos, su promesa igualitaria, su acción corruptora en las capas superiores del proletariado no logra sus objetivos, de manera más flexible y encubierta, para asegurar su dominio de clase. Llámese a este método de gobierno **fascismo o nazismo**, toma las formas más provinciales y atrasadas del **falangismo o del corporativismo paternalista salazariano**, o incluso aquellos primitivos y crudos del **golpe de Estado militar**, como en Grecia este año, pero la sustancia no cambia».*

La filiación del fascismo de la clase dominante burguesa está históricamente comprobada, pero sólo la Izquierda Comunista, identificándola y combatiéndola por lo que era, fue capaz de dirigir las fuerzas del partido en la dirección correcta de la lucha anticapitalista y anti-burguesa sin ceder a los falsos objetivos de una democracia reconstituyente, como si estos fueran cruciales en la lucha contra una reacción de tipo falsamente «precapitalista», para su-

(12) Ver *Il Partito di classe di fronte all'offensiva fascista* (1921-1924), cit.

(13) *Ibidem*, «il programma comunista», 1967, n° 16.

puestamente restablecer las «condiciones favorables» de la lucha de clase proletaria. La Izquierda no tuvo ninguna duda en identificar en el fascismo un método político alternativo de gobierno burgués, perfectamente reconocible a través de sus ciudadelas financieras, su poder judicial, sus fuerzas represivas, su prensa, su mismo parlamento. Y no tuvo ninguna duda de que, a escala histórica, los dos métodos se *prestarían uno al otro* su «capital» de experiencias de gobierno, que convergen en el uso de *todos* los medios de defensa de la dominación de clase de la burguesía y que solo se distinguen por la diferencia de «dosis» en relación no con las veleidades o las elucubraciones de individuos o grupos, sino con la dinámica de las relaciones de poder entre las clases. El fascismo hará suyas las sugerencias demagógicas del reformismo y la democracia socializante, poniéndolos al servicio de un ensayo de organización *general y centralizada* de la clase dominante; la democracia post-fascista heredará, por un lado, el arsenal represivo, y por el otro, sus instrumentos de intervención «disciplinaria» en la economía, a pesar de que por encima de ellos ejercita el secular engaño de gobierno representativo, de la libertad de los ciudadanos y la igualdad y la fraternidad de clases en el nombre común del Estado como «bien colectivo» a defender y fortalecer. A tal fin, no podía sino conducir al «imperialismo, fase superior del capitalismo».

El hecho de que la **ofensiva** armada antiproletaria y extralegal partió de áreas agrícolas, y tuvo como sus herramientas favoritas, en su mayor parte, a los hijos de las clases medias, sólo en su *aparición* le dan validez a dos interpretaciones, a veces distintas, a veces asociadas, pero ambas falsas, y que ya en ese momento comenzaron a circular: una, que el fascismo representaba un «paso atrás» hacia los métodos de reacción clásica pre-capitalistas o de derecha, con fondo agrario-feudal, basada en sus rencores «incivilizados» al «ala progresista» de la burguesía, encarnados por la clase industrial; y, otra, que el fascismo era un intento extremo y exitoso de las clases medias para organizarse con miras a su revolución, armadas de una ideología peculiar y por objetivos independientes.

Las dos interpretaciones – anunciadoras de devastaciones en el campo proletario de las que aún se paga el precio, de hecho fueron matrices de los sucesivos deslizamientos hacia el anti-fascismo democrático, los guiños a las clases medias y la colaboración en la guerra y el gobierno, con los partidos de la democracia burguesa – no sólo circulan en el sistema publicitario del periodismo burgués de «izquierda» y reformista, ya que se encontraron cara a cara con el **ordinovismo**, y específicamente con Gramsci, quien, dando sus primeros pasos en el joven Partido Comunista, en 1921, todavía le resultaba difícil digerir la noción de que el poder del Estado es *siempre*, cualquiera que sea su carcasa exterior y aparente, una de las herramientas de la dictadura

de clase, a tal punto que haciendo la pregunta:

«¿Qué quiere decir, desde el punto de vista constitucional, que en un Estado existe una dictadura de clase y **no** un régimen democrático?», Gramsci respondió: «Significa esto: que las autoridades públicas, gubernamentales, legislativas y judiciales, no se dividen y son independientes entre sí, sino que están unidos en un solo poder: el poder del gobierno» (!!!). Y, como demostración suplementaria de que en Gramsci se reunían las dos interpretaciones falsas del fascismo, tomemos por ejemplo los siguientes pasajes:

1) «*Caída la fuerza del Partido Socialista después de las ocupaciones de las fábricas, con rapidez fulminante la **pequeña burguesía**, con el empuje del mismo Estado Mayor que la había explotado en la guerra, reconstruyó sus cuadros militarmente, y se **organizó nacionalmente**... La **pequeña burguesía urbana**, juguete en manos del Estado Mayor y de las **fuerzas más retrógradas del gobierno**, se alió a los agrarios y destruyó, por cuenta de los agrarios, la organización de los campesinos*» (Gramsci, en el artículo Los partidos y la masa, en «Ordine Nuovo», 25 de septiembre de 1921; también en Gramsci, Sobre el fascismo, Ed. Riuniti, Roma 1974, p. 150)...

2) «*La burguesía industrial no fue capaz de frenar el movimiento obrero, tampoco fue capaz de controlar bien al movimiento obrero, ni el de los rurales revolucionarios. La primera y espontánea consigna del fascismo, tras la ocupación de las fábricas, fue la siguiente: **los rurales controlarán a la burguesía urbana que no tiene cómo enfrentar a los obreros**... **Las clases rurales, originariamente anticapitalistas, coordinadas al capital pero no completamente absorbidas por él, han tomado la vanguardia en la organización de los Estados arrastrando en la actividad todo el fondo de ferocidad y despiadada decisión que siempre ha sido el suyo**». En conclusión: «Tenemos [en el fascismo, NdR] un fenómeno de **regresión histórica**» (Gramsci, Discurso en la Cámara de diputados, el 16 de mayo de 1925).*

Esta doble tesis ha sido demolida clásicamente por el marxismo, en el primer caso desmontando la espuria categoría de grandes «agrarios» en sus dos componentes no metafísicos sino reales: los propietarios de grandes fincas agrícolas capitalistas y los latifundistas-absentistas que una sociología bastarda los define como «Barones feudales», y mostrando cómo los primeros entraban con plenos derechos en la clase dominante burguesa, los segundos terminarán por integrarse al mecanismo capitalista viviendo con ella, sobre ella o a su cola, en perfecta y total *simbiosis*, y en el segundo caso, negando (ver *Las luchas de clases en Francia* y *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* de Marx) existencia autónoma y capacidad de iniciativa política y social a la pequeña y mediana burguesía. Ambas tesis, refutadas por los hechos históricos de 1919-1924, sólo confirman la

correcta interpretación del marxismo y la Izquierda Comunista: la gran burguesía (industrial y agrícola) «progresiva», que está dispuesta a cualquier apertura hacia las organizaciones obreras dirigidas por el reformismo, es popularizante y reformadora, en definitiva giolittiana, y maneja con mano firme el timón del Estado burgués democrático: ella enfrenta victoriosamente (ella, no el «resurgimiento oscurantista» de la «reacción») el asalto proletario con el doble frente de halagos y violencia, alcanzando la perfección en este sutil arte de gobernar en los dos años posteriores a la guerra, 1919-1920. El fascismo es el método abiertamente antiproletario de gobierno y dictatorial, que la clase dominante ha utilizado **después** que el proletariado ha sido doblegado, debilitado, desorientado por el oportunismo de la derecha, así como por el oportunismo maximalista, y que a pesar de todo sigue siendo potencialmente peligroso.

En la Italia de 1919-1924, en la Alemania de 1930-1933, 1936-1939 en España, en el Portugal de Salazar o la Grecia de los Coroneles, en la agenda la cuestión planteada no era: la democracia o una restauración feudal; o bien: cualquiera democracia burguesa o totalitarismo. La democracia es la mejor forma de dominación política burguesa, como es evidente para Lenin en *El Estado y la Revolución*; pero es dictadura burguesa de clase amamantada con halagos y oropeles electorales utilizados únicamente con el fin de camuflar la esencia dictatorial del capital sobre la sociedad, así como de la clase burguesa que lo representa. La democracia revolucionaria, la democracia liberal, el totalitarismo fascista son **tres fases históricas** de la dominación política de la burguesía capitalista moderna; tres fases que se corresponden con tres períodos históricos diferentes de un **único** proceso de desarrollo del capitalismo: precisamente aquel que de revolucionario deviene reformador y finalmente se convierte en conservador y reaccionario. Y en perfecta línea con el marco teórico y político que Lenin dio al imperialismo burgués, la Izquierda Comunista explica la tercera fase:

«La tercera fase es la del imperialismo moderno, caracterizado por la concentración monopolista de la economía, es la época en que surgen los sindicatos y los trusts capitalistas, de las grandes planificaciones dirigidas por los grandes centros estatales. La economía burguesa se transforma y pierde los caracteres del liberalismo clásico, en la que cada patrón de empresa era autónomo en sus decisiones económicas y en sus relaciones de intercambio. Interviene cada vez más estrechamente una disciplina estrecha de la producción y distribución; índices económicos ya no son el resultado del libre juego de la competencia, sino que primero es sometido a la influencia de las asociaciones entre capitalistas, luego a los órganos de concentración bancarios y financieros, y por último, al Estado directamente. El Estado político, que en

el sentido marxista fue el comité ejecutivo de la burguesía y que los protegió, con su gobierno y con sus órganos de policía, se vuelve cada vez más un órgano de control e incluso de gestión de la economía.

«Esta concentración de poder económico en manos del Estado puede ser cambiado por un arranque de la economía privada a la colectiva sólo si se ignora deliberadamente que el Estado contemporáneo sólo expresa los intereses de una minoría, y que toda nacionalización llevada a cabo en las formas de los límites mercantiles conduce a una concentración capitalista que refuerza y no debilita el carácter capitalista de la economía. La conducta política de los partidos de la burguesía en esta fase contemporánea, tal como estableció claramente Lenin en la crítica del imperialismo moderno, da lugar a formas más estrechas de la opresión, y sus manifestaciones se han producido con el advenimiento de los regímenes definidos como totalitarios y fascistas. Estos regímenes constituyen el tipo de política más moderna de la sociedad burguesa [¡más moderno, no más retrógrado! NdR] y se están extendiendo a través de un proceso que se va a mostrar cada vez más claro en todo el mundo. Un aspecto concomitante de esta concentración política consiste en el predominio absoluto de unos pocos grandes Estados en perjuicio de la autonomía de los Estados medianos y menores [¡a la carade la igualdad democrática de las Naciones! NdR].

*«La llegada de esta tercera fase capitalista no puede ser confundida con un retraso de instituciones y formas precapitalistas, ya que se acompaña de un aumento vertiginoso de la dinámica industrial y financiera, en calidad y cantidad desconocidos para el mundo pre-burgués. El capitalismo rechaza, **de hecho**, el andamiaje democrático y representativo y crea centros de gobierno despóticos. En algunos países [Italia, Alemania, España, Portugal, Grecia y, a continuación, Chile, Argentina, por no hablar de la llamada ‘socialista’ URSS, China y así sucesivamente, NdR] donde ya se ha teorizado y proclamado el establecimiento del partido único totalitario, y la centralización jerárquica; en otros, siguen utilizando el contenido de las consignas democráticas ahora vacías, pero continúan inexorablemente en la misma dirección.*

«Las posiciones fundamentales para una evaluación precisa del proceso histórico contemporáneo es la siguiente: la época del liberalismo y la democracia está terminada y las reivindicaciones democráticas que antes tenían carácter revolucionario, después progresista y reformista, son hoy anacrónicas y puramente conformistas» (14) .

Que la posición de la Izquierda Comunista no haya cambiado con el tiempo, y mucho menos la de

su representante mayor, Amadeo Bordiga, se confirma no sólo por el largo proceso de clarificación teórica y política interna del partido en todo el curso de su desarrollo, sino también por todo cuanto dijo Amadeo Bordiga, en 1970, pocos meses antes de su muerte, ante las preguntas de un periodista que lo entrevistó sobre la acusación de los centristas estalinistas de haber subestimado la fuerza del fascismo y no haber combatido con suficiente energía en alianza con los socialistas, los maximalistas y los reformistas y así poder vencerlo. Aquí está la respuesta de Amadeo Bordiga:

«Nuestra corriente siempre ha rechazado la idea de que uno podría oponerse al fascismo haciendo un bloque de tres partidos, el comunista, el maximalista y el reformista, tres fragmentos salidos del viejo Partido Socialista Italiano. (...) Siempre hemos considerado a los otros partidos salidos de las fracturas, primero en Livorno y luego en Milán, como los enemigos más peligrosos a combatir, ya que su influencia residual se oponía abiertamente a toda preparación revolucionaria. (...) Volviendo ahora a nuestra evaluación del antiguo fenómeno fascista que pudiera relacionarse con tres de mis discursos, conferencias antes en Moscú en 1922, 1924 y 1926. El fascismo está considerado por mí como sólo una de las formas en que el Estado burgués capitalista implementa su dominio, alternándolo a conveniencia de las clases dominantes, con la forma de la democracia liberal, es decir, con las formas parlamentarias, incluso idóneas en ciertas situaciones históricas a invertirse en los intereses de las clases privilegiadas. (...) Divergiendo de las teorías desarrolladas por Gramsci y los centristas del Partido italiano, contestamos que el fascismo podría explicarse por una contienda entre la burguesía agraria, terrateniente y detentora de bienes raíces, contra la más moderna burguesía industrial y comercial. Sin lugar a dudas, la burguesía agraria puede considerarse ligada a los movimientos de derecha italiano, al igual que los católicos y clérigo-moderados, mientras que la burguesía industrial puede considerarse más cerca de los partidos de la izquierda política, corrientemente llamada laica. El movimiento fascista no estaba dirigido contra uno de esos dos polos, su principal intención era evitar el resurgimiento del proletariado revolucionario, luchando por la preservación de todas las formas sociales de la economía privada. Durante años, hemos dicho sin vacilación que no debemos reconocer al enemigo y el peligro número uno en el fascismo, o peor, en el hombre Mussolini, sino que el mal supremo estaría representado por el 'antifascismo' que daría vida histórica al venenoso monstruo del gran bloque que comprende todos los matices de la explotación capitalista y sus beneficiarios, los grandes plutócratas, abajo, abajo, hasta la

multitud de ridículos medios de comunicación burgueses, intelectuales y laicos» (15).

Por lo tanto, el movimiento fascista fue un intento de «unificación política de los intereses divergentes de los distintos grupos burgueses con fines contrarrevolucionarios» (*Tesis de Lyon*, 1926), un intento que pudo ganar gracias a tres factores concomitantes:

«El primer factor, *el más obvio, lo más impresionante en las manifestaciones externas, en las noticias y comentarios políticos, en las evaluaciones basadas en criterios convencionales y tradicionales, fue precisamente la organización fascista mussolinista, con sus escuadras, banderines negros, las calaveras, dagas, bastones, latas de gasolina, aceite de ricino y toda esta siniestra parafernalia.*

«El segundo factor, *realmente decisivo, fue toda la fuerza organizada del andamiaje estatal burgués, constituido por sus organismos. La policía, cuando estalló la vigorosa reacción proletaria (así como ocurría muy a menudo desde el principio) rechazaba y hablaba pestes de los*

(14) Ver el *Tracciato d'impostazione*, de 1946, publicado en el primer número de la revista del partido comunista internacionalista «Prometeo», julio de 1946; retomado en 1974 en folleto como n° 1 de la serie «i testi del partito comunista internazionale». Los párrafos citados se encuentran en las pp. 17-18 del folleto. Ver, en francés, el n° 4 de la serie «les textes du parti communiste internationale» que contiene tres textos básicos: *Eléments d'orientation marxiste*, ya publicado en «Programme communiste», n° 27, que es la traducción del *Tracciato de impostazione* (los párrafos aquí citados se encuentran en las pp. 21-22), *Les trois phases du capitalisme*, y *Guerres et crises opportunistes*, que son la traducción de los textos aparecidos en 1947 (pero elaborados en 1945 durante la guerra) en la entonces revista de partido «Prometeo», nn. 5 y 6, bajo el título general *Le tesi della sinistra*, y con los subtítulos: «*Il ciclo storico dell'economia capitalistica*», «*Il ciclo storico del dominio politico della borghesia*», «*Il corso storico del movimento di classe del proletariato*», «*Guerre e crisi opportunistiche*», todos compilados después en el n° 6 de «testi del partito comunista internazionale» intitulado *Per l'organica sistemazione dei principi comunisti*, Ivrea 1973.

(15) El texto completo de la entrevista se encuentra en «*Storia contemporanea*», a. IV, n. 3, septiembre 1973, pp. 559-592, retomado por estratos en «Comunismo y fascismo», *Editing-Quaderni Internazionalisti*, Torino 1994, pp. 319-320. Bordiga alude a sus discursos en sede internacional de 1922, 1924 y 1926; se trata del Informe sobre el fascismo al IV Congreso de la IC (1922), del Informe sobre el fascismo al V Congreso de la IC (1924), ya referidos en la nota n° 10, y del Informe al VI Ejecutivo Ampliado de la IC, quinta sesión (1926). Los primeros dos Informes se encuentran el texto francés editado por nuestro partido, *Communisme et fascisme*, que con el tercero, publicado en italiano en la revista «Comunismo», enero de 1979, han sido luego recogido en el arriba citado volumen de *Quaderni Internazionalisti di Torino*.

camisas pardas, pero en todas partes intervenía atacando y aniquilando a los rojos ganadores, mientras que permanecía indiferente y satisfecha de las acciones fascistas cuando estas eran coronadas con el éxito. La magistratura, que en los casos de delitos subversivos y 'celadas comunistas' castigaba con treinta años de prisión y cadena perpetua, y régimen plenamente liberal, pero absolvía a los buenos chicos de la escuadra de Mussolini, arrestados en pleno ejercicio de la revolución y el asesinato. El ejército, según una famosa circular a los funcionarios del Ministerio de la Guerra Bonomi, se había comprometido en apoyar las acciones de combate fascistas; y todas las demás instituciones y castas (dinastía, Iglesia, nobleza, alta burocracia, parlamento) al advenimiento de la única fuerza que pudo frenar el peligro bolchevique inminente era recibido con aplausos y alegría.

«El tercer factor fue el juego político infame y derrotista del oportunismo socialdemócrata y legalitario. Cuando había que dar la consigna que al ilegalismo burgués debe responder (o no haber sido capaz de preceder y ahogarlo bajo la ropa sucia democráticos) con el ilegalismo proletario, a la violencia fascista con la violencia revolucionaria, al terror contra los trabajadores, terror contra los burgueses y los beneficiarios de la guerra, incluso en sus hogares y lugares de disfrute, a la tentativa de afirmar la dictadura capitalista, la de matar la libertad legal burguesa bajo los golpes de clase de la dictadura del proletariado; en cambio, efectuó la cobarde campaña de victimización ovejuna, dicta la consigna de la legalidad contra la violencia, el desarme contra el terrorismo, extendió en todos los sentidos entre las masas un llamado insensato a que nadie fuera al enfrentamiento armado, que se debiese esperar la infaltable intervención de la Autoridad constituida del Estado, las cuales en algún momento, con ayuda de

las fuerzas de la ley y en obsequio a sus diversas cartas, las garantías y los estatutos, con el cometido de romper los dientes y las uñas del movimiento fascista ilegal.

«Como ha demostrado la heroica resistencia proletaria, como lo atestán las puertas de las Cámaras del Trabajo hundidas por el fuego de artillería a través de las plazas donde yacían los cadáveres de los camisas pardas, como probaron los barrios obreros de las ciudades conquistadas, al igual que en Parma, por el ejército, como en Ancona por la policía, como en Bari por disparos de la flota de guerra, como lo demuestra el sabotaje reformista de todas las grandes huelgas locales y nacionales hasta agosto de 1922 (que, según el mismo Mussolini, marca la decisiva afirmación del fascismo, ya que la payasesca marcha sobre Roma, en un vagón-cama, el 28 de octubre, fue hecha sólo para los tontos), sin el juego simultáneo de estos tres factores, el fascismo no habría vencido. Y si en la historia tiene sentido hablar de hechos no realizados, la ausente victoria del fascismo no habría significado la salvación de la democracia, sino la continuación de la marcha revolucionaria roja y el fin del régimen de la clase dominante italiana. Esta lo ha comprendido tan bien que, en nombre de todos sus miembros, conservadores y social-reformistas, sacerdotes y masones, aplaudió salvajemente a su Salvador» (16).

Las fuerzas de la Izquierda Comunista, que todavía en 1924-1926 representaban la mayoría del Partido Comunista de Italia, a pesar de que sus representantes en la Internacional habían sido reemplazados por la dirección, y en su lugar fueron colocados elementos del partido italiano menos intransigentes y más influenciados a las directivas del centrismo, seguirán defendiendo estas posiciones en la actividad de la Fracción en el Extranjero y en los límites sumamente estrechos que la represión fascista permitió en Italia.

6. LA FRACCIÓN DE IZQUIERDA EN EL EXTRANJERO

No se puede abordar la cuestión de la Fracción de la Izquierda en el Extranjero, sin ponerse en los zapatos de los compañeros de la izquierda comunista que, desde 1927 hasta 1945, vivieron todo el período en el que el estalinismo demolió **todo lo que constituía la fuerza** de los militantes de entonces: demolió el partido bolchevique, así como también al Estado de Rusia como Estado de la revolución proletaria, además de la Internacional, pasada con banderas desplegadas del lado de la democracia. Los compañeros de las distintas Oposiciones de izquierda sufrieron no sólo la represión burguesa – fascista y democrática juntas – sino que fueron perseguidos por el mismo estalinismo que a medida que la

contrarrevolución burguesa establecía su victoria en todo el mundo devenía cada vez más fuerte. El período fue muy difícil, de sangre, hierro y fuego, donde no era fácil para nadie encontrar una orientación marxista correcta, como lo demuestran las fluctuaciones de los militantes, incluso los más preparados de la época, de Trotsky a Zinoviev, de Kamenev a

(16) Ver *La classe dominante italiana ed il suo Stato nazionale*, publicado en la revista «Prometeo», serie I, n. 2, agosto 1946, y también en el texto *Per l'organica sistemazione dei principi comunisti*, cit., en la sección *Le Tesi della Sinistra*, pp. 132-133.

Bujarín, a Korsch, a Rikov, etc. Se trataba de hacer frente a un estalinismo que no era solo una gran campaña de embotamiento de los cráneos proletarios para atraerlo al campo de la democracia burguesa disfrazada de socialismo, sino una campaña de destrucción física de los cráneos de la vanguardia proletaria en todo el mundo; un estalinismo que fue también el **Exterminador Físico** de la vieja guardia bolchevique.

La fracción se formó en abril de 1928 en París, reuniendo a los comunistas italianos que habían emigrado por trabajo o huyendo de la represión fascista. Se constituye como «Fracción de Izquierda del Partido Comunista de Italia». La base teórica y programática de la Fracción estaba formada esencialmente por las Tesis de Lyon redactadas por la Izquierda, y el apego a estas tesis es lo que caracterizará la actividad de la Fracción aunque no dejarán de faltar – era prácticamente inevitable – posturas y visiones erróneas. La fuerza de los militantes era que ellos **no renegaron de nada**, luchando también por mantener el hilo **incluso físico** de una tradición de Izquierda que tuvo posteriormente una enorme importancia en la reconstitución del partido, sobre todo en Francia. Desde su creación la Fracción se distinguirá de las otras Oposiciones de izquierda por el hecho de que no aceptará el denominador común del anti-estalinismo, sino que reafirmará la experiencia revolucionaria de la IC condensada en las tesis de sus dos primeros Congresos. «*Es inconcebible que todos los eventos que hemos vivido puedan reducirse al anti-estalinismo, y que esta base – el anti-estalinismo – no ofrezca ninguna garantía a la regeneración del movimiento revolucionario*» (17), sostendrá Vercesi, en nombre de la Fracción de Izquierda frente a la Oposición comunista (*Contra la Corriente*).

Los méritos de la Fracción se pueden resumir así:

En primer lugar. La comprensión de que la cuestión fundamental era la cuestión del Partido. Nada sería posible si no se reconstituía el partido de la revolución, el partido guía de la preparación y la revolución proletarias. La comprensión de que la reconstrucción del Partido no se hace con expedientes, maniobras y contramaniobras, con parches o con la conciliación de pedazos de la izquierda socialista con fragmentos de la Izquierda Comunista, como hizo por desgracia Trotsky durante la década de los años '30. La comprensión de que el partido habría nacido, y no podía haber nacido en ese período, sólo sobre un cierto filón histórico y no en un montón de diferentes filones históricos y divergentes entre sí, tal vez mantenidos unidos por una prestigiosa personalidad como Trotsky, o por exigencias completamente contingentes, por tanto de tendero.

En segundo lugar. El haber comprendido que el partido habría podido renacer solo mediante una tenaz lucha no sólo contra el estalinismo, no sólo contra la socialdemocracia, no sólo en contra de lo

que entonces se llamó el centrismo, sino en general en **contra de la democracia**. Este punto es muy importante ya que en esos años es la democracia la que toma la revancha y a mediados de los años '30 celebra su triunfo: el Frente Popular en Francia, la Guerra Civil española, el vuelco de las posiciones de la Internacional Comunista hacia posiciones del socialismo reformista. No debía ser un partido que reanudase con las tradiciones de la Revolución Francesa, la tradición jacobina, plebeya, burguesa, democrática en sustancia, y no marxista. En tal situación, sólo los compañeros de la Fracción asumieron desde el principio una posición **claramente anti-democrática**, manteniendo neta y claramente el hilo de la tradición de la Internacional Comunista, así como del PC de Italia.

En tercer lugar. La comprensión de que el partido es un problema internacional y no un problema nacional. Aquí es de vital importancia la *Carta de Bordiga a Korsch* de octubre de 1926 – este último insistía en la formación de una Oposición de la izquierda internacional –, con cuya carta, además de exponer los elementos de análisis de la situación en Rusia, y el grado en que el poder en Rusia seguía siendo socialista, hacía hincapié en el punto que tocaba la reconstrucción de una corriente internacional de izquierda.

«*En primer plano, hoy, primero que la organización y funcionamiento, hay que hacer un trabajo preliminar de elaboración de ideología política de izquierda internacional, basado en las elocuentes experiencias atravesadas por el Comintern*» (18). Hay que evitar, decía Amadeo Bordiga, cometer de nuevo el error (el error histórico, no trivial) de la Internacional fundada como una federación de partidos, y de partidos no homogéneos, más que como un movimiento unificado. Sólo cuando en diferentes países, las diversas corrientes de izquierda hayan sistematizado su oposición al estalinismo, y hayan demostrado que se han formado siguiendo la línea de Marx, Engels y Lenin, sólo entonces se podrá hablar de trabajo en común. No nos podemos ligar a la contingencia, no puede ser una izquierda alemana que nace en 1926, puesto que es ese conjunto de contingencias que la han llevado a la derecha, cuando antes estuvo a la izquierda en 1926. Hay que volver a recorrer el camino que nos condujo a la situación actual, la situación de 1926, a

(17) Cfr. *Risposta della Frazione di Sinistra all'Opposizione comunista* [Respuesta de la Fracción de Izquierda a la Oposición comunista], Vercesi, 8 luglio 1928, en «Contre le courant», n. 13.

(18) Ver Carta de Amadeo Bordiga a Karl Korsch, 28 de octubre de 1926, publicada por primera vez en 1926, en «Prometeo», órgano de la Fracción de Izquierda del PcdI en el extranjero; luego también en el *La crisi del 1926 nel partito e nell'Internazionale*, cit., p. 6, en el ya citado nº 68 de la revista de partido «Programme communiste».

la degeneración de la Internacional, al colapso del partido ruso. Sólo si se reconstruye este camino se puede construir una corriente internacional no ficticia. Si esto no se hace, desgraciadamente la corriente no será constituida. Es de hecho una cuestión histórica, que no se puede remediar con cualquier expediente, con cualquier maniobra. En otras palabras, debemos hacer un balance dinámico de toda la trayectoria histórica del movimiento comunista internacional y sobre la base de este presupuesto fundar la nueva Internacional, el nuevo partido comunista mundial, no importa el tiempo que sea necesario, sin aceleración voluntarista, sin atajos.

La posición de Amadeo Bordiga será también la de no renunciar al partido, no salir de la Internacional, aun a costa de sufrir todo lo que de mecánico y odioso pudiera existir en la disciplina; tenemos que permanecer allí, porque sólo allí se puede ser capaz de influir – si se tiene la fuerza, por supuesto – a las masas proletarias y a las masas que tienen sustancialmente un origen comunista. Por lo tanto: no romper con la Internacional hasta que la Internacional nos expulse, o hasta que la Internacional se pase al enemigo, a tal punto que no tengamos ninguna razón para seguir en ella. Esta línea no está dictada por una visión burocrática de la disciplina, y ni siquiera la ilusión de ser capaz de recuperar rápidamente la dirección estalinizada de la Internacional; el objetivo es siempre el de las masas todavía influenciadas por el comunismo revolucionario; así, la gran batalla contra la teoría del «socialismo en un solo país», librada por Trotsky, Zinoviev, Kamenev, Piatakov en 1926-1927, puede considerarse como el hecho de que todavía no todo estaba perdido.+

Esta Fracción italiana tenía aproximadamente doscientos compañeros que en esa época se encontraban dispersos en varios países: en Francia, con dos secciones, París y Lyon, y luego Bruselas, Berlín, Suiza y un pequeño grupo en los Estados Unidos. Grupo reducido, además esparcido en diferentes países, pero los estalinistas le tenían miedo, tanto así que Germanetto (Miembro del Comité Ejecutivo de la Internacional Sindical Roja y del Comité Central del Partido Comunista de Italia) se vio obligado a pedir oficialmente ayuda al PCUS para que interviniera contra los fraccionalistas «con el máximo rigor»!

Esta se constituye cuando la escena internacional descrita en la «Carta de Amadeo Bordiga a Korsch» había cambiado considerablemente. A finales de 1927, en el XV° Congreso del PCUS, Trotsky y todos los miembros de la Oposición son expulsados del Partido Bolchevique. En la primavera de 1928, el IX° Pleno de la IC decide que una de las condiciones para la admisión en la Internacional es el repudio oficial y solemne del trotskismo. La lucha sin cuartel del estalinismo contra el trotskismo es declarada oficialmente.

En el VI° Congreso de la Internacional, y luego

en el X° Pleno de la primavera de 1929, se cierra un período y se abre otro. Se «descubre» que el capitalismo ya no era tan estable como se había sostenido precedentemente, y que la socialdemocracia era un gemelo del fascismo. Se abre el período de **social-fascismo** o tercer período. Lo que significa que la Internacional, que hasta entonces, y especialmente en los últimos años, había mantenido una política ultrademocrática, comienza a descubrir que la socialdemocracia no solo representaba un peligro inminente, sino que era un peligro a poner en el mismo plano que el fascismo, como si fueran la misma cosa. De esto se concluye, por tanto, que si se destruye uno, se destruye el otro, abatir la socialdemocracia significa derribar también automáticamente el fascismo. Y así, todos los militantes obreros de la socialdemocracia serán considerados automáticamente fascistas, las organizaciones sindicales dirigidas por los socialdemócratas tuvieron que ser abandonadas, generando divisiones sindicales y la creación de artificiosos sindicatos llamados rojos, rompiendo de esta manera el movimiento obrero que poco tiempo antes había sido orientado por la socialdemocracia.

Es claro que estas directivas contradictorias debían necesariamente debilitar posteriormente al movimiento obrero, desorientándolo continuamente y fortaleciendo los sentimientos corporativos y nacionalistas en sus filas.

La posición de la Fracción en el extranjero, incluso en este caso, fue clara: sin compartir las posiciones y directrices de la Internacional y del Partido Comunista de Italia ahora estalinizado, alza la voz y remacha la posición de la Izquierda Comunista: el hecho de que la función de la socialdemocracia es **convergente** con la de fascismo no quiere decir y nunca ha significado que sean *la misma cosa* y que deban ser abordados con los mismos métodos. En Italia, el Partido Comunista, que hasta entonces había ido muy por delante en la lucha por la democracia contra el fascismo, toma en cuenta esta advertencia, pero con el tiempo se cuadra con la Internacional y abiertamente declaró que ahora no podía haber nada más que el fascismo, por lo que la destrucción del fascismo sólo podría allanar el camino para la dictadura del proletariado; excluyendo así que el poder burgués, en ausencia de una revolución proletaria victoriosa, se torne en un régimen democrático intermedio.

Una vez más, la posición estalinista se basa en parte en una posición correcta (el fascismo, fase superior de la evolución del capitalismo) pero la distorsiona con una visión política mecanicista: una vez caído el fascismo no hay sino... la dictadura del proletariado; podemos dormir tranquilos, porque sólo falta el famoso espaldarazo de la clase obrera.

La Fracción, por el contrario, esta vez argumentó que no estaba excluido un retorno a la democracia y que lo peor que podía esperarse del fascismo era suscitar tal hambre de democracia al punto que la misma burguesía dominante habría hecho caer

el fascismo, puesto que sin ya poder regirse por los métodos del fascismo, echaría mano a la democracia, convencida de que con esta se logra controlar al proletariado con mucha más eficacia.

En el Congreso de la Fracción del 1º de mayo de 1930, sobre el tema del social-fascismo, se hace hincapié precisamente en este punto: «*Habiendo recalcado que para derribar el fascismo no hay otra fuerza que la del proletariado, no se excluye sin embargo que en el curso de los movimientos del proletariado, el capitalismo haga de nuevo un llamamiento a la democracia y a la socialdemocracia para evitar que el movimiento tome el camino de la insurgencia, y para contener y detener el movimiento en una determinada fase, sobre la base del dilema fascismo-democracia*» (19). Y es esto lo que ocurrió durante la Segunda Guerra Mundial. «*Corresponderá entonces al proletariado comunista impedir que las tragedias sangrientas se concluyan, aunque sea provisionalmente, en payasada democrática*»; pero el proletariado comunista no pudo impedir estas sangrientas tragedias y esa farsa democrática que, por desgracia, no fue temporal sino que dura hasta nuestros días.

Más aclaraciones han sido dadas por Vercesi, uno de los miembros más importantes de la Fracción en el Extranjero, quien, en una entrevista con Tresso (entonces trotskista pero, de hecho, enviado por la secretaría del Partido Comunista de Italia), precisa la posición de la Fracción sobre la guerra (el estalinismo fomentó la idea de que las potencias democráticas, muchas veces lideradas por gobiernos socialdemócratas, atacarían a la URSS) y sobre la agitación de las masas en Italia (el PC de Italia hizo una gran campaña presentando la situación en Italia como pre-revolucionaria). En cuanto a la guerra contra la URSS, la respuesta fue que era pura demagogia, que no había peligro de guerra inmediata (estamos en 1930) y que todo esto servía de propaganda en defensa del Estado ruso. Sobre la situación pre-revolucionaria en Italia, la respuesta fue que, así como hubo demagogia en la evaluación de la realidad y que, llamando desde Italia a muchos compañeros prófugos, los puso en grave peligro, ya que cayeron fácilmente en manos de la policía y terminaron en la cárcel. «*Son noticias en gran parte infladas, y el partido hubiese hecho mucho más para salvar a sus militantes si hubiese llevado a cabo una acción que correspondiera a la situación objetiva, no demagógicamente montada*» (20).

Pero es interesante sobre todo la última parte de la reunión con Tresso, que se resume en los siguientes puntos:

1) Vercesi niega que se pudiera hablar de una transformación de la socialdemocracia en socialfascismo. El fascismo tiene una función, la socialdemocracia tiene otra; son funciones convergentes para el mantenimiento del Estado capitalista pero,

de parte nuestra, sería un gran error – porque daría orientaciones equivocadas a la táctica del proletariado – si creemos que los dos son mecánicamente identificables, especialmente si damos por descontado que la socialdemocracia se convierte en socialfascismo. El socialfascismo tiene un papel que desempeñar, el problema es cuando la socialdemocracia desaparece de la escena. Habría una razón de menos para engañar a los trabajadores. Los capitalistas tienen mucho interés de que haya un instrumento más para confundir a los obreros.

2) Si bien es cierto que la clase que derrotará al fascismo es la del proletariado – desde un punto de vista histórico, por lo general, en el sentido de que la derribará definitivamente – no menos cierto es que la burguesía, que ayer fue democrática y en la actualidad es fascista, mañana podrá ser de nuevo democrática; razón por la cual puede ser la misma burguesía quien se deshaga del fascismo, como un método de gobierno, para volver a la democracia.

3) No se puede excluir que el desarrollo de la crisis capitalista en Italia permitirá un retorno a la utilización de métodos democráticos, o mejor dicho, al Estado democrático. Esta posición es completamente diferente a la que había tomado la Internacional, completamente diferente a la de una identificación mecánica entre dos fenómenos contra los que luchamos por igual, tanto la socialdemocracia como el fascismo.

Respecto a la pregunta: ¿por qué organizarse en Fracción?, la respuesta en aquella época fue:

«*Sólo queríamos dar vida a la Fracción a partir del momento en que no hubo otra solución a la crisis [de la Internacional, NdR] y cuando esta imponía, en primera instancia, la renuncia a la posibilidad de una intervención eficaz en la lucha revolucionaria*» (21). En una resolución adoptada en diciembre de 1930 se aporta la razón de la transformación de la Corriente en Fracción:

«*La corriente dentro del Partido se transforma en Fracción cuando el desarrollo de las fuerzas extrañas y hostiles alcanzaron tal éxito que amenazaba los fundamentos mismos de la organización proletaria*»; aquí se trata todavía de **amenazar** las bases, no de bases destruidas. «*El juego de tendencias es el eco de los movimientos de clase, el oportunismo representa la política orien-*

(19) Cfr. *Storia della Frazione all'estero*, Reunión General de partido, 1-2 noviembre 1980, publicada por primera vez en «il comunista» en cuatro capítulos, del nº 7, abril/mayo 1984, al nº 10, noviembre/diciembre 1984. La cita se encuentra en el segundo capítulo, nº 8, junio/agosto 1984; en francés, ver «Programme communiste» nn. 97 e 98.

(20) Cfr. los *Annali Feltrinelli del 1966*. Citados en *Storia della Frazione comunista all'estero*, cit., «il comunista» nº 8, junio/agosto 1984.

21) Cfr. «Prometeo», nº 1, mayo de 1928, Bruselas.

tada hacia la preparación del fracaso del Partido frente a una situación revolucionaria. La Izquierda representa la política que busca basarse en las repercusiones de los movimientos de clase en la perspectiva de liquidar el oportunismo y preparar el éxito del Partido respecto a sus objetivos fundamentales. En las luchas de tendencias influye la lucha entre fracciones que se convierten en reflejos dentro del Partido de los intereses de las clases adversas: el capitalismo y el proletariado. El oportunismo refleja los intereses de la burguesía, la izquierda refleja los intereses del proletariado. La lucha entre las fracciones toma la lucha por la construcción del Partido cuando el oportunismo se convierte en agente directo del enemigo en el campo proletario» (22).

Según la Fracción, y es un análisis que también comparte Trotsky, todavía no se ha llegado tan lejos; el oportunismo estalinista todavía no es un agente directo en la clase obrera, por lo cual todavía hay una oportunidad de salvar el Partido, para salvar la Internacional, una lucha del Partido **desde el exterior**, siendo imposible llevarla a cabo desde el interior.

La Fracción, igualmente pone gran énfasis en el **desarrollo de la labor sindical**. Y esto también es un punto que la fracción mantiene firme, en continuidad con las posiciones clásicas de la corriente de la Izquierda Comunista sobre la «cuestión sindical». Tenemos que permanecer en los sindicatos, es necesario desarrollar una intensa actividad dentro de las organizaciones sindicales, ya que organizan proletarios. Si hay que constituir **fracciones sindicales**, estas deben trabajar en el seno

de las organizaciones dirigidas por los socialdemócratas y desarrollar acciones estrictamente ligadas a los intereses de vida y trabajo de la clase obrera. Los puntos que caracterizan la línea de la fracción son los siguientes:

- Trabajar activamente con preciso espíritu clasista en los sindicatos;
- Promover y fortalecer la formación de una sana oposición unitaria revolucionaria;
- Combatir abiertamente cada maniobra y confusión que dificulte la aclaración y orientación clasista, no asumir responsabilidad en los órganos dirigentes donde impere una política de negación del desarrollo revolucionario;
- Actuar con independencia en todas las agitaciones con la intención de prepararlas y dirigir las hacia verdaderos objetivos inmediatos y a largo plazo de la clase.

El planteamiento de la cuestión sindical por parte de la Fracción se opone a la posición de la Internacional, por tanto a la del Partido italiano, y a la de todos los partidos; posición según la cual era necesario crear sindicatos **fuera** de las organizaciones socialdemócratas, o desarrollar una actividad en los sindicatos tradicionales sobre una base que no era la base para la recuperación del sindicato como órgano independiente y de clase, sino de la creación de comités de fábrica, comités de empresa, y así sucesivamente, es decir, una acción que estaba fuera de las organizaciones sindicales que todavía reunían a la gran masa del proletariado y que por estatuto no impedían el trabajo de los revolucionarios comunistas.

7. LA FRACCIÓN DE IZQUIERDA Y TROTSKY

Un problema crucial a resolver fue la relación entre las posiciones de la Fracción de Izquierda del PcdI y las de Trotsky y las diversas Oposiciones que se reclamaban del jefe bolchevique.

Es oportuno recalcar que en todo el periodo que va de 1928 a 1930, y también después, la Fracción tiene un comportamiento en general muy correcto, y muy paciente con respecto a las Oposiciones de izquierda al estalinismo que buscaban reconstituir organizaciones internacionales de izquierda. También hay que recalcar que la Fracción mantiene siempre clara y neta la posición, anunciada por Bordiga en la famosa carta a Korsch, a propósito de la necesidad de que cada corriente política madurara sus posiciones no frente a las cuestiones inmediatas, sino de cara al arco histórico delineado con la guerra mundial, la revolución de Octubre, la creación de la Internacional Comunista y las luchas que caracterizaron su misma evolución, y el proceso de degeneración de la Internacional y de los partidos que la constituían. Toda corriente política debía tener que

producir un **balance general de todo el periodo histórico**. Solo después de esta maduración, que sería política y teóricamente concordante, las corrientes de izquierda tendrían el campo abierto para una organización internacional de izquierda superando sus particularidades.

Antes de entrar en el vivo de las relaciones entre la Fracción y Trotsky, puede ser útil detenerse un momento sobre la carta de respuesta al grupo *Contre le Courant* (A contra-corriente), publicada en «Prometeo», 1º de septiembre de 1928. *Contre le Courant* era una de las corrientes que en Francia buscó constituir un baluarte antiestalinista sin clarificar no obstante sus posiciones de principio y buscando maniobrar según las oscilaciones de las circunstancias. Luego se puso en contacto con Trots-

(22) Ver *Storia della Frazione comunista all'estero* [Historia de la Fracción comunista en el extranjero], cit., «il comunista» n. 9, settembre/ottobre 1984.

ky, por un cierto tiempo mantuvo una especie de luna de miel, con el cual llega después a la ruptura, igual sucedió con Rosmer, luego con Molinier y con diversos personajes con los que desgraciadamente Trotsky se rodeó, incluso hasta con el asesino que le hundió una picota en el cráneo.

En esta carta se escribe (23):

«Segun el pensamiento de nuestra fracción de izquierda, el deber de un comunista es aprender de todas las experiencias proletarias, y sobre todo de las más recientes, las lecciones que estas comportan, así como crear las condiciones indispensables a fin de que el proceso de degeneración de la Internacional, proceso que se acompañará de catástrofes, luchas extremadamente agudas en el mundo entero, incluso en Rusia, se resuelva en una real regeneración del marxismo revolucionario de izquierda para volver a poner a la cabeza de los combates decisivos a la vanguardia proletaria».

Es por tanto evidente, para no andar siempre a tientas, la necesidad del balance de todo este dramático periodo de vida de la Internacional.

«Muchos grupos de oposición creen deber limitarse al rol de un cenáculo que registre el proceso del curso de degeneración y no presentan al proletariado sino el recuerdo de las verdades que presumen haber dicho. Nosotros, la Fracción de izquierda, pensamos por el contrario que **tendremos el mañana que hoy habremos sabido preparar**». Y la carta continúa «Pensamos que la crisis de la Internacional proviene de causas muy profundas, desde su fundación aparentemente uniforme pero sustancialmente heterogénea, desde la ausencia de una política segura y de una táctica comunista, lo que ha llevado a una alteración de los principios marxistas, a una serie de desastres revolucionarios. Es inconcebible que todos los acontecimientos que hemos vivido puedan encerrarse en el antiestalinismo, y es cierto que esta base, el antiestalinismo, no aporta ninguna garantía para la regeneración del movimiento revolucionario».

Esta última afirmación singularmente da en el blanco respecto a las diversas Oposiciones de izquierda que existían, Oposiciones que se acercaban, se fundían para luego dividirse y hallar diferencias, pero que encontraban su «razón de ser» exclusivamente en el antiestalinismo. La Fracción afirmaba: el antiestalinismo debe descender de los principios y el programa y no al revés.

«Está mal que existan tantas oposiciones», insistirá la Fracción, dado que no se puede estar feliz con la existencia de cien mil oposiciones en el seno del proletariado, «pero no hay otro remedio sino el de la confrontación de las ideologías respectivas y su polémica, para después llegar a lo que vosotros proponéis», esto es, la alianza entre nosotros; «si ponemos la carreta delante de los bueyes, impedimos y hacemos desviar el esfuerzo

interno que los grupos de oposición deben hacer; se reproduce la confusión que a toda vista ha sido tan lamentable. Si existen muchas posiciones, ello significa que hay muchas ideologías que deben manifestarse en su sustancia, y no encontrarse en una simple discusión en un órgano común. Nuestra consigna es profundizar nuestro esfuerzo, sin dejarse guiar por la sugestión de un resultado que en realidad no sería más que un nuevo fracaso. En fin, Uds lo saben, hemos tomado una posición muy precisa constituyendo la Fracción de Izquierda. Pensamos que si la Internacional, después de haber alterado su programa oficialmente, ha faltado a su tarea de guía de la revolución mundial, los partidos comunistas, dada la naturaleza de la situación que vivimos, son los órganos donde se debe trabajar para combatir el oportunismo, y no está para nada excluido convertirse en la guía de la revolución. Permanecemos todavía en los partidos en la medida en que nos toleran y libramos en ellos una implacable batalla contra el oportunismo».

En esta posición se puede resaltar la falta absoluta de maniobras, en las cuales las corrientes trotskistas cayeron, por ejemplo con la táctica del llamado entrismo; al contrario, la lucha política era abierta, declarada, sin sombras ni reticencias.

En cuanto al intercambio epistolar con Trotsky, este es muy denso entre 1929 y 1930 (24). Con la primera carta de junio de 1929, la Fracción de izquierda envía a Trotsky copia de las *Tesis de Lyon* que, en su carta de respuesta, Trotsky considera uno de los mejores documentos de la izquierda internacional. Pero este juicio no impedirá que posteriormente surgieran diferencias de evaluación y de posiciones sobre problemas decisivos como la cuestión de la formación, precisamente, de una izquierda internacional homogénea, del análisis de la estructura económica rusa y su Estado, de la democracia y el fascismo.

La insistencia de la Fracción de izquierda sobre el método para la formación de una izquierda internacional – primero, el balance de los acontecimientos vividos en aquellos años por parte de cada una de las oposiciones existentes, y la maduración de

(23) Cfr. *Storia della Frazione comunista all'estero*, cit., «il comunista», n. 9, septiembre/octubre 1984. Ver también *La sinistra di fronte all'antistalinismo immediatista (Contre le Courant 1927-1929)* [La izquierda frente al antiestalinismo inmediateista (A contracorriente 1927-1929)], en «il programma comunista» n.º 21 de 1971.

(24) Esta correspondencia fue publicada en su integridad en el periódico de la Fracción, «Prometeo»; en buena parte la cuestión militar se encuentra también en S. Corvisieri, *Trotsky e il comunismo italiano*, Ed. Samonà e Savelli, Roma 1969. Sobre el tema ver también el artículo de *Trotsky et la Gauche communiste italienne*, en «programme communiste» n. 51-52.

una visión crítica de los sucesos, y después la confrontación y la organización común eventual que pudiera surgir – irrita a Trotsky y a las diversas oposiciones que, al contrario, se sentían preparadas para organizarse juntas antes de cualquier balance, y hace emerger una diferencia de opiniones y posiciones destinada no a desaparecer sino a profundizarse.

Para Trotsky, la plataforma de la oposición rusa, estrechamente ligada a la situación rusa, aunque afirmase partir de principios con carácter internacional, debía convertirse en patrimonio común de todas las diversas oposiciones de izquierda existentes y de las diversas fracciones nacionales que surgirían. En verdad, era una *forzatura* por parte de Trotsky, la cual se transformará en una verdadera obsesión: **la defensa de Rusia**.

Trotsky, exiliado, concentra toda su atención en Rusia; para él lo más importante es la defensa de Rusia, pero de una manera tan obsesiva que todos los otros problemas pasaban por debajo de los problemas de la defensa de Rusia. Trotsky considera que la URSS está en peligro a escala internacional, porque una especie de coalición de Estados capitalistas se habría lanzado en una cruzada guerrillera contra la Rusia bolchevique. En realidad la situación era completamente distinta, y la Fracción de izquierda comprendió que la situación iba **en sentido opuesto**, es decir, **hacia el acuerdo** entre Rusia y un bloque u otro de los grupos imperialistas.

Sobre esa base Trotsky termina por crear una organización internacional, que es esencialmente una **organización para la defensa de Rusia**. Con cualquier medio, con **cualquier fuerza**, con **cualquier aliado** que estuviese dispuesto a defender a Rusia **a toda costa**, se crea la IV Internacional. Esta es la posición de Trotsky, de manera inconsciente si se quiere, y que jamás la declaró abiertamente, pero esa era la posición. Sobre todo después de la victoria de Hitler en Alemania, cuando el peligro parecía volverse extremadamente grave para la Rusia soviética, y, hasta cierto punto, efectivamente lo será. La obsesión del ataque a Rusia se vuelve tan insistente que Trotsky se lanza a partir de allí en la política del **entrismo** en los partidos socialistas, partidos que la historia misma se había encargado de demostrar su traición y absoluta entrega a la conservación capitalista. La ilusión consistía en poder influenciar así más rápida y fácilmente a las grandes masas que todavía simpatizaban con estos partidos.

La posición de la Fracción de izquierda es, por

el contrario, una posición que mantiene el internacionalismo en su integridad: en efecto, sostiene que Rusia solo puede ser defendida (como Estado proletario) por el proletariado internacional y que, en vista de la reconstitución del órgano guía de la revolución mundial, si no se quiere dejar todo por perdido, se debe trabajar en la perspectiva de la reconstitución de **fuerzas homogéneas** desde el punto de vista político, independientemente de que tengamos posibilidades inmediatas para influenciar la situación. Pero el presupuesto para que esta influencia sea asegurada hasta un cierto punto y vaya en la sana **dirección de clase** es que parta de una base homogénea, no falsa, que se funde en **experiencias reales** de fuerzas aunque provengan de una área geográfica dada pero con una cierta **tradición histórica**, una **tradición de lucha de clase**; es probable que tuviesen la real posibilidad de hacer un **balance** de todo el recorrido histórico del movimiento internacional, y que en virtud de ello portasen una sólida y coherente contribución a la reconstitución de un movimiento comunista internacional. Solo bajo esta condición habría sido posible asegurar una defensa del proletariado internacional y, por tanto, del proletariado ruso; defender a Rusia primero que nada, como deseaba Trotsky, y después al proletariado internacional, expresaba una visión alterada precisamente del internacionalismo del que Trotsky se reclamaba, que no ponía al resguardo a la Rusia soviética del peligro de una guerra que, a una década de distancia, ahogaría al mundo entero.

La densa correspondencia entre la Fracción de izquierda y Trotsky no apartará a Trotsky de su obsesión, pero demostrará cómo la Fracción había insistido continuamente porque un mínimo de contacto fuese mantenido, solicitando siempre a la Oposición de izquierda con el fin de que fuese puesto como base de la reconstitución de una fuerza internacional verdaderamente potente y homogénea, un balance general de los eventos ocurridos en el curso de los diez últimos años.

Pero será Trotsky, hasta cierto punto, quien tomará la iniciativa de romper declarando que «con la Fracción de izquierda no tenemos nada que ver», no teníamos ningún principio en común. Y no se trató solo de un arrebató polémico.

En ese periodo se producen eventos importantes: España, que de 1930 a 1931 pasa de la monarquía más o menos dictatorial a la república, y el ascenso de Hitler al poder en Alemania.

8. ESPAÑA, LA FRACCIÓN Y TROTSKY

En lo que toca a España, la posición de la Fracción sostenía que los proletarios españoles no debían movilizarse por objetivos que no fuesen **de clase**, que no fuesen otros que la conquista del poder y la dictadura de clase; mientras Trotsky, que en cierto sentido apostaba a un rápido éxito

revolucionario en otro país, criticó ásperamente la actitud de la Fracción: «Este doctrinarismo de sectarios, que coincide en la práctica con las posiciones de los estalinistas, no tiene nada en común con la posición de los bolchevico-leninistas. La Oposición de izquierda internacional debe rechazar todo

viso de responsabilidad por este infantil extremismo de izquierda. La más reciente experiencia de España demuestra que las consignas de democracia política tendrán sin duda una función extremadamente importante en la caída del régimen de dictadura fascista en Italia (25).

Sin duda que para Trotsky el proletariado habría debido – en vista de que no tenía la fuerza para hacer su revolución *de clase* – por la enésima vez ponerse al servicio de la democracia burguesa para derrumbar al fascismo. Más aún «*El proletariado español, a pesar de su excelente combatividad, no tiene todavía un partido revolucionario reconocido, ni la experiencia de una organización soviética (...) Sería un doctrinarismo completamente estéril y deplorable contraponer la consigna de dictadura del proletariado a los objetivos y consignas de la democracia revolucionaria (república, revolución agraria, separación de la Iglesia y del Estado, confiscación de los bienes eclesiásticos, independencia nacional, asamblea constituyente revolucionaria). Antes de conquistar el poder las masas populares deben reunirse en torno a un partido revolucionario dirigente (...) Al mismo tiempo es necesario avanzar desde ahora reivindicaciones de carácter transitorio (...) Solo los pedantes pueden identificar una contradicción en la combinación de consignas democráticas, de consignas transitorias y de consignas netamente socialistas. Un programa similar combinado, que refleje la estructura contradictoria de la sociedad histórica, deriva inevitablemente de las tareas dejadas como herencia del pasado*» (26).

Según la Fracción de izquierda, para la época España presentaba una situación un poco particular. A diferencia de los otros países europeos, el capitalismo se introdujo lentamente y sin revolución burguesa; con un desarrollo de la industrialización frenado sin embargo por la persistencia de rezagos feudales, desarrollo que determinó un alto clima de tensiones sociales. La imposibilidad de una radical modificación de la arcaica estructura social del país y de la burguesía, condenaba al proletariado a permanecer por debajo de sus reivindicaciones específicas. En una palabra, la inexistencia de condiciones históricas para el enfrentamiento burguesía-feudalismo determinaba la inexistencia de condiciones históricas para una lucha autónoma y específica de la clase proletaria y excluía la posibilidad de que España pudiese jugar un rol de epicentro de las sacudidas revolucionarias internacionales.

De 1923 a 1930, el general Primo de Rivera toma el poder, guía el régimen burgués que busca reorganizar el Estado sobre bases centralizadas, sobre el modelo de otros Estados burgueses. Pero la crisis económica mundial que estalla en 1929 hace fracasar este proyecto; las consecuencias de la crisis ponen en movimiento a las masas españolas, campesinos y obreros, frente a una burguesía que se

presenta débil, pero no tan débil como para ser expulsada del poder. La burguesía corre a los amparos, liquida a de Rivera, y lo sustituye por otro general, Bérenguer. Las elecciones municipales dan la mayoría a los republicanos en 46 distritos de 50 y, en febrero de 1931, el rey Alfonso XII huye. En realidad la proclamación de la República no es suficiente para evitar huelgas, incluso violentas, en varias regiones (los telefónicos en Andalucía, Barcelona, Valencia), y movimientos violentos de campesinos, como en Sevilla, donde el gobierno de izquierda interviene masacrándolos. Los grandes centrales sindicales – la socialista CGT y la anarquista CNT – circunscriben estos movimientos al campo estrictamente salarial y reivindicativo, cuando estos movimientos no habrían podido encontrar una salida más que en el plano político de la lucha contra el Estado republicano. Son una vez más las elecciones las que van a ejercer de patrón. En 1931, las elecciones dan una gran mayoría a los partidos de izquierda; sin embargo la represión de los movimientos sociales no se detiene, se agudiza más bien. En 1932 surge la reforma agraria, pero, según las actas de adquisición, las condiciones impuestas a los campesinos para convertirse en «propietarios» son tales que deberán esperar 17 siglos antes de liberarse de los compromisos contenidos en ellas. En enero de 1933, la acción represiva del gobierno Azaña-Caballero llega a su apogeo: los obreros en huelga son masacrados en Málaga, Bilbao, Zaragoza. En noviembre de 1933, las nuevas elecciones dan la mayoría a la derecha, cambia así el personal a la cabeza del gobierno burgués. En octubre de 1934, estalla la insurrección de Asturias, y el gobierno de derecha no hace más que seguir la huella de sus predecesores de izquierda: el movimiento es ahogado en sangre. Naturalmente los socialistas declinaron toda responsabilidad en la insurrección en Asturias, de aquella forma «salvaje» de lucha, y los mismos anarquistas llamaron a retornar al trabajo! (28).

Es bien cierto que la inmadurez histórica del desarrollo de las clases en España determinó la ausencia de una tradición de lucha clasista, y por ello marxista. Pero la tarea de un partido internacional de clase, tal como deseaba serlo la Oposición de izquierda guiada por Trotsky, no debía ser solo la de comprender el pasaje a la república burguesa como tarea heredada del pasado, sino también y sobre todo la de la preparación de las condiciones subjetivas de

(25) L. Trotsky, Scritti, «La rivoluzione spagnola e i pericoli che la minacciano» [La revolución española y los peligros que la acechan], Einaudi, 1962, p. 214.

(26) Ibidem, p. 197.

(27) Cfr. O. Perrone, *La tattica del Komintern*, 1926-1940, publicado en «Prometeo», entre agosto 1946 y noviembre 1947, en los nn. 2, 3, 4, 6, 7, 8. Publicado en volume, bajo el mismo título, de las Edizioni Sociali, Borbiago, 1976.

(28) Cfr. O. Perrone, Ibidem, pp. 142-147.

constitución del partido de clase incluso en España; y como tarea prioritaria, no derivada, en plena autonomía e independencia de todo otro partido, basarse obviamente en el programa constitutivo de la Internacional Comunista. Una cierta impaciencia, determinada por el acoso de los eventos, se apoderó de muchas formaciones políticas – no de la Izquierda Comunista – agregando confusión a la confusión. Las consignas llamadas transitorias – que tanto atraían a Trotsky – tienen un valor positivo para la revolución siempre y cuando sean encuadradas, precisamente, en una política revolucionaria que solo se demuestra si no endosa a otras clases las tareas revolucionarias del proletariado, así sean puras tareas históricamente burguesas.

Sin embargo, la Fracción de izquierda, en la polémica con Trotsky sobre las consignas democráticas, comete un desliz, cayendo en este caso en un extremismo infantil que justamente Trotsky combatió. Solo que la lucha de Trotsky contra la posición extremista infantil de la Fracción fue mucho más allá de las correctas posiciones marxistas.

La Fracción sostenía, siempre a propósito de la situación española, que *«La democracia bajo sus diversas expresiones es una forma de gobierno a través del cual el capitalismo ejercita su dominio de clase. La idea fundamental de que la sociedad se divide no en mayoría y en minoría que se expresa en el juego electoral, sino en clases, y que el Estado es el órgano de una clase dada, se completa para nosotros marxistas con la otra tesis de que jamás el proletariado puede hacer suya, aunque sea de manera transitoria, la reivindicación de la democracia, que en definitiva es una reivindicación del capitalismo.»* (29). Precisamente es el **«jamás, aunque sea transitoriamente»** lo que lleva al error, y contra el que Trotsky se lanza. Esta tesis, en la práctica, niega la táctica comunista de las revoluciones dobles, incluso fuera de la Rusia atrasada, y es una tesis inaceptable. Pero Trotsky fue más allá.

La monarquía en España todavía no había caído, viene el pasaje de Primo de Rivera, el viejo dictador, a Bérenguer, quien convoca a las elecciones para

las Cortes; Trotsky lanza esta consigna, que realmente pone la carne de gallina: *«Incluso boicoteando las Cortes de Bérenguer, los obreros avanzados deberán contraponer la consigna de las Cortes constituyentes revolucionarias»*, consigna que no significa nada en absoluto, mucho menos cuando viene mezclada a las reivindicaciones de república, reforma agraria, separación de la Iglesia y el Estado, autodeterminación nacional, armamento de obreros y campesinos, etc. En ese periodo los obreros boicotearon las elecciones a las Cortes nombradas por Bérenguer; mientras que la posición de Trotsky era *«Cortes revolucionarias»*, *«Cortes verdaderamente democráticas y honestamente electas»* en la *«república de los trabajadores»* (otra consigna que no significa nada) o sea, una **democracia llevada hasta el fondo**, en la lógica de la democracia verdadera, de una democracia plena, de una ilusoria *democracia proletaria*.

El error de la Fracción fue considerar en aquel documento las consignas de orden democrático como un todo con la reivindicación del parlamentarismo, esto es, con una cierta institución estatal que es típica de la democracia. Pero las consignas democráticas no son solo aquellas: también están las reivindicaciones que no interesan exclusivamente a la clase obrera, pero que esta última tiene el deber de apoyar en el curso de la lucha por sus reivindicaciones de defensa de las condiciones de vida y trabajo: libertad de asociación, libertad de organización, derecho de huelga, que están estrechamente ligadas a los intereses de la clase obrera pero que también interesan a otras clases, y no se pueden excluir en general de la plataforma reivindicativa del proletariado. Demás está decir que en la época existían continentes enteros en los que las consignas democráticas tenían un sentido bien preciso, y que debían ser encuadradas no en una perspectiva gradualista, sino en una perspectiva revolucionaria proletaria y no solo burguesa. La Fracción llega a afirmar que también en las colonias las consignas democráticas debían ser abandonadas; es por esto que el error es grave; error que la Fracción corregirá posteriormente, vale decir.

9. ALEMANIA, LA FRACCIÓN Y TROTSKY

En cuanto a Alemania, los problemas fueron todavía más graves. No hay que olvidar que, por enésima vez, la Internacional había girado drásticamente el cuadrante, esta vez hacia el *socialfascismo*, con lo cual se identificaban fascismo y socialdemocracia como si fuesen la misma cosa. El Partido Comunista alemán, que tenía exactamente la misma posición que la Internacional, tuvo una enorme responsabilidad en el ascenso de Hitler al poder, ya que dividió la clase obrera en dos grupos opuestos que se combatían abiertamente en lugar de combatir juntos contra los fascistas. La Fracción de izquierda criticó constantemente la actitud de la Internacio-

nal, y obviamente al partido alemán, reivindicando con tenacidad el **frente único sindical** – no el político – en toda la fase anterior al poder hitleriano y después en la fase que siguió. Se indicó constantemente que la fuerza que puede ser contrapuesta a la venida del nacionalsocialismo al poder, y en general al desencadenamiento de la ofensiva antiproletaria del nazismo, es la que representa el proletaria-

(29) Ver *Mozione della Frazione sulle parole d'ordine democratiche* [moción de la Fracción sobre las consignas democráticas], en «Prometeo

do alineado en defensa de sus condiciones de vida y labor, independientemente de las posiciones políticas de sus diferentes sectores. Por tanto, una extensión a escala general, en el terreno de la **defensa de las condiciones inmediatas de vida de la clase obrera** y en el terreno de la **defensa del proletariado incluso armada contra los ataques fascistas**.

Batirse con las armas contra el fascismo, batirse en la polémica y en la crítica contra la socialdemocracia, buscando al mismo tiempo organizar al proletariado en la defensa común de sus intereses inmediatos, y, dentro de un cierto límite, también políticos, sobre la base de las organizaciones inmediatas de masa. Esta fue la posición de la Izquierda Comunista aplicada en Italia en la lucha contra el fascismo; esta fue la posición sostenida por la Fracción de izquierda en contraposición al mismo Trotsky.

La Fracción de izquierda persistió en que en Alemania la situación había llegado a tal punto, precisamente por sus condiciones económicas, que era absolutamente imposible que el régimen se salve sin el ejercicio de la **dictadura abierta**, teniendo necesariamente que destruir las organizaciones proletarias, y en este sentido destruir también las fuerzas de la socialdemocracia que se encuentran en el vértice de las organizaciones sindicales, aunque la socialdemocracia tenga la función objetiva de preparar el camino al fascismo.

La posición de Trotsky es, al contrario, la de considerar que entre fascismo y socialdemocracia existe una **antítesis absoluta** y que el fascismo se ve obligado a destruirla por **razones de principio**, y que, precisamente por ello, esta se verá obligada a **defenderse y, en cierta medida a defender el proletariado**.

La Fracción **niega** esto. Sabe muy bien que la socialdemocracia no se defenderá ni **jamás se ha defendido**; y, sobre todo, no defenderá los intereses del proletariado. Pero sabe también que, para conquistar a las masas proletarias que simpatizan con la socialdemocracia, es necesario una intensa actividad de intervención en las luchas reivindicativas cada más numerosas a causa de las dramáticas condiciones en las que había sido precipitada la clase obrera alemana; una actividad de intervención con el objetivo de crear un frente único de batalla según una directiva clasista de no capitulación frente a la ofensiva burguesa. En los artículos publicados en «Prometeo» a comienzos de 1933, la Fracción de izquierda insiste en la polémica con el partido alemán que sostenía de manera completamente optimista que Hitler, llegado al poder con un gobierno de coalición, habría durado poco y la democracia habría retornado, etc.

La Fracción, en lugar de esto, está convencida de que los fascistas se sacudirán de los liberales y los radicales y pasarán a formar un régimen monopartidista en el que todo el poder será ejercido por

un solo órgano, como algo evidentemente necesario para la salvación del orden constituido; y repropone la lucha del proletariado sobre ambos frentes, contra el fascismo y contra la democracia, o sea, contra dos formas de organización social de la misma clase capitalista. La Fracción enciende también las alarmas sobre el hecho de que la Internacional ahora superestalinizada no da directivas de lucha a la clase obrera alemana, como si la derrota del proletariado en Alemania fuese poca cosa. Pero para la Fracción la derrota del proletariado alemán es una **derrota internacional** de la clase obrera, también porque Alemania representaba desde todo punto de vista un posible puente hacia el proletariado revolucionario ruso.

En Alemania, el fascismo encontró un proletariado mucho más duro de derrotar, y por esto llegó más tarde al poder con respecto a Italia, y por vías transversas, sin enfrentamientos directos. Pero llega al poder después que el proletariado ya había sido vencido antes en precedencia, desarmado por la socialdemocracia y por el estalinismo en el doble plano del extremismo de falsa izquierda y del democratismo; solo después fue que el fascismo en Alemania desató toda su furia anti-proletaria. Pero, por enésima vez, después de la victoria hitleriana, la Internacional se orienta en sentido opuesto, hacia la democracia, considerando que solo esta podrá llevar el proletariado a su emancipación.

Mientras que para la situación española Trotsky aplica el esquema de la revolución permanente y, de modo particular, el esquema de las revoluciones dobles, esto es, considera que en España se presenta el mismo cuadro de la revolución de Octubre – y en parte, con razón – ya que en el campo agrario quedaban fuertes residuos precapitalistas, razón por la que en el orden del día se planteen tareas burguesas no desarrolladas por las fuerzas burguesas existentes, en cambio para Alemania éste toma una posición de verdad increíble para un viejo marxista de su talla. Trotsky propone que el Partido Comunista alemán, frente al peligro fascista, asuma una abierta defensa de la democracia y de la socialdemocracia, en suma, una defensa del Thälman masacrador de proletarios! (30).

(30) Cfr. en particular el libro de Trotsky: *Conversazione con un operaio socialdemocratico* [Conversación con un obrero socialdemócrata], de febrero de 1933, después de la toma del poder por parte de Hitler, en Lev Trotsky, *Scritti 1929-1936*, Einaudi, Torino, 1962, pp. 421-443. En este se puede leer por ejemplo: «*Si Hitler decidiese liquidar el Reichstag y si la socialdemocracia se mostrase resuelta a defenderlo, los comunistas ayudarían a la socialdemocracia con todas sus fuerzas (...)* En el cuadro de la democracia burguesa y en el curso mismo de la lucha incesante contra esta, se han formado durante muchos décadas los elementos de la democracia proletaria: partidos políticos, prensa obrera, sindicatos, comités de fabrica, clubs, cooperativas, sociedades deportivas, etc. La misión del fascismo no es tanto la de

Trotsky terminará por identificar con la democracia burguesa aquellas instituciones (tales como las organizaciones sindicales, la libertad de prensa, de asociación, etc.) que el proletariado ha arrancado en durísimas luchas a la democracia burguesa, pero que no son conquistas debido a superiores derechos adquiridos que la burguesía misma considera intocables. Son las relaciones de poder entre las clases las que determinan la amplitud y duración de los derechos; esto es elemental para cualquier marxista, y para el mismo Trotsky precisamente, quien sin embargo cede a la ilusión de que la defensa de la democracia burguesa favorecería – respecto al fascismo – la lu-

cha revolucionaria y de clase del proletariado. Como lo demuestra la misma historia de la degeneración de la Internacional y de los acontecimientos de aquellos años y de los años posteriores que llevarán a la segunda guerra imperialista mundial, la defensa de la democracia burguesa – entendida como defensa de las organizaciones proletarias inmediatas y defensa del terreno «más favorable» a la lucha revolucionaria por la conquista del poder y la instauración de la dictadura proletaria – para los epígonos de Trotsky, y para todos los oportunistas, se reducirá el apoyo puro y simple de las fracciones democráticas de la burguesía contra sus fracciones fascistas.

10. LA POLÉMICA SOBRE EL RENACIMIENTO DEL PARTIDO DE CLASE

El año 1933 es, en cierto sentido, para el trotskismo, la fecha de fundación del embrión de la IV^o Internacional; no se declara todavía como IV^o Internacional, pero se establecen las bases, y de la peor manera: los únicos adherentes a este proyecto son las izquierdas del Partido Socialista Holandés, el Partido Socialista Belga y otras organizaciones socialistas. Se presenta el vicio fundamental del trotskismo, de ponerse a constituir organizaciones supuestamente de masa a través de **expedientes** completamente oportunistas. La reacción de la Fracción será dura, pero exagerará en el sentido opuesto. Estábamos conscientes de que no existían las condiciones para constituir el Partido de entonces y que por lo tanto las condiciones históricas y de lucha no estaban maduras para que la Fracción se transformase en partido. El partido debía nacer cuando objetiva e históricamente podía nacer, esto es, cuando hubiesen posibilidades reales para hacer un balance de lo que fue el ciclo históricamente desarrollado por el movimiento mundial, y sobre todo europeo.

Pero el error de la Fracción fue el de teorizar, en polémica con Trotsky y la fundación de la IV^o Internacional, que el partido nacerá solo cuando hayan situaciones que preluen la toma del poder. Haciendo depender todo de las condiciones objetivas, por lo menos favorables, se caía pues en una visión **abstracta**, y al mismo tiempo **mecánica**, de la formación del partido de clase. Está probado históricamente que si el partido se constituye cuando las situaciones se dirigen objetivamente hacia la revolución, este necesariamente es sacudido por los acontecimientos; la experiencia alemana está allí para demostrarlo. Es la combinación de una situación objetiva y de un cierto proceso de maduración de las condiciones subjetivas lo que permite el nacimiento del partido de clase; si se ha hecho el famoso balance, y si se ha tenido la claridad política para hacerlo con una **distancia real** con respecto a los eventos, entonces las condiciones subjetivas que

preven obviamente también la voluntad de constituir el partido, están maduras para combinarse con las condiciones objetivas para que el partido efectivamente vea la luz.

En el artículo intitulado *En la vía del partido compacto y potente de mañana* (31), habíamos situado el nacimiento del Partido en un momento en

(Continuación nota 30)

dar el golpe definitivo a las ruinas de la democracia burguesa como la de aplastar los primeros gérmenes de democracia proletaria en la base del sistema soviético del Estado obrero. Para esto es necesario romper la cáscara de la democracia burguesa y sacar de allí el núcleo de la democracia proletaria. En esto consiste la esencia de la revolución proletaria. El fascismo amenaza el núcleo vital de la democracia obrera. Este mismo hecho determina claramente el programa del frente único. Estamos prestos para defender vuestras tipografías y las nuestras, pero también el principio democrático de la libertad de prensa; vuestras cajas obreras y las nuestras, pero también el principio democrático de la libertad de reunión y asociación. Somos materialistas y por esto no separamos el alma del cuerpo. Hasta que no tengamos la fuerza de instaurar el sistema soviético, nos colocaremos en el terreno de la democracia burguesa. Pero al mismo tiempo no nos hacemos ilusiones», p. 441. Aquí la gran ilusión era en verdad la «democracia proletaria» (las instituciones proletarias, las organizaciones sindicales, las cooperativas, etc.) que se nutrirían de la democracia burguesa y, como se considera indispensable para la revolución y el futuro Estado soviético, visto que no es posible instaurar inmediatamente el Estado soviético, se decide defender a la democracia burguesa, pensando que, si esta fuese destruida, habría destruido automáticamente las instituciones proletarias de aquella supuesta «democracia proletaria», y todo se habría perdido. En realidad, ya todo estaba perdido, para la clase proletaria en Alemania y en el resto del mundo, precisamente a causa de las desviaciones de la vía revolucionaria marxista y del abandonarse a las ilusiones democráticas, ilusiones que no se podían, pues, transformar en perspectivas reales gracias al hecho de unir el adjetivo proletaria al sustantivo democracia.

el que el oportunismo entraba en una fase de declive – aun cuando el declive fuese muy largo – y la lucha de clase estuviese lejos de estallar en dirección de la revolución. Es en este periodo de **calma**, de calma chicha entre dos tempestades – fascismo/guerra y revolución –, y no es una cuestión de cuán largo pueda ser este periodo, que el partido puede nacer, para que el enorme control del oportunismo comience a alejarse y, por otra parte, no hay todavía el compromiso directo en potentes luchas de clase, por lo que un débil vástago de partido sería arrollado por tareas extremadamente superiores a sus posibilidades reales. Somos materialistas, no idealistas. ¿En qué periodo la reconstitución del Partido era *posible*? En Italia, ese periodo fue entre 1950 y 1952 (32), ya que solo entonces las condiciones subjetivas estaban maduras para que el balance del que hablábamos más arriba fuese hecho y diese un **único** resultado: las bases necesarias y fundamentales para la reconstitución del Partido; primero (cinco o diez años antes, pongamos veinte años antes) este balance no era todavía suficientemente profundo, amplio y consolidado, ni de parte de las diversas Oposiciones de izquierda, ni de parte de Trotsky, ni siquiera de parte de las fuerzas que se reclamaban de la Izquierda Comunista «italiana».

Decíamos que, haciendo depender todo de las condiciones objetivas para la reconstitución del partido de clase, se caía también en una visión mecánica de la crisis capitalista, que consistía en esto: una vez que estalle la crisis se va directamente a la revolución, como si fuese un paso natural, como si no existieran periodos intermedios. O es un periodo de completa ausencia de lucha de clase, o es la lucha de clase que va directamente hacia la toma del poder, hacia la insurrección revolucionaria.

En esta visión falta totalmente la consideración de un periodo en el que la lucha de clase reconstituye sus posibilidades de acción y, en el curso del desarrollo de las luchas de clase, se crean nuevamente los organismos de defensa inmediata y se refuer-

za, en paralelo, el Partido. Nuestra concepción es que la reanudación de la lucha de clase no coincide con la reanudación revolucionaria. La Fracción, al contrario, caerá varias veces en la concepción **me-cánica**: o es la contrarrevolución, o es el inicio hacia la revolución; así que, según esta concepción, el Partido se reconstituye en el periodo que se abre hacia la revolución.

Sostenemos que el partido de clase que se reconstituye en periodo revolucionario es un partido **condenado a la derrota**. El partido, al contrario, se debe reconstituir en el periodo, que podremos llamar *intermedio*, que **va de la profunda contrarrevolución al inicio de la reanudación de la lucha de clase**, es decir, el periodo durante el cual la lucha obrera tiene la posibilidad real y material de reanudación en el terreno de la defensa inmediata, cuando se reconstituyen los organismos proletarios de defensa independientes de las políticas y prácticas del oportunismo. En este periodo, materialistamente pueden también madurar las condiciones subjetivas para que las fuerzas revolucionarias saquen el balance general de las revoluciones y contrarrevoluciones y, con la fuerza de este balance, estén en capacidad de reconstituir el partido de clase sobre bases teóricamente sólidas y homogéneas. Es esto lo que precisamente ocurrió entre 1943-45 y 1952 para las fuerzas que se reclamaban de la Izquierda Comunista «italiana»; balance que, además, fue posible extraer con la condición de volver a conectarse estrictamente con las batallas de clase de los años cruciales de la primera guerra imperialista mundial, de la primera revolución victoriosa en Rusia, de la formación de la Internacional Comunista y de los primeros balances sacados del curso histórico de las tendencias del oportunismo y de las respuestas burguesas en términos de socialdemocracia y fascismo. De esta manera volvemos a lo que siempre hemos sostenido, al hilo histórico del movimiento obrero mundial y del movimiento comunista interrumpido en 1926.

11. HACIA LA SEGUNDA GUERRA IMPERIALISTA MUNDIAL

1933-1935. Por enésima vez, la política de la Internacional Comunista cambia totalmente: del social-fascismo pasa a la democracia más desenfrenada; es el giro hacia los frentes populares que pronto verán la luz. La URSS entra en la Sociedad de las Naciones y, en particular, suscribe un pacto de mutua asistencia con Francia, apoyando el rearme del imperialismo francés en función «*de la defensa de la paz*» (mejor dicho, en función anti-germana) «*y por tanto de los intereses de la clase obrera*».

La Fracción, considerando estos movimientos de la Internacional y de Rusia como una **lápida** puesta sobre la Internacional misma, sostiene ahora la necesidad de constituir un **movimiento comunista**

internacional fuera de la Internacional existente. Por ello, en 1935, cambia de nombre: ya no es la Fracción de Izquierda del Partido Comunista de Ita-

(31) Cfr. *Sulla via del partito compatto e potente di domani* [En la vía del partido compacto y potente de mañana], en «il programma comunista» nn. 18, 19, 20, 22 de 1977. En el n° 19 aparece la entrada de la Fracción en el Extranjero. Ver también los artículos sobre la Fracción en el Extranjero. Ver en francés *Sur la voie du parti compact et puissant de demain*, en «programme communiste» n° 76 (marzo 1978).

(32) Esto es, entre el lanzamiento del *Appello per la riorganizzazione internazionale del movimento* [Llama-

lia (denominación mantenida desde su constitución en 1928, sobre todo para subrayar el apego a los orígenes del PcdI y a su anterior dirección de izquierda, más que para reconocer la naturaleza revolucionaria del PcdI ya estalinizado), sino que es la **Fracción Comunista de Izquierda Internacional** que se reclama de un movimiento comunista potencial, o real, y que no reconoce ya su filiación a una particular forma histórica del movimiento comunista, como la IC o el PCdI.

El análisis de la situación histórica lleva a la Fracción a prever que la crisis capitalista, que acumula formidables elementos de divergencia entre las diferentes potencias, desembocaría inevitablemente en una guerra mundial. La guerra, además de ser un inmenso desastre, fue considerada también como elemento favorable al estallido de la revolución. Se habría repetido, según la Fracción, un escenario muy similar al de la primera guerra mundial: reanudación de la lucha de clase, estallido de insurrecciones proletarias y posible victoria revolucionaria en cualquier país, tal como pasó en Rusia en 1917. Mientras que el análisis de la victoria total del estalinismo y, por tanto, de la democracia, hecho por la Fracción, había sido correcto, sin embargo no prevé que la postguerra habría sido muy diferente como consecuencia precisamente de la victoria total del estalinismo y de la democracia. La Fracción no prevé que el proletariado, estrictamente controlado, atenazado por las fuerzas del oportunismo socialdemócrata y las fuerzas del oportunismo estalinista, no tendría ninguna capacidad después de, y ni siquiera durante, el desastre de la guerra mundial, de volver a encontrar el camino de la lucha revolucionaria y de clase; este seguiría adherido, en general, a la democracia *antifascista*, y que requeriría un tiempo muy largo para que el proletariado se pudiese reconocer como clase para sí, clase antagonista a la burguesía no solo *fascista* sino también *democrática*. Desde entonces, a más de 50 años de distancia, estamos aquí para aseverar que el proletariado en todos los países del globo se encuentra todavía prisionero de las

ilusiones generadas por la democracia burguesa y que la reanudación de la lucha de clase no episódica no se ve todavía en el horizonte.

La Fracción insiste en la posición de que no era el tiempo todavía para constituirse en Partido, por considerar que el momento histórico no era favorable para el nacimiento del partido. La posición era esta: como Fracción seguimos al movimiento objetivo, la curva de las condiciones históricas objetivas conducirán a la revolución – que estallará inevitablemente al final de la guerra – en ese momento nos constituiremos en partido.

Nosotros no prescindimos de las condiciones objetivas, pero lo que las condiciones objetivas permiten o no permiten es, si acaso, **el desarrollo** del partido, **la influencia** del partido sobre el proletariado, que en sí no prohíben su nacimiento; este se debe sobre todo a las condiciones subjetivas que, en verdad, no pueden prescindir en absoluto de la situación histórica objetiva, en el sentido que se subrayaba arriba: frente a acontecimientos históricos determinantes, deben madurar las condiciones para que determinadas fuerzas – si han mantenido en el tiempo y hasta en las condiciones más desfavorables el vínculo con la teoría marxista y con las batallas de clase en su defensa contra toda desviación y agresión oportunista – puedan extraer el balance de estos acontecimientos. Desde este punto de vista, el partido puede nacer *independientemente* de las condiciones objetivas favorables a la solución revolucionaria de las contradicciones y antagonismos sociales. Nuestro partido, el Partido Comunista Internacional – a diferencia del partido de Lenin, que nace en una situación objetiva tendencialmente favorable a la revolución – nace en una situación objetiva totalmente desfavorable a la revolución, pero las condiciones subjetivas habían madurado lo suficiente como para sacar el famoso balance e iniciar la restauración de la teoría marxista después del desastre provocado por el fascismo, la agresión del estalinismo, la guerra imperialista mundial y el antifascismo democrático.

12. LA FRACCIÓN Y LOS MOVIMIENTOS ANTICOLONIALES

Otra cuestión donde la Fracción tomó una posición errónea es la relativa a los movimientos coloniales. No se trataba entonces – no se trataba ni siquiera con los treinta años de vida del Partido Co-

munista nacido en 1952 – y no se trata hoy, de dar indicaciones prácticas a los proletarios y a las masas de los países coloniales para dirigir sus movimientos hacia la revolución. No existiendo un movi-

(Continuación nota 32)

do por la reorganización internacional del movimiento] – escrito en 1950 y difundido sobre todo en el extranjero, luego publicado en el n° 18 de 1957 en «il programma comunista» y, posteriormente, como volumen de partido *Lecciones de las contrarrevoluciones*, 1981 – y la escisión de 1952 de la cual nace el «Partido comunista internacionalista/programma comunista». Todo el periodo pre-

cedente, de 1943-45 a 1952, se caracteriza, en efecto, por lo obra de restauración teórica del marxismo (que continuará posteriormente) y de balance de los acontecimientos históricos ligados a la evolución y degeneración de la IC, hasta la victoria de la contrarrevolución hasta la participación directa con fines imperialistas en la segunda guerra mundial de un Estado que de soviético se había transformado en burgués imperialista.

miento internacional de clase con capacidad para representar un punto de referencia sólido y real, y no existiendo un partido internacional de clase con capacidad para dirigir este movimiento en diferentes países, era ilusorio creer poder dar indicaciones prácticas a los movimientos coloniales. En realidad se trataba – de manera muy modesta, pero no menos importante – de **restablecer** los términos exactos de la **visión marxista** de los movimientos coloniales, indispensable premisa para la posibilidad de influenciarlos ulteriormente o dirigirlos en la perspectiva internacional de la revolución proletaria. Los movimientos coloniales, desde la constitución de la IC, no eran observados suficientemente, pero eran considerados como una premisa necesaria a la reanudación de la lucha de clase en los países colonialistas. Sobre esta cuestión la Fracción expresa una posición completamente errada que coincide, entre otras, con la posición de *Battaglia Comunista* y la *Corriente Comunista Internacional*. La posición era la siguiente: estos movimientos, no solo han dejado de tener valor alguno, sino que ya no existen; el capitalismo, de ahora en adelante domina económicamente al mundo entero y, por esta razón, los movimientos anticoloniales son considerados simplemente como la consecuencia de las maniobras de los países imperialistas más fuertes. Se parte de una premisa justa: el capitalismo es un régimen mundial, es **uno**. Pero se llega a una conclusión errada: en el mundo no hay otra cosa que antítesis **proletariado y burguesía, capital y trabajo asalariado**. Todo lo que se encuentre en el medio no son más que maniobras del imperialismo, y dado que el capitalismo es uno, también el imperialismo es uno: desaparecieron así, en perspectiva, los contrastes entre países imperialistas. En cuanto a la guerra, esta se explica simplemente con el hecho de que *el capitalismo*, llegado hasta un cierto punto de saturación del mercado mundial, *decide* destruir capital constante y capital variable en **exceso**; la guerra como medio de compensación económica y como medio de destrucción de fuerzas proletarias, cosa que pondría en evidencia el contraste fundamental entre proletariado y burguesía y, en un segundo orden, las divergencias entre Estados imperialistas.

Esta posición lleva a excluir que el proletariado asuma en su revolución tareas que no sean exquisitamente proletarias, tareas que la burguesía no ha resuelto y que, en la dinámica histórica de los enfrentamientos entre clases, en un ambiente económico y social de desarrollo capitalista desigual entre diferentes países, el proletariado en su movimiento revolucionario debe necesariamente hacerse cargo, so pena de renunciar a su propia revolución. Sería como decir, a la Plejanov, que el proletariado podrá hacer su revolución **solo después** que la burguesía haya llevado hasta el fondo la transformación económica, social y política que históricamente le compete; esto es como decir que la revolución proletaria – es decir, la revolución guiada y dirigida por el

proletariado y su partido de clase – deberá ser *hecha* solo y exclusivamente por la clase proletaria, negándole la posibilidad, y el interés histórico, de *arrastrar* en su revolución incluso a las clases campesinas y, en parte, a las clases medias arruinadas económicamente. En suma, el Octubre bolchevique jamás existió; es más, jamás ha debido existir, ni tampoco deberá existir mañana!

Otra premisa justa con una conclusión errada: los países capitalistas avanzados buscan frenar el desarrollo en los países coloniales, el desarrollo de su industria, y esto es muy cierto; pero de esto se concluye que nunca más un país colonial sería industrializado, por lo tanto, jamás existirá en estos países una burguesía nacional. Hoy basta mirar a China, la India, Vietnam, Corea del Sur, etc. para notar el error de esta posición. La conclusión final era que, si en esos países la burguesía no existía y no podía existir, entonces debería ser el proletariado internacional victorioso a llevar a cabo en esos países la obra de industrialización: sin el proletariado internacional victorioso no habrá ninguna industrialización!

¿Revolución nacional en las colonias? La Fracción negaba que allí pudiese estallar una revolución; inútil, pues, ilusionar a los proletarios que existan allí incluso en el futuro. Y no solo esto, sino que era como decir a los proletarios y a las masas explotadas y desheredadas de los países coloniales: no se rebelen, porque vuestra rebelión será maniobrada por alguna potencia imperialista; esperen a que venga el proletariado de los países capitalistas avanzados a liberarlos. Y con esto desaparecía también la clásica posición internacionalista del marxismo que afirma que hay que luchar, *como sea y siempre*, contra la potencia colonial, y contra el imperialismo en casa. Precisamente la guerra de Italia contra Abisinia (actual Etiopía, *NdR*) puso en relieve, desgraciadamente, precisamente estas posiciones. Los proletarios abisinios, subproletarios y campesinos pobres oían decir: ligen su lucha a la del proletariado, pero los abisinios reaccionaban y luchaban contra el ejército imperialista italiano mientras que el proletariado italiano no se movía para nada. Al contrario, hemos debido aplaudir a los proletarios abisinios por batirse armas en mano contra el imperialismo italiano, y decirles además que habrían debido batirse también contra el Negus, aliado de Inglaterra y que no habría representado una efectiva emancipación para las masas coloniales. Mientras que para los proletarios italianos la indicación debía ser luchar contra su burguesía, contra el imperialismo italiano y sus ambiciones colonialistas, adoptando la doble consigna: autodeterminación del pueblo abisinio y lucha de clase contra la burguesía imperialista italiana.

Por otra parte, no resiste un análisis la crítica con la cual se quiere disminuir la correcta posición de la Izquierda Comunista, que saluda los movimientos coloniales por la lucha armada librada contra las potencias imperialistas. Siempre hemos saludado a

estos movimientos como **movimientos burgueses**, jamás confundidos con revoluciones *socialistas*, sabiendo sin embargo que los procesos históricos nunca son lineales y siguen vías complicadas y contradictorias; son, por lo tanto, movimientos burgueses en retardo histórico con respecto a las revoluciones burguesas clásicas de Europa, pero igualmente progresivos en las áreas particularmente atrasadas en las cuales la implantación del capitalismo y su desarrollo nacional han permitido paralelamente el desarrollo del proletariado, futuro enterrador tanto de las burguesías coloniales como de las burguesías imperialistas.

La Fracción se redimió, en 1935, con su manifiesto contra el pacifismo desbordante, en el cual se recalca la forma en que Mussolini había llegado *pacíficamente* a Abisinia y todos le sostenían el culo; que *pacíficamente* Inglaterra había conquistado sus colonias, que *pacíficamente* todos se habían puesto de acuerdo para masacrar a los proletarios de los

países coloniales y no coloniales, que todo en la sociedad burguesa ocurría *pacíficamente*, concluyendo que el proletariado irá *pacíficamente a la segunda guerra imperialista*. La enérgica posición contra la renuncia a la lucha de clase, contra la aceptación del pacifismo, democratismo, humanitarismo, nacionalismo, propaganda burguesa a nivel internacional del cual un elemento esencial era la Rusia soviética, advertía que todo esto debía *necesariamente* llevar a un conflicto mundial y que solo la lucha intransigente de clase del proletariado durante la guerra mundial, bajo la bandera del **derrotismo revolucionario** y de la **transformación de la guerra imperialista en guerra civil**, podría volver a levantar al proletariado internacional contra la masacre de la guerra; y la reivindicación del derrotismo revolucionario, la cual es considerada como una de las posiciones más importantes y correctas que la Fracción defendía, no obstante las fuertes contradicciones sobre muchas otras cuestiones.

13. 1936-1939: FRENTE POPULARES, GUERRA DE ESPAÑA, ANTICIPACIÓN DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Después de la victoria de Hitler, el movimiento nacional-comunista implementa la táctica del Frente Popular, y, los socialfascistas de ayer se transforman en «demócratas progresistas» (33). Pero el desenvolvimiento económico y político impone a la burguesía una garantía cual es el encuadramiento de las masas en las redes del Estado capitalista. Hasta 1934 el Komintern hallaba en todos los organismos periféricos un vehículo suficiente como para avanzar sus posiciones contrarrevolucionarias; a partir de 1934, cuando el mundo capitalista no pudo encontrar otra vía de escape a la formidable crisis económica que lo devastaba que la de la preparación del segundo conflicto mundial imperialista, había que ir más allá y hacer aceptar a las masas como uno de sus objetivos el de la modificación de la forma de gobierno de la clase burguesa.

El movimiento de las masas debía ser reunido y soldado en torno al Estado capitalista y es en esto en lo que consistía la nueva táctica del Frente Popular cuyo centro experimental se encontraba primero en Francia, y luego en España. Y, en efecto, no debe sorprender que el Estado soviético, que había roto decidida y definitivamente con los intereses del proletariado ruso e internacional en 1927, pudiese realizar mutaciones tan radicales y contradictorias y que, sobre esa lógica, se desarrollase la política del Komintern. Ya Mussolini, que en 1923 se ufana de haber sido el primero en reconocer «*de jure*» al Estado ruso, ponía en evidencia que ello no lo comprometía a hacer la más mínima modificación de su política ferozmente anticomunista. Hitler notó la misma cosa luego de haber tomado el poder.

En efecto, el punto de soldadura entre la política de los Estados burgueses se podía reconocer solo sobre bases de clase y, con este propósito, la conjunción era perfecta entre la política anticomunista de Stalin y la de todos los otros gobiernos capitalistas que restablecían sus relaciones – «normales» – con el Estado ruso devenido en Estado «normal» de la clase capitalista internacional. En el campo internacional, el reflejo de esta política anticomunista, que ya era común tanto en los Estados democráticos como en los fascistas y soviéticos, se expresaba de

(33) Tomamos un largo párrafo de *La tattica del Komintern, 1926-1940*, de Vercesi – alias Ottorino Perrone –, cit. Este largo pasaje se encuentra en las pp. 111-115 de dicho volumen. Sobre el tema de la táctica del Frente Popular existen diversos trabajos de partido; en particular *Che cosa fu in realtà il Fronte Popolare*, «il programma comunista», del n° 10 al n° 14 de 1965, traducido por «le prolétaire» donde sale en los nn. 13, 14, 16 y 18, respectivamente en septiembre, octubre, diciembre de 1964 y febrero de 1965. En octubre de 1968 el partido publicó un fascículo, en lengua española, como suplemento a la revista «programme communiste», que contenía este texto *Qué fue el frente popular*, y otros dos: *Enseñanzas de la contrarrevolución: España 1936* (traducido en «prolétaire» nn. 26, 27 y 28, respectivamente noviembre, diciembre 1965 y enero 1966). Sobre el mismo tema, en referencia al XIII Ejecutivo de la IC (diciembre 1934) y al VII congreso de la IC (agosto 1935), ver también *Le tournant des Frontes populaires ou la capitulation du stalinisme devant l'ordre établi* [El viraje de los Frentes nacionales o la capitulación del estalinismo ante el orden establecido] (1934-1938) publicado en los nn. 72 y 73 de «programme communiste».

manera contradictoria solo formalmente, cuando en sustancia le línea era *unitaria* y tendía a *desembo- car en un conflicto imperialista* donde todas las «idealidades» se convierten altamente en comercio para embotar los cráneos y arrojar a los proletarios de todos los países unos contra otros.

Marx, en su *crítica al programa de Gotha*, rechaza la idea lasalliana de la existencia de una sola clase burguesa reaccionaria. El simplismo de Lasalle conducía no solo a la imposibilidad de comprender el intrincado proceso social que el capitalismo logra polarizar a su favor, sino también a reunir el movimiento proletario con las fuerzas leales al capitalismo que no pertenecen a la categoría calificada de «conservadora». Los que se ubican, pues, en la línea de Lasalle, que concebía un socialismo estatista apoyado en Bismarck, son las fuerzas políticas que simulan querer «corregir» los abusos del capitalismo, pero en los hechos aseguran el éxito de estas formas abusivas, que son las únicas que tienen ciudadanía en la fase histórica de la decadencia del capitalismo imperialista y monopolista.

Aunque estas fuerzas se llamaran fascistas en Alemania e Italia, y en Francia se llamaran socialistas y comunistas, el programa político era el mismo. Y si Blum no se dio cuenta, mientras Hitler obtenía éxitos indiscutibles, principalmente en todo lo relacionado con el intervencionismo de Estado en la economía, ello dependía de las diferentes particularidades de los Estados capitalistas y del lugar que estas ocupan en el proceso, en el devenir del capitalismo en su expresión internacional.

En cuanto a la expresión formalmente divergente de un proceso que es internacional y unitario, en cuanto al hecho de que un Estado se llame fascista y el otro democrático, que la dominación burguesa se ejercite en un país bajo una determinada forma, en otro país bajo otra, la cosa no presenta ninguna dificultad de comprensión para los marxistas. La clase burguesa que es un todo en el cual – si no nos salimos de la recta línea del marxismo – ninguna fuerza puede ser excluida del conjunto y condenada o presentada en oposición al todo, ha visto durante el periodo de desarrollo que coincide con el breve periodo del siglo pasado, un choque entre sus fuerzas políticas y sociales de derecha e izquierda (conservadoras y democráticas), pero, en la fase histórica de su decadencia, no podrá servirse de la antigua división en derecha e izquierda más que con fines propagandístico y de los intereses de su dominio sobre el proletariado.

Tanto la Francia del Frente Popular como la Alemania nazi se encuentran en el mismo plano que la historia impone al capitalismo, y aunque una recurra a la ideología antifascista y la otra a la nazista, no obstante el fin es el mismo: encuadrar a las masas bajo la firme disciplina del Estado para luego arrojarlo a las masacres de la guerra. Las relaciones entre los diferentes Estados burgueses no tienen ningún carácter fijo ya que estas dependen de su evo-

lución en el campo internacional y de la imposibilidad de intervención de un elemento de guía consciente y voluntaria de cada burguesía. Churchill es un ejemplo de cómo se puede permanecer coherente y ferozmente anticomunista, pasando con gran desenvoltura de la lucha a la alianza con Rusia o con Alemania.

En cuanto a la política del Estado ruso y a la táctica del Komintern, esta fue en todas partes contrarrevolucionaria, pero tomó expresiones contradictorias en el tiempo. Fue la del «social-fascismo» en 1930-33, ya que el objetivo del capitalismo internacional se concentró en la victoria de Hitler. Una vez que fue inferida esta terrible derrota al proletariado alemán y mundial, que esta victoria de Hitler fue sólidamente establecida, el objetivo se dirigió hacia otros países, y particularmente Francia. De esto resulta la política que se precisará en la fórmula del Frente Popular, política que favorecerá la actividad del capitalismo francés, como el alemán y los demás países. Y la idea de patria de unos y otros será invocada ya que es evidente que de un lado u otro de la barricada no se persigue sino un fin: amenazar «la integridad nacional» con la guerra.

La esencia de la nueva táctica del Komintern consiste, pues, en el encuadramiento del proletariado en los aparatos estatales respectivos, mientras que el alternarse de los objetivos internacionales del capitalismo determinará el *anti-fascismo* o el *filo-fascismo* del Estado soviético y la expresión formal de la táctica del Komintern: alianza con la democracia, socialfascismo, Frente Popular.

* * *

El hecho de que los grandes movimientos de huelga de 1934 en Austria, y de 1936 en Francia, para luego trasladarse a Bélgica y España, no determinarían la afirmación de una vanguardia proletaria y marxista, en capacidad para guiarla hacia la salida revolucionaria, es una confirmación histórica de la tesis de Lenin (ver el «¿Qué hacer?») según la cual la conciencia socialista no es el resultado del movimiento de las masas proletarias; la conciencia socialista viene importada al movimiento obrero desde el exterior de su movimiento espontáneo. Siendo el partido de clase el órgano que posee la conciencia de clase, esta última, para ser importada al movimiento obrero, debe apoyarse sobre una organización de partido – no solo existente, sino en grado de influenciar al menos en parte a las masas proletarias. Pues bien, es justamente el partido de clase, órgano de la revolución y órgano de las masas proletarias en dirección de la salida revolucionaria, a ser violentado, destruido, aniquilado por la contrarrevolución estalinista. A causa precisamente de la derrota del movimiento comunista revolucionario en los cruciales años veinte, el proletariado internacional se encontró desprovisto de guía, y cada uno de sus movimientos

de lucha cae inexorablemente en la trampa del oportunismo que, cambiando continuamente de piel, sistemáticamente le reventó los costados con espantosas oscilaciones tácticas (en este caso, de alianzas con la socialdemocracia a alianzas con el social-fascismo, y a los Frentes Populares después), todas sin embargo correspondientes al encauzamiento de las masas proletarias en la política de la *unión sagrada*, del nacionalismo, del chovinismo, para luego transformarla en carne de cañón.

El imperialismo corre hacia la guerra, primero en España (1936-1939), extendiéndose luego al mundo entero (1939-1945): diez años de guerra ininterrumpida! Y la fase de la degeneración progresiva del Estado soviético y de la Internacional Comunista debía concluirse inevitablemente con su participación activa en la masacre imperialista, primero en España y luego en todos los frentes de la guerra mundial.

Sobre la línea de la discriminación de clase, la Izquierda Comunista italiana fue la única corriente política que expresaba una continuidad en conformidad con las posiciones marxistas; todas las corrientes políticas, de los partidos socialistas a los partidos comunistas, de los trotskistas a los anarquistas y de estos a los sindicalistas, todos terminarán su trayectoria en los brazos de la contrarrevolución burguesa, presentada esta última como lucha por la paz, como antifascismo, como resistencia a la amenaza externa. La guerra antifascista dará el visto bueno a todas las corrientes oportunistas, hundiendo todavía más al proletariado en el miasma de la unión sagrada y en la tragedia de su inmenso sacrificio al servicio de la conservación capitalista.

La firme posición de la corriente de la Izquierda Comunista italiana fue confirmada por todas las derivaciones a que dieron lugar los sucesos españoles, los cuales verán, durante la larga y extenuante guerra de casi tres años, la oposición de dos ejércitos encuadrados en sus respectivos aparatos estatales, capitalistas ambos dos: uno, el de Franco, apoyado en la estructura clásica del Estado burgués, el otro, madrileño y catalano, cuyas ardientes iniciativas periféricas en el campo económico y social debían necesariamente tomar el camino de una evolución contrarrevolucionaria, puesto que en ningún momento se habían planteado la cuestión de la creación de una dictadura revolucionaria. No pocas fueron las ocasiones que dio la realidad española para desmentir las posiciones defendidas por Trotsky: de las mismas batallas militares ganadas por el gobierno antifascista resultaba, en efecto, no una situación favorable a la afirmación autónoma del proletariado, sino una condición para reforzar su vínculo con el Estado capitalista antifascista, ya que solo de la eficiencia de esto dependía el éxito de Franco. Por otra parte, la participación en la guerra burguesa debía necesariamente determinar esta confluencia obligada.

En realidad, la distinción de clase no podía ser

hecha sino en función del problema central, el de la **guerra**. Esto hizo desde el comienzo la mayoría de la Fracción de Izquierda, cuya opinión era que en España no estaba en curso una revolución sino una guerra, una guerra antifascista en defensa del Estado burgués republicano. Mientras que para la minoría de la Fracción de Izquierda en España lo que estaba en curso era una lucha revolucionaria que veía a un proletariado sublevado, armas en la mano, contra el fascismo. En la realidad, desde el 19 de julio de 1936, después de la primera semana, en la cual la sublevación proletaria tenía visos netamente de clase, tanto por las reivindicaciones como por el impulso a luchar contra la misma burguesía republicana, el movimiento fue absorbido por la lucha antifascista, transformándose en fuerza militar encuadrada por la burguesía en defensa del Estado republicano contra las fuerzas del fascismo. La guerra civil fue la guerra antifascista, una guerra no solo burguesa sino perfectamente inmersa dentro de los intereses imperialistas que en aquellos años se enfrentaban en el territorio ibérico. Contra la guerra imperialista, la mayoría de la Fracción de Izquierda reivindicó las clásicas consignas de derrotismo revolucionario frente a los diversos frentes de guerra burgueses, la fraternización entre proletarios de los frentes de guerra adversos, y la transformación de la guerra imperialista en guerra civil revolucionaria. En agosto de 1936, durante una reunión del Comité Central del POUM – partido de extrema izquierda de Cataluña – el delegado de la Fracción, presente como observador, propone que se haga propaganda no de la idea de la masacre de los proletarios regimentados por Franco, sino a favor de la confraternización con los proletarios encuadrados en su bando; en cambio, los dirigentes del POUM afirmarían categóricamente que semejante propaganda merecía la pena de muerte (34).

Hay que admitir que no era fácil la época ni caracterizar la guerra de España como guerra imperialista, sobre todo en un esquema que descubre dos Estados burgueses, o dos coaliciones de Estados en conflicto mutuo por contrastes evidentes de intereses económico-financieros y de dominio mundial. En la divergencia Franco-Frente Popular estas evidencias no emergen a la superficie. Pero el carácter imperialista tanto de la guerra de Franco como de la guerra del Frente Popular era una deducción a la

(34) Ver, O. Perrone, *La táctica del Komintern*, 1926-1940, cit., p. 141. Para las posiciones del POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista), cfr. Andrés Nin, Guerra y revolución en España, Feltrinelli, Milán 1974. Sobre las posiciones tenidas por la Izquierda Comunista italiana, la Fracción en el Extranjero, respecto a la cuestión de la guerra en España, véase también el trabajo de A. G. Iborra, con el título particularmente nada feliz, *I bordighisti nella guerra civile spagnola* [Los bordiguistas en la guerra civil española], editado por el Centro Studi Pietro Tresso en 1993.

cual se llegaba indiscutiblemente por el hecho de que este análisis se apoyaba en la fuerza y la defensa de Estados burgueses bien precisos, Alemania e Italia por una parte, la Rusia estalinista por la otra. De la misma manera es considerada la situación en Cataluña, en otoño de 1936; el declive del Estado catalano precedente, que no fue superado por la victoria revolucionaria del proletariado ni por la institución del Estado catalán precedente, no podía más que conocer una fase, transitoria además, en el curso de la cual la persistencia de la clase burguesa en el poder se afirmaba no de manera física y directa, sino gracias a la inexistencia de una lucha proletaria dirigida hacia la fundación de un Estado proletario. En los dos casos, la naturaleza imperialista de la guerra y la naturaleza capitalista del Estado catalano eran elementos sustanciales y no superficiales (los objetivos de la guerra, el aparato de presión del Estado), elementos que se condensaban en la inexistencia de la afirmación de la clase proletaria en su lucha revolucionaria contra todas las fracciones burguesas existentes y los residuos del viejo régimen. En España, en aquella época, la lucha de la clase proletaria no era todavía capaz como para plantear el problema del poder proletario y comunista, ni siquiera a través de una exigua minoría política. El Frente Popular no iba más allá de la negación de Franco; en cambio era necesario ir a la negación incluso del Frente Popular para que pudiese afirmarse la clase proletaria. Pero esto no ocurrió.

Por otra parte, ¿quién sino el partido comunista revolucionario, coherentemente marxista, habría podido, y debido, plantear el problema de la conquista del poder político, de la transformación de la guerra imperialista en guerra civil – y no guerra civil entre fascismo y antifascismo, sino entre proletariado contra fascismo y democracia al mismo tiempo, enemigos ambos del proletariado y de su lucha revolucionaria? ¿Quién si no el partido comunista revolucionario, coherentemente marxista, habría podido, y debido, plantear la cuestión del abatimiento del Estado burgués y la instauración de la dictadura del proletariado, por tanto, del Estado proletario, guiada y ejercitada por el partido mismo? El hecho es que la contrarrevolución burguesa, y estalinista, había destruido el partido comunista revolucionario mundial a través de un proceso degenerativo que había transformado al Partido Bolchevique de formidable órgano de la revolución proletaria y comunista en instrumento para el solo desarrollo capitalista en Rusia y de la represión burguesa del proletariado revolucionario, y, por consiguiente, la misma Internacional Comunista, de primer órgano mundial de la revolución proletaria en aparato de sabotaje, para convertirse después en represor del movimiento comunista internacional.

Las posiciones defendidas por la Fracción de Izquierda sobre la guerra de España tuvieron la aprobación de Bordiga quien, si bien en la época no tuvo forma de hacer público su pensamiento más que en

discusiones «privadas» (35), lo reafirmará en la segunda posguerra, por ejemplo con un artículo escrito a propósito de la muerte de Ottorino Perrone (36) en el periódico de partido «il programma comunista», con estas palabras: «Los movimientos proletarios de 1936 y 1937 han sido lúcidamente diagnosticados como episodios inconclusos, no solo por la inexistencia de una situación revolucionaria, sino por una situación internacional que iba no en el sentido de una reactivación clasista, sino en sentido de una segunda guerra mundial entre Estados, por lo tanto no generará ni podrá generar desde su seno la fuerza de guía, el Partido. Detrás de los ejércitos republicanos se encuentra bien sólido el Estado burgués disfrazado en democrático-antifascista; a escala internacional el proletariado, bajo la guía de la doble guía contrarrevolucionaria socialdemocrática y estalinista (estamos en plena orgía de los Frentes Populares, paralela a la de las grandes «purgas»), pide la intervención armada de los Estados occidentales en defensa de la democracia amenazada, poniéndose en su cola. El impulso elemental originario de clase fue rápidamente dirigido hacia un andén anti-clase; en la plaza fuerte española se prepara la movilización antifascista de los obreros de todo el mundo, para lo que será una nueva y espantosa masacre».

Es en función de la formación de un partido efectivamente de clase, coherentemente marxista y capaz de para influenciar los repartos de vanguardia del proletariado de todos los países, que los militantes de la Fracción en el Extranjero se esforzarán en resistir sobre las posiciones clásicas de la Izquierda Comunista. Y es en vista de una guerra mundial hacia la cual todo el desarrollo económico, político y militar de los países imperialistas empujaba, que los militantes de la Fracción en el Extranjero recalcarán de manera tenaz *el valor del aislamiento*, al cual fueron constreñidos inevitablemente. Los encendidos debates al interior de la Fracción, documentados en muchos artículos de «Bilan» y «Prometeo» (37) de 1936-37, evidenciaban una lucha desigual

(35) En este caso se trata de una discusión con Ugo Arcuno que, en la época, formaba parte del grupo de militantes de la Izquierda, llamados «milaneses», estos son Fortichiari, Repossi e Lanfranchi, pero que en 1945 regresarán al PC Italiano. Noticias sobre Amadeo Bordiga se pueden leer en *Amadeo Bordiga. Gli anni oscuri (1926-1945)*, ediciones Colibri, 1998, p. 255.

(36) El artículo se intitula: *Ottorino Perrone: una pagina de la batalla revolucionaria*, publicado en «il programma comunista» n° 21, 8-25 de noviembre de 1957. Ottorino Perrone era conocido por su pseudónimo de Vercesi. A la muerte de Vercesi salió un artículo, *A la memoria de Ottorino Perrone*, en el n° 1, octubre-diciembre de 1957 de «programme communiste»; traducido en italiano, con el título: *Ottorino Perrone, un monito ai giovani militanti*, fue publicado en «il programma comunista» n° 2 de 1958.

(37) «Bilan» y «Prometeo» eran dos órganos, uno teórico y otro más político de la Fracción italiana de la

contra las diversas formas de oportunismo que, en su combinación, contribuían a desviar inexorablemente las luchas proletarias del terreno del enfrentamiento de clase para hacerlas desembocar en el camino de la complicidad con la burguesía antifascista, hasta hacerlas arrastrar sin reclamos a la gigantesca masacre de la segunda guerra mundial imperialista.

«La guerra de España fue decisiva para todos: para el capitalismo, esta fue el medio que permitirá ampliar el frente de las fuerzas que obran por la guerra, incorporar en el antifascismo a los trotskistas, los supuestos comunistas de izquierda, y sofocar el despertar obrero que emergía en 1936;

para la fracción fue la prueba decisiva, la selección de hombres e ideas, la necesidad de confrontar el problema de la guerra. Hemos aguantado, y a contra-corriente resistimos siempre» (38). El periodo histórico, sostendrá la Fracción, «es un periodo de extrema selección de cuadros de la revolución comunista en el cual es indispensable permanecer solos para no traicionar» (39): este es, pues, el valor del aislamiento, la constante preocupación por no traicionar la causa del comunismo revolucionario aun al precio de permanecer reducidos, aislados, sin ninguna oportunidad para ser oídos por las masas ya idiotizadas con la intoxicación democrática y antifascista.

14. LA SEGUNDA MASACRE IMPERIALISTA MUNDIAL Y EL OPORTUNISMO ESTALINISTA

Pocos meses después de la guerra de España, estalla la segunda guerra mundial. Entran en conflicto directo las potencias imperialistas más fuertes. La apuesta es, una vez más, una nueva repartición del mundo, desemboque inevitable hacia el cual iba dramáticamente desde hace una década la crisis capitalista comenzada con el famoso 1929.

El estalinismo, como expresión política del total sometimiento del proletariado a las exigencias de la burguesía dominante en cada país, adoptará una estrategia que condensará los dos cuernos del problema ruso: los intereses estrictamente **nacionales** del joven capitalismo ruso en la escena internacional y el rol **internacional** de controlador y desviador del movimiento obrero en el mundo obtenido con el ataque doble: desviación y destrucción del partido revolucionario de clase, falsificación y tergiversación del marxismo y del programa revolucionario que se encontraba en la base del Partido Bolchevique de Lenin y de la fundación de la Internacional Comunista. La teoría cara al estalinismo del «socialismo en un solo país» – mediante la cual el oportunismo había dado el golpe de gracia al curso revolucionario de la Internacional Comunista y a las potencialidades revolucionarias del proletariado en Europa y en China – había abierto el camino a la política de las «vías nacionales al socialismo» con la cual los partidos comunistas estalinizados arrastrarán al proletariado de todos los países al sofocante abrazo del colaboracionismo interclasista con la burguesía de cada país. La conducción de la política del Komintern durante la guerra de España había demostrado ampliamente que su finalidad principal había sido la de destrozarse cualquier desemboque *de clase* de la sublevación de los obreros españoles en julio de 1936, y de canalizar los impulsos y energías dentro del control y los intereses de las fracciones burguesas que en ese periodo se reconocían en la llamada alianza democrática del imperialismo mundial.

La cercanía del enfrentamiento bélico entre las grandes potencias imperialistas había acelerado el

proceso de unión nacional entre proletariado y burguesía la cual hallaba su más eficaz realización precisamente en la política de los frentes populares; política que hizo del **antifascismo** – es decir, de la defensa de la democracia burguesa en su fase imperialista del desarrollo capitalista mundial – su punto de fuerza.

La guerra mundial debía necesariamente poner al desnudo, y hasta el fondo, el curso contrarrevolucionario del estalinismo; y lo hizo representando el mismo procedimiento contradictorio – y para el proletariado absolutamente devastador – que había caracterizado la política del Komintern en todo el periodo precedente: *alianza con la socialdemocracia, social-fascismo, frente popular*.

La estrategia de Moscú de alianzas de la Unión Soviética a partir de 1935 (alianza con Francia) cambió completamente en 1939: la amistad entre la Alemania nazi y la Unión Soviética, rubricada en agosto de 1939, destruyó completamente la política perseguida hasta entonces. Esta amistad fue en realidad una verdadera y exquisita alianza en el plano económico, militar y político, tanto así que, por fuerza de esta alianza, Rusia se reparte Polonia con Alemania. Esta alianza duró hasta junio de 1941, es decir hasta el momento en que Alemania se decide ata-

(Continuación nota 37)

Izquierda Comunista. «Bilan», publicado de noviembre 1933 hasta enero de 1938, en lengua francesa en Bélgica, salen 46 números, «Prometeo», publicado desde la constitución en París de la Fracción de Izquierda del PcdI en mayo de 1928, continuó durante 153 números su publicación hasta 1938.

(38) Cfr. «Bilan», n. 44, octubre 1937, *La guerre impérialiste d'Espagne et le massacre des mineurs asturiens* [La guerra imperialista de España y la masacre de los mineros asturianos].

(39) Cfr. «Bilan», n. 39, enero/febrero 1937, *Que faire? Retourner au parti communiste, messieurs!* [¿Qué hacer? ¡Regresar al partido comunista, señores!]

car a la misma Rusia. Hasta entonces Alemania fue presentada como un país agredido por las «plutocracias occidentales», por «viles imperialistas», y todos los partidos comunistas estalinizados se sentirán en el deber de condenar toda crítica de este cambio de chaqueta. Pero a partir de junio de 1941 la música cambia: los fascistas ya no son «hermanos», sino enemigos, y la guerra no es ya «imperialista» sino un enfrentamiento entre «barbarie y civilización», donde civilización es sinónimo de democracia y barbarie sinónimo de fascismo. En suma, el «social-fascismo» es acuartelado y toma auge el frente popular; puesto que en efecto ¿qué cosa son los «comités de liberación nacional» sino una versión partisana de los frentes populares?

Y, a propósito de **partisanismo**, dado el peso contrarrevolucionario que el estalinismo tuvo, se hace necesario aclarar la cuestión. Con esta finalidad nos referiremos directamente a uno de los primeros «Hilos del tiempo» que Amadeo Bordiga escribe en 1949, en el ámbito de su colaboración con el grupo de compañeros que darán vida, a finales de 1943, al «Partido Comunista Internacionalista» cuyo periódico era «battaglia comunista». Se trata del artículo intitulado «**Marxismo y partisanismo**» (40), del cual retomamos la parte dedicada al «hoy»:

«Donde el partisanismo ha hecho sus grandes pruebas por su destructora reedición de este siglo ha sido en la guerra civil española. Del legionarismo en la gran guerra hemos tenido en Italia su producción con los dannunzianos. Hecho que para el análisis marxista se volvía a vincular con las vastas exigencias del militarismo profesional determinado por las guerras modernas especialmente en los sectores medios, y que conduce directamente a muchas de las formas propias al totalitarismo fascista.

«En España se observan dos suertes de legionarismo, rojo y pardo, y los dos tomarán formas partisanas: es decir, cuerpos militares sostenidos y mantenidos con la técnica moderna y el relativo costo pecuniario, sin que los Estados aparezcan de manera oficial, ver por ejemplo Rusia de un lado, e Italia del otro. Parecía el enfrentamiento de dos mundos, pero todo terminó en una operación policial sostenida complacientemente por los grandes emporios de las democracias occidentales, y con una actitud ambigua por parte de Moscú, pero con graves consecuencias para el movimiento revolucionario internacional, nefastas a nivel ideológico, organizativo y de sacrificio de hombres valientes y audaces, todo en interés y a favor del capitalismo. Todo ello conduce directamente a la situación derrotista, desde el punto de vista proletario, de la segunda guerra mundial. Mientras que, después de la primera, todo el esfuerzo del movimiento que órbita en torno a la victoria comunista en Rusia había sido llevado hacia la formación del partido internacional de clase que se erguía amenazante frente a la burguesía de todos los países, los estalinistas liquidarán el planteamiento clasista y de

partido y, junto a centenas de partidos pequeño-burgueses, destruirán todas las fuerzas que desafortunadamente controlaban a los movimientos de tipo legionario.

«Los movimientos revolucionarios se convertirán en aventureros de tipo standard, poco diferentes a los fascistas de la primera época; así como hombres de partido, custodios de la orientación marxista y de la sólida y autónoma organización de los partidos y de la Internacional, se volverán caporales, coroneles y generales de opereta. Arruinarán la orientación de clase del proletariado, haciéndolo recular pavorosamente de al menos un siglo, y a todo esto lo llamarán progresismo. Con vencerán a los obreros de Francia, Italia y de todos los demás países de que la lucha de clase, por su naturaleza ofensiva, con carácter de iniciativa deliberada y declarada, se concretaba en defensismo, en *resistencia*, en una inútil y sanguinolenta hemorragia contra fuerzas capitalistas organizadas que no podrán ser expulsadas sino por otras fuerzas no menos regulares y no menos capitalistas, mientras que el método adoptado impedirá de manera absoluta insertar en el pasaje un ataque tentativo y autónomo de las fuerzas obreras. La historia demostrará que tales tentativas no dejarán de

(40) *Sul filo del tempo* [Siguiendo el hilo del tiempo] es el título de la serie de artículos escritos por Amadeo Bordiga entre enero de 1949 y mayo de 1955, es publicado hasta el n° 16 en el rotativo del partido «battaglia comunista» e inmediatamente después en «il programma comunista». Estos artículos tenían el objetivo de combatir al oportunismo en sus diversas versiones y en sus múltiples olas históricas, basándose en hechos y cuestiones de la actualidad llevado al necesario encuadramiento histórico y a la constante e invariante crítica marxista. Su estructura preveía siempre una primera parte, nombrada Ayer – que se refería a las olas oportunistas que anteceden al estalinismo – y una segunda parte intitulada Hoy – que tomaba a fondo la crítica al estalinismo. *Marxismo e partigianismo* es de Abril de 1949, publicado en «battaglia comunista», n° 14.

El contacto de Amadeo Bordiga con el Partido Comunista Internacionalista se estableció entre 1945 y 1946 con la reaparición de la revista «Prometeo»; ello se traduce en colaboración con textos y escritos volcados a aquella «dura obra de restauración de la doctrina marxista y del órgano revolucionario, el partido de clase» que caracterizó toda la vida militante de Amadeo Bordiga. Como desmentido de todo lo que pueda escribir C. Bourseiller, *Histoire générale de l'ultra-gauche*, Ediciones Denoël, 2003, donde este autor sostiene que Amadeo Bordiga se habría adherido al «Partido Comunista Internacionalista/battaglia comunista» en 1949 (p. 199), es el mismo «Partido Comunista Internacionalista/battaglia comunista» el que declara que Amadeo Bordiga «colaboró con la prensa del partido pero no se adhiere a éste y no participó responsablemente de su vida política y organizativa», en su opúsculo de propaganda intitulado *Quiénes somos, de dónde venimos, qué queremos*, Ediciones Prometeo, 2001.

emerger, como la de Varsovia (41), durante la cual los soviéticos ubicados a pocos kilómetros esperarán pacientemente que el ejército alemán restableciera el clásico orden; pero fueron tentativas condenadas por el extravío demopartisanesco de las energías de clase. Al difícil camino de la clase trabajadora socialista se agrega la degeneración oportunista de 1914-1918, batida victoriosamente por los bolcheviques, es decir por el marxismo en su verdadera concepción, y a esta la degeneración partisanesca de 1939-1945. En la primera crisis se logra regresar a nuestro método específico de lucha fundando los grandes partidos revolucionarios

autónomos. Luego de la segunda, el proletariado se encuentra bajo la amenaza de una nueva infección partisanas.

«*Partisano es aquel que combate por otro, aunque lo haga por fe, por deber o por un salario, poco importa. El militante del partido revolucionario es el trabajador que combate por sí mismo y por la clase a la cual pertenece.*

«*La suerte de la reanudación revolucionaria depende de cómo elevar una nueva e insuperable barrera entre el método de la acción clasista de partido y el método demócrata-burgués de la lucha partisanas.*

15. BALANCES DINÁMICOS Y LECCIONES DE LA HISTORIA

A finales de la guerra y en la inmediata posguerra – frente a Amadeo Bordiga, aunque sus previsiones serán menos «pesimistas» que en 1952 – dominaba en nuestro movimiento la convicción de que el segundo periodo posbélico habría sido una repetición del primero, como siempre sostuvo la Fracción en el Extranjero, y que por lo tanto habríamos asistido a un poderoso movimiento que planteaba *directamente* el problema de su dirección política revolucionaria, de una unión entre condiciones objetivas y subjetivas de la revolución, y no ya en el sentido – real en cada situación – de que la cuestión central del movimiento proletario es la del Partido, de su presencia como fuerza *real* y como capacidad de guía, pero en el siguiente sentido:

a) que todas las condiciones favorables estuviesen entonces presentes y restasen *solo* para realizar la del partido-guía de la revolución;

b) que las mismas condiciones objetivas puedan ser forzadas o por lo menos hacerlas propicias gracias a recursos particulares como la utilización del «gran personaje» en los comicios, o la reactivación del método del «parlamentarismo revolucionario», o el lanzar consignas como la formación de los Soviets o el abandono (más bien sabotaje) de los sindicatos existentes.

A la base de esta convicción – a parte de la reiteración de los mismos errores tácticos, por ejemplo en campo electoral y parlamentario, denunciados por la Izquierda a finales de 1920 – estaba la incapacidad de reconocer aquello que luego llamaríamos *la profundidad, extensión y duración de la contrarrevolución estalinista*, cuyo sentido no se agota con la abjuración de los principios fundamentales del movimiento socialista y comunista, como en agosto de 1914, sino que se identifica con la *dispersión completa* de este mismo movimiento y con la destrucción *incluso física* de su vanguardia conducida hasta el final como ni siquiera la socialdemocracia había logrado hacerlo en el curso de la «segunda oleada oportunista» (42).

No habíamos comprendido que la ruptura del hilo

rojo entre pasado y futuro, representada por el estalinismo, comportaría la eliminación incluso del último bastión de persistencia de una Izquierda revolucionaria como fuerza operante; que esta eliminación, que hacía extremadamente ardua la reconstitución del órgano-partido sobre bases teóricas, lejos de las tergiversaciones producidas por la capilar obra de desfiguración llevada a cabo por Moscú y sus acólitos, era ahora un hecho *objetivo* cuyo peso condicionaba el nivel del movimiento real; y que ya no se trataba solo de volver a unir las filas dispersas de una oposición marxista al estalinismo, sino de *reconstruirla ex-novo*, y volver, *desde todos los*

(41) Sobre la insurrección proletaria de Varsovia del verano de 1944 y sobre el rol contrarrevolucionario del ejército ruso que Stalin bloqueó a las puertas de Varsovia, dejando que el ejército nazista aniquilara con bombardeos, fusilamientos, bombas a gas y lanzallamas la revuelta proletaria con un balance de por lo menos 15 mil muertos, ver el artículo *Ricordando la Comune di Varsavia (1944)*, publicado en «il programma comunista» nn. 23/1953 y 1/1954, publicado después en el opúsculo de agosto de 1980 con el título *La lotta di classe ridivampa in Europa col poderoso moto proletario polacco* [La lucha de clase se reanuda en Europa con el poderoso movimiento proletario polaco].

(42) Resultado del trabajo hecho por nuestra corriente en el análisis histórico del curso del desarrollo del movimiento de clase del proletariado ha sido el de identificar tres grandes olas oportunistas que corresponden a tres fases de desarrollo del capitalismo – de la fase de implantación y revolucionaria antifeudal, a su fases de ordenamiento mundial y «pacífico», ya su fase de dominio incontestable e imperialista. La segunda ola oportunista – aquí citada – es la que lleva el movimiento proletario bajo la influencia de la socialdemocracia, es decir, del reformismo clásico, a la guerra de 1914-1918 bajo la bandera de sus burguesías nacionales. Sobre este tema, desde su inicio, el partido desarrolló una serie de trabajos, comenzando por el *Tracciato d'impostazione* [Elementos de teoría marxista] de 1946 y terminando con la *Struttura economica e sociale della Russia d'oggi* de 1955-57.

frentes, al comienzo.

Y para volver al comienzo, era necesario sacar valientemente «las lecciones de la contrarrevolución» (43) a través de un balance general de los últimos veinte años (1926-1946) en ligazón con los balances de las contrarrevoluciones precedentes y que no cedieran a la tentación de cambiar los deseos por la realidad o de ocultarse a sí mismos las *causas* y *consecuencias* de las derrotas sufridas.

Se dirá que Trotsky también buscó sacar un balance de la derrota de la revolución en Europa y en Rusia. No reprobamos a Trotsky, cierto, ni de haber buscado con uñas y dientes salvar al menos un pequeño hilo de continuidad incluso organizativa con el bolchevismo – cosa que también la Fracción de Izquierda del PcdI en el Extranjero trató de hacer bien o mal –, ni de haber remachado sin tregua sobre el problema de la crisis de la dirección revolucionaria. ¿Quién más que nosotros ha puesto como centro de *todos* los problemas, el problema del partido?

Sin embargo, no podemos silenciar que Trotsky no vio, o no podía ver, que la devastación estalinista cambiaba todos los términos del problema desde el punto de vista objetivo no menos que subjetivo, y que la reconstitución del órgano-guía de la revolución habría debido llevarse a cabo en condiciones mucho más similares (aunque fueran menos favorables) a las que encontrarán Marx y Engels luego de 1848-49, a aquellas en que Lenin arrojó las bases para la reconstitución de la Internacional durante la I^o guerra mundial gracias a la supervivencia de núcleos revolucionarios internacionales que se salvaron luego de la debacle de agosto de 1914.

Solo nuestra corriente supo hacer este balance de manera valiente, nadie más podía hacerlo, ya que cargaba sobre sus espaldas una larga tradición de batalla en el seno de la III^o Internacional, contra las desviaciones y extravíos en los cuales no veíamos ciertamente la causa de todas las derrotas sufridas – y todavía menos de la derrota total representada por el estalinista «socialismo en un solo país» –, sino un factor no secundario de debilitamiento de la capacidad de reacción a este en el movimiento internacional y, por reflejo, en el ruso, y en cuyo fondo se puede reconocer siempre el antiguo achaque del «expedientismo» otra forma fenoménica del «falso recurso al activismo» (44).

Retomemos algunos puntos de este último tema, tratado en la reunión de partido en 1952, los primeros párrafos:

«1. Una objeción corriente, que no es original pero que ya ha estado al lado de los peores episodios de degeneración del movimiento, es aquella que desvaloriza la claridad y continuidad de los principios e incita a «ser políticos», a sumergirse en la actividad del movimiento, que es el que enseñará las vías a tomar. No cerrarse a decidir por medio de textos y evaluando las experiencias precedentes, sino proceder sin pausa en el vivo de la acción.

«2. Este *practicismo* es a su vez una deformación del marxismo, ora en el querer poner delante la determinación de grupos de dirección y vanguardia sin demasiados escrúpulos doctrinales, ora en el buscar en las decisiones y consultas «de la clase» y sus mayorías, con el aire de seleccionar aquella vía que la mayoría de los trabajadores, empujados por el interés económico, prefiere. Son viejos trucos, y ningún traidor y vendido a la clase dominante jamás se ha ido sin sostener: primero, que ellos eran los mejores y más activos propugnadores «prácticos» de los intereses obreros; segundo, que ellos obraban así por la manifiesta voluntad de la masa de sus secuaces... o electores» (45).

Para superar el mal cariz de un estéril voluntarismo que sacrificaba la claridad de la visión teórica a la inestabilidad de los éxitos organizativos inmediatos, era necesario poner al centro de la actividad del pequeño núcleo de partido existente, precisamente como había hecho Lenin, la reproposición integral de la teoría marxista como premisa y condición para el renacimiento del movimiento futuro sobre bases no ficticias. Se proclamó en una reunión del 28 de diciembre de 1952, en algunos puntos de la primera parte dedicada al tema «Teoría y Acción»:

7 - El estúpido actualismo-activismo que adapta gestos y movimientos a los datos inmediatos de hoy, verdadero existencialismo de partido, debe ser sustituido por la reconstrucción del sólido puente que une el pasado al futuro, y cuyas grandes líneas el partido se dicta a sí mismo de una vez para siempre, prohibiendo a los militantes, y sobre todo a los jefes, la búsqueda y el descubrimiento tendenciosos de «nuevas vías».

«8. Esta moda, sobre todo cuando difama y abandona el trabajo doctrinal y la restauración teórica, necesaria hoy como lo fue para Lenin en 1914-18, asumiendo que la acción y la lucha son todo, recae

(43) Lecciones de las contrarrevoluciones, cit., (en francés, *Leçons des contre-révolutions*, in «programme communiste» n. 63, junio 1974) y en español en la revista «el programa comunista», n.º 33... se ha convertido en un texto de partido en el que se desarrolla el balance de las contrarrevoluciones para que el movimiento proletario y comunista saquen las lecciones que permitan comprender las causas de sus derrotas, el curso de desarrollo de la reanudación de la lucha revolucionaria y de clase y las condiciones objetivas y subjetivas de este desarrollo.

(44) Tema tratado en la Reunión general de partido de Milán del 7 de septiembre de 1952, recogido por puntos en la revista-opúsculo «Sul filo del tempo», de mayo 1953.

(45) De «Siguiendo el Hilo del Tiempo», mayo de 1953, cit., a los puntos de la Reunión de partido en Milán el 7 de septiembre de 1952, p. 23. El expedientismo regresará muchas veces a meterse en medio del camino en el desarrollo incansablemente coherente del partido; ocurrirá en la escisión de 1964-65, en la de 1973, en la explosiva de 1982 y todavía en 1983-84, cuando fue liquidado lo que quedaba de organización de partido luego de la explosión de 1982

en la destrucción de la dialéctica y el determinismo marxistas, sustituyendo la inmensa investigación histórica de los raros momentos y puntos cruciales sobre los cuales apoyarse, por un desenfundado voluntarismo, que es de hecho la peor y más crasa adaptación al *statu quo* y a sus miserables e inmediatas perspectivas.

«9. Toda esta metodología de practicones es fácil reducirla, no a nuevas formas de originales métodos políticos, sino a la parodia de antiguas posiciones antimarxistas, y a la manera idealista, a la Croce, de concebir las vicisitudes históricas como eventos que ninguna ley científica puede predecir y que «siempre tiene la razón» en su rebelión contra las reglas y las previsiones sobre el rumbo de la sociedad humana.

«10. Por consiguiente, debe colocarse en primer plano la tarea de volver a presentar, confirmando con nuestros textos clásicos de partido, la visión marxista integral de la historia y de su desarrollo, de las revoluciones que se han sucedido hasta ahora, de los caracteres de la revolución que se prepara y que verá al proletariado moderno derrocar al capitalismo e instaurar nuevas formas sociales; se deben volver a presentar las reivindicaciones originales y esenciales tal como son en su grandeza imponente desde hace por lo menos un siglo, liquidando las banalidades con las que las sustituyen incluso muchos de los que no están en el pantano estalinista, haciendo pasar por comunismo demandas burguesoides populares y aptas para el éxito demagógico.

«11. Una labor como esta es larga y difícil, absorbe años y años; por otra parte, la relación de fuerzas de la situación mundial no puede invertirse antes de varias décadas. Por lo tanto, todo espíritu estúpido y falsamente revolucionario de aventura rápida debe ser removido y despreciado, puesto que viene justamente de quien, asumiendo posiciones revolucionarias, no sabe resistir y, como en tantos ejemplos de la historia de las desviaciones, abandona la vía maestra por los callejones equívocos del éxito a corto plazo» (46).

En la perspectiva de una actividad organizada con carácter de partido era evidente, para los militantes de la Izquierda Comunista italiana – tanto en la inmigración como en Italia –, que la obra de reconstitución del partido de clase debía llevarse a cabo *en todos los campos*, de la doctrina, programa, principios, táctica, organización. Esta era la condición objetiva para reanudar el hilo interrumpido de la continuidad del partido de clase, y la claridad en todos los sectores de actividad era el presupuesto para un correcto *modo de actuar* y para una efectiva *conquista de influencia* en la clase. Dirigidos contra el activismo facilón, nuestros textos de entonces prevenían también al Partido contra la desviación inversa, la contraposición antidialéctica de la teoría a la praxis, el academicismo, el nadaísmo complaciente y arrogante. En las *Tesis características del*

partido, de diciembre de 1951, se puede leer, en efecto:

«El ciclo de luchas victoriosas y derrotas aún más desastrosas y el ciclo de las ondas oportunistas en el cual el movimiento revolucionario sucumbe a la influencia de la clase enemiga, representan un vasto campo de experiencias positivas, a través del cual se desarrolla la madurez de la revolución [ya que a esto y *solo a esto* tiende la reconstitución teórica, *NdR*). Las reanudaciones después de las derrotas son largas y difíciles; allí, el movimiento, a pesar de que no aparezca en la superficie de los acontecimientos políticos, no destroza su hilo, sino que continúa, cristalizado en vanguardia, la exigencia revolucionaria de clase (...). Hoy nos encontramos en el centro de la depresión y no se concibe una reanudación del movimiento revolucionario sino dentro de muchos años. La amplitud del periodo está en relación con la gravedad de la oleada degenerativa, además de la cada vez mayor concentración de las fuerzas adversas capitalistas (47).

Este vigoroso reconocimiento, como daba impulso a la *opera prima* de la reconstrucción de la integridad doctrinal, e imponía el rechazo al «existencialismo de partido», nutría de certeza científica y de pasión revolucionaria al paciente, modesto, arduo trabajo de integrar la gigantesca empresa de sistematización doctrinal con la actividad práctica – por cuanto su contenido tuvo su radio de acción y miserias en los sucesos –, tendente a vincularse y mantenerse ligados a una fracción incluso mínima de la clase asalariada: las mismas *Tesis Características* indican al pequeño núcleo

(46) Tema que fue tratado en la Reunión general de partido de Forlì del 28 de diciembre de 1952, compilado por puntos en el opúsculo «Siguiendo el hilo del tiempo» de mayo de 1953, cit., pp. 28-29.

(47) Ver las *Tesis características del partido*, presentadas en la reunión general del partido en Florencia, el 8-9 de diciembre de 1951. Estas tesis trazaron la línea divisoria en el partido entre las fuerzas que entonces continuaban la batalla de clase en el surco de la invariancia marxista y las lecciones de las contrarrevoluciones y las fuerzas que deseaban introducir en el partido las actualizaciones teorías que desviaban inevitablemente de la correcta ruta marxista; en 1952, en efecto, maduró la escisión de la cual salimos con un nuevo rotativo, «il programma comunista». Un primer resumen de estas tesis fue publicado en la revista-fascículo «Siguiendo el Hilo del Tiempo» de mayo de 1953, cit., pero el texto integral fue reproducido una década después en «il programma comunista», n° 16, 8 de septiembre de 1962, luego en fascículo en roneotipo y finalmente en el volumen n° 2 de la serie «i testi del partito comunista internazionale». El pasaje citado es extraído de la «Parte IV. Acción de partido en Italia y otros países en 1952», punto 3, pp. 161-162 del volumen ya citado. Ver también «programme communiste» n° 25 (octubre/diciembre de 1963), con el viejo título *Bases pour l'adhésion au Parti communiste internationaliste (programme communiste)*, compilado entonces en volumen en la serie, 1979, pp. 167-191.

de partido existente la tarea de «buscar entrar en toda espiral» que estalle en el sector de penetración de las grandes masas, sabiendo pertinentemente que «no habrá reanudación sino después de que este sector se haya suficientemente ampliado y devenido dominante». Estas fijan normas precisas no solo para la propaganda y el proselitismo, sino para la participación en la vida organizada del proletariado y para la agitación: lejos de evaluar las experiencias incluso modestas adquiridas en el tiempo, las resaltan como condiciones favorables tanto del desarrollo natural del Partido como de la reanudación revolucionaria futura.

Es por ello que la primera crisis de nuestro movimiento – la escisión de 1951-52 que dará vida a «programma comunista» – observa dos aspectos: reacción por parte nuestra al «activismo que desvaloriza la teoría» y persigue el fácil éxito inmediato; reivindicación de puntos teóricos ligados a expresadas y vitales implicaciones tácticas – cuestión sindical, cuestión nacional y colonial, abstencionismo, valoración del peso de Rusia en la escena mundial, en relación al correcto análisis de su estructura económica y social, etc.

Pero ya en 1950, con el *Llamamiento para la reorganización internacional del movimiento revolucionario marxista* (48), publicado fuera de Italia, se tiende a dar una base unitaria y homogénea al trabajo de reanudación de los vínculos con los compañeros de la izquierda comunista marxista dispersos en varios países. Se subraya con fuerza el punto 4, que: «el partido revolucionario no buscará jamás una mayor conquista del éxito cuantitativo en las masas, empleando reivindicaciones susceptibles de ser recuperadas por clases no proletarias y socialmente híbridas», precisamente para combatir el acclismo y el interclismo, sino el apoyo a las «reivindicaciones inmediatas y particulares que se apoyan en el plano económico del concreto antagonismo de intereses entre asalariados y empresarios». Se subrayaba, en coherencia con la perspectiva marxista y leninista para los países de capitalismo desarrollado, que «desde la época de la Comuna, las guerras de las grandes potencias son imperialistas, y con esto se cierra el periodo histórico de la guerras e insurrecciones de orden nacional en los países burgueses». Se recalca la condena de toda alianza del proletariado con sus burguesías bajo el pretexto de guerras de «civilización» contra «barbarie», de todo partisanismo resistencial antifascista; además de la condena histórica a todo defensismo, todo pacifismo, dando al partido proletario revolucionario la tarea de «negar toda posibilidad de regulación pacifista de los conflictos imperiales» y de «combatir ásperamente el engaño contenido en cualquier propuesta de federaciones, ligas y asociaciones entre Estados, que debería tener el poder de impedir conflictos, poseyendo una fuerza internacional armada para reprimir a quien la provoca». Condena confirmada constantemente

te en todos los años sucesivos y validísimos todavía hoy, tal como demuestran las guerras «preventivas» de los imperialistas anglo-americanos y sus aliados occidentales y orientales en Yugoslavia, Irak, Afganistán, África.

Y no olvidamos subrayar con igual fuerza la retractación de todo apoyo al militarismo imperial ruso, además del derrotismo contra el americano, luego de haber caracterizado el Estado ruso como un Estado capitalista producto no de una derrota militar de la revolución como en París en 1871, sino de una vía de progresiva degeneración. Partiendo de la estructura económica como habitualmente hacen los marxistas, después de haber recordado la tremenda represión y el exterminio del núcleo revolucionario bolchevique por parte de las fuerzas del estalinismo, y en polémica en particular con las tendencias trotskistas más activas en el campo del *antiestalinismo* de la época, se afirma que «el carácter monetario, mercantil, rentista y titularista del tejido económico ruso predominante, para nada invalidado por las estatizaciones de grandes industrias y servicios análogos a las de muchos países de puro capitalismo» pone la presencia en Rusia «no de un Estado proletario amenazado de degeneración o en curso de degeneración, sino de un Estado degenerado en el cual el proletariado ya no tiene el poder»; y se precisa que el poder en Rusia lo detenta «ahora una híbrida coalición y fluida asociación de intereses internos de clases pequeño-burguesas, semiburguesas, empresariales disimuladas y las fuerzas capitalistas internacionales; convergencia solo aparentemente obstaculizada por una cortina confinante policial y comercial».

Este *Llamado*, en verdad, concebido sobre todo por los grupos que se reivindicaban de la Izquierda Comunista más o menos aislados en el extranjero, fue de gran utilidad en el seno de la organización italiana para determinar las orientaciones programáticas y políticas en forma mucho más clara y neta de todo cuanto se había hecho hasta ahora, y para una mejor selección organizativa interna en un partido en el cual inevitable-

(48) *L'Appello* [«Llamado»], como fascículo roneotipado, fue escrito en 1949 y difundido en lengua francesa, sobre todo en Francia y Bélgica; en 1951 en el «*Bollettino interno*», en Italia. Este texto – *Appel pour la réorganisation internationale du mouvement révolutionnaire marxiste* – fue publicado en Francia por el Groupe Programme Communiste desde el n° 3 (abril/junio 1958) de la revista homónima «programme communiste». El texto integral fue publicado de nuevo en el n° 18 de 1957 en «il programma comunista». Cuando, con el «viraje» del XX congreso del PCUS de 1956 y las famosas «denuncias» de Kruschew con respecto a Stalin y las purgas estalinistas, muchos elementos críticos de los PC oficiales se orientaron hacia las organizaciones conocidas desde siempre como «antiestalinistas». Se puede leer también en *Lezioni delle controrivoluzioni*, 1981, Milán, ed. «il programma comunista».

mente confluirán en la época elementos incluso muy confusos y vacilantes sobre los puntos básicos. No había duda de que «el reordenamiento de una vanguardia internacional no puede advenir sin una absoluta homogeneidad de vistas y orienta-

ciones», resultado por el cual la vanguardia «italiana» ponía en aquellos años las bases teóricas y políticas al reivindicar, en primera instancia, las armas de la revolución, de la violencia, de la dictadura y el terror rojos.

16. EL LARGO TRABAJO COLECTIVO DE RESTAURACIÓN TEÓRICA, BASE PARA LA RECONSTITUCIÓN DEL PARTIDO

Hay que reconocer a la «Fracción de Izquierda en el Extranjero», durante los trágicos años del ascenso revolucionario estalinista, así como a los disidentes o expulsados del PcdI en Italia, el rol desarrollado por mantener en vida el hilo de nuestra tradición y en la plantación de la semilla allí donde no existía, sobre todo en Bélgica y Francia (49). A su matriz se deben la red internacional del partido, por muy débil que numéricamente haya sido, y, en gran medida, los primeros «cuadros» del partido en 1943, cuando este se constituye en Italia como «Partido Comunista Internacionalista» – con la revista clandestina «Prometeo» y, ulteriormente, con el periódico «battaglia comunista» – al reconocer el ya definitivo pase de los partidos «comunistas» oficiales al reformismo, legalitarismo, nacionalcomunismo: en una palabra, a la contrarrevolución burguesa (50).

El año 1943, y los años inmediatamente posteriores, fue un periodo de esfuerzos *generosos*, pero *confusos*, bajo muchos aspectos *discontinuo*, cayendo algunas veces en posiciones *ambiguas* y *oportunistas*, como en el caso de la participación, en 1944, por parte de algunos miembros de la Fracción, entre ellos Perrone (Vercesi), en la «Coalición antifascista» de Bruselas.

En la Italia dividida en dos (el Centro-Sud estaba ocupado por las tropas anglo-americanas, y el Norte por las tropas alemanas), los grupos que se reclamaban de la Izquierda Comunista no sabían nada los unos de los otros, pero intentaban sin embargo una simétrica reorganización en la línea de las Tesis de Roma y de Lyon buscando retomar contacto con Amadeo Bordiga, del cual el PCI de Togliatti todavía temía su influencia. En el Centro-Sud la mayor parte de los militantes de la Izquierda se habían organizado en Fracción de Izquierda de los Comunistas y Socialistas Italianos (que publicaba algunos periódicos como «Proletario», «La Izquierda Proletaria», «La Vanguardia»), mientras en el Norte los militantes de la Izquierda se habían organizado en el ya citado Partido Comunista Internacionalista (que publicaba «battaglia comunista»). Entre ambas organizaciones estaba más presente la tensión táctico-práctica que la teórico-programática, aunque se sentía su necesidad. Y es al trabajo de restauración teórica que Amadeo Bordiga dedicará particularmente su actividad.

A pesar de la sólida base doctrinal de las Tesis

de la Izquierda – redactadas cuando Italia todavía se encontraba dividida en dos, y publicadas sucesivamente en la revista «Prometeo», primera serie de julio de 1946 a noviembre de 1947 en los números 2,3, 5, 6, 7, 8 –, y de una serie de otros textos de base como el *Tracciato de impostazione, Fuerza violencia y dictadura en la lucha de clase, Propiedad y Capital, Elementos de la economía marxista*, etc., a pesar de los fundamentales «Hilos del tiempo» aparecidos a partir de 1949 en el periódico de partido que hasta 1952 fue «bataglia comunista», podemos decir que solo fue a partir de 1951-1952, con la escisión, que el partido toma una orientación *firme y homogénea*, basada en la reanudación con las tesis de fondo del periodo 1920-1926 y sobre el balance dinámico de los veinticinco años sucesivos, que confería a esta lineamientos todavía más netos e inconfundibles desde entonces.

A caballo de 1951-1952, reaccionando al «practicismo» sin duda generoso pero sin demasiados escrúpulos doctrinales, con lo cual ya durante la segunda guerra mundial, y sobre todo en el quinquenio inmediatamente sucesivo, los grupos de formación

(49) Recordamos que las publicaciones de la Fracción en el Extranjero eran las revistas «Prometeo» y «Bilan»

(50) Por ejemplo en Francia los compañeros Piccino, Ferruccio, Marco, Lecci (Tullio), Butta, Suzanne, L. Laugier, Otello Ricceri; in Bélgica Ottorino Perrone (Vercesi); en Suiza Riccardo Salvador, mientras en Italia Onorato Damen, Fausto Atti, Mario Acquaviva, Bruno Bibbi, Libero Villone, Enrico Russo, Lodovico Tarsia, Edoardo Magnelli, Giuseppe De Nito, Fortunato La Camera, Otello Terzani, Bruno Maffi, Luciano Stefanini (Mauro), Giovanni Bottaioli, Guido Torricelli, Vittorio Faggioni, Francesco Maruca, Gigi Danielis, Secondo Comune, Pistone, Giovannini, Benelli, Monti, Comunello y tantos otros. Amadeo Bordiga, en cambio, se no adhirió organizativamente a este partido; en todo caso su colaboración fue intensa y totalmente orientada, a través de una copiosa serie de textos y tesis y de participación en reuniones y encuentros a los que se le invitaba, a la restauración teórica comenzaba a tomar forma definida y suficientemente homogénea, el partido sufrió su primera gran escisión, en 1951-52, dividiéndose en dos troncos identificados por sus respectivos periódicos: «il programma comunista», que tuvo entre sus fundadores a Amadeo Bordiga, y «battaglia comunista» que continuó sus publicaciones con el grupo de Damen.

no del todo homogénea que se reclamaban genéricamente de la Izquierda Comunista «italiana» se habían zambullido resueltamente en el vivo de la acción. Había que superar la idea de que la contrarrevolución *mundial* haya sido una especie de *distracción de la historia*, siendo suficiente darle vuelta a la página sangrienta para retomar poco a poco el camino hasta llegar al punto de suspensión. Se reconocía como exigencia primaria con fines a una posterior salida del abismo, no ficticia ni ilusoria, de la fase de depresión *máxima* de la curva del potencial revolucionario, privada pues de perspectivas cercanas de una gran conmoción social, en la cual nos movíamos, la orgánica representación de la *común unitaria monolítica constante doctrina de partido*.

Es de las lecciones de las contrarrevoluciones, y en particular de la contrarrevolución estalinista, que se extraía la confirmación de la *integralidad e invariancia* de la doctrina marxista firmemente restablecidas, poniéndolas a la base de la jamás renegada acción – por muy limitado que fuera el radio de acción desde el punto de vista de la propaganda, el proselitismo, la intervención en las luchas económicas, etc. – a través de un trabajo planteado sobre bases de alta continuidad, coherencia y rigor teórico, poco a poco sintetizado en frecuentes reuniones de trabajo para todas las redes de militantes, aunque fuesen numéricamente pocos pero potencialmente supranacional. Sin la dura obra de restauración de la doctrina, como se declara en la mancheta del periódico de partido luego de la escisión de 1952, «il programma comunista», el partido homogéneo no hubiese nacido nunca. Esta exigencia prioritaria de volver sólidas las bases teóricas y programáticas como fundamentales para la reconstitución del partido de clase fue la cuestión central a la que, directa o indirectamente, se enfrentó toda la actividad de los grupos de la Izquierda, en Italia y en la inmigración en Francia y Bélgica.

Durante los primeros meses de 1945, poco antes de la conclusión definitiva de la segunda masacre imperialista y por consiguiente también la reunión de las fuerzas dispersas de la Izquierda en el Sur y el Norte, Bordiga, solicitado por diversos compañeros que desde un tiempo habían tomado contacto con él, contribuyó con la redacción de la *Plataforma política del Partido* (51) que debía servir como única base política para el partido. Esta *Plataforma* reflejaba una situación a la que se podía todavía considerar que, con la apertura del ciclo posbélico como emblema de la estremecedora victoria de las democracias, *no excluyese* un margen de reanudación autónoma de la acción proletaria de clase, aunque fuese enormemente restringido con respecto a 1918-1920. Pero ya en 1946, con el texto *Las perspectivas de la posguerra en relación con la plataforma del Partido* (52), este juicio «optimista» es redimensionado, anticipando la posibilidad de que la compleja fase de apertura a «nuevos contrastes y

crisis, choques entre clases sociales opuestas y, en el seno de la esfera dictatorial burguesa, nuevos choques imperialistas entre los grandes colosos estatales» no se desenvuelva «en modo *aceleradísimo*». Sin embargo, los términos *reales* de la situación histórica – que para nosotros, en efecto, no cambian ni los principios, ni sus deducciones tácticas – habían aparecido sin embargo más claros solo inmediatamente después.

Es fácil hoy constatar que esta hipótesis no se realizó y que el control totalitario internacional burgués, bajo la égida americana bloqueó por largas décadas, con la complicidad indispensable de la traición estalinista, incluso la más remota probabilidad de cualquier realización. No por ello las *Tesis* de entonces subestimaban la tarea de «prepararse y madurar desde hoy para situaciones *futuras, aunque lejanas*, evitando la dispersión y el extravío y desconcierto que crearán en las filas de las clases proletarias, como tantos ejemplos nos advierten, cuando sus partidos enfrentan las coyunturas de la situación mundial *poco reflexionadas e inesperadas reacciones de última hora*» (53).

Que, en la época de la redacción de la *Plataforma* de 1945, la perspectiva fuese, si no rápida, al menos *no tan atormentada y penosa la reanudación clasista* del movimiento obrero, se advierte tanto en la preeminencia de puntos de orientación político-táctico sobre los de encuadramiento teórico general, como en el carácter de las consignas o por lo menos de directivas prácticas vigorosamente remachadas que cada uno de sus párrafos presenta, casi dirigiéndose no a una frágil alineación de militantes de extrema vanguardia, sino a un núcleo de una cierta consistencia e influencia en el seno de los estratos más combativos del proletariado. No falta,

(51) *La Piattaforma Politica del Partito*, in *21 punti*, cuya redacción se debe a Bordiga, Villone y Pistone, aceptada por todos en el congreso del Partido Comunista Internacionalista de Turín en diciembre de 1945, es reproducida en el volumen n° 6 de «i testi del partito comunista internazionale», intitolado *Per l'organica sistemazione dei principi comunisti*, Ivrea 1973, en pp. 109-124. La versión francesa de la Plataforma salió en mayo de 1946, en opúsculo, como *Plate-forme politique du Parti communiste internationaliste d'Italie*, y publicado por la *Gauche communiste internationale*, que en la época publicaba en Francia y Bélgica «L'Internationaliste» (nueva serie de «l'Etaincelle» [«La Chispa»]) y para Italia hacia referencia a «battaglia comunista» y «Prometeo».

(52) El texto *La perspectiva de la posguerra en relación a la plataforma del Partido*, de Amadeo Bordiga, ha sido publicado en el n° 3, octubre 1946, en la entonces revista teórica del partido, «Prometeo»; después ha sido compilado en italiano en el volumen *Per l'organica sistemazione dei principi comunisti*, cit., en pp. 141-154. En francés, *Les perspectives de l'après-guerre en rapport avec la plate-forme du Parti*, en el n° 84-85 de «programme communiste».

(53) Cfr. *Las perspectivas de la posguerra en relación a la plataforma del Partido*, cit., p. 144.

se subraya, el rigor del constante vínculo con las cuestiones de principio en cada sector que se examinaba: la cuestión constitucional como la parlamentaria y sindical, la cuestión religiosa como la de los brotes irredentistas a propósito de la amenazada ocupación yugoslava de la Venezia Giulia, la cuestión de la relación entre democracia y fascismo, así como también la de la autonomía y la descentralización, la cuestión del planteamiento general de los problemas tácticos y los de la actitud a tomar frente a la guerra presente o futura, o la de la evaluación del fenómeno del partisanismo y de la llamada resistencia, etc. Sin embargo, la preeminencia del encuadramiento teórico general debía imponerse, y ello explica por qué en 1952 el partido sustituirá la *Plataforma con las Bases de adhesión*, luego llamadas *Tesis características del partido* (54).

Como escribíamos en las premisas a las Tesis de partido, de 1945 en adelante, el problema central «era sin duda, la reproposición en su *integralidad* de la doctrina marxista, mil veces adulterada y desfigurada por la contrarrevolución estalinista; pero este objetivo no podía ser ni fue jamás separado, en doctrina y práctica, por el esfuerzo constante no solo en difundir nuestras posiciones teóricas y programáticas, sino de «importarlas», según la clásica definición de Lenin, en el seno de la clase obrera, participando, dentro de los límites de nuestras fuerzas, en sus luchas por objetivos incluso inmediatos y contingentes, sin hacer nunca del partido, por muy pequeño que este pueda ser desde el punto de vista numérico, una academia de pensadores, un cenáculo de iluminados, una secta de conspiradores armados de un bagaje inestimable, pero solo conocido por iniciados» (55).

En los años que van de la reorganización de los grupos que se reivindicaban de la Izquierda Comunista, de 1943-45 hasta 1951-1952, se desarrolló una selección necesaria e indispensable entre aquellos de Lenin y el bolchevismo y la continuidad político-táctica que el movimiento comunista internacional encontró no solo en el Partido Bolchevique ruso sino, en particular, en la corriente de la Izquierda Comunista italiana que aseguró con su labor, su tenacidad, su actitud, una coherencia con el marxismo de verdad única, como ninguna corriente en el mundo logró expresar; y aquellos que tendían, por impaciencia y por una visión antihistórica y antidialéctica, a reunir los tiempos de la historia a través de un activismo de partido que habrían debido funcionar como compensador con respecto al retardo – primero frente al fascismo y después frente a la segunda masacre imperialista – con el cual el movimiento revolucionario del proletariado se presentaba en la escena. El indispensable balance dinámico de la contrarrevolución no podía permanecer prisionero de un planteamiento que reducía el trabajo doctrinal y la restauración teórica a un compromiso secundario del partido el cual, considerada erróneamente la fase posbélica como similar a la de 1918, habría debido

zambullirse en cuerpo y alma a la organización del proletariado para la revolución. Semejante visión falsa de la realidad si, por un lado, tendía a exagerar los aspectos clasistas de las luchas proletarias inmediatas, y a excluir la necesidad de la intervención del partido en la lucha económica e inmediata proletaria por el hecho de que los sindicatos comenzaban a integrarse en el Estado, por el otro, tendía a sobrestimar la posibilidad por parte del proletariado de saltar la fase de reorganización en el terreno económico en defensa de sus intereses inmediatos para acceder directamente – por medio de la propaganda y el proselitismo del partido solamente – al nivel de la lucha política general y, por tanto, de la lucha revolucionaria.

El falso recurso del actualismo-activismo, «que adapta gestos y maniobras a los datos inmediatos de hoy, verdadero existencialismo, sustituye la reconstrucción del sólido puente que liga el pasado al futuro y a las grandes líneas que el partido se dicta a sí mismo de una vez para siempre, prohibiendo a militantes, sobre todo a los jefes, la tendenciosa búsqueda y descubrimiento de «vías nuevas» (56). El activismo que «difama y abandona el trabajo doctrinal y la restauración teórica, necesaria hoy como lo fue para Lenin en 1914-18, asumiendo que la acción y la lucha son todo», implica «la destrucción de la dialéctica y el determinismo histórico marxistas

(54) Las *Tesis características del partido*, fueron presentadas en la reunión general del partido en Florencia, 8-9 de diciembre de 1951, y constituirán la línea divisoria en la escisión entre «battaglia» y «programma». Un primer resumen escrito fue publicado en el n° 5, marzo 1952, del periódico «battaglia comunista» con el título *Bases para la organización*, 1952, y después de la escisión en el fascículo «Siguiendo el Hilo del Tiempo» de mayo 1953; posteriormente, el texto integral fue publicado en el n° 16 de septiembre de 1962 del periódico «il programma comunista», y luego recogidos junto con otras tesis fundamentales del partido en el volumen n° 2, de la serie «i testi del partito comunista internazionale» intitulado *In difesa della continuità del programma comunista*, Milán, junio 1970.

(55) Cfr. *In difesa della continuità del programma comunista*, cit., premisa a las tesis de 1945 en adelante, pp. 127-128.

(56) Al *Falso recurso al activismo* el partido dedicó la segunda parte de la reunión del 7 de septiembre de 1952, en Milán, mientras que la primera parte fue dedicada a la invariancia histórica del marxismo; sobre este tema ver el opúsculo «Siguiendo el Hilo del Tiempo» de mayo de 1953, cit. El problema del activismo es mucho más concreto dado que estaba en la base de la escisión entre «battaglia» y «programma», y surgía con insistencia en las reuniones, textos, tesis, como demuestra el párrafo citado y tomado de nuevo por el resumen de la reunión de Forlì de diciembre de 1952, en «Siguiendo el Hilo del Tiempo», cit. y luego en el volumen *Per l'organica sistemazione dei principi comunisti*, cit., p. 28. En francés, ver «programme communiste» n. 53-54, *Textes de la gauche: invariance historique du marxisme - Fausse ressource de l'activisme*.

para sustituir a la inmensa investigación histórica de los raros momentos y puntos cruciales en los cuales apoyarse, por un descabellado voluntarismo, que al final es la peor y más crasa adaptación al statu quo y a sus perspectivas inmediatas». A esto se trataba de anteponer, al precio – tal como sucedió – de dolorosas amputaciones, el reconocimiento de que la contrarrevolución estalinista, la más radical y devastadora de la historia del movimiento obrero, no solo ha roto el hilo de este último, sino que ha destruido y deformado sus bases doctrinales y programáticas, y diluido en la confusión general incluso a los pocos elementos de vanguardia salvados de la masacre material y política, haciendo mucho más urgente la puesta en pie nuevamente, con paciencia paso a paso, del entero patrimonio teórico del marxismo, *conditio sine que non* para una acción orgánica, no inmediateista, por tanto no fluctuante del núcleo forzosamente tan reducido del partido futuro.

El máximo de las energías del partido debía ser consagrado entonces a la obra de reconstrucción integral de la teoría, pero semejante tarea solo podía ser llevada a cabo por una organización con carácter de partido, por una organización que se colocaba en el surco de las batallas de clase de la Izquierda Comunista y que tuviese la precisa voluntad de reconstituir el partido de clase, el partido comunista revolucionario como tanto trataron de hacerlo, entre los años 1943 y 1952, los grupos que provenían de la corriente de la Izquierda Comunista, dispersos, aislados y perseguidos por el fascismo, así como por el estalinismo, durante casi veinte años.

Este trabajo no se desarrollaba en condiciones favorables para la reanudación de clase. El movimiento proletario, sobre el cual apoyarse y del cual sacar vigor, ya no se encontraba en la situación dentro de la cual se activarán Lenin y el bolchevismo a caballo entre la primera guerra mundial y su posguerra. El proletariado desorientado y desmoralizado por la obra nefasta del oportunismo estalinista, había cedido su terreno de lucha clasista a la burguesía imperialista; y, luego, golpeado mortalmente por el fascismo, el movimiento de clase cederá las armas al estalinismo con la tergiversación completa del programa revolucionario, la teoría marxista y la regimentación bajo las banderas de la guerra y la paz burguesas.

La contrarrevolución estalinista significó una catástrofe espantosa no solo para la lucha revolucionaria del proletariado internacional, sino también para la lucha elemental de defensa inmediata, favoreciendo y organizando a los proletarios en las filas de los sindicatos tricolor y los partidos democráticos, es decir los partidos «obreros» burgueses como los definió Lenin. Desde el punto de vista de clase, la situación general se presentaba mucho peor que en la primera posguerra: derrota de la revolución en Rusia y Europa, guerra imperialista con la Rusia estalinista aliada al frente de los imperialismos de-

mocráticos, posguerra imperialista atareada en la reconstrucción posbélica bajo el dominio cada vez más dictatorial de los grandes monstruos estatales imperialistas. Pero dialécticamente, esto, para la vanguardia comunista, ofrecía la ventaja de un balance *material* del cual extraer lecciones mucho más definidas que en el pasado para volver a plantear en una forma más completa e intransigente la formulación de las clásicas tesis marxistas *en todos los campos* y válidas para todo el mundo. Este balance hubiese sido frustrado si la tarea primordial de la restauración teórica – «de la representación de la visión integral de la historia y su proceder, de las revoluciones que la han precedido hasta ahora, de los caracteres de la revolución que se prepara y que verá al proletariado destruir al capitalismo y crear nuevas formas sociales» (57) se hubiese sacrificado a la impaciencia de la acción *a toda costa*, o se hubiese esperado de los hechos contingentes nuevas perspectivas históricas, nuevas teorías que sustituyan a la teoría marxista considerada «vieja», con la ilusión de superar de manera más rápida una situación de correlación de fuerzas entre las clases dramáticamente negativa.

EL ROL DEL PARTIDO DE CLASE

Este balance, además, no podía sino confirmar la visión marxista de la naturaleza del *partido de clase*, de su relación con el proletariado entendido como clase *para el capitalismo* y no todavía clase *para sí*, de su rol y tareas en tanto guía del proletariado en la preparación revolucionaria y en el desarrollo de la revolución hasta la conquista del poder político, y como único partido en el ejercicio de la dictadura proletaria, y en su defensa contra los inevitables ataques contra toda visión y tendencia anti-partido provocada o alimentada por el horror al totalitarismo estalinista que la propaganda burguesa hizo pasar por consecuencia lógica de la teoría marxista, poniéndola en el mismo plano que el totalitarismo fascista o nazista. Al tiempo en que emergía con fuerza la necesidad de volver a ligarse, reconfigurándose, a las tesis de Lenin y la Izquierda, a la sustancia de las batallas de clase para fijar *normas tácticas* coherentes no solo con el programa general del partido sino con la *rosa de eventualidades tácticas* ya definidas y conocidas de antemano por todos, excluyendo cambios tácticos imprevistos y «justificados» simplistamente por la aparición de situaciones «inesperadas». Lucha, pues, *contra el eclecticismo y el contingentismo*, al mismo tiempo que lucha contra el *indiferentismo*, es decir la

(57) Cfr. *Teoría y acción*, primera parte de la reunión general de partido de Forli, 28 de diciembre de 1952, punto 10. Publicado en el opúsculo «*Siguiendo el Hilo del Tiempo*», cit., y luego en el volumen *Per l'organica sistemazione dei principi comunisti*, cit., p. 29.

tendencia a no considerar el carácter contradictorio del modo de producción capitalista y su desarrollo como un generador continuo de variaciones de relaciones de fuerza entre las clases, es decir la tendencia a no considerar a la historia como un proceso de desarrollos contradictorios que puedan ser superados no en virtud de una línea que avanza progresivamente hacia una salida determinada, sino gracias a sublevaciones y enfrentamientos entre fuerzas gigantescas que destrozan la línea progresiva de desarrollo, interrumpiéndola brusca y verticalmente para dar espacio a un movimiento tendiente a destruir las condiciones políticas y sociales que aprisionan a la sociedad en los vínculos de la división de clases precedente.

LAS REVOLUCIONES MÚLTIPLES

Esta perspectiva no tocaba solo el tema de la revolución proletaria «pura», es decir aquella que se produce en la sociedad capitalista avanzada, y en la que se enfrentan el proletariado y la burguesía, sino también el de la revolución «doble», es decir, aquella que estallaría en países económicamente atrasados, y en la cual se hace históricamente necesaria la *revolución democrático-burguesa llevada hasta sus últimas consecuencias* y – en una situación internacional favorable – potencialmente **transformable** en revolución proletaria y comunista. El indiferentismo negaba, en efecto, – y niega – un rol de progreso histórico de los movimientos anticoloniales de «*liberación nacional*» – y por lo tanto el apoyo (que no era una alianza) por parte de los revolucionarios comunistas sobre la línea de las tesis de Bakú de 1920 – a la llegada de la revolución en Rusia y tanto más luego de la segunda guerra mundial, insertando estos movimientos anticoloniales sistemáticamente en los juegos de maniobras de las potencias imperialistas que los habrían utilizado con fines exclusivamente imperialistas.

«Mientras en el área europea de Oriente puede hoy considerarse cumplida la sustitución del modo de producción feudal por el modo capitalista de producción e intercambio – se lee en nuestro texto de 1953 – en el área asiática se encuentra en pleno curso la revolución contra el feudalismo, y regímenes más antiguos, conducida por un bloque revolucionario de clases burguesas, pequeño-burguesas y trabajadoras». Pero poco más adelante se precisa:

«Para aquellos países de Asia, donde domina todavía la economía local agraria de tipo patriarcal y feudal, la lucha incluso política de las «cuatro clases» es un elemento de victoria en la lucha internacional comunista, aun cuando surjan en la vía inmediata poderes nacionales y burgueses, tanto para la formación de nuevas áreas aptas a la posición de ulteriores reivindicaciones socialistas, como por los golpes que tales insurrecciones y revueltas propinan al imperialismo euroamericano» (59).

No se ocultaba, es verdad, la realidad del domi-

nio imperialista en el mundo, pero se recalca lo que decía ya el *Manifiesto* de 1948, que *los comunistas apoyan en todos los países a todo movimiento revolucionario contra el régimen social y político existente*, y destacan y reivindican *los intereses comunes del proletariado mundial*, independientes de razas y naciones.

Se era muy consciente de que «la característica de la segunda guerra imperialista y de sus consecuencias ya evidentes» – estamos en los primeros meses de 1945 – «es la segura influencia en cualquier ángulo del mundo, incluso en los más atrasados tipos de sociedad indígena, no tanto de las prepotentes economías capitalistas, cuanto del inexorable control político y militar por parte de los grandes centros imperiales del capitalismo; y, por ahora, de su gigantesca coalición, que incluye al Estado ruso» (60). Pero, con ello, no se daba por descontado que tal dominio imperialista no pudiese ser sacudido por revueltas e insurrecciones anticoloniales; ni que, de tales sacudidas, el proletariado de los grandes países imperialistas no pueda ser empujado a reconquistar el terreno de la lucha de clase gracias a una situación internacional más favorable.

Mientras la visión indiferentista se limitaba a colocar las insurrecciones y las luchas anti coloniales en el ámbito de las divergencias entre las grandes potencias imperialistas cuyo control político y militar, incluso en los países más atrasados, era considerado invencible, y a apoyar que solo el movimiento revolucionario del proletariado metropolitano, a nivel internacional y dirigido por el partido comunista de clase, habría podido diverger. Se daba así al proletariado metropolitano en lo inmediato una tarea histórica que las condiciones materiales de las relaciones de fuerza existentes no permitían que asumiera; mientras que se abandonaban a su suerte al proletariado y a la plebe desheredada de los países atrasados, que luchaban

(58) Cfr. *La revolución múltiple*, primera parte de la reunión general de partido en Génova, el 16 de abril de 1953, reproducida en el fascículo «*Siguiendo el hilo del tiempo*» de mayo 1953, cit., luego recogido en el texto de partido *Por la orgánica sistematización de los principios comunistas*, cit., en las pp. 31-36. El pasaje citado está en p. 31, punto 6. En francés se puede encontrar como texto en apéndice en el volumen *Facteurs de race et de nation dans la théorie marxiste*, Editions Prométhée, Paris, 1979, p. 192.

(59) *Ibidem*, punto 9, p. 32.

(60) Cfr. *Naturaleza, función y táctica del partido revolucionario de la clase obrera*, redactado a comienzos de 1945 y publicado en «Prometeo», I serie, n° 7 de 1947; luego compilado en el texto *En defensa de la continuidad del programa comunista*, cit. pp. 133-144; el párrafo citado está en p. 143 de este texto. En francés, en el n° 29 (octubre/diciembre 1964) de la revista «programme communiste», *Textes du marxisme révolutionnaire: Nature, fonction et tactique du parti révolutionnaire de la classe ouvrière*.

armas en la mano contra los viejos poderes tribales y feudales y contra las potencias colonialistas, reforzando de esta manera su nacionalismo en detrimento del internacionalismo al que sin embargo se decía estar ligados.

LA REVOLUCIÓN ANTICAPITALISTA OCCIDENTAL

La apreciación de la fase mundial luego de la segunda guerra imperialista y mundial ha sido la siguiente: la participación de Rusia en la guerra imperialista en uno de los dos frentes de guerra confirmaba el advenimiento y definitivo pase del Estado ruso a la defensa de la economía capitalista, negando con esto a la economía rusa la característica de economía socialista difundida falsamente por el estalinismo con el fin de regimentar al proletariado ruso y con él al proletariado mundial en la defensa del desarrollo del joven y agresivo capitalismo ruso, luego de haber demolido y liquidado lo que fue el partido bolchevique de Lenin y las fuerzas del comunismo revolucionario en Rusia y en el mundo; una vez batido militarmente el fascismo italo-germano-nipón, la democracia imperialista euroamericana no podía dejar de heredar su inexorable curso a la concentración y centralización y la relativa política social capaz de ganarse al proletariado como aliado y parte activa en la lucha de competencia inter imperialista que inevitablemente la nueva repartición del mundo que siguió a la segunda guerra mundial, llevaba a un primer plano en las relaciones entre las mayores potencias imperialistas; los Estados Unidos de América se imponían, como ya durante la guerra, como el centro imperialista más fuerte del mundo, acelerando el declive de la ahora ex patrona del mundo, Inglaterra, y el arranque de un curso de verdadera colonización incluso frente a las viejas potencias imperialistas europeas.

«En toda la economía mundial se verifican y repiten, es más, se refuerzan, en conformidad con las leyes que han sido deducidas, sobre todo de los ciclos del capitalismo inglés, los caracteres del advenimiento y del proceso del capitalismo fijados en la monolítica valoración de Marx: sucesivas y despiadadas expropiaciones de todos los poseedores de reservas de mercancías y medios productivos (artesanos, campesinos, pequeños y medianos comerciantes, industriales, ahorristas); acumulación del capital con una masa cada vez mayor, en sentido absoluto y relativo, de instrumentos de producción que son aumentados y renovados sin pausa (y también sin razón), y concentración de estas fuerzas sociales en un número cada vez menor de «manos» (y no de «cabezas»), lo que es un concepto precapitalista), creándose así gigantescos complejos de fábricas y empresas de producción, antes desconocidos; extensión incontenible, después de la formación de los mercados nacionales, del mercado mundial, disolución de las islas cerradas de trabajo-con-

sumo supervivientes en el mundo» (61). La economía americana, en especial, ha confirmado en todo y por todo el desarrollo capitalista muy superior a cualquier época precedente poniendo de hecho la cuestión de si había la posibilidad, una vez superado el periodo de la guerra mundial, de un desarrollo continuo y sin sacudidas del capitalismo a nivel mundial o, si por el contrario, había que esperar un periodo en el cual el continuo desarrollo de las fuerzas productivas y de la acumulación del capital habría generado duras sacudidas, crisis profundas y conmociones que habrían llegado a las bases mismas del sistema. Las dos guerras mundiales, más la serie interminable de crisis económicas y de guerras que han jalonado el largo periodo de la reciente posguerra, demuestran la justeza de las leyes marxistas que llevan «a la condena histórica del modo de producción capitalista, que nadie puede detener en su curso hacia la catástrofe y la revolución».

La teoría de las crisis recurrentes y cada vez más graves tiene como fundamento la del aumento de la productividad y de la baja de la tasa de ganancia. El partido tomó a la economía americana como el ejemplo más completo de la economía occidental, leyendo los datos estadísticos de esta economía, de cara al resto de las economías más importantes del mundo, como Marx leía los datos estadísticos de la economía inglesa en el siglo XIX, como confirmación del impulso inexorable del capitalismo a sofocar el trabajo vivo (fuerza de trabajo obrera empleada en la producción y distribución) con un peso cada vez más elevado del trabajo muerto (medios e instrumentos de producción, materias primas a transformar) y de la necesidad histórica del revolucionamiento completo del modo de producción en la base de la sociedad. «El modo de producción capitalista, una vez instalado, no puede sostenerse sino acrecentando continuamente no la dotación de recursos e instalaciones que sirvan para mejorar la vida humana con menos riesgos, tormentos, esfuerzos, sino la masa de mercancías producidas y vendidas. Con un menor crecimiento de la población de cara a la masa de productos es necesario transformar a esas masas en grandes consumidores, además de crear nuevos medios de producción, yéndose por un callejón sin salida. Este es el carácter inseparable del aumento de la fuerza productiva de los mecanismos materiales que ciencia y técnica han puesto a su disposición». Si la teoría marxista de las crisis y de la catástrofe va como anillo al dedo, no va menos la del imperialismo y la de la guerra, y los datos que

(61) Cfr. esta cita y la sucesiva en *La revolución capitalista occidental*, parte II de la Reunión de Génova del 26 de abril de 1953, punto 4 y 3, en «*Siguiendo el hilo del tiempo*», 1953, cit.62) Cfr. para esta y las sucesivas citas, *La revolución anticapitalista occidental*, parte II de la Reunión de Génova del 26 de abril de 1953, puntos 8 y 12, en «*Siguiendo el hilo del tiempo*», 1953, cit.

constituyen la base del *Imperialismo* de Lenin, y que fueron extraídos en 1915, son suministrados hoy por las estadísticas norteamericanas con una virulencia multiplicada».

Es cierto que, por su función central en el sistema capitalista mundial, hasta que el capitalismo americano no sea derrotado definitivamente, el capitalismo mundial tendrá siempre la posibilidad de reconquistar el dominio sobre la sociedad, aun cuando la revolución proletaria haya llevado a la victoria la conquista del poder en otros países imperialistas en Europa o en Extremo Oriente. Un motivo más que suficiente para que la dictadura proletaria tenga delante de sí un largo y arduo periodo histórico en el cual deberá dedicar una parte consistente de sus energías revolucionarias a la guerra de clase contra la dictadura del imperialismo y las clases burguesas dominantes que resistirán a la catástrofe de su economía y su sociedad.

Pero el partido comunista revolucionario nunca ha logrado implantarse en los Estados Unidos de América, contrario a Europa, aunque allí el programa integral del marxismo sea tan «actual» y las condiciones económicas estén «maduras» como para representar potencialmente la derrota total del capitalismo, y esta ausencia es un gran problema histórico que solo se puede afrontar a escala mundial; no es solo un problema del proletariado «estadounidense», sino del proletariado de todo el mundo, tal como lo había planteado la Internacional Comunista en 1919 al momento de su fundación.

Indudablemente que, en este sentido, una inmensa responsabilidad la ha tenido la tercera oleada oportunista, la misma que destruyó al partido bolchevique de Lenin, la Internacional y los partidos adherentes. En ello se pueden reconocer tres aspectos principales: abandono de las reivindicaciones comunistas por parte del Estado político ruso, reducción de las formas de producción desarrolladas en Rusia a capitalistas, política de alianzas militares del Estado político ruso y alianzas políticas de partidos paralelos en occidente sobre la base de reivindicaciones burguesas y democráticas (62). Una de las tareas del partido, para reemerger de la profundidad de la crisis contrarrevolucionaria ha sido y es «demostrar que en Rusia no existe construcción de socialismo que el Estado ruso si combatirá», como ya ha hecho durante la segunda guerra mundial, «no será por el socialismo, sino por rivalidades imperialistas, y, sobre todo, que en Occidente la finalidades democráticas populares y progresistas no solo no interesan a la clase trabajadora, sino que valen para poner en pie un capitalismo mercantil». Esta demostración, en efecto, se puede verificar en el trabajo que el partido ha desarrollado en las décadas posteriores tanto sobre la inmensa y compleja «cuestión rusa» como sobre el curso del capitalismo mundial; trabajo que desde su inicio iba en sentido de la perspectiva de «el avance de la crisis de la forma de producción occidental americana,

en la cual se dan todas las condiciones objetivas determinantes con una distancia que ningún entretimiento político interno podrá aumentar más allá de algunas décadas» (63).

No obstante la persistencia de una situación mundial desfavorable no solo a la lucha revolucionaria sino a la misma reanudación de la lucha de clase, el partido comunista revolucionario, por modestas que sean las fuerzas con las que cuenta, sigue defendiendo la situación futura – que solo podrá ser conquista de la lucha de clase – de un reducido tiempo de trabajo con fines útiles a la vida, y continúa trabajando en función de este resultado del porvenir, apoyándose en todos los desarrollos reales. Se dirá que esta conquista es poco con respecto a la finalidad general de la emancipación del proletariado y del comunismo; pero ella «representa una gigantesca victoria, la más alta, respecto a la necesidad que a todos esclaviza y arrastra», porque golpea en el corazón del modo de producción capitalista que, sin la usurpación de plus-trabajo (tiempo de trabajo no pagado) y por tanto de plusvalor, no tiene ninguna posibilidad de sobrevivir.

La especie humana no podrá sustraerse de la necesidad dada por las fuerzas naturales en las que encontrará la manera de dotarse de recursos e instalaciones aptas a mejorar la vida social, con menos riesgos, tormentos y esfuerzos, a condición de superar definitivamente la sociedad capitalista que tiene por objetivo no las necesidades de la especie sino las exigencias del mercado y la acumulación capitalista mixtificadas a través de la falsa ideología del «libre arbitrio», «libre mercado», «libre iniciativa empresarial».

PARTIDO Y TERRENO SINDICAL

Con el mismo planteamiento antidialéctico, el indiferentismo negaba y niega la *necesidad por parte del partido de clase de intervenir en las luchas sindicales y en las organizaciones económicas del proletariado*, considerando este campo de actividad del partido – luego de la experiencia fascista del proceso de integración de estas organizaciones en el aparato estatal burgués – histórica-

62) Cfr. para esta y las sucesivas citas, *La revolución anticapitalista occidental*, parte II de la Reunión de Génova del 26 de abril de 1953, puntos 8 y 12, en «*Siguiendo el hilo del tiempo*», 1953, cit.

(63) Esta previsión – de hace algunas décadas – del avance de la crisis del capitalismo desarrollado americano y occidental se ha confirmado con la crisis del capitalismo mundial de 1973-75 que cierra el largo periodo de expansión capitalista desde la segunda guerra imperialista mundial para abrir un largo periodo de más modesto crecimiento económico de los países capitalistas más viejos frente a un crecimiento más impetuoso de los países llamados «emergentes» como China, la India, Brasil y una Rusia mucho más dimensionada que la vieja URSS.

mente decadente y ya no provechoso para el partido en su esfuerzo de influencia y de organización del proletariado.

En el trabajo de balance ciertamente el partido no negaba el proceso de integración de los sindicatos en el aparato estatal, inaugurado por el fascismo y favorecido por el oportunismo socialdemócrata; de esta manera traía a la luz una real continuidad incluso después de caído el fascismo, identificando a los renacidos sindicatos obreros de la segunda posguerra como *sindicatos tricolor*, ya no de clase.

«Los sindicatos fascistas – se lee en un *hilo del tiempo* de 1949, en el que de nuevo se asume la historia de la degeneración oportunista de las organizaciones sindicales – se presentarían como una de las tantas etiquetas sindicales, tricolor contra las rojas, amarillas y blancas, pero el mundo capitalista se había convertido en el mundo del monopolio, y se desarrollará en el sindicato de Estado, en sindicato forzado, que encuadra a los trabajadores en el andamiaje del régimen dominante y destruye en hecho y derecho toda otra organización. *Este gran nuevo hecho de la época contemporánea no era irreversible, esta es la clave del desarrollo sindical en todos los grandes países capitalistas*. Las parlamentarias Inglaterra y América son monosindicales y las jerarquías de los sindicatos sirven a los gobiernos como en Rusia» (64).

Los sindicatos fascistas, verdaderos herederos del sindicalismo reformista de los Bonomi, Cabrini, Rigola y Bilosati, no hicieron sino llevar la tendencia reformista a frecuentar más las oficinas de prefectos y las instancias patronales que a las asambleas obreras (tendencia ya fuertemente radicada en el oportunismo obrero de entonces) a su desemboque histórico natural, a su integración en los aparatos estatales en proceso de centralización y de monopolio ya muy presentes en la economía.

Los sindicatos tricolores de la segunda posguerra, herederos no del sindicalismo clasista de la primera posguerra, sino del sindicalismo fascista, adoptarán necesariamente los formalismos democráticos que la «victoria de la democracia sobre el fascismo» tenían necesariamente que defender con todas sus fuerzas; formalismos democráticos que «no interrumpirán el proceder social del servilismo del sindicato al Estado burgués», mientras que las escisiones – como en 1949 con la formación de los sindicatos Cisl y Uil de la CGIL – o las reunificaciones – como en los intentos de los años Setenta y siguientes – «no eran más que una fase de la lucha capitalista por arrancar a los movimientos revolucionarios de clase futuros una sólida base para un encuadramiento sindical obrero verdaderamente autónomo» (65).

He aquí el meollo de la cuestión: el encuadramiento sindical obrero, autónomo del colaboracionismo interclasista, encuadramiento sin el cual el partido revolucionario no tendrá ninguna posibilidad

real de guiar al proletariado en la revolución y en la dictadura roja. En las tesis de 1951, *Teoría y acción en la doctrina marxista* (66), se enuncia claramente lo siguiente:

«Por encima del problema contingente en este o aquel país, de participar en el trabajo dentro de estos tipos de sindicato o bien de mantenerse fuera de ellos por parte del partido comunista revolucionario, los elementos de la cuestión asumidos de nuevo aquí conducen a la conclusión de que en **toda** perspectiva de **todo** movimiento revolucionario general deben estar presentes necesariamente los siguientes factores fundamentales: 1) un amplio y numeroso proletariado de puros asalariados; 2) un gran movimiento de asociaciones de orden económico que comprenda una imponente parte del proletariado; 3) un fuerte partido de clase, revolucionario, en el que milita una minoría de trabajadores pero al que el desarrollo de la lucha haya permitido contraponer de manera válida y extensa su influencia en el movimiento sindical al de la clase y del poder burgués».

La intervención del partido en las luchas sindicales, y en los sindicatos, era una directiva no formal sino política; podía también presentarse la situación

(64) Cfr. *Las escisiones sindicales en Italia*, decimotercero «hilo del tiempo» publicado en «battaglia comunista», n° 21 de 1949; publicado de nuevo en «il programma comunista» en el n° 2 de 1972, en la época del trabajo de re-impostación de la «cuestión sindical» en la lucha que se desarrolló dentro del partido entre aquellos que reducían la cuestión a una simple re-proposición de las consignas de 1921 con un fondo histórico y social que creía en una gran reanudación clasista y con fuertes potencialidades revolucionarias (el «sesenta y ocho» considerado como la antesala a la revolución, la CGIL y la CGT considerados sindicatos rojos, y por ello había que defender las amenazantes unificaciones con los otros sindicatos amarillos y blancos, etc.), y aquellos que combatían estas formas de simplismo y activismo poco convincente, buscando llevar al partido al surco de la correcta evaluación de los hechos históricos de fuerza entre las clases.

(65) *Ibidem*.

(66) Cfr. *Teoría y acción en la doctrina marxista*, informe a la reunión de Roma, 1° de abril de 1951, difundido en el partido a través del «Boletín Interno» n° 1 del 10 de septiembre de 1951, luego reunido en el volumen 4 de la serie «los textos del partido comunista internacional» intitulado Partido y clase, Nápoles, abril de 1972, ediciones «il programma comunista». Este texto es subdividido en tres partes: Sumario, I. La inversión de la praxis en la teoría marxista, II. Partido revolucionario y acción económica. La cita es tomada nuevamente del punto 8 de la tercera parte, p. 124. En francés, en el «Programme communiste» n° 56 (julio/septiembre 1972), en la quinta entrada de la serie «A la memoria de Amadeo Bordiga; La izquierda comunista en el camino de la revolución», son traducidas las primeras dos partes: Sumario, II La inversión de la praxis en la teoría marxista, acompañado con la tabla I, II y VII con comentarios relativos, todo agrupado bajo un único título: La inversión de la praxis en la teoría marxista.

– y en épocas más recientes se presenta muy a menudo – en la cual para los militantes revolucionarios no era posible intervenir efectivamente, *desde el interior*, en los sindicatos tricolor, sobre todo debido a la ausencia de vida sindical, de asambleas de trabajadores y de momentos de agregación, además del impedimento buscado y programado por parte de los esquirolas sindicales con respecto a los militantes revolucionarios y a los trabajadores más críticos y combativos. El *imput* era y es: no se excluye a priori la intervención del partido dentro de los sindicatos tricolor, como no lo excluía con respecto a los sindicatos reformistas y ministerialistas de los años Veinte, o con respecto a los sindicatos organizados y dirigidos por la policía, como en Rusia en los tiempos de Lenin.

En el punto 11 de las *Tesis características* se pone de relieve el concepto:

« El partido no oculta que en fases de reanudamiento no se reforzará de manera autónoma, si no surge una forma de asociacionismo económico sindical de las masas.

«El *sindicato*, a pesar de que no haya estado jamás libre de la influencia de las clases enemigas y que haya funcionado como vehículo de continuas y profundas desviaciones y deformaciones, a pesar de que no sea *un instrumento revolucionario específico*, es sin embargo objeto de interés para *el partido, el cual no renuncia voluntariamente a trabajar en su interior*, distinguiéndose netamente de todas las otras agrupaciones políticas. El partido reconoce que hoy puede hacer un trabajo sindical sólo de manera esporádica, y desde el momento en que la relación numérica concreta entre sus miembros, los simpatizantes, y los organizados en un cuerpo sindical dado resulta apreciable y tal organismo no haya excluido la última posibilidad virtual y estatutaria de actividad autónoma clasista, el partido efectuará la penetración e intentará la conquista de la dirección del mismo» (67).

Estas tesis combatían una posición persistente en el Partido Comunista Internacionalista de entonces, que hoy vuelven a asumirse cuando «battaglia comunista» (68) dice:

«Si el movimiento comunista, todavía presente en la Tercera Internacional, ha considerado al sindicato como «organismo intermedio entre partido y clase», *hoy debe definitivamente declarar que entre partido revolucionario y clase no existe otra posibilidad de organismo intermedio que la de los órganos de masa que el proletariado se da en su lucha autónoma*, en la defensa real de sus intereses, fuera y contra la compatibilidad del sistema que el sindicato siempre rechaza (...) En la concepción terciinternacionalista, como fue también la de la izquierda italiana en sus primeros años, el organismo intermedio habríase convertido en la correa de transmisión del partido cuando el partido conquista la dirección política, vale decir en momentos de la lucha revolucionaria. Preparar la lucha re-

volucionaria significaba apuntar hacia la dirección del sindicato y, donde no fuese posible debido a su naturaleza «amarilla», apuntar hacia la refundación o reorganización del sindicato rojo.

«El peso de esta tesis ha cargado el movimiento comunista al punto de condicionar de alguna manera el debate interno mismo y la misma elaboración de nuestro partido. En el Congreso de Turín, en 1945, las tesis presentadas sobre el problema sindical afirmaban justamente que ‘es de la actividad de los grupos de fábrica que podrá surgir la nueva forma de organismo de masa, como superación del sindicato: los consejos de fábrica cuya consigna lanzamos no como objetivo inmediato sino como motivo de agitación en el seno de la clase trabajadora’ y que ‘la consigna de los nuevos organismos de masa no es actual, pero el Partido tiene el deber de prever cual será el curso de los acontecimientos e indicar desde ahora a los obreros cuáles serán los organismos que surgirán en el desenvolvimiento de las situaciones y se impondrán como guía unitaria del proletariado, bajo la dirección del partido’ «

¿Desde cuando el partido «tiene el deber de prever» cuáles serán «los organismos que surgirán al calor de las situaciones»? ¿Si la revolución, que es la lucha de clase llevada hasta sus últimas consecuencias, «no es una cuestión de formas de organización», por qué debería serlo la lucha de clase del proletariado? La obsesión por las formas de organización, en realidad, paraliza toda actividad teórica, plegando la evaluación de la correlación de fuerza entre las clases y sobre la relación entre partido y clase al esquema formal en el cual nos hemos encastrado, y se cae inexorablemente en la metafísica, es decir, en el oportunismo.

Los «consejos» son considerados «verdaderos órganos de masa intermedios entre partido revolucionario y clase», porque es «directa emanación» del proletariado; es como si dijéramos que basta cambiar nombre: «consejos» en lugar de «sindicatos», así los organismos de defensa económica inmediata que el proletariado se da en su lucha devienen mágicamente impermeables a la influencia de la burguesía y de las fuerzas oportunistas! La reivindicación actual de continuidad, por parte de «battaglia comunista», de las posiciones en este como en otros campos con las posiciones expresadas durante el periodo de 1943-1952, no hace más que reforzar la necesidad teórica y prácticamente objetiva de la escisión de 1952.

La táctica en este campo, como en los otros cam-

(67) Cfr. *Tesis características del partido*, cit. p. 164.

(68) Cfr. *El sindicato en el tercer ciclo de acumulación del capital*, ediciones Prometeo, octubre 1986, pp. 14-15. Las citas que «battaglia comunista» reporta en este opúsculo son sacadas de otro que sí les pertenece y en el cual están las Actas del Convenio de Turín de 1945 y del Congreso de Florencia de 1948 del «partido comunista internacionalista».

pos, no se desprende de la evaluación de la contingencia, sino de la perspectiva general en la cual el partido se mueve y orienta su actividad. El partido sabe que la rosa de eventualidades tácticas, una vez definida, puede incluso no comprender en detalle situaciones específicas, pero comprende sus tendencias, sus procesos de desarrollo y puede prever que las situaciones se modifiquen debido a que la correlación de fuerzas entre las clases se ha modificado. Las situaciones se modifican como consecuencia de fenómenos sociales de gran amplitud al alcance de las armas teóricas del marxismo. El problema, pues, no es de la ciencia marxista, sino de saber manejarla con coherencia teórica y capacidad política; el problema es, en efecto, del partido que debe trabajar testarudamente para poseer plenamente la teoría marxista.

La perspectiva por la cual han sido fijados estos factores fundamentales se define (69) mediante líneas generales que «no excluyen que puedan surgir coyunturas muy variadas en el modificarse, disolverse, reconstituirse de las asociaciones de tipo sindical; de todas las asociaciones que se nos presentan en los diversos países tanto aquellas ligadas a las organizaciones tradicionales que declaraban fundarse en el método de la lucha de clase, cuanto aquellas que estén más o menos ligadas a los más diversos métodos y orientaciones sociales incluso conservadores».

LA «CUESTIÓN RUSA»

El balance de la contrarrevolución que el partido hacía dio la posibilidad de reafirmar sin ninguna duda la certeza de la *crisis final* del capitalismo en sus poderosas fortalezas de Europa y América, a pesar del tremendo retardo con el cual el proletariado habría vuelto a tomar el camino de la lucha de clase y con lo cual el partido de clase se habría representado en la escena histórica no solo como *producto*

sino como *factor* de la historia.

Durante varias décadas el eje de la cuestión de la crisis final del capitalismo giró en torno a la *cuestión rusa*, es decir, sobre la cuestión de la ubicación histórica de la *estructura económica y social rusa*, por tanto de la evaluación de la oleada oportunista más tremenda de la historia del movimiento obrero, que habíamos llamado estalinismo. Demostrar desde todo punto de vista – económico, social, político, histórico – *por qué Rusia no es socialista*, era la tarea fundamental a la cual se dedicará la obra de restauración teórica y política del marxismo, emprendida por las fuerzas que se organizaron en el partido comunista «internacionalista», primero, e «internacional» después, y sin la cual no hubiese dado un paso adelante.

Ya con las *Tesis de Lyon* de 1926, la Izquierda comunista había puesto las bases para la más tajante crítica al estalinismo que, desde ese periodo en adelante – después de haber ahogado con todos los medios posibles, comprendido el de la eliminación física, toda divergencia con su línea – habían dominado casi de manera incontestable a todos los otros partidos de la Internacional Comunista y, obviamente, al partido bolchevique y en Rusia.

La «*construcción del socialismo en un solo país*», teoría que sintetiza muy bien el contenido general de la contrarrevolución estaliniana, significa el punto de ruptura completa, definitiva, irreversible con la continuidad teórica y política del partido revolucionario de clase. Es el *punto de no retorno*, que divide inexorablemente y para siempre las fuerzas revolucionarias que resisten en el bastión del marxismo no adulterado y sobre la tradición clacista y comunista del Octubre rojo de las fuerzas que pasan a la contrarrevolución a través de una serie interminable de abandonos, pequeños o grandes, primero tácticos y organizativos, luego políticos y, por último, de principio.

17. INTERMEDIO

Nuestro partido desarrolla el enorme trabajo de retomar las cuestiones fundamentales – económicas, programáticas, políticas, tácticas, históricas y organizativas – documentado por la producción de textos y tesis que por largos años han acompañado la actividad teórica y de reconquista del patrimonio político de las batallas de clase de la Izquierda Comunista, trabajo cuyo eje descansa necesariamente sobre las grandes cuestiones centrales, como la «cuestión rusa», la «cuestión del oportunismo», la «cuestión del partido» y la cuestión de la economía entendida tanto como estudio y profundización del curso del capitalismo mundial dentro de la experiencia histórica y en la doctrina marxista, así como la cuestión exquisitamente teórica de la «economía marxista». Cada aspecto teórico, programático, po-

lítico, táctico y organizativo del partido de clase según los dictámenes del marxismo podía ser puesto de pie de nuevo en la coherencia y en la continuidad con el marxismo no adulterado bajo la condición de dar todas las respuestas necesarias a las grandes cuestiones arriba recordadas, que comprendían – por razones determinadas por las vicisitudes históricas de la revolución y la contrarrevolución – todos los nudos fundamentales que había que afrontar y resolver. El partido marxista, *el partido de clase*, no podía representarse sobre la escena histórica sino

(69) Cfr. *Teoría y acción en la doctrina marxista*, cit., p. 195 *Teoría e azione nella dottrina marxista*, cit., pag. 125.

dotado de sólidos fundamentos teóricos y de una efectiva reconquista del patrimonio de las batallas de clase de la Izquierda Comunista.

La larguísima serie de «*hilos del tiempo*», publicados de 1949 a 1955 (70), ha dado a la organización un punto de referencia preciso, coherente, estable, seguro en su actividad de crítica al oportunismo, junto a una nueva puesta a punto de los nudos teóricos de las diversas cuestiones afrontadas; su estructura – con sus partes intitulada *Ayer y Hoy* – facilitaba la ubicación histórica y verdadera de los hechos o las cuestiones de las cuales se partía para desarrollar la crítica. Esto hacía también más eficaz la vinculación con la *actualidad* de la que frecuentemente se tomaba inspiración. Pero el grueso del trabajo de restauración teórica no podía sino realizarse en la organización del trabajo colectivo de partido al cual todos los compañeros estaban llamados a contribuir, en el estudio, la investigación histórica, la redacción de textos, la participación en las reuniones y las discusiones. Contribuciones y participaciones dadas no como individuos dotados de conciencia «propia» y aspirantes a tomar «decisiones», sino como militantes unitaria y homogéneamente empeñados en reconquistar el patrimonio colectivo e impersonal tal como es la teoría marxista, tal como es la tradición de las batallas de clase del movimiento comunista revolucionario a lo largo de su arco histórico. Tradición y batallas de clase, en particular, de la Izquierda Comunista históricamente definida como «italiana», pero que de italiano no tenía más que el accidente histórico ligado a la formación y desarrollo territorial de una corriente que no solo por ideal y aspiración, sino por su misma actividad teórica y práctica, había nacido internacionalista – como debía necesariamente nacer, estando ligada estrechamente al marxismo, como lo fue el Partido Bolchevique de Lenin.

Las reuniones de partido – las que eran generales (71), en las cuales participaban representantes de todas las secciones existentes y donde se exponían los más variados temas, hasta las más restringidas de trabajo o «de negros» (72) tal como eran llamadas las reuniones generales donde se preparaban además de la prensa (que por mucho tiempo fue quincenal), incluso las mismas reuniones generales donde se distribuían los diferentes encargos prácticos para la organización de la actividad colectiva del partido – que, junto al periódico, representaban la espina dorsal de la actividad del partido y aportaban el material necesario para la propaganda, el estudio, el proselitismo, la intervención en las luchas obreras allí donde había la posibilidad práctica para la crítica política. Este tipo de reuniones se mantuvieron dos veces por año, separadas por reuniones geográficamente más limitadas y en las cuales se difundían los resultados – siempre *semielaborados* como a menudo recordaba Amadeo Bordiga – alcanzados de vez en cuando por el trabajo del partido y para permitir una participa-

ción lo más amplia posible de los compañeros diseminados en el territorio que, desde el periodo a caballo de los años Cincuenta en adelante, ya no será solamente «italiano».

Al trabajo de partido siempre se le ha dado una característica bien diferente a las lecciones o cursos escolásticos o académicos: el fin es político, no cultural y el método es orgánico, no burocrático, como tantas veces ha sido recalado en los informes escritos de las reuniones. Estos se presentaban resumidos, por lo tanto no podían ser exhaustivos; siempre será necesario hacer elaboraciones más completas, razón por la que estos materiales debían ser pasados por escrito, haciéndolos más eficaces y úti-

(70) Son exactamente 136; estos (*hilos*) han afrontado los más diversos aspectos de cuestiones ligadas a las vicisitudes históricas, políticas, tácticas, económicas que hacen referencia ante todo al oportunismo – del clásico personificado por Bernstein al de la II^o Internacional, al más reciente, el estalinismo, que ha destruido y falsificado hasta el último de los conceptos marxistas de la revolución, el socialismo, el comunismo, del partido de clase y sus relaciones con la clase proletaria y con los otros movimientos políticos. La serie de «*hilos del tiempo*» ha sido publicada desde enero de 1949 en el periódico «*battaglia comunista*», *hilos* con los que Amadeo Bordiga comenzó su colaboración, mientras que desde 1946 sus contribuciones en el plano teórico y político eran publicadas en la revista del partido «Prometeo» hasta la escisión entre «*battaglia*» y «*programma*». Después de la escisión de 1952, los «*hilos del tiempo*» siguieron publicándose, hasta 1955, en el nuevo periódico de partido «*il programma comunista*». La lista completa de los «*hilos del tiempo*» se pueden leer en el sitio www.pcin.org

(71) Desde abril de 1951, cuando las reuniones de partido tuvieron el preciso objetivo de dar forma definitiva a la orgánica sistematización de los principios comunistas, hasta 1983, se han realizado más de 120 reuniones generales, sin contar las muy numerosas reuniones regionales y de sección. Los informes de las reuniones generales están, además, disponibles, ya que han sido publicados o bien en la prensa italiana o bien en lengua francesa, o en ambas. A partir de 1985, no obstante la reducción de personal y fuerzas, nuestro trabajo de balance de las crisis del partido y de reconquista del patrimonio teórico y político del partido ha seguido a través de reuniones bimestrales de los «negros» y con las reuniones generales con cadencia anual, siempre mantenida desde entonces. Elenco y temas de las reuniones de partido se pueden leer en el sitio www.pcint.org

(72) «Negros» es un término absolutamente técnico y privado no solo de significado racial sino también de solemnidad, de todo significado jerárquico o dignatario, fue usado por primera vez en los primerísimos años después de la guerra por Amadeo Bordiga y por los compañeros que se encontraban regularmente para organizar el trabajo de partido, para repartir las tareas y encargos con respecto al material para el periódico, las reuniones, la profundización de los numerosos temas que eran afrontados. En suma, los «negros» eran simplemente los compañeros que trabajaban con más ahínco y regularidad, tanto en el plano del estudio como en el práctico y organizativo.

les para todos los compañeros y lectores que quisieran contribuir a mejor precisar aspectos y pasajes, partiendo obviamente del presupuesto de que la orientación general y de fondo estaba ya dado y no podía ser motivo de discusión.

Por ejemplo, en un relato escrito de la reunión de Bolonia de 1954 se pone de relieve que nuestro método «se distancia del método democrático y de quienes parodian el quehacer burgués, donde al calor de la exposición y sus conclusiones se vota, se aprueba, se desaprueba. Nada de útil deja un debate de algo que ya ha sido expuesto por un relator, fuese también el menos domado (aprendido, amaestrado, preparado, NdR) por todos, luego de una preparación de meses, esté seguido con inmediatas «intervenciones» a impresiones de quien por primera vez haya oído y estimado los pros y los contras; más aún: «Determinista es aquél que no interviene jamás, y que se limita a sonreír a aquellos que, improvisando cuatro frases, creen verdaderamente plasmar decisiones, más o menos históricas. Contamos, dada la vía que hemos tomado, con arribar verdaderamente a un método de trabajo impersonal, a la altura de la potente originalidad histórica de nuestra doctrina, que dicta a los analfabetos la primera parte. Nuestros personajes no tienen nombre, no aparecen en efigies, y por la boca de estas no sale el humo – característico de la agonizante manera burguesa – que lleve adentro cualquier estupidez – o democrática *intervención* del sujeto» (73).

Y, a propósito de *semielaborados*, continuando el combate contra la pretensión pequeño-burguesa, intelectualoide y académica de presentar siempre trabajos bien pulidos y perfectos, vale la pena retomar algunos párrafos del texto leído en una reunión general de 1960, en Florencia, donde los materiales preparatorios para la reunión no estaban del todo listos. Nos dábamos cuenta, en efecto, de las condiciones en las que se realizaba «el rudo trabajo de nuestro movimiento». Después de haber recordado los aspectos reales de la situación en la cual el partido actuaba, el texto continúa así:

«Situación general ultradeprimida del movimiento proletario destrozado por el oportunismo triunfante, limitado número de nuestros seguidores, fronteras de acero contra todos los sectores adversarios en los que hacemos la distinción entre cercanos y lejanos, trabajo de un número limitado de militantes sin protección y chanchullos, que arrancan del tormento de su fuerza de trabajo lo poco para vivir y el tiempo a dedicar al partido,

y se precisaba que:

«No estaba listo del todo lo que habría debido ser el material para los temas de la reunión de Florencia. Se expuso, pues, el material tal cual estaba, pero esto es conforme con nuestra decidida afirmación de no tener nada de literaria ni escolástica o académica nuestra forma de operar, sin esquemas ni programas oficiales y no produce textos fornidos y refinados, sino que avanzan luchando entre de-

seos y choques, por lo tanto sí se puede hablar de productos solamente semielaborados y casi brutos pero que habrían bastado a los compañeros para seguir adelante. Todo ello es también coherente con nuestra doctrina por la cual el tiempo de descubrimientos y disposiciones luminosas es el de las avanzadas y no de torpor gris y siniestro, y nosotros, que nada nuevo ni original pretendemos decir, así abominamos de toda vanagloria que no sea la fidelidad total al programa revolucionario integral, bien conocido y claro para quien no haya sido envuelto o ceguecido por los humos obscenos de la traición.

«Del resto, el criterio de que nuestra concepción de partido, bajo la dominación de la clase enemiga y, lamentablemente, bajo la defensa cobarde también de la clase amiga, no aspira al orden del rigor científico frío y catedrático, sino que se alimenta solo de la convicción obstinada y, sí, sectaria y cerrada a los lenocinios del campo enemigo, halla consuelo en la conclusión de nuestra propia investigación que, efectivamente, mucho mejor se define como reivindicación y restauración de una fe inquebrantable, que aborrece las *exactitudes*, *documentaciones* y *modernizaciones* imbéciles de charlatanería que de cada lado nos contamina.

«Trabajamos por fragmentos, y no estamos construyendo una enciclopedia comunista; de otro modo no puede ser, si una condición de nuestro trabajo es la ruptura con la sociedad enemiga y las decenas de deserciones de miembros de nuestras fuerzas. Las enciclopedias pueden ser revolucionarias sin que sean sistemas inmóviles y de recepción de conocimientos, y la clase burguesa ha dado ejemplos que merecen una mayor consideración, aunque sean resueltamente ultrapersonales. Nuestra enciclopedia es el *Manifiesto Comunista* y el *Capital*, y no debe engañar el hecho de que los contraataques de la clase enemiga muchas veces nos reducen a citar solo al binomio Marx-Engels como exponentes de la bandera de millones y millones de militantes pasados y futuros.

«Moscú, después de la gran restauración del bolchevismo a la que se añadió el nombre de Lenin, al liberarse del resto de las tareas históricas antifeudales mediante grandiosos y geniales movimientos (clave rusa de la historia de Europa), abriendo paso a la áspera vía de la revolución proletaria, podía darnos una enciclopedia integrada e inviolable, pero las urgencias de la historia lo impedirán en los primeros congresos: la perspectiva de la revolución se encontraba en aquella fase igualmente demasiado preñada de ilusiones generosas y de insidiosas traiciones. No podía ni quería detenerse, se fue hacia adelante aceptando demasiados amigos y aliados y en-

(73) Cfr. «il programma comunista» n° 21 de 1954, informe a la reunión de Bolonia, *Rusia y revolución en la teoría marxista*, Introducción, 1. *El método de trabajo*. (Continuación nota 71)

viando la selección para después de la victoria. La historia no tiene elecciones sino causas: de allí viene la catástrofe. Si no se pudo estereotipar la enciclopedia cuando éramos fuertes, no se puede pretender hacerlo ahora que nos encontramos tan débiles; las mesas en las que los textos se funden en el metal se reducen a pedazos y trozos cuya sustancia es rígida y potente, pero sus contornos son a veces incompletos y discontinuos.

«La revolución de las generaciones futuras volverá a juntar las piezas que nuestros esfuerzos limitados, pero valientes, vinculan a la trama del cuadro original, ya perfecto, como cientos de veces repetiremos, un siglo antes que hoy» (74).

Nuestra situación hoy en día, respecto a la de entonces, se ha vuelto peor, en el sentido de que las fuerzas del partido son todavía más reducidas, que

el proletariado está todavía fuertemente cretinizado por las fuerzas del colaboracionismo y el reformismo y que en el horizonte existen siempre grupos y partidos que dicen ser revolucionarios comunistas, marxistas y tal vez herederos de la izquierda comunista, pero que en realidad han traicionado la consigna, y todo sin renegar formalmente de los grandes principios. La situación, por lo tanto, sigue siendo profundamente contrarrevolucionaria; pero si bien nosotros, por un lado, no tiramos la toalla, por otro, no tenemos heroísmos que perseguir o heroicas misiones a realizar; simplemente no tenemos la intención de tomar el camino del compromiso y el entusiasmo de la ilusión de ser un poco más numerosos, un poco más grandes, pero ciertamente **no** más fuertes, totalmente incoherentes, inevitablemente destinados a engrosar las filas de los renegados.

18. «CUESTIÓN RUSA», PILAR FUNDAMENTAL EN LA OBRA DE RESTAURACIÓN TEÓRICA

No es ninguna casualidad que a la «cuestión rusa» el partido le haya consagrado tantas energías y trabajos fundamentales. La influencia que tuvo la revolución de Octubre en el proletariado internacional fue profunda y formidable, empujando a sus múltiples repartos a lanzarse al ataque del poder burgués. Las enseñanzas de la revolución de Octubre, de la Internacional Comunista en sus primerísimos años y la labor específica del Partido Bolchevique de Lenin, conforman un punto de referencia histórico vital para el movimiento revolucionario mundial y para el futuro de la revolución comunista en el mundo. Por ello la contrarrevolución fue feroz, destructiva como nunca antes de entonces, canibalesca como no dejó de serlo la contrarrevolución burguesa contra los *comunards* parisinos. El estalinismo concentró en sí no solo la fuerza histórica de la revolución burguesa y capitalista en Rusia – progreso histórico que Lenin y la Izquierda Comunista jamás han dejado de reconocer – sino también toda la fuerza de la contrarrevolución burguesa contra el proletariado ruso, ante todo, y luego mundial, y sobre todo contra el partido comunista revolucionario representado por la vieja guardia de la cual tuvo un temor loco el aparato estatal y policial que ya no era proletario sino burgués; miedo que pudiese retornar, en condiciones objetivas favorables a la lucha de clase revolucionaria, dando esperanza y sirviendo de guía al proletariado mundial.

Una vez instaurada la dictadura de clase, el poder proletario y comunista tuvo la fuerza no solo de vencer al zarismo, conquistando el poder político, sino también la de liquidar la guerra civil durante cuatro años de furibundos ataques con los cuales todas las potencias imperialistas mancomunadas intentarían la restauración burguesa.

Sin desmerecer en nada los *Diez días que conmovieron al mundo* de John Reed, hay que decir que el capitalismo mundial fue particularmente intimidado por la fuerza que expresaba el proletariado ruso, no en días sino en años de lucha encarnizada en defensa de una revolución que no era solo rusa: ella representaba el primer bastión de una revolución mundial. Un proletariado sometido a carestía y considerado por toda la burguesía europea como falto de iniciativa durable, sino que, al contrario, había dado muestras de una fuerza gigantesca y que – como afirmaba Lenin – aun habiendo librado su revolución de clase en condiciones particularmente favorables frente a un zarismo debilitado en ese momento y a una burguesía, muy joven y timorata, pero lista para cualquier compromiso con las viejas clases aristocráticas, había sabido – al mismo tiempo y bajo la magnífica guía del partido bolchevique de Lenin, Trotsky, Zinoviev, Kamenev, Bujarín – envolver su fuerza en la perspectiva de la revolución comunista mundial, asumiendo para sí la tarea y el inmenso peso histórico de conducir a Rusia hacia el desarrollo económico capitalista, así como al movimiento proletario internacional y el movimiento de los pueblos oprimidos por el colonialismo imperialista, sobre la ruta de la revolución anticapitalista y antiburguesa.

«Toda Rusia – se puede leer en uno de nuestros textos fundamentales sobre el balance de la revolución y la contrarrevolución – después de más de 4

(74) Cfr. *Revoluciones históricas de la especie que vive, trabaja y conoce*, informe a la Reunión de Florencia del 19-20 de marzo, en «il programma comunista», n° 8/1960.

años de la victoria de Octubre, es finalmente controlada por el partido comunista. Hasta ahora a la pregunta: *¿qué debe hacer el partido que ha llegado al poder?*, en el fondo ha tenido una sola respuesta: *¡combatir para no perderlo!* (75).

Esa batalla fue ganada, pero la victoria en la guerra civil contra las fuerzas mundiales de los países imperialistas y de la tentativa de restauración zarista no se hubiesen logrado si a la cabeza del proletariado no hubiese estado el Partido Bolchevique de Lenin aún potente en su solidez teórica y lucidez política. El proletariado ruso logró salir sin embargo extenuado pero, en ausencia de la ayuda vital por parte del proletariado europeo en el terreno de la revolución, fue presa inevitable de las influencias oportunistas y dispuestas al compromiso que provenían precisamente de los partidos comunistas europeos incapaces, salvo raras excepciones como en el caso de la izquierda italiana, de seguir con la misma solidez teórica y lucidez política la formidable acción desarrollada en todos aquellos años por el Partido Bolchevique. Los fallos en el plano táctico y organizativo que poco a poco caracterizarán la política de los bolcheviques (frente único político, reconciliación con los socialistas, gobierno «obrero» y «obrero y campesino», partidos simpatizantes en la Internacional hasta la cuestión rusa entendida como cuestión «interna» a Rusia y a la teoría de la «construcción del socialismo en un solo país») se convirtieron en pocos años en fallos de carácter teórico y programático.

La solidez teórica y la lucidez política que habían caracterizado al Partido Bolchevique de Lenin, y que hizo acuñar a nuestra corriente la definición sintética: ***bolchevismo, planta de todo clima***, fue alterada por la contrarrevolución burguesa y estaliniana que como un cáncer actuó primero que nada dentro de los partidos comunistas de la Internacional (los partidos alemán y francés, en particular) hasta atacar el corazón de la Internacional y de la guía revolucionaria del proletariado mundial, el Partido Bolchevique precisamente, que debió sufrir la eliminación física de miles y miles de militantes.

La *cuestión rusa* junto a la cuestión del partido estaban, pues, en el centro del necesario balance dinámico de la revolución y la contrarrevolución, de los partidos y de la misma Internacional. Una primera demostración fue el texto de 1945 *La Rusia Soviética, de la revolución a hoy* (76), el cual, tomando una vez más las bases doctrinarias sobre los caracteres capitalistas y socialistas de la producción y la distribución, negando a la economía rusa ser «socialista», no encaja todavía de manera inequívoca en el curso económico de Rusia, cosa que sucederá después, gracias al trabajo de profundización teórica, como por ejemplo el texto *Dialogato con Stalin* de 1952 (77) y *Dialogato coi morti* de 1956 (78), en el «hilo del tiempo» bajo el nombre de *L'Orso e il suo grande romanzo* de febrero de 1953 que contiene de manera sin-

tética ocho *Tesis sobre Rusia* (79) que retomamos más adelante, y sobre todo el amplio y formidable trabajo sobre *Struttura económica e sociale della Russia d'oggi* (80) desarrollado en pocos años, de 1955 a 1957. Esto demuestra que la actividad de restauración teórica no estaba confiada a la improvisación o fulgurancia momentánea de alguien, aunque fuese un gran cerebro como indudablemente lo fue Bordiga, sino al trabajo constante

(75) Se trata de *Las grandes cuestiones históricas de la revolución en Rusia*, acta de la reunión general de partido organizada en Génova el 6-7 de agosto de 1955, publicado en «il programma comunista» en los nn. 15 y 16 de 1955. Este texto será después endosado a otros dos, *Rusia en la gran revolución y en la sociedad contemporánea* y *Estructura económica y social de la Rusia de hoy*, este último se tomó por título para el volumen publicado por el partido en 1976. Trabajos publicados siempre en el periódico de partido «il programma comunista», el primero en los nn. 12, 13 y 14 de 1956 como informe a la reunión general de Turín del 19-20 de mayo de 1956, el segundo, como reseña redactada de las reuniones generales de Nápoles y Génova de abril y agosto de 1955, en los nn. 10-14 y 17-23 de 1955, nn. 2-4, 11, 15-18, 20-26 de 1956, y 1-2, 5-12 de 1957. El párrafo citado es tomado de nuevo del volumen, en la p. 32.

(76) Cfr. *La Rusia Soviética de la revolución a hoy*, en la revista teórica del partido, «Prometeo», n° 1, julio de 1946. En aquella época se solía todavía indicar el nombre, o el pseudónimo, de los autores de los artículos. En este caso el autor era citado como Alfa, en otros como A. Orso, que eran pseudónimos de Amadeo Bordiga.

(77) El *Dialogo con Stalin* forma parte de la serie «*Siguiendo el Hilo del Tiempo*», ya bastante citada, y se publicó entre octubre y diciembre de 1952 en los nn. Del 1 al 4 del periódico «il programma comunista» que comienza precisamente con sus publicaciones en octubre de 1952 tan pronto la escisión del grupo que se acaparó del precedente encabezado de partido «bataglia comunista» a través de una vergonzosa acción legal. El *Dialogo con Stalin* se desarrolla de manera ideal en tres jornadas y replica, sobre cuestiones esenciales de teoría, a las «*Observaciones*» y a las puntualizaciones hechas por Stalin, en 1952, a los participantes de una «discusión económica» tenida en el partido ruso en noviembre de 1951, con el fin de redactar un manual de economía política. Estas observaciones y puntualizaciones fueron reunidas y publicadas bajo el título *Problemas económicos del socialismo en la URSS* como Suplemento al n° 9 de «*Rinascita*», octubre de 1952. En abril de 1953, este *Dialogo*, sale como opúsculo aparte al que se añadirán algunos desarrollos y complementos, en particular los aspectos económicos, sobre la previsión marxista del periodo capitalista en Rusia y las ocho «*tesis sobre Rusia*» poco citadas además. La traducción en francés de este *Dialogo* aparecerá por primera vez en el n° 8, julio/septiembre de 1959, de la revista «*programme communiste*».

(78) El *Dialogo con los Muertos*, vuelve a tomar la estructura redaccional del precedente *Diálogo con Stalin* y necesariamente se adjunta al primero; sale en «il programma comunista» del n° 5 al n° 10 de 1956, y como opúsculo en septiembre del mismo año; la traducción en francés fue publicada, directamente como opúsculo, en

y tenaz de partido, conscientemente orientado a retomar el hilo de la tradición teórica y política del marxismo, de Lenin y de la Izquierda Comunista italiana. Y a las grandes cuestiones históricas de la revolución en Rusia, en 1957, será dedicado otro texto de gran importancia crítica y polémica, *Quarant'anni di orgánica valutazione degli eventi di Russia nel drammatico svolgimento sociale e storico internazionale* (81).

Ante todo se trataba de negar a Rusia la característica económica socialista que el estalinismo propalaba como un hecho realizado, además de negar al Estado ruso la característica de Estado proletario

(Continuación notas 78, 79, 80)

marzo de 1957. Este *Diálogo* fue una respuesta en tiempo real al XX Congreso del PCUS y, descargando sobre las espaldas del solo individuo Stalin las vilezas de la represión de la vieja guardia bolchevique, a sus pretensiones de desarrollar la «construcción del socialismo» bajo la ley del valor, hasta llegar a superar el nivel de vida norteamericano en 1970. Esto sin hablar de la bestialidad más gigantesca aún según la cual Rusia, en 1980, habría llegado al comunismo pleno!

(79) *El Oso y su gran novela*, de la serie «Siguiendo el hilo del tiempo», ha sido publicado en «il programma comunista» n° 3 de 1953. *Las tesis sobre Rusia* preceden el desarrollo, habitual entonces, de estos escritos subdivididos en Ayer y Hoy. Su traducción en francés se encuentra en el n° 91 (junio de 1990) de «programme communiste».

(80) El estudio sobre la *Estructura económica y social de la Rusia de hoy* ha sido tratado en muchas reuniones generales de partido – dando continuidad a un tema que jamás ha faltado en las reuniones desde la posguerra – a partir de Bologna del 31 de noviembre/1° de noviembre de 1954, con el título *Rusia y revolución en la teoría marxista*, reunión en la que se desarrolla toda la perspectiva de la revolución que se esperaba en Rusia con las luchas del Partido Bolchevique hasta la primera guerra mundial. Se continúa en la reunión de Nápoles (24-25 de abril de 1955) que lleva el título *Estructura económica y social...*; en esta exposición se parte de 1914 y la crisis del socialismo mundial a causa de las degeneraciones nacionalistas. En esta se desarrolla la lucha entre revolucionarios y traidores oportunistas y su esencial teorización efectuada por Lenin, refutando la falsa versión que dan de esta los estalinistas con la pretensión de fundar sus tesis sobre la posibilidad y existencia de la sociedad socialista en la sola Rusia. Se exponen, además, las fases de la revolución suscitada en Rusia por la guerra mundial, el derrumbe de 1917, la lucha de febrero y se desarrollan a fondo la cuestión de la conducta de los bolcheviques ante la primera fase de la revolución controlada por los partidos burgueses y oportunistas y la histórica intervención que volvía a poner en su carril la política del partido (con las famosas *Tesis de Abril*) y lo dejaba preparado para la grandiosa fase de Octubre. Se pasa luego, en la reunión de Génova (6-7 de agosto 1955) a un resumen sintético pero orgánico del tema que lleva el nombre *Rusia en la historia mundial, en la Gran Revolución y en la sociedad contemporánea*, que sigue los pasos de lo tratado en Bolonia a añadir en la crítica a la estructura rusa. Resumiendo, la reseña amplia del informe presentado en la reunión de Bolonia es publicado

y al régimen estalinista la característica de comunista y revolucionario. Al tiempo que como marxistas, no negábamos el extraordinario paso histórico de avance que la Rusia semifeudal con una economía asiático-primitiva había dado gracias a la revolución bolchevique – esta sí, por sus caracteres políticos y por la orientación internacionalista impresa, socialista – con la cual se esperaba enganchar en el tiempo la revolución proletaria y socialista en Europa, dando así a todo el movimiento proletario y comunista internacional el impulso efectivo para emancipar del capitalismo no solo al proletariado sino a toda la humanidad. En Rusia, es este el balance, el

en «il programma comunista» en 12 entradas en los nn. 21, 22 y 23 de 1954, y del n° 8 al n° 9 de 1955; el informe a las reuniones de Nápoles y Génova, en 15 entradas en los nn. 10-14 y 17-23 de 1955, y en los nn. 2, 3, 4 y 11 de 1956, cuando la serie se interrumpe para dar espacio a los eventos políticos de gran importancia relativos al XX Congreso del PCUS, a cuyo tema el partido, que responde perfectamente a la tarea de ordenar materiales de acuerdo a una relación dialéctica entre los hechos de ayer, hoy y mañana, tratados por una orientación irreductiblemente homogénea y constante, dedicó el citado *Diálogo con los Muertos*. En la siguiente reunión, esta vez en Turín (19-20 de mayo de 1956) es tratado nuevamente el tema ruso con el mismo título de Génova y publicado en los nn. 12, 13 y 14 de «il programma comunista» de 1956, mientras que del n° 15 al n° 26 del mismo año, y en los nn. 1, 2 y 3 de 1957, se retoman las publicaciones de la *Estructura económica y social...* para la segunda parte de las reuniones precedentes de Nápoles y Génova, y de la reunión de Cosenza (8-9 de septiembre 1956) dedicada al *Desarrollo de las relaciones de producción después de la revolución bolchevique*. Este trabajo continúa, y termina, luego de su interrupción de la reunión de Ravenna (*La economía capitalista de Occidente y el curso histórico de su desarrollo*) dedicada a las economías occidentales en comparación con la de Rusia, en los nn. Del 5 al 12 de 1957. Estos materiales fueron después recogidos en el volumen *Estructura económica y social de la Rusia de hoy*, de 1976, cit.

(81) Ver «il programma comunista», n° 21 de 1957, en el cuadragésimo aniversario de la revolución de Octubre. Este texto, traducido en francés toma el título: *Cuarenta años después: El marxismo ante Rusia*, y es publicado en el n° 2 (enero-marzo 1958) de «programma comunista». Sobre la cuestión rusa, a partir de 1957 aparecerán materiales también en francés curados por el Grupo Programme Communiste – además del ya citado *Diálogo con los Muertos* de 1956 – ya a partir del n° 1 (octubre/diciembre de 1957) de la revista «programme communiste» con el artículo *Los grandes virajes del capitalismo ruso*, y sucesivamente, en el n° 2 (enero/marzo de 1958) el ya recordado *El marxismo ante Rusia*; en los nn. 5, 6, 7, 9 y 10 (octubre/diciembre 1958 -enero/marzo 1960) *El rol del partido en la revolución rusa*; en el n° 8 el ya citado *Diálogo con Stalin*; del n° 16 (1961) al n° 23 (1963) es publicado el mismo trabajo sobre *La economía soviética de la revolución de octubre a nuestros días* – que fue una «libre» traducción de la segunda parte de la *Estructura económica y social de la Rusia de hoy* –, recogido en opúsculo aparte comprendiendo en apéndice el texto *El marxismo y Rusia*.

proletariado, guiado por su partido de clase, había vencido solo momentáneamente, para después ser vencido políticamente, pues económicamente fue el modo de producción capitalista quien venció en todo el gran país, abriendo, entre otras cosas, la vía al progreso histórico de todo el continente asiático. Cambiar la difusión del capitalismo, ya presente en Rusia desde finales del Ochocientos, por «construcción del socialismo» fue una de las más grandes falsedades de la propaganda estalinista; pero esta falsedad debía – y debe todavía hoy – ser combatida tenazmente no solo por medio de formulaciones políticas correctas, sino con argumentos teóricos fundamentales.

Las *Tesis sulla Russia*, arriba recordadas, fijan en ocho puntos – cuatro de enunciación y cuatro de polémica – la espina dorsal sobre la cual se exponía todo el trabajo teórico y de polémica política del partido. En ellas se afirma en efecto:

«1) El proceso económico en curso en los territorios de la Unión rusa se define esencialmente como la implantación del modo de producción capitalista en forma extremadamente moderna en países de economía atrasada, rural, feudal y asiático-oriental.

«2) El Estado político si bien ha nacido de una revolución en la que el poder feudal ha sido derrotado por fuerzas en las que destacaba el proletariado, estaba en segundo lugar el campesinado y casi ausente una verdadera burguesía, no obstante se consolidó como un órgano político del capitalismo, como consecuencia de la ausente revolución política proletaria en Europa.

«3) Todas las manifestaciones y las superestructuras de semejante régimen, tomando en cuenta las diferencias de tiempo y espacio, coinciden en el fondo con todas las formas de capitalismo desahogado del ciclo inicial.

«4) Toda la política y propaganda de aquellos partidos que en los otros países exaltan al régimen ruso, se vaciaron del contenido revolucionario de clase y representan un conjunto de actitudes «románticas» (82), superadas y privadas de vitalidad en el desarrollo histórico del occidente capitalista».

«5) La ostensible ausencia actual de una clase burguesa estadísticamente definible no es suficiente como para contradecir las tesis precedentes, siendo un hecho constatado mucho antes de la revolución del marxismo, y siendo la potencia del moderno capitalismo definida por los modos de producción y no por grupos nacionales de individuos.

«6) La gestión de la gran industria por parte del Estado no contradice en nada las tesis precedentes que parten del trabajo asalariado y del intercambio mercantil interno y externo, y siendo un producto de la moderna técnica industrial idénticamente aplicada como en occidente inme-

diatamente después de la caída de los obstáculos preburgueses de propiedad.

«7) Nada dice en contraste con las tesis precedentes de la ausencia de una forma de democracia parlamentaria, que donde exista no será sino la máscara de la dictadura del Capital, y que es superada y tiende a desaparecer donde la técnica productiva, para posteriores invenciones, se funda en redes generales y no en instalaciones autónomas, mientras que por otra parte la dictadura evidente ha sido adaptada por cada capitalismo emergente y en fase de «adolescencia».

«8) Ello no autoriza a decir que el capitalismo ruso es ‘la misma cosa’ que en otros países, ya que hay diferencia entre la fase en la cual el capitalismo desarrolla las fuerzas productivas y amplía su aplicación más allá de los viejos límites geográficos, formando la trama de la revolución mundial socialista, y aquella en que se explotan las mismas fuerzas solo de manera parasitaria, mientras que ya han alcanzado y superado el nivel que permite cumplir con el ‘mejoramiento de las condiciones del trabajo viviente’, que solo es permitido a la forma económica que ya no esta fundada sobre el salario, el mercado, la moneda».

Un punto esencial de la restauración del marxismo fue la reivindicación de los caracteres socialistas y comunistas de la revolución de Octubre, pese a las tareas económicas de tipo capitalista que el poder proletario y bolchevique mantuvo en Rusia. Y aquí, como síntesis, es bueno referirse a un pasaje de nuestra *Struttura* (83), puesto que son tres los caracteres radicales de la revolución bolchevique que la distinguen nítidamente de la revolución burguesa, **tres caracteres socialistas universales**:

«Primero: contra la guerra imperialista a finales de 1914, contra los socialistas traidores que se adhieren a ella, derrotismo en cada país incluso individualmente, como la única vía para el derrumbe del capitalismo. En cambio la revolución burguesa fue nacional, patriótica y guerrera, tal como los oportunistas rusos intentaron hacer después de febrero (periodo de Kerensky, NDR).

(82) Nos referimos, utilizando el término romántico, al «socialismo romántico», esto es, aquella tendencia revisionista que imita al romanticismo burgués y que se viste con palabras que hacen alusión al socialismo (como clase, lucha, revolución, conquista del poder, socialismo, comunismo, etc.) con significados de pacifismo, civilización, democracia, libertad, iguales oportunidades, iguales derechos, igualdad de las naciones, etc. cuando no expresan admiración por los «héroes», por la lucha del «solo contra todos», por el «sacrificio supremo de la vida» exclusivamente inspirados y aprobado por los ideales burgueses.

(83) Cfr. *Estructura económica y social de la Rusia de hoy*, cit., pp. 20-21

«Segundo: liquidación despiadada y extralegal en la lucha interna en Rusia, de todos los partidos oportunistas, así fueran campesinos y obreros, y su puesta fuera de la ley. A esto sigue (con dialéctica propia de su fase histórica), en la teoría leninista, no solo el firme rechazo a que estas fuerzas gobiernen en forma dictatorial sin y contra la burguesía, sino que, incluso en un cuadro social en el que al socialismo le faltaban sus bases económicas, se afirmó el gobierno revolucionario y totalitario dirigido solo por el partido del proletariado: lección de alcance y fuerza mundiales, golpe al oportunismo no menor al propinado al socialpatriotismo de los renegados.

«Tercero: restauración de la teoría del Estado y la revolución según Marx, y de la dictadura del proletariado como transición a la desaparición de las clases y del Estado mismo; restauración de la teoría del partido de clase tal como fue establecida por Marx y Lenin – contra la desviación obrerista, y tradeunionista, o también «demoproletaria» – aseverando que es solo el partido quien, sin consultas tipo estafas burguesas, representa a la clase y conduce la revolución y el Estado a la posterior abolición del Estado. Resultado de alcance mundial que en los gloriosos años posteriores a Octubre afianzó la construcción de la nueva Internacional y su denominación de Comunista».

No obstante la sucesiva obra de destrucción por parte del estalinismo, todo esto queda como históricamente adquirido y, por tanto, como válida experiencia práctica de la lucha revolucionaria del proletariado por el comunismo. La reivindicación de estos caracteres socialistas universales de la revolución de Octubre distingue a la única corriente de la Izquierda Comunista italiana – en línea con la gran tradición teórica del bolchevismo ruso – que siempre ha negado «construir» socialismo en un solo país, además atrasado económica y socialmente como la Rusia de los años Veinte del siglo pasado.

Otra cuestión en el centro de las discusiones políticas internas del partido, y particularmente difícil de clarificar y dar por resuelta, fue aquella ligada a la valoración del periodo que siguió a la segunda guerra imperialista mundial. Mucho material fue escrito sobre el análisis de aquel periodo y de la situación en la cual el proletariado se encontró, luego de haber sido conducido a la complicidad con las clases burguesas dominantes durante la guerra imperialista. Pero se debía retornar todavía a la cuestión en 1952, cuando las tensiones internas del partido tomaban la dirección del choque entre dos tendencias contrapuestas.

Volviendo a incorporar los puntos de la cuestión – recordados en las páginas precedentes – se escribió un «hilo del tiempo» intitulado *Le gambe ai cani* – [(enderezar) *Las patas a los perros*, Ndr] – (84). Para clarificar mejor las formulaciones incorrectas y las posiciones justas, el método de las *Contratesis*, subdividida en tres sectores: histórico, económico y «filosófico», que se contraponen a las

correspondientes *Tesis*, prescindiendo de las contratesis ostensiblemente burguesas y tomando en cuenta las contratesis falsamente marxistas, equívocas, al punto de provocar una perenne confusión. El objetivo de este trabajo estaba claramente dirigido a confutar que los «nuevos hechos» (la segunda guerra imperialista que presenció a una Rusia aliada a algunas potencias imperialistas contra otra coalición imperialista) obligan a *corregir* las viejas posiciones marxistas y a *completarlas* con rectificaciones.

Recalcando firmemente la plena validez del método marxista de evaluación de la historia, y la plena coherencia con la doctrina de las posiciones leninistas sobre la guerra, el partido, el Estado, la dictadura de clase, la batalla contra las desviaciones oportunistas, la ruta de la revolución proletaria internacional, se hacía hincapié en que:

«Este trabajo no está confiado ni a una persona, ni a un comité, mucho menos a una oficina; el mismo no es más que la labor unitaria que se desarrolla desde hace más de un siglo, labor que se cumple fuera del abrirse y cerrarse de generaciones, tampoco se inscribe en el curriculum vitae de nadie, ni siquiera en el de aquellos que han tenido muchísimos años de coherente elaboración y maduración de resultados».

Por lo tanto, se dictaba la regla permanente a seguir, según la cual el partido, en su obra de elaboración de textos de orientación e incluso de estudios interpretativos del proceder histórico que nos circunda, prohíbe y debe prohibir iniciativas fuera de lugar, personales o contingentes.

Esa idea de que una horita de tiempo, pluma y tintero un buen hijito se ponga en frío a redactar textos o, por qué no, que lo haga la cirinea «base» invitada por una circular, o una efímera reunión académica bulliciosa o clandestina, son ideas infantiles. De partida hay que desconfiar y descalificar de sus resultados. Sobre todo cuando tales dictámenes vienen de maniáticos de la acción e intervención humana sobre la historia (85).

Por tanto, el partido debía continuar asumiendo «la tarea de poner en su lugar las tesis y enderezar a los perros las patas que corrían en todos los sentidos», tarea que requería «mucho más que la breve hora de un congresillo o discursillo».

El «hilo del tiempo» que ahora citamos hace referencia a la espinosa tarea de «enderezar las pa-

(84) Ver «Siguiendo el hilo del tiempo», *Las patas a los perros*, «battaglia comunista», n° 11 del 29 de mayo-9 de junio de 1952. En el título se utiliza una metáfora en que se entiende extremadamente bien la imposibilidad de «enderezar» las patas a los perros sin despedazarlo. En francés se puede leer en el n° 55 (abril de 1972) de «programme communiste» en la serie *Textos de la Izquierda: Para poner los puntos sobre las íes*.

(85) Ver el «hilo del tiempo» *Las patas a los perros*, cit., en la introducción.

tas a los perros» es decir volver a erigir las posiciones que, lo mismo que las patas de un perro, estaban ya torcidas y desviadas, que en la acción de enderezarlas era inevitable que muchas de esas patas, para no fracturarse, hayan quedado torci-

das para siempre. La demostración está en el desarrollo posterior no solo de la principal tendencia fraccionalista (los «damenistas»), sino también de ulteriores ramificaciones del activismo y academismo que jalonarán la historia del partido.

19. LA ESCISIÓN DE 1952

Visto desde afuera, frecuentemente las escisiones dentro del movimiento obrero asumen por lo general un carácter menos profundo de lo que realmente son. Eso pudo parecer, en 1952, nuestra separación del grupo de los «damenistas» (seguidores de las teorías de Damen), y del grupo que luego de la escisión se identificará con el rótulo «battaglia comunista», solo por su pose activista, la demagogia en sus consignas, su artificialidad en la estructura alambicada que se le quería dar al partido en base a comités electivos, por la comezón electoralista y parlamentarista. Pero las divergencias iban mucho más allá. Además de la cuestión del Partido y su organización interna, cuestión central para los marxistas, la cuestión sindical, la cuestión de los movimientos coloniales y la «cuestión rusa» que, en último análisis, abarcaba todas las otras cuestiones. Esto último lo demuestra ampliamente, por ejemplo, la relación epistolar de 1951 entre Onorio y Alfa que «battaglia comunista» quiso hacer pública, (86), centrada particularmente en la polémica sobre la cuestión del «capitalismo de Estado». Es solo por motivos prácticos que nos referimos a esta relación, sobre todo que la misma comporta muchos aspectos de las divergencias que nos condujeron a la escisión, no sin precisar que la escisión no se reducía a un enfrentamiento entre los jefes y sus rivalidades, tal como la burguesía simplifica la historia a través de los sedicentes «personajes». Es hasta cierto punto inevitable que, en el ambiente burgués, las tendencias políticas estén representadas en toda su expresión por un individuo o un puñado de individuos que toman la responsabilidad de representarla precisamente en su específica coherencia o incoherencia.

RUSIA Y «CAPITALISMO DE ESTADO»

Para Damen, inspirador y jefe de «battaglia comunista», con el imperialismo se ha inaugurado una «nueva» fase histórica del ciclo capitalista en la que el protagonista «es el Estado cuya (!!!) economía reproduce las formas y caracteres, a escala tal vez (¿?) ampliada, de la producción y distribución capitalistas»; pero Damen lógicamente se hace la siguiente pregunta: «¿Qué nueva clase ejerce su dictadura a través del Estado? Sin embargo no da la respuesta: «Dada la desmesurada potencia del Estado soviético es imposible que no haya podido resolver concretamente el problema de una clase dirigente homogénea y fuerte, por la conciencia que

tiene de su propia existencia de clase y de la función histórica que está llamada a cumplir»; en suma, es necesario «ver en el Estado imperialista algo más que su función de Comité delegado de los intereses capitalistas» (87).

Semejante visión tiene como primera consecuencia la definición de «capitalismo de Estado» a secas como algo destinado a todo régimen imperialista: lo sería Estados Unidos; lo sería pura y simplemente la URSS (incluso en la agricultura); todos los regímenes serían iguales y no tendría ninguna importancia, para los fines de la perspectiva revolucionaria, el mayor o menor peso específico de uno o de otro; que sea invadida por la crisis económica o por destrucciones militares en caso de guerra, Washington o Moscú pesan lo mismo, ... tanto la consigna para los revolucionarios sería en cada campo la misma, ...el derrotismo revolucionario. En cuanto a la clase que ejercita su propia dictadura, si no es la clase burguesa, ¿cuál?

En la respuesta sobre la fórmula de fase monopolista y capitalismo de Estado (fórmula nada completa, pero «extremadamente indeterminada»), Alfa explica polémicamente que tal fórmula «se aplica tanto al régimen de Mussolini como al británico en la actualidad, así como al ruso», y profundiza:

«No es exacto que en una fase del capitalismo la burguesía como clase haya sido protagonista y que en la actual sea protagonista el Estado. Clase y Estado son cosas y nociones diferentes y no pueden pasarse el uno por el otro. También antes está el Estado y también después está la clase. El Estado no es el protagonista de los hechos económicos sino un derivado de estos; en tal caso la política no surge de la economía sino que la economía surge de la

(86) Esta correspondencia fue hecha pública de «battaglia comunista» en el n° 3 – segunda serie – de la revista «Prometeo» que quedará en manos de los «damenistas» después de la escisión por parte de los compañeros que fundarán el «partido comunista internacionalista/programa comunista. Onorio era el pseudónimo de Onorato Damen, Alfa el de Amadeo Bordiga. Esta correspondencia fue luego reunida por «battaglia comunista» en un folleto firmado por Onorato Damen, Editoriale periodici italiani, Milán 1971, intitulado «*Amadeo Bordiga, validez y límites de una experiencia*».

(87) Cfr. O. Damen, *A. Bordiga, validez y límites de una experiencia*, cit., carta de Onorio a Alfa del 6 de julio de 1951, p. 43, y carta de Onorio a Alfa del 23 de julio de 1951, p. 59.

política y del manejo del poder, muere la interpretación marxista de la historia y ganan actualidad las viejas teorías, novísimas para los estúpidos, de que la historia nace del deseo de mando de los jefes, y que el deseo de mando nace del deseo de riquezas. Más o menos la misma estupidez de quien se pregunta: en la primera fase los protagonistas del duelo eran burguesía y proletariado, ahora tomemos la linterna y vayamos en busca del tercer... hombre. ¿Una tercera clase? No la hallamos y entonces se responde: el Estado, como si aquel que buscaba el tercer hombre dijese: es este par de pantalones. O, si no se responde: la burocracia, ¿es esta la nueva clase? ¿Qué diablos quiere decir esto?... burocracia siempre ha habido en los regímenes de clase, ella no puede ser «una clase». En nuestro lenguaje la burocracia es una de las «formas de producción», mientras que las clases son *fuerzas* de producción (...)

«El capitalismo de Estado significa no un sometimiento del capital al Estado, sino un posterior sometimiento del Estado al capital. Capital – capitalismo – clase capitalista y burguesa – Estado capitalista o burgués. No hagamos pastiches. Este Capital comenzó a concentrar fuerzas de producción (materias, hombres, máquinas) y nació el capitalismo, pero el Estado no era todavía burgués. Luego vino la clase burguesa, unión de todos aquellos que en el nuevo sistema productivo capitalista estaban en lo alto, y el Estado en lo bajo. Esta clase tomó el poder porque el capitalismo necesitaba para su desarrollo formas muy diferentes a las antiguas. Nació el nuevo Estado, la nueva burocracia, etcétera (88).

En la siguiente misiva a Onorio, Alfa precisa de nuevo el punto de vista marxista sobre la cuestión del capitalismo de Estado, dándonos una pequeña lección de método hoy todavía muy válida (89).

« (...) Y ahora tu punto central: capitalismo de Estado. Exactamente citado por Trotsky Sokolnikov Lenin, y por Marx-Engels hace un siglo: lee «hilo» tras «hilo» [aquí se refiere a los artículos de la serie «Siguiendo el hilo del tiempo», *NdR*] donde desde hace tiempo lo demuestro. Pero tú vas más allá, hablas de economía de Estado y de «centralización más absoluta de la economía en el ámbito del Estado». Ahora esta fórmula, no digo que merezca tantos años de galera, pero digo que da a pensar que no se ha visto muy bien que es, marxistamente hablando, sociedad - producción - economía - Estado. Pero entonces vuelvo a insistir y con ello no quiero lesionar a nadie.

«Comencemos por agregar otro punto esencial. Admitamos la serie de formas económicas: capitalismo de libre competencia y empresas personales – capitalismo de trusts, monopolios – capitalismo parasitario financiero – dirigismo de Estado en la economía (sin tercera clase, y no porque en la sociedad moderna existan dos clases solamente).

«Pues bien, digo que las dos series no son paralelas; no forman una correspondencia bi-unívoca,

para hablar en términos matemáticos. Todo tipo de la primera serie en el tiempo x y en el lugar y puede coincidir con cada tipo de la segunda serie.

«Comienzo por explicarme. ¿Cuánto hemos empeñado para martillar en la cabeza de demócratas y libertarios nuestro clavo marxista número uno: la dictadura? ¿Cuál ha sido el argumento central? Y es no solo posible sino inevitable, que después de una hora, un año, un lustro después de la destrucción del poder burgués se encuentre en pie una célula económica, una estructura empresarial de tipo burgués: se dice una para eventualmente decir no una sino todo un sistema. No solo en tales sectores de la producción habrán obreros asalariados y explotados sino también un patrón que se apropia de una ganancia. Pues bien, esto no quitará que incluso en semejante periodo exista el pleno poder político obrero; solo que la transformación productiva no ha llegado a este sector; llegará después. Mientras tanto este burgués es privado de derechos civiles y políticos, controlado y por lo tanto tolerado todavía por la dictadura roja. ¿Es esto? ¿Y es solo por esto que la dictadura se explica y se impone? Bien. Por tanto, podemos tener un proletariado y un partido revolucionario en el poder con una buena táctica interna e internacional comunista, y al mismo tiempo tener una zona de economía capitalista incluso de empresa privada.

«Inversamente, con un poder exquisitamente burgués como por ejemplo Inglaterra, podemos tener un sector industrial completamente estatizado, es decir que no solo ha pasado de la empresa personal a la empresa anónima, luego a la sindicada y convertida en trust, por último el tipo de empresa en la que el Estado es propietario de la empresa, puesto que la dirige no en concesión sino en economía, como por ejemplo en Italia con las *Manifatture Tabacchi*: todo obrero es dependiente estatal. Como se ha dicho otras veces incluso más, verdaderas formas comunistas en poder capitalista; ejemplo, el servicio contra incendios: cuando algo se quema nadie paga para apagarlo, aunque nada se queme, los bomberos son nutridos igual.

«Digo todo esto para combatir la tesis, cualquiera sea su autor, que señala como estadios sucesivos: capitalismo privado, capitalismo de Estado como primera forma de socialismo inferior, socialismo superior o comunismo.

«El capitalismo de Estado no es un semi-socialismo, sino un capitalismo verdadero; así es el desemboque del capitalismo según la teoría marxista de la concentración, y es la condena contra la teoría libe-

(88) Cfr. O. Damen, *A. Bordiga, validez y límites de una experiencia*, cit., carta de Alfa a Onorio del 9 de julio de 1951, pp. 47-49.

(89) Cfr. O. Damen, *A. Bordiga, validez y límites de una experiencia*, cit., carta di Alfa a Onorio del 31 julio 1951, pp. 64-69.

ralista de un régimen permanente de producción en el cual el admirable juego de la competencia ponga siempre de nuevo una tajada de capital al alcance de todos. Para diferenciar el capitalismo del socialismo no es suficiente la titularidad (ver *Propiedad y Capital* *) de la posesión del instrumento productivo, sino que es necesario considerar el fenómeno económico integral, es decir quién dispone del producto y quién lo consume». Lector, te pedimos un poco de paciencia, ya que la serie de citas nos da una eficaz síntesis de las diferencias entre precapitalismo, capitalismo, socialismo inferior, socialismo superior o comunismo; síntesis extremadamente útil incluso para los compañeros más preparados.

«*Precapitalismo*, economía de productores individuales: el producto pertenece al trabajador independiente; cada uno consume lo que produce. Esto no impide que se tome un sobreproducto y que este se haga en detrimento de multitudes de trabajadores parcelarios (hasta ese momento unidos por la fuerza en masa, pero sin la moderna división de los momentos productivos) por órdenes de castas y poderes privilegiados.

«*Capitalismo*: trabajo asociado (lo que Marx llama trabajo social) división del trabajo, producto a disposición del capitalista y no del trabajador que recibe dinero y compra en el mercado cuanto le es necesario para recuperar sus fuerzas. Toda la masa de objetos producidos pasa por la forma monetaria en el paso que va de la producción al consumo.

«*Socialismo inferior*. El trabajador recibe de la organización económica social unitaria una cantidad fija de productos necesarios para su vida y no puede recibir más. Se elimina la moneda, pero subsisten los bonos de consumo no acumulables ni pueden cambiar de destino. ¿La tarjeta? Ya, el socialismo inferior es la tarjeta para todos, sin empleo de dinero, y sin mercado.

«*Socialismo superior o comunismo*. En todos los sectores se tiende a abolir la misma tarjeta y cada quien toma lo que necesita. ¿Alguien quiere ir al cine cien veces? Hoy también lo puede hacer. ¿Llamará a los bomberos después de haber prendido fuego a su casa? Lo hace hoy, pero entonces no habrá seguros. Pero hoy y mañana el servicio del manicomio está hecho según la economía comunista pura: es gratuito e ilimitado.

«**Recapitulación: Precapitalismo:** economía sin dinero o empleo complementario del dinero. Producción parcelaria. **Capitalismo:** economía con empleo totalitario del dinero. Producción social. *Socialismo inferior:* economía sin dinero y con tarjeta. Idem. **Socialismo superior o comunismo:** economía sin dinero ni tarjeta. Idem». Pero volvamos ahora, nuevamente, a la cuestión del capitalismo de Estado.

«El capitalismo de Estado, el cual sería una estupidez llamarlo socialismo de Estado, es conforme al capitalismo. ¿Todo el mundo se convierte en asalariado del Estado? Subsiste el plusvalor, la explotación, etc. Tú [dirigido a Damen, *NdR*] dices eso, y es

exacto, pero las cosas no basta con que se las llame en términos exactos, sino que debe estar también en exacta relación de lugar y espacio, etc. (...).

«La correspondencia del salario con el dinero define al capitalismo. El plusvalor no es sino una consecuencia deducida por Marx, polémicamente, dialécticamente. INCLUSO Y HASTA en la gratuita hipótesis de intercambio donde es siempre libre e igual. Un régimen que dé a los asalariados el fruto integral del trabajo en dinero no puede existir (enseñado por Lassalle). Por dos principales razones: el solo medio mercantil conduce a la acumulación y explotación capitalista (M - D - M; D - M - D', etc): la extracción de una parte es siempre indispensable para fines sociales; manutención amortización mejoramiento mediante nuevas inversiones de bienes que se transforman en bienes instrumentales. En la atmósfera mercantil no puede existir deducción social sin explotación de clase.

Pero el hecho es este: el porcentaje de plusvalor que la minoría capitalista se traga materialmente NO es el fenómeno preponderante. Es la deducción con pretensión de fin social lo que se vuelve anormal, erróneo, desigual, destructivo.

Así sean diez horas el promedio de jornadas de trabajo en el mundo, los *capitalistas* enguyen media hora. El *capitalismo* se traga seis horas y media. Y si va bien, el trabajador se come tres horas.

«En el capitalismo de Estado, y más en apariencia que otro, se ha eliminado la media hora. Poca cosa. Sin embargo se han concentrado las condiciones con las que es tremendamente difícil recuperar las otras seis horas que se han convertido en siete o más. Sería más socialista atar a todos los capitalistas y mandarles a Tahiti a comerse una hora, y luego administrar las otras nueve horas; dentro de poco bastará trabajar pocas horas al día.

«Por tanto, en cierto sentido puedo decir como tú que, partiendo desde puntos diferentes, los países capitalistas y Rusia se encuentran en situaciones similares, como tejido económico, en el que el Estado acumula maneja invierte capitales que no poseen títulos privados. La concentración del poder facilita la capitalización de los sectores económicos aún capitalistas: muy bien. Pero la fuerza del Estado no cesa de ser utilizada con fines de clase, como desde el inicio,

* *Propiedad y Capital*, es un estudio de Amadeo Bordiga publicado en la revista «Prometeo» con el cual Amadeo había comenzado a colaborar en su primer número de julio de 1946. Este estudio, completa en su primera parte y luego resumida, sale en XVII capítulos en los nn. 10, 11, 12, 13 y 14 de la primera serie (1948-50) y nn. 1 y 3-4 de la segunda serie (1950-52). Fue luego recogido en volumen por Ediciones Iskra, Milán, 1980, añadiendo en Apéndice el escrito de 1958 *El programa revolucionario de la sociedad comunista elimina toda forma de propiedad del suelo, las instalaciones de producción y los productos del trabajo* como natural conclusión de la parte programática de *Propiedad y Capital*.

cuando *teóricamente* este se desinteresaba de la economía. (Una economía burguesa surge del libre intercambio de equivalentes; pero esto no es posible sin que una fuerza concreta no esté lista para golpear a quien intenta intercambiar cosas no equivalentes en el sentido jurídico burgués: allí el factor Estado es *siempre* decisivo»).

Después de haber citado debidamente los conceptos fundamentales sobre la cuestión del capitalismo y del Estado, la respuesta de Alfa afronta, siempre de manera sintética como es obvio en una misiva, el problema del proceso económico y social en Rusia:

«Bajo el Zar, el capitalismo era afirmado casi solo por la industria pesada y de guerra: el capitalismo en el fondo nace en forma de Estado (arsenales de las monarquías absolutas, etc.); luego viene la oficina privada...

«Habría bastado con la revolución burguesa democrática para dar un mayor impulso al desarrollo de tendencia capitalista en todos los demás sectores atrasados: campesino, patriarcal asiático, etc., artesanía comercio y similares. Naturalmente la revolución de Octubre realizada por los proletarios industriales de las grandes ciudades lleva todavía más adelante toda la economía del país y, desde entonces por lo menos nueve décimas partes de la economía preburguesa *tienden* al capitalismo, y no pueden tender al socialismo más que por este procedimiento».

Y, en respuesta a la observación crítica de Onorio sobre la fórmula avanzada por Alfa de «una economía que *tiende* al capitalismo», y a su afirmación precedente «En la línea general de desarrollo del capitalismo monopolista, Rusia ha podido quemar más de una etapa gracias a la revolución de Octubre que ha permitido la *centralización más absoluta de la economía en el ámbito del Estado*», Alfa resalta:

«Pero yo he hablado de aquel décimo de economía que había tratado de devenir socialista y luego ha debido *tender hacia el capitalismo haciendo marcha atrás*. ¿Ha terminado ahora de tender y es toda capitalista? Puede admitirse, pero desde cuándo, más allá de tender para esperar la revolución mundial, tiende sin ya esperarla; la posición contrarrevolucionaria ha sido establecida, poco importa si en Moscú... los bomberos son gratis» (90).

La evaluación de la situación histórica desarrollada en Rusia que Alfa esboza en esta polémica, refiriéndose a la economía rusa que *tiende* al capitalismo en espera de la revolución socialista al menos en Europa, no es una «innovación bordiguista» de la segunda posguerra; ella están estrechamente ligadas a las *Tesis de Lyon* de 1926, para más exactitud, en el punto 11 sobre las *Cuestiones internacionales*, donde se afirma que:

«No se puede excluir en principio que este sistema [es decir, una economía en la que se encuentran presentes «elementos preburgueses, burgueses, de

capitalismo de Estado y de socialismo», y donde «la gran industria estatizada es socialista desde el punto de vista del planteamiento que maneja el Estado políticamente proletario» con respecto a la producción, mientras «la distribución de sus productos se realiza en forma capitalista con el mecanismo del mercado de libre competencia», *NdR*] no solo tenga a los obreros en una condición económica poco floreciente, como de hecho lo es, aceptada por la conciencia revolucionaria adquirida, sino que también se desenvuelva en el sentido de un aumento en la sustracción de plusvalor, que puede ocurrir a través del precio de los alimentos pagado por los obreros y el precio pagado por el Estado y las condiciones obtenidas en las compras, las concesiones, el comercio y en todas las relaciones con el capitalismo extranjero. Se debe plantear la cuestión de saber si hay un progreso o un atraso de los elementos socialistas de la economía rusa, y este problema se plantea también como problema de rendimiento técnico y de buena organización de la industria de Estado» (91). La cuestión del progreso o atraso de los elementos socialistas de la economía rusa estaba bien definida desde entonces, y expresada muy claramente en el Tercer Congreso del Partido comunista de Italia, donde la Izquierda Comunista continuaba dando su batalla de clase contra la pestilente teoría de la «construcción del socialismo en un solo país».

Pero volvamos a tomar una vez más la carta de Alfa a Onorio fechada en julio de 1951, en la que se asume de nuevo:

«En 1919-20 en Leningrado y Moscú se viaja en tranvía gratis, es decir, no solo el trabajador tiene un boleto para ir al trabajo, sino que el que quiera subir

(90) Cfr. O. Damen, *A. Bordiga...*, cit., carta de Alfa a Onorio del 31 de julio de 1951, pp. 70-72.

(91) Cfr. *Proyecto de tesis para el IIIº Congreso del partido comunista presentado por la Izquierda – Lyon 1926*, conocido como *Tesis de la Izquierda Comunista*, incluido después en el texto de partido *En defensa de la continuidad del programa comunista*, Ed. il programma comunista, Milán 1970, p. 112. En francés, ver el volumen 7 de la serie «los textos del partido comunista internacional» *Defense de la continuité du programme communiste*, cit. Podría inducir al equívoco – y los trotskistas se equivocaron ciegamente, pero sucede también a compañeros de la Izquierda Comunista italiana – las frases que se refieren a la presencia de «elementos socialistas de la economía rusa» que después fueron frenados a causa de la falta del aporte de la victoria revolucionaria en países capitalistamente avanzados. Esta formulación es tomada en distintos trabajos del partido en los años de la segunda posguerra durante el esfuerzo de reposición de la teoría marxista y balance de la revolución y contrarrevolución en Rusia. En realidad, para evitar más equívocos y fáciles simplificaciones, es bueno sustituir el término «socialista» con el término «no-mercantil» o «antimercantil», mucho más adaptado para expresar un aspecto particular y limitado de la economía en vías de transformación, pero no todavía definitivamente socialista, bajo la dictadura del proletariado.

no marca el boleto y no muestra cortes. En el tren ni siquiera se paga, pero se requiere el boleto de una organización soviética. Por tanto, socialismo inferior. El trabajador fabril recibe muchas cosas en especie como el pan; pan que en el campo se toma incluso por la fuerza. La moneda no vale nada: sin embargo recibe un poco de dinero y compra algo en los mercados ilegales.

«Viene la NEP. Lenin explica: inútil, debemos legalizar el mercado, admitir al campesino después que haya dado una cuota impuesta, llevar al mercado de provincia los productos industriales, pagar en dinero a los obreros de fábrica. Inútil alargarse: en espera de la revolución mundial, y es también en los grandes centros y para la gran industria liquidamos el poco socialismo que la economía rusa permitía y volvemos a caer en el capitalismo. No tenemos patronos burgueses de las fábricas, tampoco sus acciones cotizadas en la bolsa de Londres. ¿Por esto, pregunta Lenin, es tal vez un factor socialista? Es siempre capitalismo, pero de Estado. Si lo dirige un Estado proletario la cosa apesta más que si lo dirigiera un Estado burgués. (...) Donde este se encuentre y donde haya la forma económica de mercado el capital es una fuerza social. Es una fuerza de clase. Y tiene a su disposición el Estado político. Sus intereses devienen cada vez más internacionales, aun cuando la lucha agónica de los centros estatales los ponga en guerra. Formando una red impersonal, tiene su inercia dinámica que los mueve según sus leyes. Para dar en concreto una idea de la situación presente de estas fuerzas en el ámbito ruso, he creído decir algo que vaya más allá de la frase sobre el capitalismo de Estado, que en sí no dice nada» (92).

Ir más allá de la frase sobre el capitalismo de Estado, he aquí el objetivo de una investigación profunda, y del balance de la revolución y la contrarrevolución; más allá de la frase sobre el capitalismo, lo mismo vale para la frase sobre el socialismo o sobre el comunismo, más allá de la frase del partido, sobre la lucha sindical, los movimientos anticoloniales, sobre el imperialismo, la guerra, etc., etc. Era necesario – lo es hasta ahora – adoptar este método para lograr combatir con más eficacia las consecuencias del oportunismo en el proletariado, en su lucha política así como su lucha clasista en defensa de los intereses inmediatos. Para no aferrarse a la reivindicación literaria – no solo insuficiente, sino impotente – del marxismo y de la misma Izquierda Comunista, y, sobre todo, para no dejarse volver a absorber por la visión distorsionada que la agresión estaliniana ha producido en el tiempo a la teoría marxista y a la realidad histórica.

LA «CUESTIÓN SINDICAL»

En el cuadro de la misma visión antidialéctica expresada por Damen y quienes lo seguirán en la escisión de 1951-52, se sostiene que «el actual sin-

dicato corporativo (fascista, socialdemócrata o comunista) no cuenta [nótese bien: *no cuenta*, ¡son todos la misma cosa! *NdR*] por su función [existe, pues, una función inmanente en la actual *forma-sindicato*, *NdR*] de órgano indispensable a la vivificación del sistema capitalista, está destinado a vivir a fondo las vicisitudes económicas, sociales y políticas del capitalismo moribundo y *será destruido junto al Estado imperialista* solo por el asalto del proletariado revolucionario», y este asalto sucederá «a través de nuevos organismos de masa (consejos de fábrica, soviets u otro como en Rusia y Alemania) estructuralmente [!] y políticamente más idóneos que el sindicato para sentir en concreto, bajo la guía del partido revolucionario, los problemas del poder [!]» (93).

Aquí se excluye, pues, la perspectiva nuestra, reclamada por Amadeo Bordiga, que «Si la ofensiva capitalista es enfrentada por un partido comunista fuerte [la frase es meditada, hoy todavía más, incluso para juzgar sucesivas desviaciones como la «floreentina» (94): el *primer* presupuesto del renacimiento del «sindicato rojo» es la existencia de un «partido comunista fuerte», no lo contrario, *NdR*], si se arranca al proletariado de la influencia de la actual política rusa, en el momento X o en el país Y pueden volver a surgir los sindicatos clasistas ex novo o de la conquista, tal vez a palo limpio, de los actuales. Esto no se *excluye* históricamente. Lo más seguro es que estos sindicatos se formen en una situación de avanzada o de conquista del poder» (95). Hay que partir necesariamente de la constatación de que la «situación sindical de hoy diverge de la de 1921, no solo por la ausencia del Partido Comunista fuerte, sino debido a la progresiva eliminación del contenido de la acción sindical, y la sustitución de la acción de base por funciones burocráticas: asam-

(92) Cfr. O. Damen, A. Bordiga..., cit., carta de Alfa a Onorio del 31 de julio de 1951, pp. 70-72. Sobre el tema del capitalismo de Estado véase también el «hilo del tiempo» *Doctrina del diablo en el cuerpo*, publicado en «battaglia comunista», n° 21 de 1951, en el cual se polemiza también con el grupo francés «Socialismo o Barbarie».

(93) Cfr. O. Damen, A. Bordiga, *validez y límites de una experiencia*, cit., de una «Carta-documento del comp. Damen al comp. Bordiga sobre la cuestión sindical», p. 79.

(94) Por desviación «floreentina» se entiende la desviación que tenían muchos compañeros de la sección de Florencia, que se caracterizó, por ejemplo sobre la cuestión «sindical», por las posiciones – en una situación histórica en la que los sindicatos se habían transformado completamente en sindicatos tricolor – que remedaban las consignas y posiciones del Partido Comunista de Italia en 1921 frente a sindicatos no ya «de clase» sino a sindicatos devenidos «tricolor».

(95) Cfr. O. Damen, A. Bordiga..., cit., ver «Carta-documento del comp. Bordiga sobre la cuestión sindical», carta escrita por Amadeo Bordiga al centro del partido, el 5 de enero de 1951, p. 76.

bleas, elecciones, fracciones de partidos en los sindicatos, etc., de funcionarios de carrera a jefes electivos, etc. Esta eliminación defendida en el interés de la clase capitalista ve en la misma línea histórica los factores: corporativismo tipo CLN, sindicalismo tipo Di Vittorio o Pastore. Similar proceso no puede ser *irreversible*» (96).

Que tal proceso fuese justo no considerarlo irreversible viene dado por el hecho de que la situación general y mundial no excluía *históricamente* – como tampoco lo excluye hoy todavía – que los sindicatos existentes en tal o cual país puedan ser conquistados «*tal vez a palo limpio*» por una fracción comunista suya que ha tenido la posibilidad en el desarrollo de la lucha clasista de ampliar de manera consistente su influencia en los inscritos. Ciertamente que hoy a 60 años de distancia del final de la segunda guerra mundial, y que frente a 60 años de intoxicación colaboracionista virulenta en la gran mayoría de países del mundo – en particular los países capitalistas avanzados – y sobre todo en constante ausencia de lucha clasista en ellos, no es fácil lograr la posibilidad práctica de un sindicato que pueda ser conquistado por su fracción comunista, por demás inexistente hoy en día. No por ello esta eventualidad histórica debe ser excluida a priori, como desde entonces hacía y hace todavía «*battaglia comunista*», llegando a negar en general cualquier utilidad, que tenga por finalidad una influencia activa y organizada del partido revolucionario en el proletariado, a las asociaciones económicas obreras entre partido y clase, a las que por el contrario el partido de clase está llamado a dar un aporte necesario y decisivo, si tiene la ocasión, desde el nivel de su organización inicial y de sus tentativas de organización.

De aquellas premisas, en la carta citada, Amadeo Bordiga sintetiza orientaciones muy simples y claras:

«Antepongo la escasa fuerza del partido, y hasta que esta no sea más importante, el hecho de que no se sabe que ocurrirá antes o después del renacimiento de las organizaciones de clase no políticas con fuertes efectivos, *el partido no puede y no debe: ni proclamar la presencia siempre y donde quiera en las elecciones sindicales de fábrica, etc.* con listas propias; ni, donde localmente haya fuerzas prevalecientes, utilizar *en clara agitación la consigna de boicot* invitando a no votar, a no inscribirse en el sindicato, a no hacer huelgas u otro. En sentido positivo: en la mayoría de los casos, *abstención y no boicoteo*».

El espíritu que debía inspirar, pues, la acción de los militantes de partido en el terreno de la acción sindical, debía ser el de participar a fin de que los proletarios viesen en los militantes revolucionarios no a *sindicalistas*, organizadores de sindicatos en rivalidad con los sindicatos existentes, sino a *vanguardias de clase* que luchan en el terreno inmediato, al lado de los proletarios, dentro de los sindicatos tricolor y fuera de ellos. Vanguardias que pro-

ponen objetivos no solo inmediatos sino más amplios, en el terreno real del enfrentamiento de clase con los métodos y medios más eficaces incluso para la sola defensa de los intereses inmediatos de clase; intereses no corporativos sino *de clase*, por tanto, *unificantes* y volcados a hacer converger la real fuerza de clase del proletariado por una defensa efectiva contra los ataques continuos de las clases burguesas a sus condiciones de vida y de trabajo.

El principio que debía presidir la acción del partido en el terreno sindical, y que el partido debía reconocer y hacer suyo, era: «*sin organismos obreros intermedios entre partido y clase no existe posibilidad revolucionaria; el partido no abandona los organismos económicos solo por el hecho de ser una minoría en ellos. Así como tampoco supe dita sus principios o directivas al deseo de esas mayorías so pretexto de que sean «obreras». Esto vale también para los Soviet*» (97).

Incluso en este delicadísimo terreno en el que los principios se miden directamente con la táctica, la disensión entre las posiciones sostenidas por Damen y el grupo que lo seguirá y las sostenidas por Bordiga y el grupo que, luego de la escisión, se organizará en torno el nuevo rótulo «*il programma comunista*», se revelará cada vez más profunda e insalvable.

SOBRE LA CUESTIÓN NACIONAL Y COLONIAL

Con esa misma visión – matizada con algo similar a la teoría kautskiana del superimperialismo – los movimientos nacionales y coloniales son considerados por «*battaglia comunista*» únicamente como el reflejo del juego de fuerzas entre imperialismos, puras piezas en mano, ayer, de USA o URSS, y hoy de USA y rivales europeos. Para «*battaglia comunista*» estos movimientos no incidían, ni inciden en nada y en ningún caso, sobre la estabilidad del orden mundial constituido, que así *reforzaría*. De esto se desprende que la URSS, ya en 1952, era imperialista en el sentido *pleno* y marxista del término, y no interesa estudiar los aspectos contradictorios de lo que habíamos llamado su «*tender*» hacia el capitalismo (y no solo en 1952, sino también en 1975) partiendo de un estadio de extremo atraso, de un lado, y de conquista (esta sí, revolucionaria) de *bases* avanzadas del socialismo, del otro. Donde por *bases del socialismo* se entiende precisamente desarrollo económico del capitalismo.

Paralelo a las posiciones enunciadas sobre la cuestión sindical, para las que las organizaciones sindicales obreras, después de la segunda guerra mundial y la victoria del imperialismo en general, y del imperialismo americano en particular, serían consi-

(96) Ibidem, p. 76.

(97) Ibidem, pp. 77-78.

deradas solo como extensiones [*longa manus* en el original, *NdR*] del imperialismo y, como tales, serían tratadas. No solo esto, sino que debía deducirse que todo organismo obrero de lucha inmediata debía ser considerado como un germinador de oportunismo y sumisión a los intereses imperialistas. Paralelo a estas posiciones, decíamos, «battaglia comunista» decretaba el fin de la táctica descrita en las *Tesis* de la Internacional de 1920 sobre los movimientos nacionales revolucionarios de los pueblos coloniales. Luego de la revolución rusa en 1917 y las tentativas de enganche, que no tuvieron éxito, entre el movimiento del proletariado revolucionario de las metrópolis capitalistas y el movimiento revolucionario de los pueblos de color, pero sobre todo después de la victoria de la contrarrevolución estaliniana, la derrota de la revolución proletaria en el mundo y la segunda guerra mundial en la cual sale superviviente el imperialismo, según «battaglia comunista» esta táctica será abandonada. Que los pueblos de color anden por su camino, que los movimientos revolucionarios burgueses batan las fuerzas de los colonizadores blancos o amarillos con sus propias fuerzas... si son capaces; los comunistas deberán interesarse solo en el proletariado para que concentre sus energías exclusivamente en la preparación de la revolución de clase, en la revolución proletaria una vez que las burguesías locales hayan llevado a cabo su tarea histórica...

Redorando las posiciones mencheviques, ya batidas por Lenin y los Bolcheviques tanto teórica como política y prácticamente, y las de la Fracción en el Extranjero que ya hemos hablado, «battaglia comunista» quería hacer pasar estas viejas posiciones derrotistas y anti-históricas como nuevas posiciones que el movimiento comunista internacionalista debía asumir en virtud de una interpretación equivocada de la situación de la segunda posguerra que había fallado, y que se demostró equivocada después con los hechos de China, la India, Iran, etc. «battaglia» creía, evidentemente, que el curso del imperialismo había obligado a dar un «paso adelante» en la simplificación de los conflictos de clase, reduciéndolos en todo el mundo al solo choque entre proletariado y burguesía, sin tomar en cuenta que, en cambio, la victoria de la contrarrevolución burguesa, mientras arrojaba veinte años atrás la capacidad clasista del proletariado, sobre todo en los países de capitalismo avanzado e influenciados por el estalinismo, ponía de nuevo en movimiento los conflictos económicos y sociales en el espectro de los países coloniales, en África y Asia, impulsados por los mismos efectos de la guerra mundial a emanciparse del colonialismo europeo y hacer avanzar la economía capitalista, defendiéndola en los respectivos países más allá de las islas en que el colonialismo las había mantenido para poder explotar mejor a las poblaciones y territorios colonizados. La posición indiferentista que emergía en estas discusiones con «battaglia comunista» era lo más lejano que pudiese

haber de parecido a las posiciones de la Izquierda Comunista y de Lenin.

En las *Tesis* que el grupo de Damen aprobó en el IIº Congreso del «Partido Comunista Internacionalista-battaglia comunista» en 1952, tenido luego de la escisión, se puede leer lo siguiente:

«El Partido considera definitivamente cerrado el periodo de los movimientos nacionales incluso en los países coloniales con estructura pre-capitalista predominante, en los cuales el desarrollo del capitalismo indígena se cruza con el capitalismo de la nación colonizadora a través de vínculos fuertemente estrictos y congénitos de clase, para efectuar mancomunadamente la dominación sobre el mismo proletariado «colonizado». Hoy no existe ni en Occidente, ni en Oriente, Asia comprendida, un solo país, por muy atrasado económicamente que sea, en el cual el proletariado sienta «más» el problema de la independencia nacional y «menos» su doble emancipación de la doble explotación capitalista» (98).

Por lo tanto, para el grupo de Damen, el partido comunista revolucionario habría debido denunciar a los movimientos anticoloniales que se desarrollaron a lo largo de la segunda posguerra en muchos países precapitalistas (los últimos a alcanzar su independencia fueron Angola y Mozambique en 1975, en concomitancia con la primera gran crisis mundial simultánea del capitalismo en los más grandes y avanzados países del mundo) como movimientos maniobrados exclusivamente por, o en común con, las potencias colonizadoras, con el objetivo de dominar mejor aún al proletariado «colonizado»; ... y a quién le importa si en aquellos países la inmensa masa de la población estaba constituida por campesinos pobres y si allí el proletariado moderno estaba representado por una minoría infinitesimal... Que la historia espere el desarrollo en estos países, si acaso hay desarrollo, y por tanto la formación de un consistente proletariado moderno al cual, por fin, el «partido comunista internacionalista-battaglia comu-

(98) Cfr. el n° 8 de «Cuadernos de batalla comunista», dedicado a la *Cuestión nacional y colonial*, artículo *Partido revolucionario y luchas de los pueblos coloniales*, de 1953, p. 14, opúsculo en el que se recogen los materiales que documentan las posiciones del grupo, a partir de 1946. No sorprende, pues, el hecho de que en esta selección falten completamente los materiales considerados «bordiguistas» que de 1946 a 1952 fueron publicados regularmente en «Prometeo» y en «battaglia comunista», revista y periódico del único «Partido Comunista Internacionalista» de entonces, materiales que evidentemente avergüenzan al grupo que los sepultó, en su tentativa de eliminar la parte de la restauración teórica que en la historia real de la Izquierda Comunista hicieron suya los compañeros que se identificarán con el grupo que dará nacimiento al «Partido Comunista Internacionalista-programma comunista».

(99) Cfr. el artículo *Haciendo el punto a izquierda... sobre la cuestión colonial*, de 1958, mismo cuaderno de «battaglia comunista» citado, p. 16.

nista» impartirá las indicaciones para que el capitalismo no aplaste «toda tentativa de liberación del proletariado internacional!» (99). Que esta posición sea contraria a las posiciones clásicas del marxismo, firmemente recaladas por Lenin, al grupo de Damen le importa un comino. En efecto, afirma que «Volver a proponer hoy el tema de la estrategia leninista que, a la premisa de la afirmación victoriosa del Estado proletario hacía precisamente depender la visión dialéctica de la lucha mortal a librar contra el más grande conjunto de potencia colonial como lo era Inglaterra para entonces, significa colocarse en el plano de la estrategia del Estado ruso, significa, en pocas palabras, ligar la causa del proletariado al carro del imperialismo» (100).

Sucesivamente, en los «Principios guía» del llamado Buró Internacional por el Partido revolucionario (Bipr) de 1983 – una especie de oficina «super partes» entre el «Partido Comunista Internacionalista-battaglia comunista» y el inglés «Communist Workers Organisation» (CWO) – al comienzo del punto 1 se afirma categóricamente que:

«La era histórica en la que las luchas nacionales de liberación podían representar un elemento progresivo dentro del mundo capitalista ha terminado desde hace muchas décadas (con la Primera guerra imperialista, en 1917)» [!!!, aquí se contradice alegremente de lo que habían sostenido en años precedentes, cuando «battaglia comunista» reivindicaba las tesis de los primeros congresos de la Internacional Comunista, *NdR*] (...).

«Hay que combatir toda hipótesis que considere todavía abierta en algún país la cuestión nacional y que considere entonces que el proletariado deba en estos casos abandonar su estrategia revolucionaria para aliarse con la burguesía local (o peor, con un frente imperialista)». Lo que jamás entrará en la calabaza de los «revolucionarios puros», a la «battagliini», es que la historia no procede según un esquema lógico, de progreso o retroceso, sino según explosiones, avanzadas y retiradas, de «huidas hacia adelante» en determinados países (como en el Quattrocento del capitalismo italiano) y de rebotes hacia atrás. La dialéctica marxista, que es el único método que permite comprender la historia de las sociedades humanas, y por ello prever el destino de los movimientos sociales de los grupos humanos, está en capacidad para comprender la realidad extremadamente contradictoria del proceso histórico; es gracias a esta que Marx y Engels, y luego Lenin, lograrán ver todo el proceso de desarrollo de las fuerzas sociales y productivas más allá de su apariencia inmediata. La revolución bolchevique de Octubre 1917 no fue un azar, su victoria no fue un golpe de fortuna, sino un acontecimiento histórico preparado durante largo tiempo y esperado por los marxistas revolucionarios que conocían bien cuáles eran las condiciones históricas, económicas, sociales, políticas, militares, culturales e internacionales en las que el movimiento proletario y comunista podía – y debía

– lanzar su ataque a la cara de la potencia reaccionaria más importante de la época y poder atacar luego a la cara de las potencias capitalistas europeas más importantes de la época. La historia no repite dos veces las *mismas* combinaciones; por ello los años que van desde el estallido de la primera guerra imperialista de 1914 al 1927 chino, fueron los años en los que *todo el mundo* podía ser revolucionado por la *alianza objetiva*, histórica del proletariado revolucionario con las masas campesinas empujadas por la guerra y por las consecuencias nefastas de la guerra mundial a rebelarse contra el dominio de las poderosísimas fuerzas del imperialismo que, a su vez, encontraban una alianza objetiva, histórica, en los poderes precapitalistas en muchos y muy poblados países del mundo.

El proletariado mundial podía entonces contar con la acción del partido de clase – el partido de Lenin – que se mostró a la altura de las gigantescas y difíciles tareas, no solo de la revolución proletaria llamada «pura», sino también de la *revolución permanente* – la superación del movimiento revolucionario de su ámbito burgués y nacional a movimiento revolucionario internacional guiado por el proletariado y su partido de clase – que por más de cien años permanece en el centro de la gran ambición del movimiento comunista revolucionario. Quien faltó a la cita histórica de la revolución no fueron las masas campesinas y desheredadas que poblaban la gran mayoría de los países del mundo, sino justamente el proletariado *puro* de los países capitalistas avanzados – y no por culpa de su movimiento espontáneo, sino por la falta de formación, al menos en Europa de partidos comunistas revolucionarios fuertes y sólidos teóricamente. Ese proletariado «puro» tan cortejado por académicos e indiferentistas, por voluntaristas y movimentistas, inmediatistas buenos para cada estación; ese proletariado «puro» que existe solo en la imaginación de los revolucionarios en palabras, seguidistas en los hechos.

La opresión nacional no es un problema de cultura, tampoco simplemente un problema de dominio económico. Es uno de los métodos que ha adoptado – mucho más en la fase imperialista – y adopta para reforzar su dominio sobre la sociedad; y no es casual que, precisamente en correspondencia con el desarrollo capitalista, es decir, la rivalidad entre trusts y entre Estados capitalistas, aumente toda forma de opresión social, incluyendo la opresión nacional, y en las relaciones entre países capitalistas. Con su victoria en la segunda guerra imperialista mundial, los Estados Unidos, con su fuerza económica, militar y política, someterán a su dominio político, durante décadas, a muchos países capitalistas avanzados, comenzando por las naciones vencidas, Alemania y Japón, que deberán someter-

(100) Cfr. el artículo *Partido revolucionario y luchas de los pueblos coloniales*, cit., p. 15.

se a la ley del dólar, del cual por otra parte tenían necesidad para poner de nuevo en marcha su máquina productiva.

Es cierto que la «cuestión nacional» se plantea de manera diferente cuando se trata de Suecia y Noruega (tomando el ejemplo de Lenin cuando ataca las posiciones economicistas), de países capitalístamente ya desarrollados, o si se trata de Inglaterra y Persia, o de Francia y Argelia, de países capitalístamente distantes donde uno es el capitalista colonizador y el otro es la colonia precapitalista o de capitalismo super atrasado. Por principio los comunistas están *incondicionalmente contra todo tipo de opresión*, en los hechos y no en las palabras, por ello combaten contra la burguesía colonizadora y opresiva de la potencia dominante en primera instancia; y están contra todo tipo de burguesía, desarrollada o atrasada, llamando a los proletarios del país dominante a luchar porque su burguesía saque sus garras de los países y nacionalidades oprimidas y conceda la autodeterminación del país dominado y *al mismo tiempo* que llama a los proletarios del país dominado a luchar armas en mano junto a los campesinos, incluyendo a los estratos de burguesía y pequeña burguesía nacional-revolucionarias contra la potencia extranjera dominante. Los comunistas, mientras apoyan a los movimientos nacional-revolucionarias de los países oprimidos – incluso en la práctica, si las condiciones objetivas lo permiten – al mismo tiempo apoyan, también en la práctica, la independencia organizativa del proletariado en el terreno inmediato y la independencia política y organizativa del partido de clase que asume la tarea de guiar al proletariado – y de influenciar de manera determinante a las masas campesinas sublevadas contra el extranjero – ora en la lucha nacional que tiene por objetivo la autodeterminación nacional, ora en la lucha contra la opresión salarial y por la conquista de mejores condiciones de trabajo y vida inmediatas, ora en la lucha contra su burguesía dentro de la perspectiva de la conquista proletaria del poder político.

No hay pagarés a cobrar: el partido comunista revolucionario asume la posición del apoyo incondicional al movimiento nacional-revolucionario del país sometido a formas tradicionales o modernas y veladas, pero no menos pesadas, de colonialismo, en todo caso, incluso en ausencia de un desemboque en la revolución proletaria y en la conquista del poder político por parte de la clase proletaria de aquel país. La certeza de una segura salida hacia la revolución proletaria no es dada ni siquiera en los países capitalistas avanzados donde el proletariado es numéricamente mayoritario, ¡imaginemos si se puede condicionar de este modo al movimiento del proletariado en los países sometidos a la opresión nacional!

En lugar de dar respuestas políticas adecuadas a la realidad contradictoria del desarrollo o ausencia de desarrollo del modo de producción capitalista en las diversas regiones del mundo, «battaglia comu-

nista» extirpa la cuestión nacional. ¡Solo le basta decir que ya no existe, desde 1914!

Siguiendo la lógica «battagliana», el Partido Bolchevique no habrían debido jamás encargarse de las tareas de la revolución en Rusia, por lo menos hasta que la burguesía no haya llevado a cabo su revolución, y la transformación de la sociedad semifeudal y semiprimitiva rusa en sociedad plenamente capitalista; en esto coincide con la posición de Plejanov y los mencheviques. El Partido Bolchevique, bajo la guía de Lenin, que por esta razón habría dirigido no una revolución proletaria, sino una sublevación que habría llevado el movimiento a los brazos de las potencias imperialistas!

Ah, si Lenin y los bolcheviques hubiesen oído los consejos de los posteriores clarividentes de «battaglia comunista», se habrían ahorrado muchas energías puestas al servicio de la revolución internacional proletaria pura... que no llegaría jamás.

Los «izquierdosos» que se oponen a la reivindicación de la independencia nacional por parte de países o nacionalidades oprimidas, bajo el argumento que tal reivindicación pertenece a una época histórica hoy superada, buscan otra reivindicación, más «alta», que corresponde a la consigna «¡Abajo las fronteras!», consigna «revolucionaria» y «socialista» en apariencia. Lenin tuvo en su tiempo la tarea de combatir estas posiciones que profesaban un izquierdismo verbal y que no tomaban en cuenta que la «cuestión nacional» estaba estrechamente ligada a la «cuestión del Estado», incluso desde el punto de vista del Estado proletario. Un Estado debe poseer fronteras necesariamente, e incluso el Estado proletario tendrá sus fronteras: la diferencia con el Estado burgués, o con el Estado feudal, está en el hecho de que, a medida que se desarrollan internacionalmente la revolución proletaria y la transformación económica y social de las sociedades humanas basadas en la división en clases a sociedad sin clase, el Estado proletario no es permanente, y está destinado más bien a extinguirse. Lenin dirá «Sostenemos la necesidad del Estado. Pero un Estado presupone fronteras (...) La consigna «abajo las fronteras» será justa cuando la revolución socialista en vez de ser un método sea una *realidad*», cursivas nuestras (101). Negar que en la época imperialista exista para ciertas poblaciones y países una «cuestión nacional» significa negar que el capitalismo tiene un desarrollo desigual y que con el imperialismo termina su congénita actitud a oprimir, dominar, aplastar no solo a la clase del proletariado – donde existe y donde es más o menos desarrollada – sino a todas las clases sociales que dependen de la gran burguesía financiera y monopolista. Lenin acuñará una

(101) Ver Lenin, *Discurso sobre la cuestión nacional*, en la Séptima Conferencia pan-rusa del POSDR (b), de abril de 1917, en Obras Completas, vol. 24, Editori Riuniti, 1966, pp. 307-308.

expresión bien precisa para este tipo de posición: jeconomicismo imperialista!

La dialéctica marxista desea que la clase no se divida nacionalmente, por esto Lenin indica un solo programa, un solo partido, para el proletariado tanto de los países capitalístamente avanzados, y dominantes, como de los países precapitalistas o capitalístamente atrasados y dominados. Otra cosa es el movimiento nacional-revolucionario de una población oprimida que lucha contra el opresor extranjero, y que involucra obviamente a todas las clases que forman el pueblo.

Si el esquema de «battaglia comunista» se correspondiese con la verdad, es decir, que en la fase imperialista del capitalismo la cuestión nacional «ya no existe», quiere decir simplemente que el capitalismo ha logrado resolver definitivamente una de sus contradicciones sociales e históricas más agudas; y por esta razón el marxismo sería ubicado entre las tantas teorías falaces que han caracterizado al mundo filosófico y cultural de la sociedad burguesa. No comprendemos por qué «battaglia» sigue llamándose «comunista»...

LA CUESTIÓN ORGANIZATIVA Y LA CUESTIÓN DEL PARTIDO

Como ocurre a menudo, a las posiciones indiferentistas sobre el plano de las cuestiones arduamente tácticas, corresponde una actitud formalista y burocrática en el plano organizativo, actitud que asume hasta cierto punto un rol compensatorio: la «simplificación» en el plano de las grandes cuestiones tácticas viene equilibrada con la «complicadera» en el plano de la organización formal.

Mientras «battaglia comunista» voltea la cabeza para otra parte cuando se trata de movimientos nacional-revolucionarios que buscan hacer funcionar la democracia burguesa incluso en su país, se deja deslumbrar por la fascinación de la democracia «obrera», que va de brazos con la llamada «dialéctica interna» en el partido, o sea, con una democracia formal que garantizaría más que otra cosa una participación y al mismo tiempo una gestión «igualitaria» de los militantes del partido. Y se comprende su apego visceral al método de los congresos en los cuales la «dialéctica interna» puede tener finalmente libre y amplio desahogo en la competencia entre relaciones, mociones, proyectos de tesis, resoluciones, todo sometido a una disciplina formal que establece la obediencia de una minoría de cara a la victoria de las tesis de la mayoría, salvo cambiar todo en el próximo Congreso. Esta actitud iba en dirección completamente opuesta a la que siempre ha tomado la Izquierda Comunista: tan pronto es aceptado el mecanismo democrático en la organización interna como un accidente histórico, la Izquierda Comunista tenderá a su superación desde la misma constitución del Partido Comunista de Italia.

En efecto, era superado el nivel al que la Inter-

nacional Comunista había llegado, gracias al balance dinámico de toda la experiencia que había conducido a su formación, su definición en términos de programa y de tesis fundadoras, su ampliación organizativa y su lenta e inexorable degeneración. No fue casual que solo fuerzas ligadas a la tradición teórica y política de la Izquierda Comunista italiana hallan logrado, aunque reducida a pocos elementos, no dejarse fagocitar por las adulaciones de la democracia en general, a la cual cederán en cambio todos los partidos que formaban parte de la Internacional y todas las fuerzas que se opondrán al estalinismo, incluyendo a los trotskistas. Fue el largo entrenamiento en la batalla contra la democracia, cualquiera fuese el vestido bajo el cual mimetizase, forjando militantes con capacidad para resistir a las continuas agresiones – no solo teóricas y programáticas, sino políticas y prácticas – de la contrarrevolución burguesa; con capacidad de resistir en el tiempo a la profunda derrota de la revolución proletaria y de su partido mundial, la Internacional.

Por esta razón, la lucha contra la democracia no solo sobre el plano de los principios, sino también en el plano de la praxis de partido, debía llevarse hasta sus últimas consecuencias. La ocasión histórica no fue la de 1917-1921, cuando el empuje revolucionario de las masas proletarias europeas llegaba al máximo y la Internacional Comunista apenas se había formado; no se la debía perder, desde el punto de vista programático y político, en ciclo degenerativo concluido, cuando con la segunda guerra mundial el estalinismo había mostrado definitivamente a todo el mundo su rostro contrarrevolucionario y aquellas fuerzas que luchaban en su contra (como Trotsky, la Oposición rusa, etc.) habían demostrado no poder representar el punto de fuerza para una retoma coherente e intransigente del marxismo revolucionario por culpa de sus concesiones al oportunismo y de la complicidad que había contribuido con la victoria del estalinismo en Rusia y en el mundo.

En la reconstitución del partido de clase después de la segunda guerra mundial no se trataba solamente de «reanudar el camino» interrumpido por la victoria del estalinismo sobre el comunismo revolucionario y de la contrarrevolución burguesa a nivel mundial; no bastaba «retomar» el programa del Partido Comunista de Italia y sus estatutos de 1921. Era necesario volver a pasar al tamiz todas las experiencias del movimiento comunista internacional, incluida la de la Izquierda Comunista italiana, y verificarla con los dictámenes de la teoría marxista y con los resultados históricos de las batallas de clase desarrolladas durante el curso revolucionario y contrarrevolucionario. Sacar los balances dinámicos de las victorias y derrotas quería decir sacar las lecciones sobre todo de las contrarrevoluciones, y hacer aun más inflexible e intransigente la obra de restauración teórica y la actividad de reconstitución del partido de clase. He aquí el por qué, incluso desde el punto de vista organizativo de partido, no podía

ser retomado simplemente un mecanismo que había demostrado estar demasiado expuesto al transigir con la democracia y a ser, de hecho, vehículo del principio democrático. El *centralismo democrático*, como fórmula organizativa interna, dejaba demasiado espacio a las lisonjas de la democracia cuya fuerza era dada por el impresionante aparato propagandístico de los Estados burgueses que se ufanaban de haber derrotado las «dictaduras».

En el escrito de 1922, *El principio democrático* (102), Bordiga, después de haber puesto de relieve que la teoría del materialismo histórico y dialéctico no salva a nadie de la ideología y la filosofía de las clases burguesas, por lo tanto, nada ni siquiera la *democracia*, a propósito de la utilización o no del mecanismo de democracia en el Estado proletario, afirma que no existe razón alguna que pueda hacer establecer *a priori* el concepto de soberanía de la ‘mayoría’ del proletariado». Pero precisa:

«El Estado proletario, como organización de una clase contra otras clases que deben ser expoliadas de sus privilegios económicos, es una fuerza histórica real que se adapta a la finalidad que persigue, es decir, a la necesidad por la que ha nacido. En un determinado momento esta podría tomar impulso de las más vastas consultas de masa como el de la función de organismos ejecutivos superrestringidos con plenos poderes; lo esencial es que a esta organización de poder proletario se den los medios y herramientas para abatir el privilegio económico burgués y las resistencias políticas y militares burguesas, para de esta manera preparar luego la desaparición misma de las clases, y las modificaciones cada vez más profundas de la misma tarea y su estructura». No se atribuye ninguna virtud intrínseca a esta o aquella forma de organización o representación, pero esto se traduce en una tesis marxista fundamental «que puede enunciarse de la siguiente manera: *la revolución no es un problema de formas de organización*. La revolución es por el contrario un problema de *contenido*, esto es, de movimiento y acción de las fuerzas revolucionarias dentro de un proceso continuo, que no se puede teorizar cristalizándolo en diversas y vanas tentativas de una inmóvil ‘doctrina constitucional’» (103).

El rechazo a los apriorismos es todavía más claro en ese «factor de primerísimo orden, el *partido político*, cuyo contenido sobrepasa de lejos la pura forma organizativa, y cuya conciencia y voluntad colectivas operantes permiten implantar el trabajo según las necesidades de un largo proceso que avanza incesantemente. El partido político es el órgano que más puede aproximarse a los caracteres de una colectividad unitaria, homogénea y solidaria en la acción» (104). Por ello, el principio mayoritario, si no debe ser doctrina constitucional para el Estado proletario, tanto menos debe serlo para el partido comunista que tiene la tarea histórica de dirigir el Estado proletario y todo el largo proceso que avanza incesantemente hacia la desaparición de las cla-

ses y, por tanto, del mismo Estado de clase.

«El criterio democrático – continua Bordiga en su escrito de 1922 – es hasta el presente un *accidente material* para la construcción de nuestra organización interna y para la formulación de los estatutos del partido: no es la plataforma indispensable. He aquí por qué nosotros no erigiremos en principio la conocida fórmula del ‘centralismo democrático’. La democracia no puede ser para nosotros un principio, mientras que, indudablemente, el centralismo lo es, porque las características esenciales de la organización del partido deben ser la unidad de estructura y de movimiento. El término centralismo basta para expresar la continuidad de la estructura del partido en el espacio; y para introducir el concepto esencial de la continuidad en el tiempo, es decir, en el objetivo al cual se tiende y en la dirección en la cual se avanza hacia los sucesivos obstáculos que deben ser superados, es más, ligando estos dos conceptos esenciales de unidad, nosotros propondríamos decir que el partido comunista funda su organización sobre el *centralismo orgánico*» (105).

Nos encontramos, pues, con la cuestión del contenido: el partido proletario de clase debe responder a dos conceptos esenciales de unidad: continuidad en el espacio y continuidad en el tiempo; la fórmula del centralismo democrático no traduce el concepto de continuidad en el tiempo si no en la parcialidad de una mayoría pasajera y casual, mientras que el término orgánico es mucho más preciso porque consolida la homogeneidad y continuidad en la acción y en el tiempo. Que el tema no estuviese confinado solo a 1922 o a las elucubraciones de Bordiga, se demuestra con el hecho de que en 1951-52 se ha vuelto a presentar en los mismos términos, con el agravante de una democracia que había obtenido una victoria aplastante, y que por ello debía ser combatida en todos los planos con más fuerza e intransigencia todavía.

El grupo de Damen no esperaba deshacerse del mecanismo democrático e insistía constantemente en que el partido resolviese sus disenciones en un Congreso en el cual las diferentes tesis o interpretaciones se enfrentasen y donde los militantes presentes votaran; habrían pasado las tesis más vota-

(102) Ver A. Bordiga, *el principio democrático*, en «Rassegna comunista», año II, n° 18 del 28.2.1922, recogido después en el folleto de partido intitulado *Partido y clase*, Ed. il programma comunista, Nápoles 1972, pp. 19-63. En francés con el mismo título, en el volumen n° 2 de la serie «los textos del partido comunista internacional» *Partido y clase*, París, 1975.

(103) Ver en *Partido y clase*, *El principio democrático*, cit.

(104) *Ibidem*, p. 59.

(105) *Ibidem*, p. 63. Sobre el tema ver también el opusculo *El centralismo orgánico. En la línea de las batallas de clase de la Izquierda comunista*. Reprint il comunista, Milán, septiembre 2008.

das, no necesariamente las más correctas desde el punto de vista marxista. En los hechos, esto demostraba que la forma les importaba más que el contenido. Motivo ulterior para la inevitable escisión.

La reconstitución del partido de clase no podía basarse sobre tesis contrapuestas y tampoco basarse simplemente en la voluntad militante de formar el partido. El intento que las fuerzas de la Izquierda Comunista italiana hicieron a partir de 1943, en cierto sentido proseguía la experiencia de la Fracción en el Extranjero, pero buscaba superarla puesto que, refiriéndose al viejo PCI, «nada podía esperarse del viejo PCI que, caracterizado por sus fuertes vínculos con la clase obrera, hacía de la defensa de un centro del imperialismo [la URSS, *NdR*] la razón de su existencia» (106). Era justo un intento, a través del cual el contenido fundamental del partido de clase – sus tesis fundamentales basadas en el balance dinámico de la revolución y la contrarrevolución, que desciende directamente de la restauración de la teoría marxista – debía delinarse de manera clara y compartida de manera que permitiera la formación de una organización de partido homogéneamente sólida con capacidad para trazar un recorrido unitario para todas las fuerzas del partido presentes y futuras.

«Praxis y teoría se funden en la acción política», afirma «battaglia comunista» (107), «no bajo el empuje de factores ocasionales, ni mucho menos para abreviar eventuales ansias ‘activistas’, sino como síntesis del análisis de la realidad en su movimiento y modificación continuos según las leyes del materialismo dialéctico».

«La ‘fusión’ en la ‘acción política’ de praxis y teoría no es un resultado automático, y no sucede solo porque el partido lo quiere; ocurre a condición de que la praxis sea la aplicación coherente y dialécticamente fundada de la teoría, por ello es el resultado de una actividad específica del partido, seguramente no ocasional y no empujada por ansias activistas. No es tanto una cuestión de ‘análisis de la realidad’, sino al contrario una cuestión de ‘elaboración histórica general’ que solo el partido es capaz de producir por el hecho irresistible que ‘visión crítica y teórica y voluntad de acción’ – la famosas conciencia de clase y voluntad de acción – son patrimonio exclusivo del partido de clase y nunca de militantes individuales (108). Y esta ‘aplicación’ consiste en el hacer vivir, en la realidad concreta, la acción del partido que tiene la tarea de transformar el programa histórico del comunismo revolucionario en acción de clase en la realidad histórica dada. ¿La realidad histórica es contradictoria? Ciertamente, pero no basta decir que es contradictoria para ser ‘dialécticos’; es necesario vincular las contradicciones de la realidad social a un método interpretativo ya dado – la teoría marxista – y actuar en la realidad siguiendo una dirección y un método de acción determinados no solo por la teoría (que prevé todo el arco histórico del paso revolucionario de la sociedad de clase a

la sociedad sin clases), sino también de los balances dinámicos provenientes de la experiencia histórica de la lucha de clase proletaria, de las revoluciones y contrarrevoluciones.

La constitución del partido de clase es un acto de voluntad, cierto, pero no por elementos individuales *conscientes* que lo integran; el partido, como se remacha en nuestras tesis, no surge de la «genialidad o valor de un jefe o de una vanguardia» (109), es más bien un *producto* de la historia, antes de ser un factor de esta; depende pues de las condiciones generales de lucha. Las condiciones prácticas para su constitución y, sobre todo, para su mejor correspondencia con las características de homogeneidad, unicidad y solidaridad en la acción, son dadas por el trabajo de estudio y balance de los hechos históricos objetivos a la luz de la teoría marxista, incluyendo el curso degenerativo de la Internacional Comunista. En síntesis, era necesario volver a trazar el planteamiento de base sobre el cual desarrollar el trabajo de restauración teórica del marxismo y de su órgano revolucionario por excelencia, el partido de clase. No se debía tener prisa, la situación que se presentaba a finales de la segunda guerra mundial no era para nada parecida a la de la primera posguerra, no era ni revolucionaria ni pre-revolucionaria. Las fuerzas de la Izquierda Comunista debían tomarse todo el tiempo necesario para reconquistar el patrimonio teórico, programático y político del marxismo con el fin de volver a colocar las bases para la constitución del partido, privilegiando la certeza y la intransigencia teórica y un trabajo «con carácter de partido» lo más coherente y orgánico posible.

No es casual, en efecto, que el mismo programa del Partido Comunista de Italia de 1921, precisamente el que se tomará como base, debía ser integrado, sin variar en nada la dirección revolucionaria que lo había generado en plena sintonía con el programa de la Internacional Comunista, aportándonos no obstante los puntos necesarios para una más clara definición de la situación del mundo capitalista y del movimiento obrero después de la segunda guerra mundial (definición derivada del análisis de la situación concreta).

En esta integración se establece con más firmeza la actitud antipacifista, anti-evolucionista y anti-progresista del partido respecto al devenir burgués, así como la actitud de rechazo respecto al método de las alianzas, aunque fuesen con fines transito-

(106) Cfr. Onorato Damen, *Escritos selectos*, Edizioni Prometeo, Milán, ottobre 2000, p. 16.

(107) *Ibidem*.

(108) Cfr. *La inversión de la praxis en la teoría marxista*, informe a la reunión de Roma del 1° de abril de 1951, publicado en el «Boletín Interno», n° 1, 10 de septiembre de 1951, luego reunido y publicado como *Partido y clase*, ed. il programma comunista, abril de 1972, p. 121.

(109) *Ibidem*, p. 121.

rios, con partidos burgueses, sectores medios, pseudo-obreros y reformistas; allí se insiste sobre la firme autonomía política y organizativa del partido de todo poder político y militar, mucho más frente a una situación mundial general en la que las guerras imperialistas han confirmado la inevitabilidad de la crisis de disgregación del capitalismo a niveles cada vez mayores. En estas se redefine la calidad primordial del Estado proletario, «cuyo aparato es un medio y un arma de lucha en un periodo histórico de transición», por lo que «no extrae su fuerza organizativa de modelos constitucionales y esquemas representativos», tomando de la revolución rusa del Octubre 1917 el máximo de experiencia realizada por la dictadura proletaria ejercitada por el Partido Bolchevique en términos no tanto de «construcción» de los débiles elementos de «socialismo», sino de destrucción de las resistencias burguesas y contrarrevolucionarias internas y externas. En ellas se remacha, además, la posición marxista según la cual la obra de transformación económica y social no es posible en un solo país, mientras que necesario es afianzar la defensa de la victoria revolucionaria en el país que la ha realizado, y del Estado proletario erigido sobre esta, «en una permanente coordinación de la política del Estado obrero con la lucha unitaria internacional del proletariado de cada país contra su burguesía y su aparato estatal y militar, lucha que no cesa ni en la paz ni en la guerra, y mediante el control político y programático del partido comunista mundial sobre los aparatos del Estado en el que la clase obrera ha tomado el poder» (110).

El programa del partido es precisamente el resultado de esta labor de integración vinculado a la restauración de la teoría marxista y a las batallas de clase de la Izquierda Comunista. El programa del partido no es una bandera que se enarbola en las grandes ocasiones; es la síntesis de lo que el partido de clase persigue, de los objetivos y medios que el partido se da para que el curso revolucionario histórico de la lucha del proletariado tenga éxito, y de los fines últimos del comunismo. Es un punto de referencia indispensable y firme a utilizar constantemente en toda la actividad de partido, bien sea teórica, programática, política, táctica u organizativa. No utilizarlos de este modo equivaldría a ponerlo en la buhardilla, es decir, no sentirse vinculados ni en la actividad de estudio y elaboración ni en la actividad práctica cotidiana.

No es por azar que «battaglia comunista» no haya hecho suyo el programa del partido presentado en la reunión General de Florencia del 8-9 de diciembre de 1951 (111). En el fondo, el grupo de Damen rechazaba asignar, por ejemplo, al partido de clase el rol que el programa del partido preveía: el ejercicio de la dictadura proletaria, el control político y programático de los aparatos del Estado proletario. Alérgica a un partido fuertemente centralizado, férreamente disciplinado en el ejercicio del poder en

el que a su realización es llamado el proletariado a través de los órganos más apropiados (como por ejemplo los soviets, provenientes de la experiencia de la dictadura proletaria en Rusia), «battaglia comunista» termina por abrazar las tesis que caen en una especie de obrerismo aristocrático, confiando al partido solamente un rol de iluminador de las conciencias, lejos de todo poder ejecutivo.

En su opúsculo de 2001 (112), intitulado *Qué somos, de dónde venimos, qué queremos*, no se encuentra ninguna huella del rol del partido en la dictadura proletaria. Por otra parte, cuando en las primeras páginas, sin medias tintas se afirma que «quien sobrevive solo de su sudor, quien sufre, quien no tiene futuro ni para sí, ni para sus hijos, es decir, el proletariado (...) deberá batirse, primero con la denuncia y la crítica inflexibles y luego con la práctica y la lucha, para conquistar ese poder que nadie podrá aceptar espontáneamente o a través del conteo de manos alzadas» (113). ¿Qué debemos esperar entonces cuando hablan de la dictadura proletaria? ¿Si primero viene la conciencia de clase y después la acción, para qué sirve el partido de clase?

El proletariado, ya consciente de la lucha y de sus metas, en este punto puede construir o no el «partido de clase», o, al contrario, puede tener a su disposición uno o más «partidos» que «aconsejan», y aceptar o no sus «consejos»; en suma, «el proletariado» decidirá cuándo, cómo y en qué medida utilizar los «consejos» que el o los partidos comunistas quieran dar... *El proletariado* es considerado como una unidad homogénea, sólida, en posesión de conciencia histórica de clase, capaz de voluntad de acción: en resumen, lo que el marxismo, y por supuesto la Izquierda Comunista ha afirmado históricamente para el partido de clase, «battaglia comunista» lo transfiere palabra por palabra al proletariado. Lo

(110) Ver *El programa del partido comunista internacional* que viene como apertura en las «Tesis características del partido», diciembre de 1951, que no es sino el programa aprobado en el congreso de Florencia de 1948 del Partido Comunista Internacionalista. Este programa es el que el partido, desde la escisión de 1952, ha hecho suyo y que, a partir de la crisis explosiva de 1982-84, nosotros publicamos sistemáticamente en nuestra prensa, en diferentes lenguas.

(111) Ver las *Tesis características del partido*, diciembre 1951, tesis que Damen y compañía contestarán, insistiendo al contrario en la organización de un Congreso (que habría sido el segundo después del de Florencia de 1948 en el que las diferentes fuerzas que se reclamaban de la Izquierda Comunista, y que provenían de la Fracción en el Extranjero, habrían medido en forma organizada sus convergencias y divergencias) en el que pudiesen enfrentar su texto al texto de las «tesis características». Los «damenistas» tendrán este congreso después de la escisión, en 1952.

(112) Cfr. *Quiénes somos, de dónde venimos, qué queremos*, Ediciones Prometeo, diciembre 2001.

(113) Cfr. *Quiénes somos, de dónde venimos, qué queremos*, Ediciones Prometeo, cit., p. 8.

transfiere hacia aquella parte de la sociedad capitalista que, en cuanto *clase para el capital*, ha demostrado históricamente no poder reducir la influencia determinante y de guía del partido de clase para salir de los límites de la lucha económica inmediata poniéndose como fuerza activa y desbordante en el terreno de la lucha por el poder político central, sino sobre todo para la efectiva conquista del poder, para su defensa y transformación económica y social de la sociedad en el ámbito de una lucha internacional entre los proletarios y las burguesías de todos los países cuya duración es previsible en términos de décadas. ¡Tanto reclamarse de Lenin, del marxismo, de la Izquierda Comunista, para luego sin mediar palabra deshacerse del partido de clase!

Si esta es la idea que «battaglia comunista» tiene del partido de clase, ¿qué idea puede tener del Estado proletario?

«El proletariado debe asumir el poder político, sustituyendo con los organismos que le son propios (nuevas formas y nuevos contenidos) todos los centros y aparatos de gestión, administrativos y represivos en los cuales se materializa el poder del capital» (114). Lo que se puede traducir de la siguiente manera: el Estado burgués, más todos sus centros y aparatos gestionarios, administrativos y represivos es *eliminado y sustituido* por otro aparato que no será ya «propriadamente un Estado como el burgués» sino que será una especie de «semi-Estado proletario»; se pasaría del Estado burgués al semi-Estado proletario que deberá desarrollar (115) «en la más simple de las modalidades (!?) las operaciones de registro, inscripción y control necesarios en el periodo de paso al comunismo»!

Entonces, se prefiere no hacer ninguna afirmación cristalina, inequívoca, indiscutible acerca de la necesidad de abatir violentamente el Estado burgués para destruirlo completamente, incluyendo sus centros y aparatos gestionarios, administrativos y represivos, y erigir sobre sus ruinas el nuevo Estado proletario guiado por la dictadura proletaria a su vez ejercitada solamente por el partido comunista revolucionario. Ninguna señal de destrucción del ejército burgués y de la formación del ejército rojo, de la guerra revolucionaria en defensa permanente del Estado proletario erigido, repitamos, sobre las ruinas del Estado burgués del que nada servirá – ni de «gestionarias», ni de «administrativo», ni de represivo – para construir la máquina estatal proletaria. Las tareas del Estado proletario, sus funciones, los métodos aplicados serán totalmente dirigidos a la defensa revolucionaria del poder, en apoyo de la lucha proletaria y revolucionaria internacional contra toda burguesía; pues métodos, funciones y tareas dirigidas al derrumbe del poder capitalista en todo el mundo para abrir la vía a la integral transformación económica y social de la sociedad.

Mientras quede en pie un solo centro capitalista importante, el Estado proletario deberá necesariamente ser utilizado en toda su potencia no solo polí-

tica, sino militar y terrorista hasta que el último baluarte del capitalismo sea abatido. Al mismo tiempo, en los territorios conquistados por la revolución proletaria y la dictadura de clase, ¿se podrá comenzar a introducir elementos de transformación económica y social hacia el socialismo, y por supuesto hacia el comunismo integral? Por supuesto, a medida que las resistencias políticas, militares y económicas del capitalismo vayan, para usar un término caro a «battaglia», menguando concretamente, dentro de los territorios conquistados por la revolución como fuera de ellos.

«Battaglia comunista», obviamente, no podía dejar de tratar la dictadura proletaria sino con la misma visión romántica y *proletarista*.

Después de haber pronunciado el canónico acto de fe: «La emancipación del proletariado no podrá ser obra sino del proletariado mismo», frase que puede ser interpretada de muchas maneras tal como lo han demostrado durante años las diversas agresiones oportunistas al marxismo, «battaglia comunista» no deja escapar la oportunidad para de pronto subrayar su pensamiento fundamental: «el cual (proletariado) no delega a nadie sus tareas políticas, no sin dejar de reconocer la necesaria guía política ejercida por el Partido en el que se reúne la vanguardia revolucionaria del proletariado» (116).

Todo se da por descontado: así como el partido reúne a la vanguardia revolucionaria del proletariado, el proletariado debe reconocer necesariamente el rol de «guía política», pero al mismo tiempo no delega sus tareas políticas a nadie, ni siquiera a su vanguardia que se organiza en partido, tareas que son tareas políticas, que van de la preparación revolucionaria en el enfrentamiento con las otras clases de la sociedad por la conquista del poder, del derrumbe de toda la maquinaria estatal burguesa a la estabilización del nuevo poder proletario y a la formación del Estado proletario, a la formación del ejército rojo, a la defensa del poder conquistado contra toda reacción contrarrevolucionaria interna y externa, al apoyo de la lucha proletaria y revolucionaria en los otros países para que la victoria revolucionaria se expanda por el mundo entero, al comienzo de la transformación económica y social, en los sectores en que la lucha revolucionaria internacional haga posible su intervención. Todo esto, según «battaglia comunista», el proletariado lo sabe ya, tiene ya su conciencia, por tanto, no necesita delegar sus tareas políticas revolucionarias al partido de clase.

Ahora bien, según el marxismo, el partido es el único órgano de la revolución proletaria que posee la conciencia de clase del proletariado, las finalidades últimas de la lucha de clase y revolucionaria, el que tiene la tarea de importar esta conciencia (la

(114) *Ibidem*, p. 29.

(115) *Ibidem*, p. 30.

(116) *Ibidem*, p. 29.

teoría) en la clase para influenciar su fracción determinante en la lucha anticapitalista y que tiene la responsabilidad histórica de influenciar, organizar, guiar y dirigir la revolución proletaria hasta sus últimas finalidades, echar abajo el capitalismo en todo el mundo, partiendo del país o de los países en que la revolución proletaria venza primero.

Pero para «battaglia comunista», el partido de clase no es el órgano de la revolución proletaria sino su *instrumento*, un instrumento en manos del proletariado, una especie de espejo que refleja su «conciencia» y que, por la propiedad de transmitir imágenes reflejas, ayuda al proletariado a verse como es, a darse cuenta de su realidad. ¡De verdad, qué bello fin para el partido de Marx y Lenin!

Por la idea que «battaglia» tiene del partido, se comprende por qué nunca ha logrado comprender la contradicción dialéctica, formulada por Bordiga en aquella época, entre partido *histórico* y partido *formal*, donde por histórico se entiende teoría marxista invariante, que no caduca, a tomar o dejar en bloque; y que por formal se entiende organización física de militantes que actúan en situaciones dadas y que por esto está sometida a las agresiones de las fuerzas del oportunismo, por lo tanto no está exento de desviarse y degenerar, cosa que no puede sucederle a la teoría científica del marxismo.

Para «battaglia comunista», el proletariado no tiene necesidad del partido de clase como lo dicta el marxismo y las confirmaciones de la Comuna de París, la revolución de Octubre y las lecciones extraídas por Marx, Engels y Lenin de todo el curso histórico del movimiento del proletariado y del movimiento comunista. Dice reclamarse de la Izquierda Comunista italiana, de encarnar su continuidad, jura por el marxismo y las tesis de los primeros dos congresos de la Internacional Comunista – mira qué casualidad, puesto que es allí donde se define sin ninguna sombra de duda el rol del partido comunista en la revolución y en la dictadura proletaria –, pero cuando se trata de afirmar nitidamente los trazos distintivos del partido de clase – por lo tanto, de la dictadura del proletariado – «battaglia comunista» enreda los argumentos y las palabras y se refugia en generalizaciones, en la confusión, en el agua turbia en que todos pueden pescar. Pero lo que le corta la cabeza al toro es esta simple afirmación: «*La conquista del poder no podrá ser sino revolucionaria, y tendrá que ser internacional, más cuando los intereses en juego corresponden al proletariado mundial*» (117).

Es como decir: o existen las condiciones para que la conquista del poder suceda simultáneamente en todos los países a la vez o en su gran parte, o la conquista del poder no podrá y no deberá ni siquiera ser intentada; se requiere una especie de «garantía» de la historia: o estas condiciones a nivel mundial son favorables a la conquista internacional del poder, o bien no se hace nada!

Espantada por la dictadura estalinista, «battaglia

comunista» se precipita a decir que «la dictadura del proletariado», naturalmente... con el poder internacional conquistado..., «no significa de alguna manera el poder absoluto de cualquier minoría iluminada (ver estalinismo) sobre la mayoría»: esto es risible, si debe escoger entre mayoría y minoría, «battaglia comunista» se decide sistemáticamente por la *mayoría*, que después, en la realidad de las cosas, visto que la conquista internacional del poder es prácticamente imposible, es como escoger una mayoría imaginaria, ficticia, completamente irrealista. Es una idea que se abandona al miedo de la realidad material por lo que es, para no asumir ninguna responsabilidad real, concreta, verificable frente al proletariado que, en palabras, viene elevado a demiurgo, pero en los hechos es equiparado a una masa impotente y gelatinosa sin futuro.

Como «battaglia» tiene que decir algo sobre la dictadura del proletariado, describe lo que, según sus decires, son sus características: «Organismos como los Soviets, los Consejos obreros, presentes en la experiencia del Octubre ruso, serán los instrumentos a través de los cuales se realizará la dictadura proletaria». ¡Menos mal que la revolución no es una cuestión de organización! Sin embargo, lo que de verdad desaparece de este horizonte es el partido comunista revolucionario, ¡el órgano de clase consagrado al ejercicio de la dictadura y a dirigir el Estado proletario! «Dictadura del proletariado significa ningún bloque político con otras clases además de la supresión de todo derecho a los grupos sobrevivientes de la burguesía, para vencer toda su resistencia a la desaparición definitiva de una clase explotadora y privilegiada». ¿Basta entonces *suprimir por ley* todo derecho a los burgueses para vencer todas sus resistencias? ¿Entonces el ejercicio de la violencia por parte de la dictadura proletaria, el terror rojo de Marx, Lenin, Trotsky deben ser considerados como un paréntesis histórico que ahora se cierra y que nunca se repetirá? «La dictadura del proletariado – continúa el texto – será entonces abiertamente declarada y no enmascarada como la que hoy práctica la clase burguesa, y tendrá el preciso objetivo de vencer [con qué armas?!, *NdR*] toda resistencia contrarrevolucionaria y proceder a la aplicación de medidas políticas y económicas en dirección al comunismo»: frases, nada más que frases, puesto que declarar la dictadura de clase sin aplicar la coerción, la fuerza y el terror rojo, es como ir a la guerra completamente desarmados. «La dictadura del proletariado y el semi-Estado proletario no deberán ni reforzarse ni potenciarse en cuanto tales; deberán debilitarse hasta desaparecer en la nueva sociedad ya sin clases ni desigualdades sociales» (118);, y aquí «battaglia» de nuevo propone su íntimo terror del poder: ¡dictadura sí, pero en pa-

(117) Ibidem, p. 29.

(118) Ibidem, pp. 29-30.

labras; sí, pero impotente! Era más sencillo declarar abiertamente su rechazo a la dictadura proletaria, visto que ha vaciado completamente su contenido de clase, revolucionario y comunista. El problema de la extinción del Estado, como recuerda Engels en su *Anti-Dühring*, no es un problema formal que se resuelve a través de un paso que «battaglia» imagina de la manera siguiente: de Estado proletario, a semi-Estado proletario, a semi-Estado proletario que se deteriora hasta su desaparición. Esta visión de la *decadencia* del Estado proletario (y de su dictadura) lleva a «battaglia» a justificar la desaparición del partido en el ejercicio de la dictadura, la ausencia del terror rojo, la ausencia de la lucha revolucionaria armas en la mano por la conquista del poder en todos los países del mundo (en su decir, la «toma del poder» no puede ser sino «internacional», excluyendo que esto pueda pasar incluso en un solo país) y a negar mantener esta dictadura en un solo país poco importa si durante 50 años – como reivindicaba Trotsky a la cara de Stalin en 1925. En resumen, el grupo de «battaglia comunista», imagina que de la «conquista internacional del poder por parte del proletariado mundial» se pasa al «semi-Estado proletario que se debilita y se extingue», haciendo emerger la sociedad sin clases; la «dictadura proletaria» serviría solo a quitar los derechos a los «grupos sobrevivientes de la burguesía», y todos los tacos del bello mosaico irían voluntariamente a someterse.

Estas conclusiones se hicieron más claras para los mismos «damenistas» solo después de la escisión de 1952, pero los antecedentes existían ya. Las poses activistas, la demagogia de sus consignas, la forma artificiosa de la estructura alambicada que querían dar al partido a base de comités electivos y la comezón electoralista y parlamentarista (que luego con el tiempo perderá), eran actitudes prácticas que ocultaban distorsiones particularmente profundas no solo de las posiciones de la Izquierda Comunista, sino del marxismo mismo.

En efecto, lo que exasperaba a los «damenistas» era el hecho de que el partido formal debía asegurar coherencia y disciplina teórica y práctica con respecto a la teoría marxista y a las tesis que el partido se daba sobre la base de los balances dinámicos de las situaciones históricas significativas, de las revoluciones y contrarrevoluciones como siempre hacíamos hincapié.

¿Jurar fidelidad al marxismo? Sí, pero al mismo tiempo querían tener las manos libres para «interpretar», hacer valoraciones, cambiar de posición y de táctica según las situaciones. ¿Jurar fidelidad a la Izquierda Comunista italiana? Sí pero querían liberarse de todo para actualizar, quitar, poner, modificar las tesis fundamentales, y agregar o no otros grupos políticos según como vinieran las cosas.

La idea que los «battagliini» tenían, y tienen, del proceso de formación del partido aclara bastante el problema. Ellos entendían este proceso de formación como proceso de *agregación* de núcleos con

orígenes dispares, cuyas deficiencias serían compensadas recíprocamente (tal como el intento, en los años Cincuenta, de crear un «trébol de cuatro hojas», por medio de la fusión de cuatro grupos diferentes, incluyendo a los trotskistas; o la formación en años más recientes de un Buró Internacional donde diversos grupos se agregan gracias a un trabajo de limadura constante de las posiciones de cada uno). Los «battagliini» confundían lo que es la necesaria extensión de la influencia del Partido en las grandes masas, irrealizable sin el gradual acercamiento a estas, en fases avanzadas de lucha, de proletarios con afiliaciones políticas heterogéneas pero empujados por determinaciones materiales comunes, con el proceso *orgánicamente homogéneo* de germinación del Partido de sus bases programáticas y organizativas y, primero que nada, teóricas. Un poco como concebir la táctica del frente único proletario como sustitutiva (viejo error) de la génesis del órgano político *unitario* en cuanto futuro polo de atracción y cristalización de estratos más o menos vastos de la clase – dos términos que se *integran*, pero a condición de que no se *confundan*.

Se comprende, además, por qué «battaglia comunista», en los años posteriores a la escisión de 1952, llega a acusar a Bordiga y a los «bordiguistas» de haber «tardado» demasiado en constituir el Partido Comunista de Italia. Según los «damenistas», su constitución ha debido adelantarse ya en 1919, durante el Congreso de Bolonia del Psi; acusación esta, similar a aquella póstuma que harán los estalinistas, en 1957, a la Fracción Abstencionista cuando inculparon a la Dirección del PSI, a la dirección de la CGL y a la Fracción Abstencionista de no haber ampliado el movimiento de lucha obrera de los años 1918 y 1919. Ciertamente, las motivaciones a la acusación entre estalinistas y «battagliini» eran diferentes: los estalinistas eran empujados por su tradicional rencor frente a la Izquierda Comunista, falseando los hechos y la historia hasta alejar de sí mismos los graves golpes de la traición de la causa revolucionaria; los «battagliini» en cambio estaban empujados por su voluntarismo demagógico incapaz de considerar todos los elementos objetivos de la situación de entonces como la batalla teórica y política sostenida vigorosamente por la Fracción Abstencionista y su periódico «il Soviet». A esta batalla teórica y política los maximalistas – revolucionarios de palabra y oportunistas en los hechos – no darán ningún apoyo, contribuyendo de esta manera – en nombre de una ficticia «unidad del partido» – a prolongar en el tiempo la actividad contrarrevolucionaria de la derecha y a mantener una gran confusión a ojos de las grandes masas. Pero, como muchas veces acaece a los voluntaristas, los «battagliini» estaban convencidos de que, en aquellos años cruciales de gran tensión social y política, era suficiente mostrar la «voluntad» de separarse de las corrientes oportunistas para obtener éxito entre las grandes masas.

En 1952, nos acusarán de ser «hermanos trap-

pistas», talmúdicos y fatalistas y, posteriormente, epígonos de un bordiguismo peyorativo. Jamás comprenderán que no se trataba de «bordiguismo», sino de mantener una coherencia no formal de contenido con el marxismo y aquellos que no lograron identificarse con esta lucha, aun estando cercanos al partido o a sus militantes, caerían inevitablemente en el oportunismo típico de los revolucionarios de la frase. De hecho, data de esa época la obra de restauración teórica de reconquista del patrimonio de las batallas de clase de la Izquierda Comunista, con la finalidad de dotar al movimiento de las armas teóricas y prácticas en aras de que el partido se constituyera sobre bases orgánicas y unitarias. El marxismo edulcorado hecho suyo por «battaglia comunista» simplemente ha producido una enésima versión actualizada de una teoría que, al contrario, tiene como característica fundamental la invarianza.

LA FORMA CONTRA EL CONTENIDO

Desde la escisión, el grupo de Damen siempre acusó a Bordiga y compañía de haber querido destruir el partido en lugar de aceptar la discusión de las tesis en un congreso; en realidad jamás han comprendido que las formas de organización debían corresponder con el contenido del programa del partido, y no a la inversa. Hacer depender el contenido del programa del partido, y por tanto de su táctica, de determinadas formas de organización significa simplemente darle prioridad absoluta no a la teoría, el programa, a las tesis fundantes y vinculantes del partido, sino al criterio democrático que es la forma que corresponde mejor a la defensa ideológica y práctica de la conservación social, de la que al final son completamente esclavos. El partido, como remachaba hasta la náusea la Izquierda Comunista, se forma desde lo alto y desde la base. El problema era dar bases sólidas al partido, bases teóricas y programáticas. No será nunca un Congreso, en el cual compiten varios programas y tesis, lo que dará homogeneidad de teoría y programa al partido, aun cuando ya el programa y la teoría del partido estén históricamente dados y restablecidos después de que el estalinismo los había destruido. Todos aquellos que alteran su invarianza no hacen sino introducir en el programa y la teoría elementos degenerativos que, antes y después, como un cáncer, disgregan completamente la misma organización cuya... unidad se jura querer salvar.

Una demostración patente de esta sujeción la da el grupo de Damen no solo con respecto al tan magnificado Congreso, sino también respecto a la cuestión de la pertenencia del periódico del partido, «battaglia comunista» precisamente, y de la revista «Prometeo», ambos órganos del partido.

Para publicar legalmente un periódico, la ley burguesa obliga a que su cabecera (la llamada «em-

presa periodística») tenga un propietario que responda frente a la ley de toda situación administrativa ligada a la actividad de fabricación y difusión de la cabecera. Obliga además a que haya un «director responsable» inscrito en el colegio de periodistas, que responda del contenido de esa cabecera. El periódico de partido, siendo el órgano central de la organización y la voz del partido no solo interna sino externa, asume inevitablemente un peso determinante en toda la actividad del partido: organizador colectivo, como decía Lenin, que difunde posiciones y directivas de acción, tanto a sus militantes como a sus simpatizantes. El partido, estando reducido a su mínima expresión desde el punto de vista numérico, debe necesariamente tener un periódico a través del cual sostener y demostrar su línea, criticar las posiciones de sus adversarios, integrar las diferentes fuerzas y la capacidad del partido, dar continuidad en el espacio y el tiempo a la actividad de partido: lo definimos *órgano*, y no «instrumento», precisamente por esta característica suya de continuidad en el espacio y en el tiempo.

Obviamente, los desacuerdos que se generan en el partido deben necesariamente involucrar a su órgano de prensa a través del cual las cuestiones son afrontadas y clarificadas. Como siempre ha sido en la tradición de la Izquierda Comunista, el órgano de prensa del partido no puede transformarse en una tribuna en la que cada quien pueda sostener *sus* convicciones, personales o grupales. En tanto que órgano del partido y de sus indicaciones para la lucha. Sin embargo, es inevitable que frente a disputas muy fuertes, significando que las tesis generales, las posiciones y la praxis del partido, no son suficientemente compartidas por todos sus miembros, esto genere una lucha que tiene dos salidas: o la fuerza de la clarificación política es tal que haga que sus aspectos más espinosos sean resueltos y la organización recupera su disciplina y su homogeneidad sustancial, o el empuje centrifugo es más fuerte y entonces se produce la inevitable ruptura. La forma que tome la ruptura no es predeterminable, por muchos artículos de estatuto que se puedan escribir, dado que depende – así lo quieran o no los «battaglini» – de los contenidos, y no de las formas, de las divergencias. En el caso del grupo de Damen, las divergencias en el plano organizativo versaban sobre el uso o no del criterio democrático dentro del partido, del criterio consistente en dar a la mayoría de las opiniones de los compañeros el primado sobre el contenido de las tesis.

Sin embargo, frente a un tenaz rechazo a aceptar el criterio democrático como criterio básico para la organización, expresado por una parte del partido (Bordiga, Maffi, Perrone, Faggione, Danielis, Bibbi, Piccino, Zecchini, etc.), el grupo de Damen (Damen, Bottaioli, Lecci, Ferragni, Sefanini, etc.), no convencido de las argumentaciones cuyo ejem-

plo ha sido dado por la correspondencia entre Onorio y Alfa (119), infringe la disciplina centralista organizando prácticamente una especie de fracción interna (correspondencia horizontal, encuentros, reuniones, envío de circulares) dando como pretexto el de representar la «mayoría» en el partido. La disensión no era ya solo a nivel de concepciones y posiciones, sino que cada vez más se traducía en una verdadera actividad fraccionalista, por tanto, anticentralista.

El azar quiso que el compañero encargado de dar la cara como «propietario» de la cabecera del periódico estuviese de acuerdo con las posiciones de Damen y con las actitudes anticentralistas. Cuando Damen y compañía deciden que la actividad de fracción desarrollada en año y medio estaba madura para la escisión, se dirigirán al tribunal burgués para quitarle el control a lo que todavía se llamaba Comité Ejecutivo de los órganos de prensa del partido: el periódico «battaglia comunista» y la revista «Prometeo». El primer paso fue el pedido de secuestro del periódico; como la justicia no retuvo lo del secuestro, dieron un segundo paso: conminar, a través de una disposición del tribunal que el control del periódico sea devuelto al «legítimo propietario comercial».

Y así fue. El centro del partido, apoyado por la parte sana del partido, en perfecta coherencia con la tradición de la Izquierda Comunista, se negó a debatir en el tribunal burgués cuál tendencia política debiese tener el control del periódico; aceptó las decisiones del tribunal que exigió «restituir» al «legítimo propietario» su «propiedad comercial», y organizó la salida de otro periódico – que tomó el nombre de *programma comunista* – a través del cual dar continuidad tanto de contenido como organizativa al trabajo de partido, en particular sobre el terreno de la restauración de la teoría marxista, sus balances dinámicos de la revolución y la contrarrevolución y sobre el enfoque de las cuestiones que se encontraban en el centro de las divergencias con el grupo de Damen al cual haremos referencia de ahora en adelante tomando el nombre del periódico que quedó en sus manos, «battaglia comunista».

En su primer número, 24 de octubre - 6 de noviembre de 1952, y en los dos siguientes, «programma comunista», reivindicando justamente una continuidad que el grupo de Damen había roto, sale con un aviso al lector que decía:

«Aclaremos a los lectores que el cambio ya anunciado en la cabecera del periódico, que de *Battaglia Comunista* pasa a ser *Il programma comunista*, no se debe a nuestra iniciativa, sino a una acción judicial coactiva de cuya proveniencia no vale la pena señalar. Tratando de hacer valer contra el partido, contra su continuidad ideológica y organizativa y contra su prensa y, bien entendido, después de haberla sonsacado, una ficticia propiedad *comercial* existente solo en la forma buro-

crática que la ley impone, no nos prestamos a contestaciones y contradictorias entre personas y nominativos; soportaremos sin pasar al terreno de la justicia constituida las imposiciones ejecutivas. Aquellos que se han valido de esto no podrán ya regresar al terreno del partido revolucionario. Inútil, pues, seguir hablando de sus nombres, ni de sus motivaciones.

«El periódico seguirá desplegándose en la línea que siempre lo ha definido, representada por sus títulos no de ‘propiedad’, sino de continuidad programática y política, conforme a los textos fundamentales del movimiento, a la Plataforma y al Programa de la Izquierda, a las Tesis de la izquierda, a la serie de «Hilos del Tiempo» y al montón de artículos publicados en *Battaglia*, *Prometeo* y en el *Bolletino*, material al que próximamente daremos un índice analítico para uso de los lectores.

Personalismo y democratismo van de la mano: son enfermedades seniles del oportunismo. Infecciones que el podrido ambiente burgués favorece ampliamente, y las favorece porque a través de estas – como lo demuestra el curso histórico del dominio burgués – la clase dominante hasta ahora siempre ha logrado romper la homogeneidad política y práctica de las organizaciones proletarias y, sobre todo, de su partido de clase. Han sido pocos los periodos en que la lucha de clase revolucionaria del proletariado ha superado, gracias a la fuerza material de las condiciones favorables, infecciones de este género. Los años que van de 1917 a 1925-26 han demostrado precisamente que la corriente internacional de la Izquierda Comunista, de la cual es parte integrante el bolchevismo de Lenin, sólida teóricamente y apoyada en el movimiento revolucionario del proletariado, está en capacidad de expresar una inmensa fuerza de resistencia y coherencia revolucionarias. Pero, justamente porque el partido no es solo «teoría» (el *partido histórico*), sino también una organización militante y de lucha, inmersa en la sociedad real (el *partido formal*), no puede resistir con la misma fuerza, la misma estructura, la misma influencia sobre el proletariado, indefinidamente. Las consecuencias de las derrotas de la lucha revolucionaria, si desde el punto de vista teórico son ocasiones históricas para un reforzamiento de la teoría revolucionaria, desde el punto de vista práctico y contingente son devastadoras, tal como lo demuestra el proceso de degeneración que golpeó a la Internacional Comunista, al Partido Bolchevique que cargaba sobre sus hombros todo el peso de la lucha revolucionaria mun-

(119) Onorato Damen, «Amadeo Bordiga, validez y límites de una experiencia, cit., Editoriale periodici italiani, Milán 1971. (119) Onorato Damen, «Amadeo Bordiga, validez y límites de una experiencia, cit., Editoriale periodici italiani, Milán 1971.

dial. Las clases enemigas han utilizado su victoria – como es históricamente obvio – para neutralizar al máximo y por un largo tiempo la posibilidad proletaria de volver a reforzarse en el terreno de la lucha abierta de clase hasta la revolución y la dictadura proletarias.

En el último año de publicación de «battaglia comunista» en tanto que periódico de partido, y precisamente en el n° 5 del 6-20 de marzo de 1952, al lado de un Comunicado del Comité Central, el cual se refería a la necesidad de «sistematizar la organización y actividad del Partido para clausurar un periodo de graves y repetidos actos de indisciplina y de abierta división», y paralelo a la publicación de la «Base para la organización 1952» (que luego se llamará *Tesis características del partido*), el centro del partido decide insertar como parte integrante de la cabecera la mancheta: *Lo que distingue a nuestro partido*, en el cual se hace referencia a la lucha contra *el politicantismo personal y electoralesco*.

En efecto, la mancheta afirma:

«Lo que distingue a nuestro partido: la línea que

va de Marx a Lenin, a Livorno 1921, a la lucha de la izquierda contra la degeneración de Moscú, al rechazo de los bloques de la Resistencia, la dura obra de restauración de la doctrina y el órgano revolucionarios, en contacto con la clase obrera, fuera del politiquero personal y electoralesco».

En el grupo de Damen el politiquero personal logra vencer, llevándolo a las brazos de la justicia burguesa. Desde ese momento, y también a causa de este último paso hecho en dirección antipartido, que el grupo, que todavía osaba reclamarse de una «continuidad» con la Izquierda Comunista, traicionada en realidad, no tiene ya ninguna posibilidad – en teoría y en práctica – de generar militantes permeables a la auténtica teoría marxista. Se llenan la boca y llenan las columnas de su prensa con frases robadas a la Izquierda Comunista, Lenin y el marxismo; pero en realidad contribuyen a otra *continuidad*, la que se desvía del marxismo. Sus pretendidas «actualizaciones», bajo el pretexto de combatir una «artificial» *invariancia*, ni son ni han sido otra cosa que la remasticación de las viejas actitudes oportunistas.

EL PROGRAMA DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

El Partido Comunista Internacional está constituido sobre la base de los principios siguientes establecidos en Liorna con la fundación del Partido Comunista de Italia (Sección de la Internacional Comunista):

1/ En el actual régimen social capitalista se desarrolla una contradicción siempre creciente entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción dando lugar a la antítesis de intereses y a la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía.

2/ Las actuales relaciones de producción están protegidas por el poder del Estado burgués que, cualquiera que sea la forma del sistema representativo y el uso de la democracia electiva, constituye el órgano para la defensa de los intereses de la clase capitalista.

3/ El proletariado no puede romper ni modificar el sistema de las relaciones capitalistas de producción del que deriva su explotación sin la destrucción violenta del poder burgués.

4/ El partido de clase es el órgano indispensable de la lucha revolucionaria del proletariado. El Partido Comunista, reuniendo en su seno la fracción más avanzada y decidida del proletariado unifica los esfuerzos de las masas trabajadoras encauzándolas de las luchas por intereses parciales y por resultados contingentes a la lucha general por la emancipación revolucionaria del proletariado. El Partido tiene la tarea de difundir en las masas la teoría revolucionaria, de organizar los medios materiales de acción, de dirigir la clase trabajadora en el desarrollo de la lucha de clases, asegurando la continuidad histórica y la unidad internacional del movimiento.

5/ Después del derrocamiento del poder capitalista, el proletariado no podrá organizarse en clase dominante más que con la destrucción del viejo aparato estatal y la instauración de su propia dictadura privando de todo derecho y de toda función política a la clase burguesa y a sus individuos mientras sobrevivan socialmente, y basando los órganos del nuevo régimen únicamente sobre la clase productora. El Partido Comunista, cuya característica programática consiste en esta realización fundamental, representa, organiza y dirige unitariamente la dictadura proletaria. La necesaria defensa del Estado proletario contra todas las tentativas contrarrevolucionarias sólo podrá ser asegurada privando a la burguesía y a los partidos hostiles a la dictadura proletaria de todo medio de agitación y de propaganda política, y con la organización armada del proletariado para rechazar los ataques internos y externos.

6/ Sólo la fuerza del Estado proletario podrá ejecutar sistemáticamente las sucesivas medidas de intervención en las relaciones de la economía social, con las que se efectuará la substitución del sistema capitalista por la gestión colectiva de la producción y de la distribución.

7/ Como resultado, de esta transformación económica y de las consiguientes transformaciones de todas las actividades de la vida social, irá eliminándose la necesidad del Estado político, cuyo engranaje se reducirá progresivamente al de la administración racional de las actividades humanas.

* * *

La posición del partido frente a la situación del mundo capitalista y del movimiento obrero después de la segunda guerra mundial se basa sobre los puntos siguientes:

8/ En el curso de la primera mitad del siglo XX, el sistema social capitalista ha ido desarrollándose en el terreno económico con la introducción de los sindicatos patronales con fines monopolísticos y las tentativas de controlar y dirigir

la producción y los intercambios según planes centrales, hasta la gestión estatal de sectores enteros de la producción; en el terreno político con el aumento del potencial policial y militar del Estado y con el totalitarismo gubernamental. Todos estos no son nuevos tipos de organización con carácter de transición entre capitalismo y socialismo ni menos aún un retorno a regímenes políticos preburgueses; al contrario, son formas precisas de gestión aún más directa y exclusiva del poder y del Estado por parte de las fuerzas más desarrolladas del capital.

Este proceso excluye las interpretaciones pacifistas, evolucionistas y progresivas del devenir del régimen burgués y confirma la previsión de la concentración y de la disposición antagónica de las fuerzas de clase. Para que las energías revolucionarias del proletariado puedan reforzarse y concentrarse con potencial correspondiente a las fuerzas acrecentadas del enemigo de clase, el proletariado no debe reconocer como reivindicación suya ni como medio de agitación el retorno ilusorio al liberalismo democrático y la exigencia de garantías legales, y debe liquidar históricamente el método de las alianzas con fines transitorios del partido revolucionario de clase tanto con partidos burgueses y de clase media como con partidos pseudo-obreros y reformistas.

9/ Las guerras imperialistas mundiales demuestran que la crisis de disgregación del capitalismo es inevitable debido a que ha entrado en el período decisivo en que su expansión no exalta más el incremento de las fuerzas productivas, sino que condiciona su acumulación a una destrucción repetida y creciente. Estas guerras han acarreado crisis profundas y repetidas en la organización mundial de los trabajadores, habiendo las clases dominantes podido imponerles la solidaridad nacional y militar con uno u otro de los bandos beligerantes. La única alternativa histórica que se debe oponer a esta situación es volver a encender la lucha de clases al interior hasta llegar a la guerra civil en que las masas trabajadoras derroquen el poder de todos los Estados burgueses y de todas las coaliciones mundiales, con la reconstitución del partido comunista internacional como fuerza autónoma frente a los poderes políticos y militares organizados.

10/ El Estado proletario, en cuanto su aparato es un medio y un arma de lucha en un período histórico de transición, no extrae su fuerza organizativa de cánones constitucionales y de esquemas representativos. El máximo ejemplo histórico de su organización ha sido hasta hoy el de los Consejos de trabajadores que aparecieron en la Revolución Rusa de Octubre de 1917, en el período de la organización armada de la clase obrera bajo la única guía del Partido Bolchevique, de la conquista totalitaria del poder, de la disolución de la Asamblea Constituyente, de la lucha para rechazar los ataques exteriores de los gobiernos burgueses y para aplastar en el interior la rebelión de las clases derrocadas, de las clases medias y pequeño-burguesas, y de los partidos oportunistas, aliados infalibles de la contrarrevolución en sus fases decisivas.

11/ La defensa del régimen proletario contra los peligros de degeneración presentes en los posibles fracasos y repliegues de la obra de transformación económica y social, cuya realización integral no es concebible dentro de los límites de un solo país, no puede ser asegurada más que por la dictadura proletaria con la lucha unitaria internacional del proletariado de cada país contra la propia burguesía y su aparato estatal y militar, lucha sin tregua en cualquier situación de paz o de guerra, y mediante el control político y programático del Partido comunista mundial sobre los aparatos de los Estados en que la clase obrera ha conquistado el poder.

El trabajo desarrollado para reconstruir en todas partes el partido de clase tras el fin de la segunda guerra mundial ha encontrado una situación extremadamente desfavorable, después que los acontecimientos internacionales y sociales del tremendo periodo histórico, hayan favorecido en todos los sentidos el plan oportunista para borrar todas las líneas del conflicto entre las clases, y poner en evidencia ante los ojos obcecados del proletariado la necesidad de favorecer el restablecimiento en toda la tierra de los constitucionalismos parlamentario-democráticos.

En esta posición despiadada a contraccorriente, agravada por la implicación de amplias masas proletarias en la práctica pestífera del electoralismo, apologizada por los falsos revolucionarios mucho más impúdicamente de cuanto lo hubiesen hecho los revisionistas de hace medio siglo, nuestro movimiento no podía responder mas que reclusando en torno a su patrimonio histórico que era la consecuencia de la amplia y desfavorable vicisitud histórica. Adoptada la vieja consigna que responde a la frase: «**siguiendo el hilo del tiempo**», nuestro movimiento se entregó a llevar ante los ojos y las mentes del proletariado el valor de los resultados históricos que se habían inscrito durante el largo curso de la dolorosa retirada. No se trataba de reducirse a una función de difusión cultural o de propaganda de doctrinillas, sino de demostrar que teoría y acción son campos dialécticamente inseparables y que las enseñanzas no son librecas o profesoras, sino que derivan (para evitar la palabra usada hoy por los filisteos, de *experiencias*) de balances dinámicos de choques acontecidos entre fuerzas reales de notable grandeza y extensión, utilizando también los casos en que el balance final se ha resuelto en una derrota de las fuerzas revolucionarias. Es esto lo que nosotros hemos llamado con viejo criterio marxista clásico: «**lecciones de las contrarrevoluciones**».

(Tesis sobre la tarea histórica, la acción, y la estructura del partido comunista mundial, según las posiciones que desde hace más de medio siglo forman el patrimonio histórico de la Izquierda Comunista, Nápoles, julio de 1965)